

MARGARITA

La Diosa de la Cumbia



*El lugar donde
habitan
Tus sueños*



• **MARGARITA** •
La Diosa de la Cumbia

El lugar donde
habitan
tus sueños

DIANA

Índice

LE LLAMAN DIOSA
QUÉ BUENO QUE ESTÉS AQUÍ

Primera parte
HECHOS DEL MISMO BARRO

PUNTO DE PARTIDA...
PILDORITA
CAMINANTES
MARÍA TRAPOS
NADIE TE LIBRARÁ DE VIVIR
¿AMORES O DEMENCIAS?
NO TODOS SABEN LO QUE TE CONVIENE
Y ME VESTÍ DE MUJER
ZAPATO AJENO LASTIMA MÁS QUE EL PROPIO
AHÍ LA DEJAMOS, ¡YO NO ME CASARÉ!
LA VIDA SON MUCHOS PASOS
CADENETA, PUNTO, CADENETA
OYE
PUNTOS SEGUIDOS...
ALAS PARA VOLAR

Segunda parte
EL CIELO, LAS NUBES Y EL SOL

LA VOZ
LA OTRA PARTE DE MÍ
UN VIAJE INOLVIDABLE
BELLOS MOMENTOS DIFÍCILES
DIME A DÓNDE IRÁS
LAS NOCHES ETERNAS TAMBIÉN TERMINAN
ADIÓS, AUNQUE NOS DUELA EL ALMA
¿POR QUÉ, DIOS MÍO?
UN PASO ADELANTE
EL CUARTO OSCURO DE MI CORAZÓN
UN NUEVO HORIZONTE

Tercera parte
LA FUERZA DEL CORAZÓN
A VECES NO SABEMOS NI QUIÉNES SOMOS

ALGO HUELE MAL
LA DESPERANZA SIEMPRE ESTÁ RONDANDO
LA ESCALERA

Cuarta parte

EL LUGAR DONDE HABITAN TUS SUEÑOS

CAPÍTULO APARTE

EL HILO ROJO

ASUMIR LA VIDA

DÍAS DE VUELO

SE APROXIMA LA PRIMAVERA

CREO, PUEDO, LO HAGO

Epílogo

A SOLAS

NOTA FINAL

AGRADECIMIENTOS

ACERCA DE LA AUTORA

CRÉDITOS

A mis grandes amores, Jonathan, María, Marina y Alejandro.

A Héctor Forero por ayudarme a hacer este libro que tomó un rumbo hermoso.

A todas las personas que pusieron piedras en mi camino porque me sirvieron para escalar y lograr mis sueños, y a todas aquellas que me brindaron su apoyo y su mano cuando me caí; sus palabras de aliento cuando dudé y su amor cuando lo necesitaba.

A ti que tienes este libro en tus manos, y que como yo encontrarás en estas páginas el lugar donde habitan tus sueños.



Le llaman Diosa

Era una tarde de calor en la Ciudad de México. Acababa de salir del canal de televisión para el que estaba trabajando y me entretenía mirando los coches en Tlalpan. Tantos coches al mismo tiempo, tanto caos. A veces sentía ganas de hablar con el chofer que me habían asignado pero mis conversaciones eran preguntas sobre la vida cotidiana.

—¿Quién es Margarita? —pregunté sin dejar de mirar por la ventana del coche a unas mujeres que llevaban a sus hijos atados al cuerpo con un rebozo.

—¿Cuál Margarita?

No hablamos más, pero me conozco como a la palma de mi mano y sé cuando le entrego al universo un sueño. En ese momento ese sueño comenzó a nacer y quise escribirlo. Conocer cómo una mujer que sale de Colombia con su maleta cargada de ilusiones logra abrirse camino y ganarse el corazón de millones de personas entregándoles lo que más le gusta hacer: cantar.

Los días pasaron, y un día, por intermedio de Alissandra, una amiga en común, a la que le decimos la Negra, pude conocerla. Al principio fue curioso pues me encontré con la mujer de la vida cotidiana. De mirada un poco tímida pero a la vez analítica. De esas que te ven de los pies a la cabeza mientras se hacen mil preguntas sobre la persona que tienen enfrente. A mí desde el principio me interesó escucharla y que me contara cómo había hecho realidad ese sueño que ahora acariciaba.

Recuerdo que regresé a mi casa cargado de discos, y que me puse a escucharlos uno a uno. Una y otra vez repetía que la historia de esa mujer debía ser oro molido para los soñadores. Nunca pensé en escribir un libro al respecto, pero quizás el universo lo interpretó, y así, sin darnos cuenta, ese cruce de caminos cobró sentido en las páginas de este libro que ahora tienes en las manos.

Al principio fue ella quien me dijo que quería escribirlo; después me tomé mucho tiempo para preguntarme una y otra vez si realmente quería hacerlo, porque paralelamente a mi trayectoria en televisión, he ido desarrollando una carrera como autor de libros de autoayuda y no quería truncarla. La respuesta a mis análisis fue un sí contundente. Un sí que me costó decir, pero que además me exigió llenarme de una gran humildad para ser capaz de trascender a la Margarita que veía y comenzar a ver a un personaje de una historia mágica. Primero vino a mí la imagen de una niña gordita con una guitarra. Esa niña fue la inspiración, el principio. La que me dijo: “‘‘Sí, puedes hacerlo y valdrá la pena’’”.

Entonces empecé a buscar la manera de estar cerca de ella; de acompañarla en algunos de sus *shows*; de estar en su casa y de compartir desde las cosas pequeñas hasta las más importantes de su vida, como su amor por su familia, por Marina, su madre, a la que idolatra, y su pasión por la cocina y la comida.

En ese proceso nos fuimos haciendo amigos, y como los amigos, peleamos, discutimos, abandonamos el proyecto y casi lo mandamos al cuarto de los abandonados.

Pero ella tiene algo que muy pocas personas poseen y que es una intensidad frente a sus proyectos que no tiene límite. Cuando yo ya creía olvidado el asunto me decía con el mayor descaro: “Y mi libro, ¿para cuándo?”.

Y así fue pasando el tiempo; la vi en el escenario y pude romper esa barrera que había entre la Margarita que encontraba en la casa y la Margarita que brillaba en el espectáculo. En Acapulco me ocurrió algo curioso en una de sus presentaciones. Apareció en el escenario frente a una multitud enloquecida con sus canciones y el aire del lugar comenzó a mover su pelo, su vestido, y todo se tornó tan mágico que entonces entendí por qué le decían la Diosa. Tiene el poder de transformarse, y al hacerlo, transformar los corazones de quienes la están viendo. Son dos, la mujer de la casa y la Diosa del escenario.

Si tú que lees este libro tienes un sueño entre manos, aquí tienes una luz que alumbrará tu camino. Solo tienes que preguntarle a tu corazón si realmente lo quieres hacer realidad y dar el primer paso, porque cuando un sueño aparece en nuestro corazón es porque es real y solo tenemos que ir a su encuentro para abrazarlo.

Héctor Forero López



Qué bueno que estés aquí

La vida me ha llevado por tantos recovecos y laberintos donde he conocido a miles de personas que han traído y siguen aportando a mi existencia el aprendizaje y las experiencias que quiero compartir contigo. Se me ocurre contar mi vida como si yo fuera una espectadora de cada etapa, otra mujer, una de muchas, que seguramente encontrará en mi experiencia un parecido con su vida, y a través de estas páginas una compañera de camino con la cual convencerse de que los sueños son posibles.

Quiero contarte cómo fui hilando tantos momentos llenos de matices que me permitieron materializar mi más grande sueño: convertirme en una cantante reconocida y llevar alegría a millones de personas. La música ha sido hasta el día de hoy la razón y la fuerza que me ha hecho levantarme muchas veces y darle sentido a mi vida, porque la música ha sido mi sueño. Nací para cantar, para llevar alegría y para sentir a los corazones de quienes me siguen latir de felicidad incontroladamente.

Quiero hacer tuyo mi sueño y que a través de estas páginas descubras la forma mágica en la que la vida te va abriendo el camino para lograrlo. Durante toda tu vida quizás has escuchado muchas excusas para hacer realidad tus sueños. Quizás te han dicho que no hay dinero, que no hay contactos, que no hay oportunidades, o muchas cosas con las que se frena a los soñadores; pero un soñador de verdad sabe que no se necesita más que la fuerza del corazón para materializar lo que queremos. Solo hay que centrarse en lo que se quiere, porque uno es la causa y el efecto. Así de sencillo. Esa es, quizás, una de las grandes fórmulas que tienes que aprenderte a lo largo de este libro.

Cuando me escuchas contar mi historia me sorprende darme cuenta de que una fuerza inmensa ha estado siempre contigo y nunca me ha abandonado; porque en cada camino que parecía cerrado encontré el amor de alguien que me dio la mano, haciéndome entender que las cosas y las personas, el tiempo, los errores y los aciertos forman parte de un plan divino que siempre está a tu favor.

Quiero también que se diviertan. Fui forjándome un carácter bonito y risueño; la sonrisa ha sido para mí lo mejor que veo en el espejo al levantarme, porque esa sonrisa me recuerda lo importante que soy para tantos corazones que me aman y asocian mi nombre con la alegría.

Quiero, además, que cocinen conmigo porque me encanta la cocina, al igual que a ti y a muchas mujeres que me están leyendo y para quienes el momento más importante del día es cuando se reúne la familia a comer. Y si a alguno de ustedes le toca pasar etapas de soledad como parte de su proceso de vida, aprender a comer con uno mismo, agasajarse y darse gusto es algo muy bonito.

No se dónde terminará mi vida ni cuándo. Lo único que sé es que he sido bendecida siempre; aunque en algunos momentos no me lo haya parecido y haya creído que Dios me había abandonado. El tiempo me demostró que todo lo que ocurre en nuestra vida es para bien. Basta con mirar atrás para darse cuenta de que el camino está lleno de ángeles,

de abrazos y de bellos momentos difíciles que te fueron transformando en un ser fuerte, capaz de vencer los más grandes obstáculos.

Hoy sigo pensando que es mejor ver lo bueno que lo malo, y por eso siempre me ha sido fácil abrir las puertas de mi corazón y permitirle entrar a mucha gente, y pese a que algunos dejaron en mí dolor, no lograron hacerme cambiar esa manera de ver la vida que ahora me permite que sigan llegando a mi alma personas que se quedan a vivir ahí y me hacen, y las hago, felices; gente que me conoce, y a pesar de todos mis defectos, me ama.

Este libro no tiene más pretensiones que compartir contigo mis recuerdos, mis ocurrencias; las frases que me han guiado, las recetas que más me gustan y en cierta forma dar reconocimiento a todo este público que me ha acompañado a través de los años y que todavía me mantiene en el escenario. Pero ante todo este libro tiene un objetivo que es más importante que todos y es decirte:

Tú puedes. Sin importar lo grandes que sean tus sueños, tú puedes, eres capaz, y tener este libro en tus manos es una señal de que así es.

Margarita Vargas Gaviria



PRIMERA PARTE

Hechos del mismo barro



Érase una vez...

La niña llegó llorando a los brazos de su padre, quien la consoló y la escuchó atentamente. Ella le contó que en la escuela nadie había querido escuchar las canciones infantiles que preparó para una de las actividades que habían organizado las maestras para la fiesta de cumpleaños de la directora. El padre la tranquilizó y le dijo que esa era una buena señal.

La niña no entendió; cómo podía ser una buena señal que alguien la rechazara, y más si se trataba de algo tan importante para ella como cantarles sus canciones. Entonces el padre le dijo que era la forma en que la vida le estaba pidiendo que le demostrara qué tan importante era para ella cantar y alegrar el corazón de los demás con sus canciones. La niña le dijo que era todo en su vida, que era lo que más significado tenía.

El padre la miró cariñosamente y le dijo: "Te voy a regalar los cuatro secretos mágicos para que ese sueño que llevas en tu corazón se haga realidad". Fue a buscar un pequeño baúl que estaba oculto en uno de los cuartos que había detrás del patio de la casa, un lugar en donde el padre le decía a sus hijas, a las que llamaba princesas, que estaban guardados todos sus tesoros.

Nunca antes el padre había llevado a su hija a aquel lugar, y por tanto para ella todo era misterioso. Ella pensaba que encontraría monedas, joyas, lingotes de oro y tantas cosas como había aprendido que formaban parte de un tesoro, pero el padre le dijo que no, que realmente lo que había guardado en aquellos cuartos eran cosas que para él y su esposa eran importantes. Que eso era un tesoro: todo aquello que decidimos revestir de una gran importancia para nosotros mismos, aunque no lo sea para los demás.

—Entonces, todo lo que sea importante para mí puede convertirse en mi tesoro — preguntó la niña.

—Así es, todo lo que consideres importante se convertirá en tu tesoro, pero tienes que tener cuidado porque hay muchas cosas a las que no vale revestir de esa importancia, menos convertirlas en tu tesoro. Sabrás qué es lo realmente importante cuando lo consultes con tu corazón.

—¿Entonces, mi guitarra es un tesoro? Para mí es muy importante. El padre sonrió mientras asentía y buscaba el baúl en donde estaban los secretos que le quería regalar a su hija. Era un baúl guardado de generación en generación, tantas que la niña no entendía cómo podía haber pertenecido a tantos tíos, abuelas, abuelos y miembros de la familia que para ella resultaban totalmente desconocidos. Pero así era, y pensó que seguramente un día ese baúl sería importante para ella y le permitiría guardar allí sus tesoros.

El padre le dijo que el lugar más seguro para guardar un tesoro es el corazón; de allí nadie lo puede sacar, es tan secreto que solo uno sabe los tesoros que hay en él y

van con el dueño de ese corazón a todas partes.

Ahí quería él que guardara lo que le iba a enseñar: en su corazón. Fue entonces cuando sacó un viejo cuaderno de pasta gruesa y hojas arqueadas y amarillentas por el paso del tiempo y el uso al que habían sido sometidas. Era un cuaderno en donde uno de los abuelos decidió escribir para las próximas generaciones esos secretos, los cuales tendrían que ser transmitidos de padres a hijos. El cuaderno siempre tenía que estar en ese baúl, y solo aquel que lograra alcanzar sus sueños podría reclamarlo y tenerlo bajo su custodia.

El padre había hecho realidad muchos sueños, por ello se había hecho acreedor al derecho de tenerlo y ser quien transmitiera esos secretos. La niña entonces sintió que en ese momento la vida estaba depositando en su corazón una misión: hacer realidad sus sueños y ser quien conservara el baúl, con el cuaderno y los secretos para hacer realidad los sueños.

—El primer secreto, hija mía, es una pregunta que has de hacerte a ti misma. Esa pregunta es: ¿qué quiero? Cierra los ojos por un momento y pregúntate qué quieres, y a medida que te lo vayas respondiendo siente tu corazón; si vibra con fuerza, es señal de que estás obteniendo la respuesta correcta. Escucha tu corazón en silencio; ahí está la respuesta. Esa respuesta será como una orden que pintará en tu mente la imagen del lugar en donde quieras estar, de la gente que quieras que te rodee, de lo que sentirás cuando llegues allí, de lo que escucharás, de los sabores que te conectarán con tu nueva realidad. Pregúntate siempre: “¿Qué quiero?”, frente a todas las opciones que te brindará la vida. Pronto tendrás en tu mente una imagen y esa imagen será el lugar donde habitan tus sueños.



Punto de partida...

No hay camino que no tenga fin.
SÉNECA

Imagínate que vamos a iniciar un viaje tú y yo; en él vamos a hablar de lo que ha sido mi camino, y desde tu corazón podrás ver el tuyo. Lo primero que quisiera que te preguntaras es: ¿a dónde quieres ir? Cuál es ese sueño tan grande que has querido construir y que quizás está esperando a que lo hagas realidad.

La vida tiene sentido en la medida en que le demos un motivo y la llenemos de un horizonte que nos permita entusiasmarnos. Hay sueños grandes y pequeños. Todos son importantes y valiosos si le aportan felicidad a cada uno de nuestros días. Yo quisiera que ahora pensaras en esos sueños y solo les permitieras venir a tu mente sin condición ni pregunta alguna.

Permítele a tus sueños estar ahí mientras lees este libro. No te preguntes cómo los vas a hacer realidad porque el cómo es la mejor forma de decirle no a esos sueños, ya que la respuesta vendrá desde tus limitaciones, no desde tu fe, y la fe es algo increíblemente amplio que uno aprende poco a poco.

Nunca te preguntes cómo lo vas a hacer; pregúntate qué quieres hacer; el universo se encargará de lo demás.

No hay nada más placentero que ver la sonrisa de una persona cuando ha conseguido algo que para ella era importante; pues bien, esa sonrisa será mi mayor regalo cuando hayas alcanzado los sueños que aquí, en este camino, juntos, decidisteas hacer realidad.

He aprendido que el primer paso en la construcción de un sueño es un pensamiento, y por eso quiero que te preguntes qué piensas de ti, cuál es la imagen que tienes de ti.

Observarte con humildad te va a permitir descubrir esas creencias que tienes sobre ti mismo y que quizás han marcado tu vida hasta ahora. Si crees que eres una víctima, es posible que sigas viviendo como víctima. Las víctimas están sumidas en el dolor y se alimentan de dolor y de drama. A una víctima no le conviene materializar un sueño porque necesita quejarse, encontrar culpables y regodearse en el fracaso.

Hoy en día la palabra éxito se ha reinterpretado. Una persona exitosa es aquella que ha logrado conseguir un equilibrio en su vida, y en ese equilibrio está el logro de sus sueños. Nadie sabe cómo es la vida perfecta más que uno mismo, que sabe qué quiere y qué no quiere en su vida. Si te consideras exitoso y ese éxito es real, quizás tu vida esté en equilibrio perfecto. Por ello es tan importante que te observes para ver en dónde estás.

Letra a letra yo he ido encontrando esas pequeñas cosas de mi vida que me han permitido solidificar mi parte emocional y alcanzar ese éxito-equilibrio del que hablo. Me ha costado observar la historia de mi vida con todo y sus momentos dolorosos, pero también con una gran dosis de humildad para reconocer que no hubo un solo

acontecimiento que no me sirviera para algo. Hoy sé que todos los capítulos de nuestra historia son necesarios.

A todos se nos dio lo esencial: veinticuatro horas al día, un corazón que vibra y una mente con la cual escribir una historia de vida.

Con esta primera parte de mi historia quiero contarte de qué estoy hecha. ¿Sabes de qué? Del mismo barro que tú, con los mismos sueños, con los mismos temores, con las mismas carencias quizá. Este punto de partida de mi historia de vida me ha permitido ver una cosa: a todos se nos dio lo mismo, un día de veinticuatro horas, un corazón que vibra en el amor, el miedo o el rencor y una mente que decide qué historia va a escribir. Lo demás es decisión de cada uno, pero en esencia somos lo mismo y se nos dio lo mismo.

Así que comencemos por observarnos para ver qué pensamos de nosotros y hasta qué punto esas creencias nos van a llevar a conseguir nuestros sueños, o si por el contrario, se volverán contra nosotros.



Pildorita

Los niños comienzan por amar a los padres. Cuando ya han crecido, los juzgan, y algunas veces hasta los perdonan.

OSCAR WILDE

Nací en una familia antioqueña humilde en la que no hubo mayores lujos y en la que la pobreza era el pan de cada día. Mi papá siempre estuvo enamorado de mi mamá, y su talante trabajador y la ternura que lo caracterizó durante nuestra infancia atrajeron toda mi admiración. Lo admiré con toda mi alma.

Mucha gente cree que para lograr un sueño tiene que haber nacido bajo unas condiciones especiales, y lo que la vida me ha demostrado es que muchas personas que nacen en hogares con limitaciones económicas, disfuncionales o con cualquier tipo de problema terminan desarrollando la creatividad que les permite construir nuevas realidades.

No en vano Einstein decía que la imaginación era más importante que el conocimiento, y de mi hogar recuerdo que se me permitió soñar y crear. Siempre he tenido la capacidad para soñar; una de las cosas más valiosas con las que contamos los seres humanos es esa capacidad, y para atrevernos a materializar esas imágenes mentales convirtiéndolas en nuevas realidades.

Todos los seres humanos tenemos la capacidad para soñar, solo que nos aterra la verdad: los sueños se hacen realidad. Por eso muchos hacen todo lo posible por enterrarlos. Un sueño te cambia la vida y no todo el mundo está dispuesto a hacerlo.

Cuando llegué a este mundo, mi hermana Claudia llevaba un año y dos meses gozando de toda la atención y la felicidad de esa pareja enamorada, cuya mayor ambición era hacer crecer una familia digna, con valores y educación, simple y sencillamente.

Mis padres tenían veintiséis años; eran muy jóvenes para enfrentar la paternidad en una época en que la vida estaba marcada por el *deber ser* que los obligaba a madurar a la fuerza y enfrentarse al mundo sin las herramientas necesarias. A mi mamá la tomó por sorpresa su embarazo porque estaba tan ocupada atendiendo a mi hermana y su hogar que no se dio cuenta de la ausencia de su periodo hasta que notó su vientre crecido y fue con el médico. ¡Oh sorpresa! Venía en camino la Diosa de la Cumbia y nadie la esperaba.

Todos los caminos se abren y los amores se conquistan. Empieza por creer que estamos aquí para cumplir una misión y que nada ni nadie lo podrá impedir. Cree en ti.

Mi madre, una mujer sencilla, risueña y valiente, además de bonita, soñaba con un niño, y a su vez era el deseo de mi padre, pero la vida les había regalado hasta el día que nací, un 3 de octubre, dos niñas con una diferencia de 14 meses, así que fui la muñequita de mi hermana mayor (no le gusta que le diga así).

Aunque éramos pobres nunca nos faltó nada; mi papá hacía lo que fuera por la familia. No ha de haber sido fácil para ellos, pero para nosotras dos, que éramos niñas, no había nada que nos preocupara más que comer y jugar. Ahora que soy adulta, que soy madre y padre, entiendo muchas cosas que cuando se es niño no se llega uno a imaginar; por eso honro a mi madre y a mi padre con todo mi amor, pues al crecer fui entendiendo la grandeza del amor que nos entregaron.

*¿Qué es la pobreza? ¿No tener lo que a otros les sobra?
¿O la gran oportunidad de desarrollar nuestra
creatividad?*

Nací después de tres días de dolores de parto; pobre mamá, la hice sufrir un poco haciéndome esperar. Medí 30 centímetros, lo que es muy poquito para un recién nacido, y no llegué a pesar ni tres kilos. Tenía muy poco cabello, pero cuando mamá me bañaba me llegaba a mitad de la espalda; lo más chistoso era que tenía una cana bien parada en mi escasa cabellera. Como todas las madres, la mía también pensaba que era una preciosura de bebé, asunto que yo hasta el día de hoy me lo sigo creyendo. Soy una preciosura.

*Cree en ti. Creer en uno mismo es de los retos más
grandes que enfrentamos como humanos.*

Era tan pequeñita que mi cabeza cabía en la mano de papá y las piernitas estiradas apenas si le llegaban a su codo, y todo mi cuerpo entraba perfectamente en una caja de zapatos. Dice mi mamá que todavía no se me quita lo chiquita, así que desde ese momento mi papá me puso por apodo Pildorita. Me pongo a pensar si no me pusieron así porque soy resultado de un olvido: la pildorita.

Él era un hombre guapo, con porte, y le encantaban los tangos. Los cantaba y bailaba con mi mamá muy bonito. Fue modelo de ropa, y trabajador como él solo. Era muy consentidor y estaba lleno de grandes detalles; a veces llegaba en la madrugada y nos despertaban para comer empanadas o fritanga, que es una serie de vísceras fritas, cargadas de colesterol (te lo podría decir más bonito pero es eso y sabe rico, a las cosas por su nombre). De hecho, donde las venden, se llama El Palacio del Colesterol. Papá las compraba después del trabajo. Cómo me gustaba que me levantaran a comer a medianoche y volver a dormirme. Era de las cosas que más disfrutaba cuando mi papá llegaba de trabajar.

No hay un solo motivo que justifique la vergüenza. Lo que eres, lo que has sido y lo que serás, sagrado es.

Mi papá era un hombre muy responsable y nunca le importó hacer cualquier clase de trabajo que fuera necesario. Me contaba mi mamá que de recién casados tuvo que cargar bultos en el mercado para llevar dinero a la casa. Su propósito era que nunca nos faltara nada y así fue siempre. De él heredé su espontaneidad. No hacía planes, abrazaba la vida sin condiciones. A veces venía con una caja llena de ropa interior o regalos sin que fuera una fecha especial. Con la misma tranquilidad nos decía: “Levántense, hagan la maleta que nos vamos para la playa”.

Si buscas en la historia de tu vida vas a encontrar verdaderas joyas. Momentos que te hicieron feliz, pero necesitas desarmar tu corazón y ver que recibiste más de lo que creías.

Esos momentos no se borran con facilidad porque quedan por siempre grabados en tu mente. Salir de paseo en familia era lo que más disfrutaba; sentía que la vida era una maravillosa experiencia y pensaba que no habría nada capaz de dañar estos momentos en los cuales la felicidad danzaba entre nosotros.

Cómo quisiera que existiera un botoncito por algún lado y ponerle pausa a ciertos momentos que no quieras que se acaben nunca de tan felices que fueron. Como aquellos en los que mi papá era el príncipe y nosotras las princesas del cuento, y nos llevaba a lucir nuestros vestidos por la cuadra o en el centro de la ciudad, o cuando íbamos al río y mi mamá preparaba fiambre desde la noche anterior.

Es una delicia cuando has nadado en el río y jugado durante horas mientras las mamás hacían el sancocho. Años más tarde me di cuenta de que somos tan parecidos, y que a pesar de las distancias tenemos mucho en común porque ese mismo sancocho se llama puchero en Mérida, Yucatán, y en muchos países es la misma sopa con nombre diferente.

La vida está definida por la atención que le prestes a ciertas cosas. Aunque nuestro hogar era muy humilde hubo cosas que con todo el oro del mundo no las hubiéramos podido comprar. Por ejemplo, los paseos a diferentes ciudades en los camiones que manejaban nuestros tíos, cargados con bultos de comida. Nos dejaban montar sobre la carga y jugar todo el camino. Era fantástico, toda una aventura. Quizá desde ese entonces aprendí a amar los caminos, los restaurantes de la carretera e ir de un lugar a otro.

A mamá le encantaban los boleros, pero nací en los años sesenta, una época de cambios muy fuertes en el mundo; se escuchaba el rock pesado y la mujer empezaba a hacer sentir a los hombres la igualdad. A los jóvenes que exigían libertad y proclamaban hacer el amor y no la guerra les llamaron *hippies*; los pantalones de boca ancha y el

ombligo al aire se impusieron. Yo alcancé algo de esa moda, que me encantaba, y con los años llevaría el ombligo al aire con un pantalón de campana color morado de una tela gruesa llamada terlenka, producida nada menos que en Medellín.

Mientras todo eso pasaba, crecí escuchando boleros en medio de un romanticismo que abrumaba, proveniente de mis papás. Era tanto que tenían un lenguaje especial para tratarse entre ellos y se llamaban con un chiflidito bonito entre los dos; jamás se imaginaron que ese amor se acabaría unos años más adelante.

Al pasado hay que mirarlo con amor y con la absoluta certeza de haber recibido lo que teníamos que recibir.

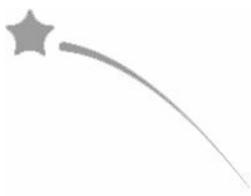
Solo así el corazón aprende a agradecer y ya no se resiente más.

Valdría la pena que te detuvieras un momento y miraras esas cosas que forman parte de la historia de tu vida. Que conocieras un poco más de tus padres, de tu familia, de ese entorno que marcó tu pasado. Muchas veces escucho decir a la gente que su vida fue una tragedia, o que prefirieron olvidar su infancia porque fue dolorosa; y si te das cuenta ello encierra una alta dosis de dolor y resentimiento. Hoy me pregunto para qué nos sirve juzgar. Para qué nos sirve repetir una y otra vez las imágenes que creemos que nos han hecho daño. ¿No crees que es ilógico? ¿No crees que es falta de humildad negarse a ver qué enseñanza oculta hay en cada cosa que viviste? Yo te aseguro que nada fue al azar.

Al pasado hay que darle una oportunidad. La oportunidad de mostrarnos qué nos quería enseñar con todo lo que pasó. De qué manera nuestras carencias fueron las que nos llevaron a soñar, a crear y a esperar un mañana mejor. Tú y yo estamos hechos del mismo barro, del mismo que están hechos los genios, nada es diferente, solo la forma en que te miras, en que te tratas y en que eliges amarte y odiarte, porque al fin y al cabo esa historia que has vivido está dentro de ti. Nunca afuera. Todo está dentro de ti, incluidos sus personajes, esos que te ayudaron a escribirla.

Cuando vayas avanzando en tu camino espiritual y en la búsqueda de tu propia paz, aprenderás que en esta vida todos somos maestros y alumnos. Esa frase suena a lugar común de tanto que se repite y de lo poco que se entiende. No sé cuáles sean las circunstancias que rodean la historia de tu vida, pero sí sé que los padres que tuviste, incluso los padres ausentes, fueron los que tenías que tener. Que los pasos que diste, aunque te hayas caído muchas veces, son los pasos que tenías que dar. Tú y yo somos alumnos de la vida desde que nacemos hasta que morimos. Alumnos enfrentados a maestros que nos someten a pruebas de miedo, dolor, rencor, abandono o cualquier otra, con un solo objetivo: enseñarnos cuán fuertes somos, cuán capaces somos, y que al final, como te lo repetiré en este libro, no pasa nada porque todo lo que nos ocurre está ahí para que lo trascendamos con amor.

Así que si en algún momento te has sentido menos por tus orígenes, llegó la hora de agradecerlos, porque sea cual sea tu historia es sagrada, es la que tenía que ser. Sin más.



Caminantes

Antes de recorrer mi camino, yo era mi camino.

ANTONIO PORCHIA

Si por un momento te detienes y observas tu entorno, te darás cuenta de que este universo está en constante movimiento. Mira el cielo y verás el movimiento; mira los árboles e incluso aquello que parece muy estático, y todo se mueve. Todo viene, todo se va. Nada está ahí para siempre; una de las grandes lecciones que tenemos que aprender es a fluir, algo que suena fácil pero que es terriblemente difícil de entender y practicar.

Aunque desde muy niña nos mudamos de ciudad, aprender a decir adiós y a dar un paso adelante es de las cosas más complicadas que he experimentado, porque tenemos tendencia a apegarnos a todo y a mantenernos estáticos, lo que termina generándonos grandes angustias y convirtiéndonos en estrategas del control.

Medellín, Colombia, es una ciudad llena de gente linda y trabajadora, rodeada de montañas y con olor a tierra mojada. No pasé mucho tiempo allí porque cuando tenía tres meses trasladaron a mi papá a Bucaramanga, llamada la ciudad de los parques. Ese fue el principio de muchas mudanzas en nuestra vida y la oportunidad para aprender a decir adiós. Papá había tenido muchos trabajos, pero la radio era su pasión y por ello aceptó el traslado.

En Bucaramanga, también llamada la casa del señor o la ciudad bonita, logró su sueño de convertirse en gerente de RCN, una cadena de radio muy importante en Colombia. Era el premio a su tenacidad y a que nunca renunciaba a lo que quería. Siempre tuvo en la mente el sueño de convertirse en director de una emisora de radio.

Nos han enseñado muchas cosas, pero ello no puede ser la excusa para una vida de dolor. Es tu decisión borrar y aprender de nuevo. Es tu decisión reinterpretar la vida.

Bucaramanga es una tierra en donde el carácter de su gente se impone. Dicen la verdad de frente y parecieran no temerle a nada. De ellos aprendí que el miedo no puede ganarnos la batalla nunca y que en cada persona están las herramientas necesarias para enfrentar lo que se tenga que enfrentar.

Caminé al año, bueno, más bien corrí por toda la casa. Ahora comprendo por qué soy tan desesperada: a los tres años leía bien con el papel volteado viendo las letras al revés como una forma de llamar la atención, además de que cantaba música carrilera (así se llama en Colombia a la música de guitarras y cantina) que escuchaba la señora que ayudaba a mi mamá en la casa. Porque cuando estaban mis padres escuchábamos boleros, tangos y música clásica. Es curioso cómo los padres tratan de inculcarte una

educación y la vida misma te va dando la que necesitas sin importar los maestros que use para ello.

No temas observarte. No temas hablar contigo y preguntarte qué es lo que realmente te gusta y te llena de alegría. El problema de millones de personas es que no saben qué quieren; tampoco tienen idea de qué las hace felices. Son sus propias desconocidas.

Supongo que era muy gracioso oír cantar a una niña tan pequeña música de adultos. Siempre canté; era chiquita de tamaño y quizá por eso mismo buscaba llenar el espacio en donde me encontraba con todo aquello que llamara la atención. Sentir que agradaba me emocionaba, y ahí encontré la semilla de lo que ha sido mi carrera. Siempre he buscado agradar, arrancar sonrisas y alegría a quienes me rodean.

Me chupé el dedo pulgar hasta los 14 años. ¡Ay! Dios mío, me estoy confesando. Era solo el dedo pulgar. Bueno, creo que era muy oral porque cargaba un biberón y olía su chupón todo el tiempo. Tuve un gato llamado Yuca, curiosamente como se llama el ballet que hoy me acompaña y uno de los alimentos que más amo, la yuca, un tubérculo parecido al camote. Por tanto, consideré que llamar a mi gato Yuca era un honor para él; quería que sintiera que le daba lo mejor y por eso lo hacía cantar y rezar cuando llegaba la hora de dormir y juntaba sus paticas igual que mis manitas y rezábamos juntos: “Ángel de mi guarda, mi dulce compañía...”.

Ámate así como eres. Ámate sin más, sin menos, así como eres. Ámate.

En Colombia se usaba que cuando te invitaban a una fiesta de cumpleaños o de primera comunión, además de pastel les regalaban a los niños una bolsita con dulces o con pollitos de verdad. A mí me regalaron uno y al pobre pollito le di tanto de comer que murió de lleno.

Siempre he sido amante de la comida, de la criolla, la que viene de generación en generación, esa que huele a abuelitas y mamás, la que te recuerda lo feliz que éramos cuando fuimos niños.

Aprendí a maquillarme y a usar los tacones de mi mamá desde muy temprana edad. Desde pequeña construí mi personalidad y forma de ser; la niña era feliz porque tenía su propio mundo. Nunca tuve muchos juguetes pero mi mamá, mis hermanos y yo éramos muy creativos para jugar con todo lo que nos encontrábamos, las cosas simples del diario vivir.

Al niño hay que permitirle ser y protegerlo de ser aplastado por los miedos del adulto, a quien otros, a su

vez, le dañaron su inocencia. Al niño que tienes que rescatar es a ese que llevas dentro. Quizá oculto tras tus miedos.

Tenía un año cuando me hice pipí en el piso y me puse a jugar con el charquito. En ese tiempo se usaban los pañales de tela, y aunque ya se habían inventado los desechables, no habían llegado a mi ciudad. Al ver el charco y lo divertida que estaba jugando con aquella agüita amarilla, mi mamá me quitó el pañal y me ordenó que lo llevara al lavadero. Al ver que los demás miraban la situación con asco, yo puse mi cara de asco y tomé el pañal con desagrado por una puntita y lo llevé haciendo las mismas caras que hacían los demás. Para ese entonces era plenamente consciente del poder que tenía para hacer reír a los demás y trascender cualquier momento de seriedad. Hasta el día de hoy lo hago, leal a mi creencia de que más hace una sonrisa que mil disgustos.

Al cumplir los tres añitos por fin llegó a nuestra vida el tan esperado niño y se convirtió en el muñeco de mi hermana y mío. Mis papás, por supuesto, se sintieron premiados con ese niño tan lindo que había pesado cuatro kilos. Lo llamaron Juan Darío. Sin embargo, papá, preocupado porque no se le notara lo enloquecido que estaba con su varoncito, nos llevó serenata a mi hermana y a mí y nos cantó una canción de Lucho Barrios que se quedaría para siempre en mi corazón: *Yo creo que a todos los hombres les debe pasar lo mismo, que cuando van a ser padres quisieran tener un niño. Luego les nace una niña, sufren una decepción y después la quieren tanto que hasta cambian de opinión. Es mi niña bonita, con su carita de rosa, es mi niña bonita, cada día más preciosa.* Obviamente se llama *Mi niña bonita*.

Tu lugar en este mundo es tuyo y solo tuyo. Tu tiempo es tu tiempo. De nadie más porque nadie podrá vivir lo que te corresponde vivir. Lo que tú viniste a hacer nadie más que tú lo puede hacer.

A los cuatro años trasladaron otra vez a mi papá; esta vez a Barranquilla, una ciudad alegre, desenfadada, con familias muy tradicionales y con un carnaval maravilloso, lleno de color y de gente feliz, que se celebra todos los años y fue nombrado por la Unesco patrimonio inmaterial de la humanidad. El carnaval es motivo de felicidad para toda Colombia y la época perfecta para el encuentro de personajes de la vida real y la fantasía carnavalesca. Hay un personaje típico del carnaval que se llama la Marimonda e identificaba al barranquillero burlón y de escasos recursos que buscaba incomodar a la alta sociedad, la misma que hoy en día lo ha acogido como un símbolo del carnaval. Tiene una máscara con una nariz que cuelga, unos ojotes, una boca grande, orejas como de elefante y viste una camisa de colores con una corbata ancha y corta. Este personaje es lo más típico del carnaval, ya que disfrazarse de marimonda permite a las personas ocultar su identidad, así que se ven marimondas a montón echando relajo y pasándola

muy bien.

Barranquilla se convierte en una fiesta donde todo el mundo se disfraza y donde la muerte, otro personaje importante en el carnaval, se pasa cuatro días tratando de acabar con la alegría y la fiesta, sin conseguirlo, claro. Al cuarto día muere Joselito Carnaval, un personaje central del jolgorio, y es entonces cuando se ven desfilar los muñecos que lo representan metidos en un ataúd y detrás las viudas que quedaron de semejante pachangón, en el que todos gozaron y vistieron a la ciudad de color. Según las estadísticas, a los nueve meses nacen los frutos del carnaval, como canta Cuco Valoy, pues no solo es una orgía de felicidad sino de otras cosas también. Aquí todo el mundo toma lo suyo y no siempre es lo que tiene en la casa.

La influencia costeña cerró mi primera infancia. Viví el carnaval y lo llevo en mi piel al punto de que es un referente obligado en mis canciones y mis *shows*. No todo el mundo tiene la suerte de crecer en tres lugares tan mágicos. Medellín, con el imán tan fuerte de su gente, el carácter de los bumangueses, que saben decir las cosas de frente y afrontar la vida sin miedo, y la alegría, la felicidad y el desenfado de los barranquilleros. Esa es mi mezcla, la receta de la que estoy hecha.

En tu interior está todo lo que refleja tu grandeza. Mira en tu interior, allí están todas las respuestas.

En el amor fui precoz y a los cinco años conocí a mi primer galán. Me enamoré de un niño precioso del que nunca he olvidado su nombre: Juan Pablo. Te explico cómo era Juan Pablo: como el cielo despejado, como esas tardes de brisa que quieras que te acaricien sin descanso. Una mirada de él era suficiente para apretar mis piernas pues sentía que me orinaba a chorritos de la emoción. Y no entiendo por qué diablos me sabía a pastel de gloria verlo en el recreo. Nunca entenderé por qué, pero Juan Pablo y el pastel de gloria para mí representaban lo mismo. Lo dorado y crujiente del hojaldre y la dulzura de la guayaba o el arequipe. Quién sabe qué fue de la vida de ese niño tan hermoso, con esos ojos tan azules y esa piel tan blanca que nunca me paró bolas, o sea, nunca se fijó en mí; creo que nunca supo que yo lo amaba. Hoy, cuando canto *Indiferencia*, no puedo evitar recordarlo y sentir ese placercito que genera ser ignorado por quien te gusta. ¿Masoquista yo?

Con Juan Pablo me di cuenta de que era una soñadora romántica a la que le gustan las historias de amor, y más si soy la protagonista.

Claro que habían otras cosas que llamaban mi atención; por ejemplo, en cada festival intercolegial de canto que se organizaba yo participaba, y por lo general me llevaba un primer o segundo lugar. Me esforzaba no nada más porque me gusta cantar, sino porque mi papá siempre me hacía un regalo importante. Un regalo era un acicate muy grande para hacer mi mejor esfuerzo.

No podía controlar llamar la atención; es más, nunca me interesó dejar de hacerlo; por el contrario, me entrené para ello. Descubrí que ser coqueta era mi naturaleza, la misma

que me llevaría a cruzarme en el camino de los amores intensos que me iba a regalar la vida.

Descubrí a temprana edad el placer que da sentirse importante, y para lograrlo no escatimé esfuerzos. Desde ponerle pegamento al profesor en su silla hasta entrar al baño de los niños solo para saber qué pasaba en ese paraíso prohibido para las niñas. De eso me quedó un olor grabado en la mente que aún no logró quitarme. Distingo un baño de hombres a veinte cuadras y no le veo nada erótico a lo que pasa allí. Por llamativa generé envidia, y por esa envidia me dieron unos cuantos pellizcos las que no soportaban mi brillo y simpatía. Reconozco que no era fácil, pero pagué el precio haciendo tareas ajena, corriendo para no recibir cocotazos y cantando para caerle bien a la gente. Incluso aprendí a contar chistes; era inevitable, todo lo que veía que atraía a la gente era bienvenido en mi vida. Era una gordita simpática que, pese a lo que pensaran las flaquitas envidiosas que me llamaban barril sin fondo, me hice de mi público desde pequeñita.

Uno de tus grandes retos es aceptarte como eres. No importa lo que piensen los demás, eres tú a quien le corresponde aceptarte, aprobarle y amarte.

A mi hermana Claudia y a mí nos gustaba jugar a las reinas, y mi papá, cuando llegaba del trabajo, nos sacaba en el capó de su jeep a hacer el paseo de las reinas; realmente así nos sentíamos. No podían faltar el cetro, la corona y el movimiento de brazo corto, corto, largo, largo diciéndole adiós a cualquier desprevenido caminante que se sorprendía con esas escenas. Para mí era muy difícil mantenerme arreglada; cuando íbamos a salir, mientras mi mamá iba por mis zapatos yo ya estaba con el vestido desarreglado y sucio.

En el colegio organizaban desfiles de moda, y adivinen quién se anotaba primero. Fui modelo, cantante, bailarina, cuenta chistes, consejera, cualquier cosa que tuviera que ver con ser artista, y el colegio era el lugar donde podía expresar mi talento. Realmente me gustaba, no por lo que me enseñaban sino por la cantidad de público que encontraba allí.

Me encantaba ponerme todo lo que encontraba: sombreros, bufandas, collares, aretes, faldas, camisas, uno encima del otro. Y así fue como se acabó la Pildorita y tuve que enfrentarme a los cambios, esos que tanto cuestan pero que nos ponen frente a una gran verdad: la vida es movimiento y cambio.

No le temas a los cambios; por el contrario, abrázalos con amor, siempre llegan para algo mejor.

Me gustaría que pensaras en que aún estás vivo. Sí. Eso, estás vivo. Piensa en ello y pregúntate por qué estás en esta vida. Pregúntate qué sueño te falta por cumplir y obsérvate, porque en tu niñez, en tus primeros años, puede estar la respuesta. Al escribir este libro me he dado cuenta de que siempre amé al público, que al principio estaba compuesto por mis padres y mis hermanos, y luego fue creciendo hasta llenar escenarios

maravillosos.

Busca en tu infancia y pregúntale a ese niño que fuiste qué sueño está esperando a que lo hagas realidad. Elige creer en él y da el primer paso. El universo se encargará de abrir los caminos. De abrir las puertas y cruzarte con quien tenga que ayudarte.

Para mucha gente aceptar lo que le gusta es una vergüenza, y muchos llegan a odiarse pues siempre están pendientes de ser aprobados por los demás. Decir que a mí me gustaba llamar la atención desde niña puede parecer algo prepotente, pero si tengo que ser honesta es parte de mis grandes motivaciones para entregarme al público como lo he hecho. Sería un error mentirme y decir que no me gusta y caer en la falsa modestia y en el autoengaño que tanto daño nos hace.

En esta vida no hay nada bueno ni malo, las cosas son como son y hay que aceptarlas. Así como hay a quien no le gusta la gente, exponerse ante los demás, tomar un micrófono o llamar la atención o permitirle a un desconocido que le dé un abrazo, a mí me ocurre lo contrario. Cada quien a su manera y así estará bien.

Vale la pena preguntarse a diario qué nos gusta, qué no nos gusta, qué queremos, qué no queremos y ser consecuentes, porque la responsabilidad de darnos lo mejor es solo nuestra ya que no estamos aquí para darle gusto a los demás. El motivo de tanta amargura en este planeta se debe a que millones de personas hacen lo que no les gusta, lo que los demás quieren, por cobardía, por miedo a no ser aceptados y aprobados en su entorno. Si la gente realmente hiciera lo que la hace feliz, no le robaría la felicidad y la paz a los demás.

¿Sabes bien qué te gusta? ¿Sabes bien qué quieras? ¿O estás esperando a que los demás te lo digan?



María Trapos

De mis disparates de juventud, lo que más pena me da no es haberlos cometido sino no poder volver a cometerlos.

PIERRE BENOÎT

Todos los días vamos dejando atrás algo de nosotros que fue importante en alguna de las etapas del camino. Todos los días le decimos adiós a muchas cosas, personas, situaciones, objetos que cumplieron su misión en nuestra vida, así como la cumplimos en la suya, y que ya no estarán más. Todos los días somos uno nuevo, o más verdaderos de lo que creemos, porque esta vida es una búsqueda constante y el camino a donde realmente nos lleva es hacia nosotros mismos.

Un día cualquiera Pildorita no existió más. Como todo en esta vida fui cambiando; crecí y todos me vieron diferente; incluso, supe que el cambio había llegado. Gracias a mi costumbre de colgarme cuanto trapo encontraba para verme atractiva, mamá empezó a llamarme María Trapos. Ya no era la misma, algo en mí empezaba a transformarse.

María Trapos quería ser monja y no perdí la oportunidad de vestirme de hábito en mi primera comunión. Tuve el pastel más hermoso que haya visto en mi vida; tenía forma de una biblia abierta, con un racimo de uvas en una de sus páginas y en la otra una copa de vino y una espiga de trigo, todo hecho en pastillaje. Yo presumía mi vestido de monja y me sentía impoluta, sacra, santa, esperando que alguien me pidiera un milagro porque estaba tan convencida de ser especial que seguramente lo hubiera hecho. Mi convicción era tal que me imaginaba que tenía una aureola, que aunque nadie más viera yo la sentía. Cómo negar el placer que la imaginación nos brinda. Todo para mí ese día fue celestial, musicalizado con la canción que se usaba para todas las primeras comuniones y que a mí me hacía llorar de sentimiento y no me importaba; total, una lágrima hacía llamativa la situación, además de que nunca se me ha dado ocultar mis sentimientos, y cuando me dan ganas de llorar lo hago sin problema.

Ya llegó la fecha, dulce y bendecida. Hoy es la mañana bella de mi vida. Todas las fechas llegan, incluso las que no queremos que lo hagan.

Definitivamente había llegado la fecha, la fecha de los cambios, de María Trapos, de enfrentar el paso de la vida en mi historia e iniciar un capítulo nuevo.

Yo tomaba en serio eso de ser monja porque veía en esa decisión muchas ventajas, la principal de todas: que el hábito se me vería precioso, y la idea de ser sor Corazón Apachurrado me enloquecía, sumada a que el domingo tendría público asegurado en la iglesia, en donde me imaginaba volando por todo el altar como la monja voladora, solo que con su guitarra y algo pachanguera. Entonces practicaba con mis amigos en la calle; reunía a un grupo y les predicaba todo aquello que veía en Historia Sagrada, una materia

que teníamos en la escuela y que era de mis favoritas.

Mis palabras salían con tanto fervor pues la vida de Jesús era mi fascinación, tanto como una foto que me regalaron de Él y que me generó conflicto, pues no lograba definir qué tipo de amor era el que sentía por ese hombre tan guapo y dulce. Con el tiempo he entendido por qué entre los apóstoles no hubo mujeres. Mis prédicas eran sobre Dios, el respeto y el amor que nos debíamos tener todos, y cosas así. Me imagino las aburridas que se pegaban mis amigos si en vez de jugar me tenían que escuchar. Dudé mucho tiempo sobre el contenido de mis palabras, y más cuando en la pesca de ovejas caía uno que otro candidato a novio y al que yo no estaba dispuesta a dejar pasar, por lo menos de pensamiento. Obviamente, cada vez que tenía a un guapo enfrente se me quitaba la idea de ser monja y los cantos angelicales se convertían en una espectacular marcha nupcial. ¡Ay!, qué bonito es volar con la imaginación.

En la búsqueda de tus sueños puedes pasar mucho tiempo dando un paso adelante y varios atrás, sin darte cuenta de que ese tiempo tu alma lo usará para decirte a dónde quieras ir de verdad. Aunque no parezca, siempre estás avanzando.

Los años te van a demostrar que este es el lugar ideal para que tus sueños se hagan realidad. No hay nada que tu corazón deseé que no puedas alcanzar. Sin embargo, el camino está lleno de altos en los que te irás reinventando y la duda y el temor te pondrán a prueba. Es posible que ahora te encuentres en un lugar parecido y que la monotonía haya llegado a tu vida y te haga sentir que nunca vas a alcanzar ese sueño que llevas en tu corazón. Sin embargo, una de las mejores formas de avanzar es recordar varias veces al día a dónde vas y qué es lo que quieras lograr. A eso se le llama tener la atención puesta en tu sueño y está comprobado que al hacerlo, el camino se va abriendo, pues todo tu ser hará lo que tenga que hacer, casi sin darse cuenta, para materializar lo que antes era solo una idea.

Me gustaría que a medida que avances en la lectura de este libro y me acompañes a recorrer el camino al lugar donde habitan mis sueños, te vayas preguntando cuál es el tuyo. Atrévete sin temor a verlo en tu mente. Vence el miedo a darte permiso de creer en ti y en eso que hace vibrar a tu corazón.

Este momento, precisamente este y no otro, es un buen momento para que recuerdes qué es lo que quieras y te atrevas a verlo en tu mente como si ya fuera realidad. ¿Sabes cuántas veces me vi haciendo lo que hago y en los escenarios donde me paro ahora?

Una vez más recuerda que todo empieza con un pensamiento, una imagen que decides aceptar y que la fuerza de tu corazón termina por materializar. ¿Quieres alas? Sueña.

Crecer en Barranquilla fue fascinante; teníamos la calle entera para divertirnos. No había límite y todo parecía confabularse en nuestro favor, incluso cuando llovía y los arroyos crecían, nos mojábamos y nos dejábamos arrastrar por la corriente sin temor. Eso me hacía sentir libre, y curiosamente me llevaba a pensar cómo sería la vida de Emeterio, un gran danés de una amiga de la cuadra, al que mantenían encerrado porque era un perro de competencia y solo sacaban cada vez que había algún concurso o a sus entrenamientos. Perro asqueroso, me asustaba verlo porque tenía un ojo azul y otro café. Además de que me inquietaba su encierro, el que imaginaba lleno de desesperación. Cuando se paraba en sus dos patas traseras parecía un oso, mientras yo me sentía una cucarachita frente a él. Un día ladró tan fuerte que me hizo saltar y caerme. Pensé que me moriría y le dije sus cuantas verdades. Fue una pelea entre ladridos y gritos porque no me dejé, aprovechando que había una reja entre Emeterio y yo que me hizo sentir valiente.

Lo que jamás imaginé es que ese perro fuera malo y de corazón perverso. Un día en que por accidente dejaron abierta la reja, se salió mientras jugaba con mis amigos y mi hermana Claudia en la calle. Cuando lo vi dije: “¡Ahí viene el demonio!”, y corrí con todas mis fuerzas y me metí bajo las piernas de un amigo. Mi cabeza quedó enterrada cual cabeza de aveSTRUZ y mi cucu parado y expuesto. ¿Qué creen que mordió el asqueroso perro? Mi cucu. Yo usé todas las técnicas de defensa, incluida la orinada, y por último me desmayé. Emeterio no me soltaba, le gustaba mi cucu y aunque te parezca divertido, con el cucu no se juega. Mi hermana se lanzó a defenderme y tuvo que soportar los colmillos de Emeterio en su pierna que hasta el día de hoy ahí continúan.

Sigo pensando lo mismo que predicaba María Trapos: el mundo es mejor cuando elegimos darle amor a nuestros semejantes. Yo lo he ido aprendiendo y practicando en muchos momentos de mi vida. Ese día supe que la vida estaba llena de ángeles que acuden cuando menos lo esperas. Claudia, angustiada, no sabía qué hacer porque mi mamá estaba en la casa y mi padre en el trabajo, y fue Carmiña, una vecina a quien teníamos un cariño muy especial porque nos veía como a sus hijas, la que ante la emergencia me llevó en su camioneta hasta el hospital pues me estaba desangrando por mi cucu. Fue terrible: Emeterio me había dejado cual coladera y fueron necesarios 36 puntos repartidos por todas mis nalgas para tapar los estragos. Si no es por Carmiña que llamó a un cirujano plástico amigo, hoy tendría las huellas de Emeterio peor de las que las tengo. Aunque quedaron, no fueron tan terribles como hubieran sido si no llega el cirujano. Gracias a esas cicatrices nunca se me ha ocurrido posar para revistas de señores. No es por falta de ganas, es por pena, no vayan a pensar que anduve en alguna guerra o que me explotó una granada. ¿Ahora entiendes por qué canto con tanta pasión *El cucu*?

Yo creo que ese día había algún planeta histérico porque además del drama con Emeterio, mi papá no apareció sino hasta casi la madrugada, como siempre, sabrosón y alegre. Alegría que mi mamá le quitó con la primera mirada. Aunque en ese momento

hubiera deseado hacerle un pregón, que en algunas partes de nuestra costa colombiana se da muy bien, pero mamá era tan prudente que se aguantó las ganas. El pregón, o cantaleta, es un regaño en tono sacrosanto, muy bien modulado, con lágrimas acompañadas de manoteo, acusaciones, pisoteo de la autoestima y suposiciones que presagian un futuro nefasto. Todo muy bien repartido en un día, una semana, un mes, un año o toda la vida. Algo que las mujeres sabemos hacer muy bien.

—¡Es el colmo, Pototito! Mira a tus hijas cómo están y su padre ni por enterado, pobres niñas.

Él mantenía la calma porque sabía que protestar sería peor, y calladito se veía más bonito. Por eso no perdía la compostura.

Pototito le decía: “Estaba trabajando para traer el pan al hogar. No ves que estas niñas comen mucho y hay que alimentarlas bien?”.

Y él con ternura se sometía; le decía que la entendía, que lamentaba no haber estado en esos momentos tan crueles. Fueron dos semanas de castigo que recibió mi papá. No le habló durante dos semanas, aunque le dejaba su comida muy bien servida, momentos que aprovechaba para mirarlo rayado y decirle: “No te lo mereces. Puede tener veneno”. Papá sabía que era con cariño y el castigo que él se merecía y lo aceptaba sin protestar.

Pero mi tragedia con el cucu no terminó ahí. Pasé casi un mes acostada bocabajo sin poder sentarme, ni salir ni ir a la escuela, y lo más angustiante era que se acercaban los carnavales y todas las fiestas que hay en esa época. Recé e hice promesas para estar recuperada porque no me resignaba a estar encerrada, pese a que mi madre puso un colchón en la terraza y me permitía recibir a mis amigos acostada bocabajo, lo que era un cuadro patético. ¡Quieta, tiempo para aprender a estar quieta!

Hay lecciones que vinimos a aprender todos, incluidos tú y yo. La quietud, la paciencia, el silencio. Por más que les huyas, siempre te llega el momento de aprenderlas y entrenarte en ellas. No les huyas, te alcanzarán.

Con dificultad, lágrimas, súplicas, autohumillación y drama, logré convencer a mi mamá de que me dejara ir a una fiesta que estaban organizando unos vecinos de Carmiña. Me puse mi mejor disfraz, ensayé mi caminado pues por el ardor de las heridas tenía un *tumbao* raro al caminar, algo parecido al movimiento de un pato enyesado. Allá llegué. Mi alegría duró poco, pues en la costa solemos hacernos bromas pesadas y estaba de moda que si te agachabas te daban una palmada y te decían: “¡Mala postura!”. Era algo que se le permitía a los muchachos, tocarnos las nalgas, sin que se viera feo. Yo, que estaba en una época de querer salvar al mundo vi a un amigo triste y me agaché a preguntarle qué pasaba. De repente sentí aquello, una vibración extraña, un dolor terrible, de esos que no alcanzas a gritar porque se te va la voz, que saca lo peor de ti y te convierte en monstruo. Alguien, algún chistoso que no sabía lo que pasaba conmigo, me

dio una nalgada muy fuerte y me dijo: “¡Mala postura!”, mandándome al infierno en ese instante y de paso al hospital a que me rehicieran las costuras. Qué angustia; mi mamá no paraba de regañarme.

”¡No puedo creer que no cuide ni su rabo!”. Ella nunca usaba esas palabras, pero fue tal su enojo que me reiteraba: “¡Eso es sagrado niña! No puede tenerlo remendado. Sea responsable que nadie lo va a cuidar por usted”. A ella, más que los remiendos, le angustiaba la idea de que su pequeña anduviera permitiendo que alguien le tocara las nalgas. Eso sí que la ofendía, pero no sabía qué jueguito traíamos con mis amigos.

Mamá es una típica señora antioqueña que se ruboriza con cualquier cosa, y conmigo perdía los estribos, y aunque no usa malas palabras, a veces recurría a ellas como una forma de hacerme entender. Yo disfrutaba tanto ver sus enojos porque se veía tan bonita, tan guapa mi madre.

En la escuela todo era maravilloso. Nos pusieron una maestra de baile; estudiábamos ballet clásico, ballet folclórico y flamenco, pero como a mí me gustaba hacer reír a los demás, nunca tomé tan en serio las clases como mi hermana Claudia; todo lo que la maestra decía a la derecha, María Trapos lo hacía a la izquierda, hasta que un día la maestra se cansó y le dijo a mi papá que por favor me comprara una guitarra porque no aguantó que yo no tomara en serio su rigidez, algo que soy incapaz de manejar porque creo firmemente que la vida es fluir. Mi padre me compró una guitarra y me hizo muy feliz tenerla. Ya me imaginaba en los coros celestiales acompañada por esa guitarra, amiga y compañera. La guitarra fue eso, exactamente eso, mi compañera, mi amiga en los momentos en que la confusión rondaba mi cabeza y mi corazón. Para ese entonces ya tenía unos trece años, mi edad adolescente, y esa guitarra fue la que llenó mis vacíos y mis soledades, y en la que encontré una increíble manera de desahogar mis sentimientos.

Es importante ver cómo la vida nos va abriendo camino y nos va llevando a donde tenemos que ir. Si tú le ayudas siendo claro contigo mismo y con los demás sobre lo que realmente te interesa hacer, te vas a sorprender al ver cómo los caminos se van abriendo y a tu vida va llegando lo que tiene que llegar. No solo las personas, sino las situaciones y circunstancias que te harán crecer y avanzar.

Desde niña mi contacto con la música fue claro; mi horizonte estaba marcado por el deseo de cantar y expresar lo que sentía a través de canciones. Quizá un sueño lejano para mi entorno, pero no para mí, que sentía la inmensa necesidad de alcanzarlo.

Por eso no temas lo que los demás digan sobre tus sueños, pues a veces nos da miedo expresarlos y terminamos obedeciendo los deseos de otros. Pero aquí no se trata de tener contentas a otras personas, se trata de que estés contento tú. De que te preguntes a diario qué es lo que quieras y que lo sigas, lo busques y te demuestres que eres capaz de alcanzarlo.

No le pongas condiciones a tus sueños; simplemente pregúntate cuáles son y deja que se vayan manifestando dentro de ti. Un día te descubrirás caminando precisamente hacia

allá, hacia el lugar donde habitan tus sueños y tu corazón descubrirá en el camino las señales que te dirán que lo estás haciendo bien.

No te detengas.



Nadie te librará de vivir

El hombre que no piensa sino en vivir no vive.
SÓCRATES

Aunque te cuenten mil veces cómo es algo, aplica muy bien la frase del carnaval de Barranquilla que dice que quien lo vive es quien lo goza. De repente, cuando menos lo esperaba, un dolor en mi vientre me hizo pegar un alarido y pensé que estaba enferma de algo. El dolor comenzó mientras estaba en clase y me obligó a ir al baño. Allí me di cuenta de que ya no era una niña, sino que estaba entrando a la pubertad. Lloré, ¿por qué? No lo sabía, pero lloré y esta vez no fue para llamar la atención sino porque algo dentro de mí me decía que le estaba diciendo adiós a una etapa de mi vida que amé con todas mis fuerzas.

No temas soltar. Es la única manera de estar libre para recibir. Cada día suelta esa parte de ti que ya fuiste para recibir la que serás.

En esta vida te previenen frente a todo, te advierten y te llenan de fantasmas por lo que va a venir. El solo hecho de escuchar que ya no vas a ser la misma, que tendrás que asumir ciertas responsabilidades y cuidados hace que uno reciba los cambios con dolor y un poco de resistencia. Eso me estaba pasando. Me dolía todo, sentía tanto malestar en mis pechos, en mi abdomen, y esa sensación extraña que te sume en el miedo y la tristeza. En aquellos tiempos no era mucha la información que nos daban, y ese tipo de situaciones había que asumirlas casi en secreto pues todavía formaban parte de un tabú social y de muchas leyendas urbanas. Para que te hagas una idea, yo llegué a escuchar que los niños nacían por las axilas.

Hoy pienso que hay muchas cosas que te dicen lo mismo: *Tú puedes sola, tienes toda la fortaleza para enfrentar lo que se presente en tu vida.* En mi caso, he tenido que resolver tantas cosas sola que me han hecho fuerte, y por qué no decirlo, un poco sabia para mantenerme en pie. A veces creemos que los demás tienen las respuestas y esas respuestas solo están dentro de nosotros, por eso aprendí a escucharme y a descubrirme momento a momento, sin permitirme hacer responsables a los demás por los asuntos de mi vida. Hoy sé que todos somos frágiles, vulnerables, pero a la vez infinitamente fuertes cuando contamos con nosotros mismos y aprendemos a escucharnos.

Hay momentos de la vida en los que a quien realmente necesitas escuchar es a ti mismo. Que ese *todo está bien* a quien debes decírtelo es a ti. Esa etapa para mí fue de introspección y de reafirmación como persona. No sentirme mal por lo que estaba pasando, aceptar el duelo por la niña que se iba, por los momentos vividos y por tantas cosas que cambiaron cuando empecé a transformarme en adolescente y a enfrentarme a un mundo diferente. A todos nos ha pasado: de repente nos encontramos a las puertas de

mundos diferentes, los mismos que creamos desde nuestro interior, producto de tantos cambios que vienen en esos años.

Los años se van encargando de llenarte de información, la que sin importar si es buena o mala no es más que montones de ideas que te roban la inocencia y la pureza de tu infancia. Poco a poco te conviertes en alguien que cree que sabe vivir, pero lo que vas aprendiendo es a convertirte en estratega en este mundo lleno de ambiciones, miedo, dolor. Un mundo que te enseñan que es para conquistarlo y doblegarlo, jamás para disfrutarlo y amarlo tal cual es. Por eso nos volvemos guerreros de la vida, sin darnos cuenta de que un guerrero siempre necesitará una guerra, vencer, conquistar, y para ello arrasar vidas, sentimientos, lugares, ideas, todo.

*Si tuvieras que decirte algo trascendental para tu vida,
¿qué te dirías? ¿Por qué no te lo dices?*

A la gran mayoría le ocurre que siente una nostalgia persistente y no se da cuenta de que es por esa pérdida de la inocencia que se va yendo y jamás vuelve, a no ser que tomes conciencia de ello y decidas recuperarla, lo que implica un gran esfuerzo y una fuerza de voluntad muy grandes.

Había comenzado a perder mi inocencia y a darme cuenta de muchas cosas que me causaban dolor y angustia. Cosas que no entendía y que no me atrevía a preguntar.

Es curioso que cuando somos niños queremos ser adolescentes, pues el ímpetu de los adolescentes se nos hace atractivo. Pero al ser adolescentes entendemos con dolor que no somos más que un manojo de confusión que, como la palabra lo indica, adolecemos de todo, y entonces queremos ser adultos porque pensamos que ahí está la libertad y la felicidad. Pero al llegar a esa etapa nos encontramos con tantas frustraciones que desesperadamente queremos volver a ser niños, pero ya no nos acordamos de cómo era, y entonces la opción es sumirnos en la desesperanza y permitir que nos vaya matando lentamente.

Sin embargo, insisto, y esto va para ti y de paso para mí: todos los momentos son buenos para abrir las puertas de tu corazón y permitir que la luz entre. Este es un buen momento; pregúntate, por ejemplo, qué te genera tristeza y si vale la pena seguir alimentándola. Porque la tristeza, la frustración, el dolor emocional o el resentimiento son cosas que uno alimenta cuando tiene los ojos puestos en el pasado y en situaciones y personas que cree que le hicieron daño. Toma la decisión ahora de permitirte abrirte a la luz y salir de esa oscuridad que crees eterna, entendiendo que cada cosa que ha pasado en tu vida pasó para algo.

*La luz puede tocar a tu puerta, pero solo tú puedes
abrir esa puerta y permitirle entrar.*



¿Amores o demencias?

La verdad adelgaza y no quiebra y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.
MIGUEL DE CERVANTES

El ser sabe lo que vino a vivir y por eso es importante tener en cuenta que todo lo que ocurre afuera comienza primero adentro, pues desde allí creamos los caminos de esta vida. Cuando los años van pasando quieres vivir lo que otros ya vivieron; el amor es una de esas cosas, inevitable, arrasador y enloquecedor. Yo no me escaparía de vivirlo y poco a poco fui dando mis primeros pasos al encuentro de esos primeros amores, muchos de fantasía, otros reales y trascendentales. Soy de esas que se enamoran mentalmente, breves destellos que se apagan con la misma rapidez con que empezaron, pero mi verdad es que en toda mi búsqueda pocas veces he encontrado el amor verdadero. Ese que jamás podrás olvidar y que agradeces siempre que se haya cruzado en tu camino.

Es por eso que vale la pena repetirse que todo lo que hemos vivido forma parte de los capítulos de una historia de vida que nos correspondía tal cual la vivimos. No se vale la culpa, no se valen los juicios, porque con los años escuchamos a nuestro maestro interior diciéndonos: “Estuve bien. Hiciste lo que tenías que hacer, recorriste el camino que tenías que recorrer”.

No importa lo que esté pasando en tu vida, escucha a tu corazón y te dirá que puedes estar tranquilo. No hay culpas, no hay juicios, no hay condenas. Lo hiciste bien. Cuando entiendas esto te sentirás libre.

Para ese entonces, mi hermana Claudia recibía la visita de un par de gemelos idénticos, guapos, güeros y de ojos azules. Mi hermana no permitía que yo saliera a recibir a la visita con ella, porque le parecía imprudente de mi parte, pero dentro de mí había un volcancito a punto de explotar, pues uno de ellos, Alfredo, me generaba mariposas, qué digo, corrientazos, al punto de que me sentía electrocutada con su mirada. No importaba que yo estuviera gordita, me sentía la Barbie que ese Ken se merecía.

Recuerda que lo que hoy significa todo para ti, mañana quizás no represente nada. Si algo te atormenta ahora, piensa en que quizás en un año, dos, o más, será solo un recuerdo incapaz de hacerte daño.

Un día saqué toda mi artillería y me animé a invitarlo a comer tutti-frutti, y pese a que mi hermana se negaba a quedarse sola con Luis, yo quería estar sola con Alfredo y no estaba dispuesta a perder la oportunidad, pues Claudia no estaba muy interesada en esa relación y eso podía ser perjudicial para mis intereses. Me imaginaba que un día no

volvieran los gemelos y por eso ataqué a tiempo.

Fuimos por el tutti-frutti y era evidente que él se veía mayor junto a mí, pues tenía por lo menos cinco o seis años más que yo. Yo tendría 13 años y el 18 o 19, pero no me importaba, estaba decidida a conquistarlo. No podía parar de mirarlo a los ojos, de sonreírle, de escucharlo y celebrarle cualquier tontería que decía. Sentía que era el hombre de mi vida, con el que me casaría, y voló tanto mi imaginación que un día me dieron ganas de llorar pensando que sería su viuda. Ahora tenía a quién cantarle con mi guitarra y componerle canciones. Debo aclarar que él no era exactamente el primero; en la escuela se puso de moda un juego interesantísimo que se llamaba *la botella*. Nos sentábamos en un lugar discreto de la escuela, poníamos una botella de Kola Román, un refresco rojo, dulce y delicioso popular de Barranquilla, y la hacíamos girar en el piso. A quien señalara la boca de la botella tenía que besar a quien la había hecho girar. Yo encantada giraba la botella, y fue donde me di cuenta de la mágica sensación de un beso. Eso era lo mío. Así llegaron mis primeros besos, que debo advertir estaban cargados de una gran inocencia. No iban más allá de un toqueteo de labios rápido, sutil y coqueto pero que hacía estragos en la mente y me producía unas cosquillitas incitadoras que me sugerían ir por más.

Procura ser equitativo en la importancia que le das a las situaciones, a las personas y las cosas. Aquello a lo que le des demasiada importancia terminará convirtiéndote en su esclavo.

Pese a que Alfredo no parecía muy interesado en mí y su actitud era más la de un hermano mayor que cuida a su hermanita intensa, yo confiaba en que llegara a enamorarse. Me costó un gran trabajo que se diera cuenta de que yo estaba enamorada de él; bueno, lo que se podía llamar enamorada en ese momento y que ahora veo como una gran carga de curiosidad, y que no iba a quedar tranquila hasta que no cayera en mis redes. No era nada malo, solo el deseo de un beso de amor que me reafirmara que yo era la princesa de los cuentos de hadas y él mi príncipe de carne y hueso.

Un día escuché las palabras mágicas: “¿Quieres ser mi novia?”. Y como en ese entonces todo tenía una especie de guion que uno debía cumplir a cabalidad, yo le dije – para que no se me notaran las ganas, porque mi mamá me decía que quien muestra las ganas no come, y yo quería comer–, cerrando los ojos como las actrices de las telenovelas y con un aire de mujer confundida e interesante: “Déjame pensarlo. Es una decisión muy seria para mí”. En mi interior pensaba en lo tonto que resultaba eso ya que era algo que estaba deseando con todas mis fuerzas. No sabes lo que fue aguantarme las ganas de plantarle un beso en esa boca y decirle: “Contigo hasta el infinito y más allá, papacito”.

Eres el actor principal en la película de tu vida y actor

de reparto en la historia de vida de los demás.

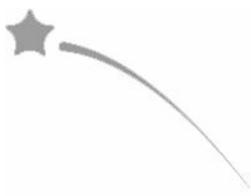
No me tardé mucho pensando pues al otro día ya quería darle mi respuesta, y al ver que él no preguntaba nada me adelanté y le dije: “¿No te interesa lo que pensé?”. Él me contestó la línea exacta que según mis amigas un hombre que estaba interesado en una decía: “No te quiero presionar”, y yo que me moría porque me presionara. Pero me tuve que aguantar y decir lo que exigía el libreto: “Vamos a intentarlo, pero no te prometo nada”. Lo curioso es que luego de que le di el sí, solo pensaba en el chicle sin sabor pues eran tantos los besos que ya no tenían gracia, y además me daba un poco de asco tanta baba. La misma que asimilé cariñosamente cuando sentí que me estaba enamorando de él.

Pero la inocencia estaba por emprender su despedida; la vida estaba esperando que cumpliera 14 años para darme un fuerte golpe que traería muchos más. Aunque Alfredo fue aceptado en mi casa, su presencia no fue bien recibida por mi padre, quien sintió que su María Trapos estaba empezando a abrir las alas, y una noche tormentosa se convirtió en ese fantasma con el que muchas mujeres cargamos. Lo que ocurrió es como esas partes de las películas que uno decide editar, y yo he decidido no detenerme ahí porque he entendido que todas las experiencias que vivimos tienen un por qué y un para qué.

*Al final todas son escenas, simples escenas que pasan
aunque te llenen de terror, dolor y frustración. Ninguna
puede ser tan importante como para arruinar la
película entera de tu vida.*

Fue muy difícil aceptar que los adultos hacen y dicen cosas que cuando somos adolescentes no entendemos. Aprendí a no juzgar a mis mayores, sobre todo a los padres, que aunque equivocados tienen sus razones para sus actos, porque muchas veces, cuando pedimos auxilio, esos seres que amamos y que sé que nos aman, no nos escuchan y dolorosamente nos dejan solos. Darme cuenta de que la vida no era tan color de rosa me causó un gran desengaño, decepción y un gran miedo. Hoy en día me pregunto el por qué de esos renglones torcidos de nuestras vidas y la respuesta es simple y contundente: para que le pierdas el miedo a los fantasmas de tu mente. Si estoy aquí es porque pasé el puente, las tormentas, y los rayos no me mataron enseñándome a que solo quien se arriesga a dar un paso adelante puede encontrarse nuevamente con su paz y sus sueños.

*Enfrenta tus miedos, los actos de los demás, la angustia
de tu corazón. No les permitas que te arrinconen,
enfréntalos.*



No aprende a vivir quien no aprende a decir adiós

Es inútil volver sobre lo que ha sido y ya no es.

FRÉDÉRIC CHOPIN

Yo no justifico el rencor ni el resentimiento en un ser humano porque pienso que para vivir con ellos sobran razones, y en mi caso, si he luchado contra algo ha sido con esos dos fantasmas. No me interesa entregarle mi vida al dolor y menos al resentimiento. Hoy pienso que muchos adolescentes crecen con un rencor o alguna vivencia que no se atreven a contar, y por lo mismo ese silencio no les permite vivir sin cargas; creo firmemente que nunca nos enseñan el desapego del pasado y de esas vivencias dañinas, y tal vez por eso tienen que pasar muchos años hasta que entendemos el por qué de aquellas cosas que nos pasaron. Los que se niegan a entender y a soltar terminan resignándose a vivir con esas cargas toda su vida.

Cuando escucho hablar de las miles de enfermedades que aquejan al ser humano me doy cuenta de que hay un factor común en todas ellas, que es que quienes las padecen vienen de serios episodios de enojo y resentimiento. El enojo, ese veneno que generamos cuando alguien o algo no hace lo que nos parece que tenía que hacer, o cuando la vida nos presenta situaciones que nos negamos a aceptar, se va acrecentando con el paso de los días. Mi pregunta es: ¿para qué nos sirve aferrarnos a algo que nos dañará tarde o temprano? ¿No valdría la pena preguntarnos por qué estamos enojados y decidir de una vez por todas limpiarnos de ello?

Una persona que quiere alcanzar sus sueños quizá no lo logre si tiene que cargar con esas pesadas cargas del pasado. Cosas que no puede solucionar y que terminará repitiéndose una y otra vez en su mente al punto de llegar a momentos de demencia. ¿Vale la pena eso?

Si tienes un sueño que realmente es importante para ti pero estás lleno de enojo o resentimiento, lo más seguro es que se te dificulte alcanzarlo, porque los sueños nos traen felicidad y quizá estás tan ocupado cargando tus dolores que no tendrás fuerza ni para avanzar y menos para recibir lo que te llenaría de felicidad.

Qué tal si por esos sueños que son tan importantes para ti te atreves a soltar el dolor, el enojo y el resentimiento del pasado. Seguro te sentirás más libre para avanzar y con el corazón dispuesto a recibir.

Mi papá era un hombre muy joven, tenía 39 años, y era gerente de radio Olímpica, una compañía a la cual aportó muchas cosas buenas. Su trabajo le permitía conocer a muchos artistas y nosotros terminamos involucrados en ese medio. Junto a mi padre conocí a artistas de fama a nivel nacional e internacional, pero quien me llamó más la atención fue Celia Cruz. El brillo de Celia se convirtió en un faro y una luz que uno quería seguir. En aquel momento pensar en que yo iba a desarrollar una carrera artística era algo que no me pasaba por la mente, pero sin darme cuenta hacia todo para ir construyéndola. Ver a Celia era ver a una diva con un brillo especial, que en mi caso

terminó impregnándose dentro de mí sin darme cuenta. Esa mujer que sonreía siempre, que al igual que María Trapos se decoraba con sus pelucas, sus aretes grandes, sus zapatos diseñados y hechos especialmente para ella y esos vestidos maravillosos, no podía pasar desapercibida para mí. Recuerdo que un día le pregunté a mi hermana qué se sentiría ser como Celia, y yo misma me respondí: “¡Debe ser maravilloso!”.

Señales; la vida está llena de señales. Tú las ves, tú las ignoras, tú las sigues. Siempre tú.

Sin darme cuenta, con todo mi corazón y mi fe estaba trazando mi camino, pero de repente toda esa felicidad e inocencia se convirtió en una realidad difícil de entender. No comprendí muchas cosas y viví con ellas hasta hace poco, aunque nunca dejé de tener fe ni de creer que la vida tenía que ser feliz porque a eso vinimos a este mundo: a disfrutar de las cosas sencillas y maravillosas que nos ofrece Dios en su creación.

De repente mi vida dio un giro muy fuerte. Aunque papá y yo ya no nos llevábamos como antes porque él estaba en su trabajo y yo con mi novio, nuestra relación era buena. Un día comenzó con unos síntomas extraños que llamaron la atención de todos en casa. Perdió la coordinación de movimientos y al ir al médico le encontraron que tenía un aneurisma en la carótida. Según el médico, papá tenía un corazón de atleta y un cerebro de viejo. Los días de mi padre estaban contados, al igual que los días de mis abuelos maternos.

Mi padre murió el primero de marzo a los 39 años, cuando mi madre ni se lo hubiera imaginado. Aún recuerda que la sangre se le fue a los pies, como forma de decir que se quedó helada cuando el doctor le dijo: “Félix se acabó”. Su mundo se derrumbó y a eso se sumó que mi abuelita murió el 14 del mismo mes y mi abuelito a los dos meses. El dolor había tocado a la puerta de mamá sin piedad.

Cuando alguien muere algo nace en ti. Ese es su legado.

No sé cómo hizo mi madre para seguir viviendo sin dinero, para mantener a sus cinco hijos con 39 años, viuda y huérfana. Me imagino su dolor, su soledad y su lucha interna para enfrentar la incertidumbre de aquellos momentos. Hace poco me dijo que si no hubiera sido por sus hijos ella hubiera muerto de tristeza. Dios sabe cuánto admiro a esa mujer. Y Dios sabe también que en ese momento tuvimos que volver a nacer.

La muerte es tan importante como la vida, y negar que es una parte esencial de nuestro paso por este mundo es mentira. No vale la pena autoengañoso porque nadie ni nada es eterno, menos nosotros, y hay una lección de vida que es quizás de las más difíciles de aprender y aceptar, se llama desapego. Mi gran tarea, mi gran escuela, mi gran dificultad.

Para mí fue terrible enfrentar la ausencia de mi padre. Sentir que se fue así, de un

momento a otro, dejándonos tantos vacíos y tantas preguntas y obligándonos con su partida a ver la cruel realidad de la vida: nada es para siempre.

No sé por qué me aferré a mi guitarra mientras pensaba en una forma de equilibrar ese momento tan cruel. En mi mente, esa otra yo que se negaba a dejarse arrastrar por el dolor comenzaba a tararear la primera canción que compuse en mi vida y que estaba dedicada a él:

Papá, Dios te ha llamado. / Nada será igual, /
yo me siento sola si no estás tú aquí. /
La casa ha perdido su luz.
Nada está igual, vuelve, / te lo pido por favor.
Vuelve a despertar.

No me atreví a verlo en el ataúd, me daba miedo; prefería encontrarme en mi mente con él y allí en esos encuentros hice muchas promesas. Prometí olvidos, perdón y cumplir un sueño para que donde él estuviera supiera que por encima de cualquier cosa mi amor era más grande y con él lo quería cubrir. Le decía que llegaría tan lejos como esos artistas que él admiraba y que pasaban por la emisora buscando conquistar a un público. Otra vez, ahí, en ese espacio infinito llamado mente, en donde no hay límites que nos impidan encontrarnos con los seres que amamos, le prometí que brillaría para que él se sintiera orgulloso de su hija, de su Pildorita.

Solo quien tiene quien lo recuerde logrará la inmortalidad.

La primera noche después de que papá se fue se me hizo eterna. No podía sacar de mi mente las imágenes de su entierro que me agredieron, pues ver que metes en un hueco a alguien que has amado tanto me partió el alma. Escuchar el llanto de mis hermanos, de mi madre, de los amigos que tanto lo querían me lastimó. Hay una imagen de mamá que tengo presente: con una pequeña carterita aferrada a su pecho, como si fuera el ancla que le permitía estar en este mundo. Con el tiempo me atreví a preguntarle qué guardaba allí con tanto cuidado y me confesó que eran 3 mil pesos colombianos, que en aquella época tenían un valor significativo y representaban la comida del día siguiente.

Cuando tienes que enfrentar tus pruebas no hay nada que te lo pueda evitar. La carencia era algo que teníamos que afrontar, pues papá había dejado unos seguros que no se pagaron porque él enfermó y se vencieron, pero tampoco nos dejó deudas. Total, no teníamos nada que nos garantizara seguir viviendo como hasta ese momento, pero sí

la oportunidad de comprobar que para vivir no se necesita nada más que de uno mismo y su propia fe.

Sentí que era cruel dejar a mi padre en aquel cementerio, quizá por eso hoy pienso que la cremación es una opción menos agresiva. No pude conciliar el sueño porque sucedieron cosas extrañas. Cuando intentaba cerrar los ojos lo veía, y de repente mi cama se cayó. No quise dormir, me quedé toda la noche despierta para recordarlo, escribir letra a letra su canción y pensar.

Mamá no volvió a casarse nunca ni a tener novio. Su vida la ha dedicado a nosotros, y aún tengo en mi mente el valor que desarrolló en aquellos días para levantarse de nuevo y sacarnos adelante. Mamá no tuvo tiempo de llorar porque la esperaban cinco hijos que estaban tan confundidos como ella, que había quedado con la responsabilidad de mantener aquel hogar en pie. De ella aprendí que a veces la vida te da golpes tan fuertes que si no te levantas rápidamente terminan por aplastarte.

Comprobar con tus ojos cómo vuelves a la tierra a convertirte en parte de ella es algo que nos trasforma y nos enfrenta a nuestra propia trascendencia, pues con quien muere mueren muchas cosas nuestras. Por ejemplo, con papá murió parte de nuestra seguridad, de nuestra estabilidad y esa inocencia de la niñez, pero sin darnos cuenta estaba naciendo a la vez en cada uno de nosotros una fuerza que no conocíamos, la seguridad y la claridad para construir nuestras propias vidas pues ya no había quien nos cuidara, y ahora era nuestra responsabilidad. Eso me enseñó que tienes dentro de ti toda la fuerza interior para lograrlo, y que cuando no la usas en tu favor terminas usándola en tu contra. Entonces entendí que cuando pones tu fe en las cosas dolorosas, más las atraes, más te ocurren tragedias, más dolor llega a tu vida. Pero cuando eliges enfocar toda esa energía en ti mismo todo cambia y la vida te dará lo que estés pidiendo. Hoy sé que es de simple lógica.

Al que tiene se le dará más, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

MATEO 13:12



No todos saben lo que te conviene

La peor decisión es la indecisión.

BENJAMÍN FRANKLIN

El olor de pan con mantequilla al horno marcaría aquella época y perfumaría sus atardeceres. Pese a que la vida le estaba deparando una tragedia, doña Marina, mi madre, se daba tiempo para hacernos ese pan cuando llegábamos de la escuela, a la que fuimos mientras nos duró el dinero, y enseñarnos de esa manera que la felicidad está en las cosas simples, esas que te hacen volver en recuerdos a los lugares donde amaste la vida. Mi escuela se llamaba San Nicolás de Tolentino, y su nombre lo recuerdo tanto como el olor a café con leche de su directora, la *seño* Flor, al hablar. Podría decir que fue una época difícil, y quizá en ese momento así lo veía, pero en mi recuerdo quedó grabado como un tiempo mágico, de esos que no vuelven, como los tiempos del cometa.

Al no poder pagar la escuela, mi madre no tuvo más remedio que buscar ayuda con los “amigos” de mi papá. Algunos de los cuales aprovecharon la situación para hacerle propuestas indecorosas a cambio de esa ayuda; propuestas que por supuesto mi madre rechazó. Pero así son algunas personas, “ven burro y se les antoja viaje”.

El mundo te mostrará su crueldad para darle la oportunidad a tu corazón de demostrarle tu bondad.

En ese tiempo mamá fue a pedir becas para nosotros en la escuela donde estudiábamos desde el kínder pero no se las concedieron. Entonces alguien le consiguió becas para mi hermana y para mí en una escuela de “niñas bien”. Fue terrible ese cambio para mí, mientras que para Claudia fue fácil adaptarse a su nuevo colegio. Hizo grandes amigas con las que todavía comparte. Yo no pude con el paquete, mi mente estaba en otro lado, en las lágrimas de mi madre y en las necesidades de cada día. En mis hermanos pequeños y en el futuro. Para ese entonces éramos cinco bocas que alimentar. Claudia la mayor, yo, que comía por ocho, Juan Darío, Luz Elena y Luz Marina.

Cada vez que enfrento un problema recuerdo que todos los momentos de crisis nos hacen creativos. Mamá se las arreglaba como podía; vendía publicidad, hacía chuzos, que son brochetas de carne con una papa pequeña en la punta, y sacaba su asador a la terraza de la casa y preparaba comidas para vender. Sin darse cuenta, mamá me enseñaría que el único problema real es perder la fe, y que mientras la mantengamos viva siempre crearemos nuevas realidades.

Era mágico ver cómo ese dinero, que tanta falta nos hacía, iba llegando a cambio de un chuzo, de un plato de sopa, de una cajita con arroz y carne molida o de cualquier producto de los que posteriormente venderíamos en una tienda que montamos en el garaje de la casa. Tienda a la que siempre le debíamos porque nos comíamos todo.

Yo sufrí *bullying* en la escuela porque era la niña nueva y pobre. Me convertí en blanco de críticas y burlas al punto de casi terminar aplastada por el desprecio y el odio que tienen algunos niños para hacer daño. Me aguanté todo, incluso que me echaran la culpa por las bromas pesadas que hacían a los maestros.

Una vez empezaron a pasar un papelito enrollado donde tenían pintada, no muy bonito, la verdad, por lo que alcancé a ver, a la maestra de taquigrafía. Ella era monja y de muy pocas pulgas, demasiado seria y estricta. Cuando el papelito llegó a mis manos y me tocaba pasarlo, se me cayó al piso por los nervios y la maestra me ordenó que se lo llevara. Me levanté muerta de la pena, porque si algo no me gusta son las bromas pesadas y las burlas. Se me fue la voz, no fui capaz de responsabilizar a nadie, me quedé callada porque tuve en ese momento una mezcla de sentimientos terribles: dolor, humillación, vergüenza, enojo. Nadie me ayudó, porque ahí sí todos son cobardes. Me llevaron a la dirección y casi me expulsan. Querían que confesara algo que yo no había hecho, pero no lo hice, por lo menos así me protegí aunque ese dolor quedó durante mucho tiempo dentro de mí.

Te querrán imponer muchas reglas, pero las únicas que funcionarán serán las tuyas. Nunca te traiciones.

El director ya sabía cómo eran mis compañeras y eso me ayudó para que creyera en mi inocencia. Conciliamos, y a cambio del castigo hice la promesa de componer una canción para cantar en la misa de 7 de la mañana antes de entrar a clase. Siempre las cosas pasan para algo bueno. Siempre.

Eso no le cayó muy bien a algunas de mis compañeras que esperaban verme fuera del colegio, lo que ya era bastante incómodo, pero era eso o salirme de la escuela expulsada como una muchachita irrespetuosa y odiosa que no era. Sin embargo, yo seguía sintiéndome un sol y estaba dispuesta a no permitirle a nadie que me opacara pese a mi vulnerabilidad. Hoy me doy cuenta de que he creído en mí y esa es una de mis fortalezas. Quien cree en sí mismo sabe que siempre hay una salida y un destino.

Me dediqué a tocar mi guitarra y gané algunas amigas que estuvieron de mi lado, lo que me hacía más llevadera la vida en la escuela. Sin embargo, me volví silenciosa y poco confiada. Sería mentira negar que ese tipo de situaciones no dejan lastimado tu orgullo y te hacen sentir pisoteado. He aprendido que en esta vida nada es tan grave, y lo hice cuando una de mis mejores amigas, que solo tenía 15 o 16 años, se casó y abandonó la escuela. Entonces vi que no todo era tan estricto y que nada tiene que ser como nos han dicho. El que ella se fuera me dio alas para pensar también en hacerlo yo. Quizá mi destino no estaba en las aulas. La vida siempre te da señales, solo hay que saberlas interpretar.

Millones de personas viven hipnotizadas por reglas que otros han creado; sin embargo, es tu responsabilidad

*despertar y elegir en qué crees tú para generarte paz.
La paz siempre empezará en el respeto por ti y los demás.*

Mis calificaciones empezaron a bajar muchísimo. Ya no me levantaba con el mismo entusiasmo, y un sentimiento de abandono y confusión se apoderó de mí al ver a mi mamá buscando trabajo, haciendo lo que podía por sostener una vida a la que mi papá nos había acostumbrado. Mis hermanos pequeños, Juan Darío, Luz Elena y Luz Marina, eran muy chiquitos para darse cuenta de los problemas que existían en nuestra familia quebrada por el destino, y a Claudia y a mí se nos había corrido el velo mágico que nos había puesto mi padre y ahora teníamos a la realidad frente a frente.

Ver llegar a mamá tan cansada y muchas veces derrotada por no haber vendido nada en el día me robaba la paz. Entonces empecé a pensar seriamente en dejar la escuela para ayudar en mi casa, porque sabía que mamá no podía sola y una de nosotras tenía que echarle la mano. Claudia era buena en la escuela, y además de estar próxima a terminar, estaba contenta, mientras yo era una adolescente llena de miedos y con unas calificaciones tan terribles que decidí hablarlo con mi mamá; no le hizo mucha gracia, pero estaba cansada y había tanta necesidad que no tuvo más remedio que aceptar mi decisión. Me sentí libre y feliz.

El corazón es el motor donde vibra la vida. Escúchalo.

Durante mucho tiempo sentí cierta culpabilidad por no haber continuado en la escuela, hasta que me encontré con dos frases maravillosas de Einstein que me redimieron de esa culpa. Una de ellas dice: “La imaginación es más importante que el conocimiento”, y en ese momento lo que yo tenía era imaginación para encontrar soluciones. Por eso hoy me siento afortunada de haber escuchado a mi corazón y a esa fuerza interior llamada intuición que nunca falla. La otra frase es aún más maravillosa y me hizo amar a Einstein: “La educación es lo que queda una vez que olvidamos todo lo que se aprendió en la escuela”.

Menos mal que yo no perdí tiempo en la escuela, y esto ha sido trascendental para mí, pues el no haber terminado esos años escolares me hizo desarrollar mi creatividad y esa capacidad para enfrentar la vida, transformándola con mis sueños. Creo que hoy en día mucha gente que termina sus carreras universitarias vive presa de sus miedos, porque no desarrolló su creatividad e ignoró lo que le dictó su corazón. En mi caso solo tuve una opción: avanzar hacia mis sueños, y la vida me demostraría que cuando quieras algo el camino se va abriendo y nadie te puede detener. Solo hay que tener fe y a mí nunca me ha faltado. Quizá por eso siempre corro el riesgo más importante que un ser humano puede correr: soñar.

Mi camino comenzaba. Cerca de mi casa había un lugar que se llamaba El Palacio de Quique, en donde Marco Aurelio Álvarez, uno de los amigos entrañables de mi papá y

muy reconocido en la radio por sus conocimientos de música, pero especialmente de los boleros, organizó una comida para promocionar a Óscar Golden, una estrella colombiana, hermano de Diana Golden, una gran actriz radicada en México.

Ese evento se convertiría en algo muy especial para mí, pues Marco y Rosalba, su esposa en ese entonces, eran tan cercanos a nosotros que los veíamos como unos padres más. Bastó mi carita de niña buena para convencer a Marco Aurelio de incluirme en la lista de ganadoras. Las otras solo hicieron una llamada, yo pataleta, carita, ternurita y todo cuanto pude, o sea, no pienses que me salió gratis. El problema era que yo era menor de edad y tenía que parecer más grande pues el público que seguía a ese cantante era un poco mayor que yo. Urgía vestirme de mujer.

*Dios te ama tanto que jamás quitará la montaña que
pone en tu camino, pero sí te dará las fuerzas para
subirla.*



Y me vestí de mujer

La mujer es el reposo del guerrero.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Le pedí prestado un vestido a mi hermana Claudia, quien no era muy fácil de convencer para ese tipo de préstamos. Me acuerdo que era de algodón pintado a mano con unas flores grandes que llegaban a la rodilla, abierto a un lado y largo hasta los tobillos, sin mangas y con escote.

Ahí va María Trapos, maquillada y entaconada, con todo prestado, vestida de mujer y con su corazón de niña que no se detenía y como un gran motor que me daba fuerzas para ir tras mis sueños. Mi cabello era largo hasta la cintura y frente a una vitrina de un gran almacén me miré con orgullo: lo había logrado, me veía mayor y muy bonita. Me había vestido de mujer e iba con mi compañera de camino, mi guitarra. Ya era una ganadora porque mis planes iban más allá de asistir al homenaje, y en cuanto tuve la oportunidad de hacerlo me puse a cantar y logré mi objetivo: que el dueño me oyera y me diera trabajo, lo cual sucedió casi inmediatamente. La necesidad tiene cara de perro que amenaza con mordernos y nos lleva a desarrollar una fuerza que nos impulsa y nos hace creativos. Nunca lo olvides.

El Palacio de Quique era un lugar compuesto por un restaurante, un bar y una discoteca. Como yo era menor de edad me contrataron para cantar en el restaurante con mi guitarra, y allí estaba, vestida de mujer, cantando sin importarme si me escuchaban o no, luchando contra el ruido de los platos, los cubiertos, las risas y el murmullo de la gente. Reconozco que esto forma parte de una de las pruebas más importantes que hay que pasar: cantar para públicos difíciles, que difíciles, ¡imposibles!

Los obstáculos son importantes en tu vida. Más importantes de lo que te imaginas; no les huyas, sácales provecho.

Pretender que se emocionen con canciones como *Alfonsina y el mar* mientras desean con todas sus fuerzas comer, no es nada fácil. Sin embargo, eso te da temple, porque es evidente que lo menos importante allí es el cantante y su *show*. La gente no quiere soltar los cubiertos para aplaudir, menos dejar de comer, y por supuesto, bajar la voz. Si tenemos en cuenta que muchos iban allí a hablar de negocios o a decirse cosas de amor, pues no resultaba fácil. Pero era parte del camino y yo era la caminante decidida a dar un paso adelante siempre.

Sin embargo, aprendes de estas experiencias, y yo aprendí a sacar lo mejor de mí para que mi voz llegara al corazón de esas personas. Tenía que justificar lo que me pagaban, y si bien allí lo atractivo eran los cortes, el pescado y los arroces, decidí que yo competiría con ellos. Les empecé a alimentar el alma con mis canciones y lo logré. No estaba yo

para permitir que me robaran la atención, la misma que desde niña había aprendido a tener sobre mí. Así, me fui convenciendo de que cantar era lo mío. Era un reto ganarse a ese tipo de público, al punto de que cuando llegaran preguntaran por mí, y luego por el menú. Desde muy joven sentí la pasión por cantar y siempre he dado lo mejor; sin importar en dónde me presente ni si son veinte o un millón las personas que van a verme, siento el mismo respeto y les entrego todo mi amor para que se vayan felices.

Es imposible no ser feliz cuando haces lo que te gusta.

Ese fue mi primer trabajo como cantante. No ganaba una gran cantidad, pero para nosotros era mucho teniendo en cuenta la situación en la que estábamos. A muchas personas que me preguntan el secreto para llegar al éxito les digo que es una mezcla de pasión, fe, trabajo, tenacidad, perseverancia y honestidad, no solo con lo que haces, sino para reconocer esas cosas que nos gustan y que quizás otros juzgan o se niegan a recibir, como un aplauso, además del amor suficiente para generar esa fuerza que no permitirá que te rindas nunca. Los aplausos alimentan mi alma y me llenan de una magia que no sé explicar pero que le da sentido a mi vida.

He aprendido a dar lo mejor para recibir lo mejor. Ello implica dar amor a cambio de amor; respeto a cambio de respeto, y ser humilde para abrir los brazos y aceptar la vida como viene. Humildad también implica aceptación, y quizás por eso Miguel de Cervantes dijo que era la mayor de todas las virtudes, y no hay duda de que así es. Para mí, ser humilde ha implicado reconocer a las otras personas con sus defectos y cualidades, pero también reconocerme a mí misma con mis aciertos y mis errores. He entendido que para recibir amor se necesita ser el más humilde de todos, pero ante todo aprender a amarse, algo que no es fácil y te puede tomar toda la vida.

Con el dinero de la liquidación de papá mi mamá cumplió uno de los sueños de don Félix, comprar una discoteca a la que llamó Super Star. Nos mudamos de casa porque no podíamos sostener la renta y nos fuimos a un barrio más barato. Luis y Alfredo, los mellizos, empezaron a trabajar en la disco y yo conseguí trabajo en una zapatería. Imagínate en una zapatería, era como poner a un hambriento frente a una hamburguesa. Pero había algo más y era ese placer oculto al lograr una venta. Soy una excelente vendedora y creo que todos podríamos aprender a vender nuestros sueños sin esperar a que los demás lo hagan por nosotros. Como me gustaban los zapatos, no tenía ninguna dificultad en venderlos pues me los probaba y servía de modelo hasta que convencía a las clientes de llevárselos. Era un momento glorioso.

Tienes que vender y no permitir que se apague nunca tu voz. Vendas tu trabajo, vendas tus sueños, vendas tu amor, vendas tu compañía y no precisamente a cambio de dinero. Todos vendemos algo.

La casa a donde nos mudamos era grandísima y vieja, y varias veces sucedieron cosas extrañas: veíamos a un niño que jugaba, se asomaba y hacía ruidos. Cómo se acostumbra uno a esas cosas, tanto que llegan a formar parte de tu vida, ni modo de irse, ¿a dónde? Así que aprendimos a vivir con un fantasma que se asomaba y se escondía o rompía cosas y hacía ruidos. Gracias a él estoy curada de espanto, además, esa casa era una especie de laberinto diseñado a lo largo. Para ir de la entrada a la cocina, sin exagerar, había que atravesar casi una cuadra.

Mi mamá decidió que teníamos que repartirnos el trabajo de la casa, así que preguntó:
-¿Quién quiere barrer y trapear? ¿Quién la cocina con lavada de platos incluida?

Así fue repartiendo tareas pues estaba cansada de encargarse de todo sola. Yo escogí la cocina y me encantó. Tenía un ratoncito amigo que me acompañaba y me rascaba los dedos de los pies para que le diera comida; me sentía Cenicienta esperando que llegara mi príncipe Alfredo a rescatarme, o a ayudarme a lavar los platos.

Para ese entonces, Alfredo y yo teníamos ya varios años de novios. Pero era un noviazgo de manita sudada, nada más. En mi mente yo era Cenicienta, el ratón mi confidente y Alfredo el príncipe que llegaría a rescatarme en su caballo blanco. Era víctima de Disney y sus princesas y cuanto cuento se me atravesó en el camino. Además, musicalizaba mi cotidianidad cantando canciones románticas, mirando por la ventana, ensimismada en mis sueños. Curiosamente, en ese momento, cantaba canciones de artistas que luego conocería y serían mis amigos.

Todo pasa, todo se olvida, todo se va.

Un día me fui de vacaciones a Medellín con mis tíos y en una llamada que le hice a mi mamá me contó que Alfredo se estaba portando muy mal, que había llevado a amigas a la discoteca y que delante de ella se daba besos y abrazos y quién sabe cuántas cosas más. Por supuesto que eso me molestó muchísimo, así que en cuanto llegué fui a buscarnos a la discoteca; ahí estaba el descarado con su hermano. La reja estaba cerrada así que ni tiempo le di de abrir. Empecé a reclamarle y él me dijo que mi mamá era una mentirosa; metí la mano entre los barrotes y le di la primera y última cachetada que he dado en mi vida, con una fuerza que todavía guardo ese calor en mi mano. Sacó la mano y me quiso devolver la cachetada pero no le alcanzó el brazo, gracias a Dios. Ahí terminó la historia con Alfredo y el noviazgo de tres años. Pero no me duró mucho el duelo, porque conocí a Paul, un estudiante de arquitectura guapísimo del cual me enamoré perdidamente. Total, no estaba de más ir buscando quien me hiciera mi castillo. Cenicienta sin proyección no es Cenicienta.

Hasta que un día terminamos, bueno, la verdad es que él me cortó usando una excusa que jamás hubiera pensado que era tan común en los hombres: "Margie, estoy confundido, necesito tiempo. Pero tranquila chiquita, no eres tú, soy yo. Te mereces a alguien mejor que yo. Yo no te merezco. Eres mucha mujer para mí". Supongo que te lo han dicho, ¿verdad? Y yo no sé por qué eso me resulta peor que cualquier otra cosa, será

porque esa falta de creatividad te hace pensar que estuviste enamorada de un \$%&/=(/&%% hijo de su santa madre? Porque debo reconocer que la mamá era buena gente.

A Paul sí lo lloré muchísimo, con ese llanto que ahoga y nos lleva a hacer locuras. No me resignaba a perder a Paul, ¿cómo? Entonces averigüé qué día y en qué iglesia se casaba y ahí llegó María Trapos a convencerse de que ya no podía seguir alimentando ese sentimiento; me dolió pero me sirvió para sacarlo de mi corazón. No niego que tuve la leve intención de decir como en las novelas: “Me opongo, él me ama a mí”. Pero no fui capaz, solo lo miré y él me miraba y yo lo miraba y nos mirábamos hasta que me cansé de la miradera y me fui para la casa dispuesta a buscarme otro. ¡Total!

Total, si me hubieras querido...



Zapato ajeno lastima más que el propio

*Vivimos en un mundo en donde nos escondemos para hacer el amor;
mientras la violencia se practica a plena luz del día.*

JOHN LENNON

En la zapatería yo era la que más zapatos vendía, pero un día fui a un coctel a una compañía de seguros invitada por un amigo de mi mamá, que era casi de la familia, y allí conocí a don Jaky, un hombre divertidísimo con el que simpaticé, al igual que con su esposa. Admiré siempre su relación, pues era algo más allá de los cánones establecidos. Parecía que se hubieran juntado para reírse. Jamás he visto una pareja que se ría tanto como ellos y menos con un nivel de complicidad como el que tenían. Él me dijo que necesitaba una recepcionista y yo, ni corta ni perezosa, renuncié a la zapatería y me fui a la entrevista con don Jaky, dispuesta a asumir mi nuevo rol: sería una secretaria y eso me encantaba. Fui muy querida en esa oficina; a él y a su esposa los recuerdo con mucho cariño, me sentía la gran secretaria, la que escucha, escribe y calla. Aunque para ser sinceros, escuchaba, escribía y me reía porque ellos todo el tiempo se hacían bromas entre sí.

Para entonces era muy ingenua. Recuerdo un día que él salió y me dijo que si su esposa lo llamaba le dijera que se había ido para donde las Quelodan. Bonito que me sonó ese apellido; se me antojaba árabe, especial. Incluso llegué a pensar cómo sonaría Margarita Quelodan como nombre artístico. Cuando su esposa llamó y yo le dije que don Jaky estaba donde las Quelodan no pudo aguantarse la risa y entonces me dijo que escribiera Que-lo-dan separado. Me sentí tonta pero no pude evitar la risa. Ahí me di cuenta de que la vida podía vivirse con una sonrisa y buscándole el lado amable, o simplemente permitiendo que todo te enoje. Yo elegí lo primero y aprendí ese doble sentido que hasta hoy he mantenido. Con don Jaky y su esposa me entrené para entrar, años más tarde, al universo del albur, ese juego delicioso de palabras que nos divierte tanto pues abre tu mente a muchas posibilidades. México es el paraíso del albur.

Me iba al trabajo después de que mi hermana salía; en cuanto ella se iba yo corría a su clóset y me ponía alguna cosa sin permiso, y siempre procuraba llegar antes para que no se diera cuenta. Ninguna mujer sabe lo que tiene hasta que se lo ve puesto a su hermana, dice algo que leí en las redes sociales.

Así que una mañana de tantas ya le había echado el ojo a unos zapatos blancos de tacón corrido y plataforma y me los puse. Y ahí iba María Trapos muy entaconada a la oficina; el día transcurrió normal hasta que llegó la hora de la salida, las 6 de la tarde.

*Nadie entenderá el dolor ajeno porque cada quien sufre
a su manera.*

Me despedí de mis compañeros, y al bajar las escaleras me caí de una manera

horrible: cuando llegué al descanso de la escalera la uña de mi dedo gordito del pie estaba detenida por un cuerito. Pero el glamour primero; me levanté y me despedí del portero como si no hubiera pasado nada. El dolor era más fuerte cada vez; yo solo pensaba en que los zapatos de mi hermana estaban manchados de sangre y que tenía que irme en autobús porque no tenía para el taxi y quién sabe si mamá tuviera, así que me senté a llorar a ver si se me ocurría algo. Lo único que vino a mi mente fue pedirle ayuda a los ángeles.

En ese momento se acercó un vecino que venía en su auto y se ofreció a llevarme. Ya se había hecho tarde y el dolor seguía aumentando sin que parara el sangrado. Qué angustia, porque mi vecino manejaba a cinco kilómetros por hora y yo quería que fuera a 120. No sé por qué tenía miedo de llegar a mi casa pero también miedo de ir al hospital, lo que él me propuso al ver el sangrado. La verdad, era medio exagerado, aparte de lento el señor. No sé en qué momento me dijo que la herida podía infectarse, aparecer gangrena y perder la pierna. Sufrí tanto con ese hombre que al final no sabía si era enviado del cielo o del infierno. Le pedí que me llevara a la casa y procuré no escuchar sus tenebrosas profecías.

El camino se hizo largo y culebrero y ese hombre no se callaba. Yo necesitaba silencio porque iba rogándole a Dios que mi hermana no hubiera llegado todavía, pero no fue así, ahí estaba, en la puerta y con la mano en la cintura haciendo de jarrita. Cuando bajé del carro cojeando mi hermana y mi mamá estaban esperándome afuera, preocupadas porque se había hecho tarde, preocupación que cambió a enojo al verme llegar en ese carro y con el vecino. Antes de que empezara la cantaleta estiré el pie, con la uña colgando y la sangre goteando: ¡"Véanme!", les dije.

Claudia lo primero que vio no fue mi pie ensangrentado sino su zapato blanco teñido de un rojo espeso, y mi mamá a su pobre María Trapos cojeando y con cara de quien está al borde de la muerte. Cuando mi hermana empezó a pelear por su zapato yo tuve que calmar la situación. ¿Cómo podía ser un zapato más importante que yo misma? En cuestión de segundos la voz del vecino retumbó en mi mente: te puedes desangrar, sufrir una anemia y morir. ¿Qué crees que hice? Me desmayé y así logré calmar los ánimos.

*Siempre sufrirás más por las películas de tu mente que
por lo que realmente ocurre.*

Mamá me hizo una terrible curación; grité como nunca, mientras mi hermana desde su habitación decía: "Eso le pasa por andar tomando las cosas que no son tuyas". Pero yo sabía que en el fondo estaba preocupada y compartiendo mi dolor.

Pronto cumpliría 15 años y mi mamá decidió hacer una pequeña reunión con los pocos amigos de ella, los vecinos y mis hermanos, pues como me había salido de la escuela mi círculo de amigos se había reducido. Aunque no había dinero para fiestas, mi mamá insistió en que esa fecha no pasara desapercibida para mí y armó su reunión, en la que el arroz con pollo y la ensalada rusa se convertirían en un gran platillo para los

invitados. En Colombia, el arroz con pollo es un plato que salva muchas fiestas y no podría decir a qué nivel social pertenece porque todos los colombianos en algún momento hacemos arroz con pollo. Al punto de que sin darnos cuenta se ha convertido en un plato típico que se encuentra fácilmente en los menús de los restaurantes. Acompañado de una ensalada rusa deliciosa que me enseñó a hacer mi mamá.

En Barranquilla se usaba que cuando alguien cumplía años y no tenía recursos para celebrarlo se reunían varias personas y entre todas surtían la fiesta. Una llevaba los refrescos, otra llevaba el pastel, otra las botanas, otros la cena, etcétera. A esto le llamábamos *asalto*, pero en mi caso el dichoso asalto se convirtió en un atraco en el que me robaron la paz y la alegría, pues todo marchaba bien con los invitados de mi mamá hasta que llegaron mis excompañeras de la escuela, las mismas que me hicieron la vida fea y cruel, sin que nadie las invitara. Al verlas, se me activó la cursilería que traía dentro de mí y creí que en verdad lo estaban haciendo de buena voluntad. Sin embargo, ese día conocí la crueldad, pues no conformes con verme fuera de la escuela, se metieron en mi casa para burlarse y hacerme pasar un mal rato.

Apagaron las luces, empezaron a bailar de una forma incómoda para mí y para los míos, se robaron mis regalos de cumpleaños, hasta que mi mamá y algunos amigos las echaron a la calle. Dejaron destruida la casa. Rompieron el baño, los platos, se emborracharon, gritaron y bailaron como si estuvieran poseídas. Aquello fue de terror.

*Cuando hayas perdido la cuenta de los golpes que te da
la vida quizás sepas cuán fuerte eres.*

Eso me hizo sentir muy triste. No podía creer que hubiera gente tan malvada, ¿por qué hacer eso en mi propia casa, delante de mi mamá que con tanto esfuerzo estaba celebrándome? Sentí mucha pena y me costó superar ese momento. Con el tiempo supe que se habían puesto de acuerdo para amargarme el cumpleaños y de paso vengarse porque aquella, tan insignificante para ellas, ya tenía unas cuantas apariciones en los periódicos y en la televisión como una promesa del canto. Una de las cosas que difícilmente se entienden en la vida es que haya gente que esté pendiente de ti en vez de centrarse en ella misma y en sus sueños. Hay que hacerse inmunes a este tipo de personas, pues jamás te perdonarán verte abrazar lo que tanto has anhelado.

La vida continuó y aunque lloré mucho, mi mamá me decía: “Nena, al bagazo, poco caso”. El tiempo hizo su trabajo y poco a poco fui olvidando esa escena y avancé en mi camino. La fórmula infalible para sanar el alma es avanzar.



Ahí la dejamos, ¡yo no me casaré!

Lo más razonable que se ha dicho sobre el matrimonio y el celibato es esto: hagas lo que hagas, te arrepentirás.

AGATHA CHRISTIE

Fueron apareciendo pequeños contratos en los salones de los hoteles para cantar, hasta que me hice vocalista de un grupo llamado el Grupo Hormiga, que tocaba música de todos los estilos y colores. Pasábamos del bolero a la balada deteniéndonos en la cumbia y la música bailable con mucha facilidad, como las hormigas, de aquí para allá y de allá para acá, cada cual con su instrumento, su vestuario, sus penas, y yo con mi micrófono.

Tal vez por eso se llamaba el Grupo Hormiga; qué nombre tan extraño para un grupo musical. Allí no solo ganarme un dinero era mi aliciente, sino el guitarrista, que estaba guapísimo. Por supuesto que terminé enamoriscada de él, pero solo por un tiempito, porque el muchacho no me ponía ni cinco de atención y de repente me pasó con él como cuando ves a alguien que tiene buen lejos y al irse acercando le ves su pésimo cerca. Bueno, eso me lo inventé para sacármelo de la cabeza porque ahí no había nada para mí. Era como si Dios me lo hubiera puesto con un letrero: “Hija, mira que todo no se puede tener”.

Yo le tengo tanta fe a las apariciones, y más si son de galanes. Así apareció en mi vida un árabe hermoso, originario de Beirut, de ojos felinos color esmeralda, la piel doradita por el sol, un acento especial y un aspecto que a mí me encantaba. Usaba pantalones cargo y camisetas que dejaban ver su cuerpazo aventurero. Qué afortunada me sentía. Le agradecí tanto a Dios que el guitarrista no me hubiera prestado atención porque ahora solo deseaba tiempo para ir para arriba y para abajo con el árabe en su jeep, que me traía de cabeza porque se veía divino ahí montado, y cuando me llevaba a dar una vuelta en su carro, yo me sentía que era Jazmín y él, el príncipe Aladino. Qué bonito, otra vez soñando la María Trapos.

*Hay que reconocer que los seres humanos exageramos.
Todos. Sí, todos, y exageramos todo.*

Fui muy noviera, y cuando algunos novios me cortaban –generalmente yo me cansaba primero– encontraba otro rápidamente; te digo que hay que tener fe. Total, alguien me dijo que recordara siempre que Dios tiene suficiente de todo, incluso novios.

Este árabe me dejó por irse a la guerra, bueno, eso fue lo que me dijo y lo que yo no entendí, cómo dejarme a mí para irse a ser carne de cañón. En el fondo creo que no quiso lastimarme y evitarse preguntas. Le eché la bendición, y como era tan creativa, me hice el cuento de que posiblemente sería viuda de guerra y preferí seguir con mi vida. Ya vendría alguien a consolarme.

En mis ratos libres me encantaba escuchar música en la terraza de mi casa cuando el sol se metía. Sacaba una mecedora y me pasaba horas allí, observando, esperando, soñando. Tuve una nueva aparición, un negro guapísimo, pero guapísimo, que arrasó con cualquier recuerdo del árabe. Olía rico, se vestía muy bien, tenía buenos modales y un día se me acercó para preguntarme cualquier tontería en inglés. Para esa época escasamente llegaba al *what?*, y su español estaba en el grado de *uno poquito*. Sin embargo, el lenguaje de los ojos nos unió y el lenguaje de la lengua nos separó porque ni él aprendió español ni yo inglés y se perdió. Un día no volvió, y mejor, porque para ese entonces no había traductores y era muy complicado entenderse.

Si no habláramos tanto, estoy segura de que todas las relaciones serían eternas.

En ese tiempo ya tenía bien ganado mi apodo de María Lágrimas, pues había muchas cosas que me hacían llorar. No necesariamente tristes, pero mi sensibilidad era tan grande que el canto de un pájaro me hacía llorar, bueno, que mataran un insecto me hacía llorar. Eran tan extrañas esas ganas de llorar que un día, cuando era más pequeña, mi mamá me dijo: “Se le van a derretir los ojos”, y eso me hizo correr al espejo y mirarme fijamente. Pensé que ella había notado algo extraño para hacer tal afirmación, y como me vi los ojos aguados, en verdad pensé que se me estaban derritiendo y lloré. Lloré muchísimo, y es que al que le gusta llorar encuentra motivos para hacerlo. En ese tiempo murió Elvis Presley y yo lloré; lloré sin parar sin tener por qué pues no era su fan ni lo seguía ni nada. Solo que aceptar que la gente muere, y más, que los artistas mueren, me parecía cruel y digno de mi llanto. Con el tiempo entendería que los artistas nunca morimos pues quedamos en el corazón de quienes nos quisieron, lo cual también me hizo llorar porque me parecía tierno.

El que mi mamá me llamara María Lágrimas no me molestaba del todo. Por el contrario, me daba risa pero también me permitió darme cuenta de que las mujeres somos grandes actrices. No me atrevería a decir que todas, pero una gran mayoría hemos usado las lágrimas y hemos hecho escenas maravillosas para conseguir algo. Dignas de una gran telenovela. Eran memorables mis llantos cuando hablaba con mis novios por teléfono, con mi mamá riéndose de mis alcances. Es sensacional cuando has usado todas tus herramientas sin éxito y sale la más fuerte de todas: una lágrima que rueda en cámara lenta por tus mejillas acompañada de una carita triste. Eso es efectivo.

Sin embargo, al avanzar en la vida esas lágrimas serían reales, silenciosas y del alma, ya no para conseguir algo sino para liberar el corazón de los tropiezos y golpes que en el camino me esperaban.

Es imposible que los sueños no se materialicen cuando has puesto toda tu fe en ellos. La vida siempre manda al compañero indicado en el momento en que lo necesitas, y por eso quizás en aquel entonces conocí a José Jaime, un chavo compositor que hacía *jingles* para radio. Feo, feo, no era, pero bonito tampoco, y sin embargo, fue la primera vez que

un hombre me llamaba la atención por su talento y su forma de ser. Eso lo hacía más que bello. Nos hicimos novios y hasta el día de hoy recuerdo los besos que me daba. Hay amores de paso, amores para toda la vida y amores que se convierten en compañeros para pasar los puentes que unen el camino a tus sueños. Él fue uno de ellos.

Mientras yo pensaba en sus besos, él pensaba en mi talento, ya que le gustaba mi voz. Me permitió grabar sus comerciales cantados y yo lo hice con mucho entusiasmo. Pronto estaba sonando en la radio a cada hora porque mi voz se convirtió en la que identificaba a la emisora; qué orgullo.

José Jaime me presentó a Fernando Parra, un productor de discos que tenía como su representada a Isadora, una cantante muy famosa en Colombia por aquella época. Fernando vio en mí talento y creyó en él. José Jaime había cumplido su misión en mi vida: acompañarme en un tramo del camino para llegar a mi destino. Cada cual tomaría su rumbo y ese amor se diluiría con el tiempo.

Ten fe, siempre llegará la mano que tiene que llegar.

A los pocos meses conocí al que sería mi novio en serio, y digo en serio porque me aterrizó en ese cuento del amor que a veces no es tan rosa como creemos. Se llamaba Javier y era representante de Christian Dior en Barranquilla. De aspecto impecable, se cuidaba mucho para mi gusto, que no tenía ningún interés en competir con su cánones de belleza. Hoy en día se les llama metrosexuales; en ese momento no se usaba la palabra y quizás no se hubiera aceptado. Usaba barba y la mantenía siempre arreglada; todo él era superarreglado y perfumado, y al principio me gustaban su elegancia y educación porque me hacía sentir grande. Tenía en ese entonces 30 y yo solo 17, y repetía el corito de la canción que cantaba Rocío Dúrcal: *Tengo 17 años, qué enfermedad, cuando cumpla 18 se me pasará.*

De repente me vi envuelta en una relación adulta. De esas que están llenas de rutina, lugares comunes, formalismos y planes aburridos. En las mañanas me llevaba a la oficina y pasaba por mí “todos los días a la misma hora”; me ayudaba a lavar los platos y a cocinar, “todos los días”, y todos los fines de semana íbamos a la playa, religiosamente “todos los fines de semana”, a la misma playa. La emoción no estaba en nuestra relación sino en la compañía de mis hermanitas menores a quienes llevaba como excusa para mirar para otro lado. Se enojaba porque le llenaban su carro de arena, ¡era tan creído!, y ese enojo de alguna manera se convertía en pequeñas venganzas que me hicieron ver que no era la relación que yo quería y que no estaba a gusto ahí.

A él le gustaba exhibirme ante sus amigos. Un día me regaló un vestido blanco para que yo hiciera un *show* en el Hotel del Prado, un hotel tradicional de Barranquilla. Me fascinaba ese vestido, era realmente hermoso y la etiqueta era lo mejor: Christian Dior. María Trapos tenía puesto un Christian Dior para cantar, ¡oooh! ¡Que por supuesto me ponía con los zapatos blancos que mi hermana terminó regalándome! Claro que ya no estaban manchados de sangre.

Pese a tanto detalle y tanto glamour, yo no me sentía contenta porque llevaba una rutina que era demasiado para una chica de 17 años. Mis amigos ya no eran mis amigos, eran sus amigos, de su edad, y yo no me sentía bien con la relación. Me había convertido en la novia oficial de Javier y todo era un torrente de situaciones que me confundían y no sabía cómo manejar. Todo fue tan serio con él, y en verdad era tan formal que tuvo el tacto suficiente para llevarme a entregarle lo que a los demás no les había dado. Todo mi tiempo, todo mi espacio, mis canciones y lo más hermoso de mi vida.

Y llegó el momento en el que me ofreció matrimonio con una condición: elegir entre ser cantante o ser esposa. Sentí un miedo enorme y mucho coraje, porque yo quería ser cantante con todo mi corazón y él lo sabía; no me gusta que me chantajeen ni que me pongan entre la espada y la pared, así que le dije: “Lo que tú quieras es una esposa que te atienda todo el día, y la verdad yo estoy muy joven para casarme. Por favor, ahí la dejamos”. Lloramos juntos, pero yo sabía que estaba haciendo lo correcto; sin que él lo supiera había escrito unos renglones más de la historia de mi vida y tenía que cumplirla. Mi meta ahora era clara: convertirme en cantante profesional.

Acepté tomar clases de canto, expresión corporal y baile en Cali, a donde me llevó Fernando Parra, quien para ese entonces ya me representaba. Por fin iba a grabar mi primer disco, con todos los juguetes, como Dios manda. Me fui a vivir a un departamento que compartíamos varios jóvenes que se estaban capacitando para ser cantantes.

A mí me fue fácil dejar la historia con Javier, pero él fue a buscarme a Cali para convencerme de pensar las cosas. Qué curioso, en el llamado amor de pareja lo que hay son luchas de dominio y poder; quizás si él hubiese aceptado que siguiera mi sueño las cosas habrían sido diferentes, pero en ese tiempo las señoritas bien no cantaban y menos en televisión, hoteles o fiestas, y menos hasta altas horas de la noche. Ese noviazgo no tenía sentido, como no tiene sentido nada que te aleje de tus sueños. Tus sueños son lo que viniste a hacer y por ellos hay que entregar el corazón.

*La vida puede estar llena de lugares comunes,
formalismos y planes aburridos, pero eres tú quien
decide estar ahí o simplemente alejarse.*



La vida son muchos pasos

Andaré este largo camino, este camino tan largo hasta el final, hasta el final del corazón; andaré este camino largo, largo, largo...

MAHMUD DARWISH

De Cali me fui a Bogotá a grabar mi tan soñado disco, más preparada que un yogur. El primer sencillo se llamó *Yo te amo*. Fue agotador porque la capital de Colombia es un poco más alta que México; era muy difícil adaptarse, sobre todo al frío que hace casi todos los días, pero mi sueño era muy grande, demasiado grande para prestarle atención a esas bobadas.

Al llegar a Bogotá me llamó la atención la forma en que se visten las bogotanas. Me encantaba verlas en *jeans* y con botas hasta la rodilla, como las de los policías que montan a caballo; en Bogotá se ven mucho hasta la fecha. Imposible que María Trapos no tuviera sus propias botas. Ahí estaba ella, midiéndose unas botas color vino tinto divinas que le quedaron a la perfección, por lo que salió del almacén con ellas puestas. Les juré fidelidad a mis botas, tanto que prometí que si llegaba a estrella estarían conmigo en el escenario, y el verbo se hizo carne porque bastó un día para que las odiara con todas mis fuerzas y terminara viendo estrellas, y por supuesto rompiendo cualquier promesa de fidelidad hacia ellas.

Después de un día de trabajo haciendo promoción a mi sencillo, se me inflamaron los pies, y al llegar al hotel no hubo poder humano que lograra separar las botas de mis piernas. No tenía a quién pedirle ayuda, porque el promotor me dejó en el hotel y se fue a su casa. Intenté quitármelas de todas las maneras posibles; tuve pesadillas mientras las jalaba. Me imaginaba que me arrancarían las piernas para zafar esas mugres botas, y resignada ante la situación, tuve que dormir con ellas puestas. Al otro día, cuando llegó el promotor por mí para continuar con la promoción, le tuve que pedir que por favor subiera a ayudarme a zafarme de ese tormento para poder bañarme y arreglarme para salir.

Comencé a dedicarle más tiempo a mi música, pero mientras daba fruto mi proyecto yo hacía muchas cosas para ganarme la vida, entre ellas vender lotería de la Cruz Roja dentro de un banco en donde me tenían un escritorio para venderla. El camino me llevaría lejos de mi familia. Mi hermana Claudia se casó con un capitán de la Marina de Colombia y mi mamá se quedó con mis dos hermanitas y mi hermano en Barranquilla, mientras yo viajaba para seguir persiguiendo mi destino.

Mi casa disquera era Sonolux y yo debía estar cerca de ellos, así que me fui a vivir a Medellín porque allí estaba la matriz. Viví en casa de una tía paterna, y para sobrevivir comencé a vender ropa que otra tía traía de Estados Unidos. Esa ropa americana tenía mucha acogida entre las secretarías de la disquera. Distribuía mi tiempo entre las grabaciones y el cobro de las cuotas de la mercancía que vendía y que me pagaban semanalmente. Nunca le he tenido miedo a hacer cosas que me permitan mantenerme en

el camino. Quizá por eso, y por mi juventud, los directivos de la disquera permitían mis ventas, porque sabían que no solo era su apuesta como artista sino que admiraban mi capacidad para mantenerme en pie. Estaba grabando mi segundo disco y mis energías estaban concentradas en él, ya que con el primero no pasó mayor cosa, pero en vez de desanimarme buscaba motivos para creer en mí. Me montaba en el autobús con una bolsa de basura negra grande llena de mercancía que luego iba a ofrecer a la casa disquera; me fue muy bien vendiendo ropa pues me alcanzaba para mandarle dinero a mi mamá y podía de vez en cuando darme uno que otro gusto. La verdad, al principio vendí más ropa que discos.

Si esperas que un solo paso te lleve a tu destino, jamás llegarás a él.

Por esos días mi madre empezó a enfermarse; los médicos decían que era asma y así la trataron, hasta que alguien descubrió que era un enfisema pulmonar (EPOC), que al no ser tratado a tiempo fue ganando terreno. Mamá se cuida muchísimo y ha aprendido a vivir con su enfermedad y en cierta forma nosotros también. Todos hemos puesto algo de nuestra parte, y por las circunstancias cada uno de nosotros ha dado lo que ha podido. Para mí ha sido difícil la distancia y tener que limitarme a enviar dinero cuando quisiera estar más tiempo con ella. Admiro de mis hermanos que hayan aprendido a cuidar con amor a mi madre y a saber manejar las situaciones de crisis, que se presentan continuamente.

Han sido muchas las crisis que mamá ha enfrentado por su salud y por las que he tenido que volar de emergencia para estar a su lado. Nuestro lazo sigue intacto; nos mantenemos unidas pese a la distancia y ella sigue siendo parte de mi motivación para vivir.

En Sonolux conocí a Andrés, uno de mis grandes amores y de quien realmente me enamoré con todo mi corazón. Andrés canta muy bonito y juntos hacíamos unas voces cheverísimas, lo único malo era que él vivía en New York y yo en Medellín. Allá trabajaba, así que parte de nuestro noviazgo nos la pasábamos hablando por teléfono y rogando al cielo que nos diera fuerza para ser fieles. Él me decía, y yo le creía, que se gastaba el dinero de su *lunch* para hablar conmigo. Eso me parecía tierno, tanto que llegué a soñar mi vida con ese hombre dispuesto a morir de hambre por mí. A veces no hablábamos, solo cantábamos y nos dedicábamos canciones. En ese entonces mis artistas preferidas eran Rocío Dúrcal, Rocío Jurado y Estelita Núñez. Recuerdo que Andrés y yo nos la pasábamos cantando por teléfono sus canciones; en ese momento las admiraba y después la vida me dio la oportunidad de conocerlas, permitiéndome reafirmar que desde siempre estuve en mí el sueño de estar cerca de artistas como ellas.

Andrés venía a Medellín cada vez que podía, y yo era muy feliz porque me sentía a gusto con su cariño, además de que era bienvenida en su familia. Fue una etapa bonita de mi vida. Los paseos a la finca de fin de semana con los amigos eran fantásticos porque

nos permitían compartir tareas como prender la leña y hacer el sancocho entre todos. Uno pelaba las papas, otro la yuca, otro el plátano, otros iban por el agua mientras se montaba la olla en el fogón de leña y cada uno iba echando los condimentos mientras la música sonaba y nos tomábamos un aguardiente antioqueño. No había modo de emborracharse porque cuando uno se sentía medio mareado, el sancocho ya estaba listo y la borrachera se bajaba luego de terminar de comer. En Colombia el sancocho une a las familias; en Antioquia el paseo a las fincas es un ritual sagrado de amigos. Eran noches de bohemia, canciones, guitarra y momentos que quedarían marcados para siempre en mi memoria. Aún hoy siento la caricia de la felicidad con solo recordarlos.

Las expectativas son un buen camino para llegar al dolor.

Mientras tanto, mi mamá seguía enfrentando los embates de la vida y tendríamos que vivir una pesadilla que no nos esperábamos. Los hijos del dueño de la casa que rentaba decidieron sacarla de la noche a la mañana, y pese a sus ruegos y el contrato firmado, no dudaron en conseguir una orden de desalojo y ponerla en marcha pues tenían un negocio muy grande entre manos. En cuanto me enteré de lo que pasaba tomé un avión a Barranquilla para estar junto a ella y me armé de todo mi valor para enfrentar la situación. Fue un episodio horroroso de humillación que tardé mucho tiempo en superar. A veces no importa lo que te hagan a ti, pero te vuelves la peor de las fieras cuando se lo hacen a tu familia. Ver rogar a mi mamá que le dieran unos días para salir decorosamente de la casa me partía el corazón y me llenaba de impotencia. Nos tocó pedirle asilo al esposo de Claudia, y ni modo, tuvimos que acomodarnos. Una vez más yo tenía que quitar los ojos de la tragedia y ver más allá de lo que la vida nos planteaba. Nada ganábamos con quejarnos, era necesario crear un nuevo destino y en mi corazón ese destino se comenzó a gestar.

Piedras en el camino, caídas, valles, montañas, eso es la vida y lo nuestro es fluir.

Le dije a mi mamá que nos fuéramos a Medellín pues por lo menos allá estaba la familia y de comer no nos iba a faltar; desde ese momento me metí en la cabeza que trabajaría sin parar para darle una nueva vida y subsanar un poco la experiencia que había vivido. Así que emprendimos nuestro viaje de regreso a la ciudad de la eterna primavera, llamada así porque todo el año el clima es primaveral. Más aventuras, sin estar muy seguros de cómo íbamos a vivir, o a sobrevivir.

Rentamos una casa en Envigado, la ciudad donde después de muchos años y esfuerzo le compré su casa propia a doña Marina. El día que le entregaron las llaves fue quizá uno de los días más felices de mi vida. Un día en que comprobé una vez más que todo es posible cuando eliges que sea posible, y que siempre dar te llena de una felicidad tan

grande que te dice: “Lo has hecho bien”. Esa casa hoy la disfruta con todo su corazón porque es el espacio que siempre soñó, y a mí me ha permitido seguir creyendo que los sueños nunca deben soltarse porque tarde o temprano se cumplen.

En Medellín todo iba marchando bien, incluida mi relación con Andrés, pero tuve que irme unos días a Barranquilla a resolver unos asuntos pendientes, entre otros, hoy me doy cuenta de que fui a decirle adiós a mis amigos y a la vida que había vivido allá. Allá quedaban mi padre y su recuerdo, mi infancia, mi María Trapos, la Pildorita, y todo un mundo mágico que me hizo feliz. Mi hermana Claudia decidió ir de vacaciones con su esposo por carretera de Barranquilla a Medellín, y como yo estaba hospedada en su casa, se me ocurrió que podía regresarme con ellos y darle una sorpresa a Andrés, que según sus palabras, me extrañaba. Es más, en esos días que pasé en Barranquilla no paraba de cantarme canciones relacionadas con lo dura que era mi ausencia para él. Por eso mismo apresuré mis asuntos y me dispuse a regresar con mi hermana, totalmente ilusionada, cargada de presentes para Andrés y con mi corazón dispuesto a darle todo mi amor. Estaba segurísima de que iba a estar muy contento de que hubiera regresado antes. Es más, me sentía flotar en medio de los paisajes que hay entre Barranquilla y Medellín, nueve horas de valles, ríos, colinas, curvas, mareo, y yo sintiéndome Blanca Nieves, o una princesa de esas a punto de encontrarse con el amor de su vida.

En el amor, dar sorpresas siempre te sorprenderá.

Total, que cuando llegué inmediatamente le llamé a su casa. La señora que me atendió me dijo que Andrés se había ido con sus hermanos a la finca, así que como mi hermana estaba de paseo, les pedí que me llevaran y armamos plan para el fin de semana. Andrés era tan amable que seguramente estaría feliz de conocer a mi hermana.

Nunca más volví a caer de sorpresa en ninguna parte. Cuando llegamos a la finca la sorpresa fue generalizada. Al no estar yo, mi maravilloso Alby invitó a una amiga, muy amiga, que estaba segura de que él estaba solo, sin compromisos y dispuesto para el amor. Gracias a Dios yo no estaba en mis días, porque de lo contrario quién sabe cómo hubiera reaccionado. Sabía que podía armar un *show*, porque además había hablado nueve horas de camino seguidas elogiando a Alby, y mi hermana solo atinaba a mirarlo con un subtexto:

–¿Es ese que está con otra? ¿Cómo explica eso Margarita? ¿En qué lugar queda usted?

Cómo disimulas ese leve movimiento en la frente que indica la aparición de unos cuernos instantáneos y evidentes. Luché con todas mis fuerzas por mantenerme en pie y me fui a la cocina con su hermana, y mientras ella trataba de calmarme yo decidí vengarme con canciones. Me tomé tres aguardientes, tomé vuelo y salí a cantar. Mi pobre hermana y mi cuñado no entendían nada.

El despecho siempre se saldrá del pecho.

Pobre Andrés, lo ametrallé a punta de canciones despechadas y me comí las lágrimas con altura. Hice la mejor actuación de mi vida. Recuerdo haber cantado una canción de Rocío Jurado que dice: *Ese hombre que ves ahí, que parece tan galante, tan atento y arrogante, lo conozco como a mí. Es un gran necio un estúpido, engreído...* Claro que puntualizando lo de estúpido, lo de engreído, y en mi mente lo de perro, canequero, sin vergüenza, miserable, infiel, traidor. Después recordé cuando mamá decía que el que busca encuentra; pues yo busqué y mira lo que me encontré.

Se terminó uno de los noviazgos que más he gozado en mi historia de novia. Se acabó mi relación con el hombre que más había amado hasta ese momento de mi vida y todo porque yo misma fui a buscar lo que no se me había perdido, o quizás a comprobar que ese amor era demasiado perfecto para ser real. Sufrí muchísimo, muchísimo, horriblemente, así que me refugié en mi música y le escribí una canción que grabaría años después que se llama *Por esa puerta. Por esa carita de niño inocente, yo pude caer una vez, pero dos ya no voy a caer.*

Siempre te quedará la duda de si fue mejor saber la verdad o ignorarla.



Cadeneta, punto, cadeneta

Nunca andes por el camino trazado, pues él te conduce únicamente hacia donde los otros fueron.

GRAHAM BELL

Para ese momento ya había conocido a Fruko, un gran productor de salsa que tiene un grupo llamado Fruko y sus tesos, además de ser el director artístico de discos Fuentes. Poco a poco me fui haciendo de buena fama como corista, así que hacía antesala en el estudio para que cuando abrieran las puertas buscando coristas, yo estuviera disponible. Como estrategia me resultaba porque siempre me daban trabajo, aunque a veces me pasaba la tarde entera esperando la oportunidad para hacer algún coro y no salía nada. Había días en que me desesperaba, pero en medio de esa desesperación algo en mi interior me decía que no podía desfallecer. “Quizá esperar pensando en que estás esperando termina por desesperarte”, me dije un día, y por lo tanto me ocupé para evitar pensar en esos momentos.

Fue así como aprendí a tejer y comencé a esperar cada día concentrada en cualquier tejido o bordado que me inventaba; no esperaba la muerte, como Remedios la Bella, pero sí la materialización de mi sueño, y es que en esta carrera saber esperar sin desesperarse forma parte del camino. Concentrarme en las agujas, en cada cadeneta, en cómo las uniría y en un diseño específico que jamás se concretaba tranquilizaba mi mente. Terminado el hilo, desbarataba y volvía a empezar. Esa era yo: tardes enteras tejiendo, bordando y esperando.

No terminé ni un tapete; gracias a Dios el trabajo no me dejó, y aunque la escena parezca extraña, es real, y me enseñó que la única forma de no llegar a alguna parte es dejar de caminar. Quizá estar sentada en esa sala de espera tejiendo y hablando con la recepcionista mientras esperaba una oportunidad fue la mejor forma de avanzar en ese momento, de tejer la vida puntada a puntada.

*El lugar donde habitan tus sueños está ahí,
esperándote. Si está en tu corazón es porque ya existe.*

Hice muchísimos coros, incluyendo a La Sonora Dinamita, sin que por mi mente pasara que la Sonora estaba destinada a ser mi escuela y el principio de un grado más en la universidad de la vida. Pero así es, cuando te echas a volar tienes que encontrarte de frente con nubes negras, rayos y tormentas que sin duda multiplicarán tu valor, y con la Sonora sí tuve que probar mi valor. Eso sí, jamás olvidé que arriba de todas esas nubes, rayos, tormentas y centellas el cielo seguía siendo azul.

Salía con muchos amigos pero ninguno lograba enamorarme. Me pasé un buen tiempo sin novio; bueno, había uno que otro besito robado, para no perder la costumbre, pero nada en serio. En ese tiempo vendía seguros de viaje, un trabajo muy difícil, de esos de

paga ahora y viaja en un año. ¡Ay Dios!, cómo me pasaron cosas vendiendo los benditos seguros, pero era la única forma de complementar mis ingresos y manejar mi tiempo.

Tenía una jefa de grupo y en las mañanas nos reuníamos para ver el orden del día y los clientes que debíamos visitar. Mi jefa me pidió el favor de visitar un cliente, pero ese señor no quería recibir a nadie en su oficina, sino en un restaurante que estaba fuera de la ciudad en una carretera llena de moteles. Me sentí como Bambi agendando una cita con un león. Es claro que las pesadillas las armamos siempre antes de que sucedan. Yo rogaba que no me lo dieran a mí; después de rogar, casi suplicar, me dieron la orden de ir con él y venderle la póliza más alta. Desde el momento en que me dijeron que atendería a ese cliente sentí miedo porque yo era inexperta y algo ingenua e inocente.

Cuando llegué al restaurante, el tipo estaba sentado en una mesa y empezó a hablar de todo menos de la póliza. Me invitaba un trago y yo la verdad estaba muerta de miedo porque me di cuenta de que el señor lo que menos quería era comprarme nada, o bueno, quizá a la vendedora, pero yo no estaba en venta. En Colombia se emborracha a los pavos antes de cortarles el pescuezo, y yo sentía que estaba en ese proceso. Me puse seria, y como no hay pesadilla sin rayos y centellas, empezó a llover a cántaros, como si el cielo se hubiera roto, y no tuve otra alternativa que pedirle que me hiciera el favor de acercarme a la ciudad porque no pasaba ni un taxi ni un autobús, nada. Mi única alternativa era ese hombre o quedarme en el restaurante a dormir porque estaba tan apartado que nadie me hubiera sacado de ahí. Eran varios kilómetros de camino, y caminar no era la mejor opción.

A ese señor hoy en día lo veo como un gran maestro que me enseñó que ningún hombre, por monstruoso que parezca, puede hacernos sentir miedo, y por lo tanto no podemos permitirles que abusen de nosotros. ¡Ojo mujeres! Todas tenemos derecho a decir que no, a poner límites y jamás aceptar que otras personas, esposos, hermanos, padres, amigos o familiares pasen esos límites. El abuso tiene dos grandes cómplices: el miedo y quedarse callado.

En el futuro trabajaría con hombres quizá peores que ese, a los que aprendí a manejar y frente a los cuales siempre me di mi lugar y exigí respeto.

Las piedras están en tu camino para trascenderlas, no para enredarse en ellas.

La cosa no estaba poniéndose bonita; me subí a su coche porque no tenía más remedio. Recé ochocientos padrenuestros y cincuenta mil avemariás. Cuando íbamos en camino, el hombre empezó a tocarme la pierna. Le grité que me iba a tirar del carro y como mecanismo de defensa comencé a llorar peor que La Chilindrina, confiando en que así no me vería nada sensual y mucho menos erótica. Lo asusté. No sé qué angelito me ayudó; nos tuvimos que desviar del camino y pasamos por una calle conocida, y en cuanto vi un salón de belleza de una amiga me bajé lo más rápidamente que pude, sin que me importara empaparme por la lluvia; ya estaba a salvo, gracias a Dios no habían

cerrado todavía. Mi amiga me dio un té y me ayudó a calmarme.

A mí me preocupaba que mi mamá se diera cuenta de la experiencia que acababa de pasar, así que me calmé con mucho esfuerzo porque me temblaban las piernas, las manos y la mandíbula. Llegué a mi casa y todavía me tocó regaño por lo tarde que era, pero mi mama no se dio cuenta de la aventura que había vivido.

Al otro día llegué a la oficina y renuncié; otra vez sin trabajo, pero tenía mi tejido, el canto, los coros y la esperanza de que algún día alguien se iba a fijar en mí para algo grande. Tus sueños siempre serán la mejor muleta cuando te fallen las piernas. Tu fe, la herramienta para avanzar sin temor, y tu corazón te dará la fuerza para ir a donde tienes que ir. Uno no puede tener miedo cuando sabe a dónde va, ni asustarse con cosas que aparentemente son negativas y lo único que hacen es empujarte hacia adelante. En Colombia dicen que incluso una patada en el trasero te hace avanzar, y es verdad: no he visto una patada que jale para atrás.

El que sabe para dónde va, sabe si va bien o mal.



Oye

No hay secretos para el éxito. Este se alcanza preparándose, trabajando arduamente y aprendiendo del fracaso.

COLIN POWELL

Envigado es una ciudad pequeña que colinda con El Poblado, uno de los barrios más modernos de Medellín. Allí encontramos una casita chiquita, pero bonita, en donde ese sabor a hogar se volvió a sentir. Era maravilloso estar juntos nuevamente. Mamá continuaba vendiendo los chuzos en la acera de la casa, y por supuesto que mis hermanos y yo le ayudábamos. Hoy pienso que esas tareas que te pone el destino, en donde se mezclan el esfuerzo, la fe y la unión familiar, te hacen ver el mundo de otra manera. Es como presenciar un milagro día a día, el milagro de la vida. A las cinco de la tarde esa cuadra se convertía en algo mágico, con olor a comida, alegría y gente que llegaba a comprar los chuzos que vendía mi madre, y se fue convirtiendo en nuestra amiga. Yo estaba a punto de alcanzar un logro más, convertirme en el alma de la fiesta, pues no solo me gustaba cantar sino que me había vuelto experta en contar chistes. Una canción, un chiste y ya tenía el *show*.

Recuerdo que mi mamá se enojaba porque decía que me invitaban a las fiestas nada más porque llevaba la guitarra y contaba chistes, y luego me llevaban a mi casa bien entrada la madrugada, cuando ella ya se había hecho todo tipo de películas, de esas que nos hacemos las madres cuando nuestros hijos salen. Pobre de mi mamá, ahora la entiendo porque no me imaginaba que ella se desvelaba igual conmigo, pero creo que en las madres es algo inevitable. Una madre es para toda la vida, y aunque mamá me daba la cantaleta por mis llegadas tarde diciéndome que yo era perro de todas las bodas, o como dicen en México, ajonjolí de todos los moles, me encantaba, y es que una cosa es tener una meta lejana y otra vivir en ella todos los días. Mi gran sueño, mi gran meta siempre ha sido cantar, y en ello quería y quiero pasar toda mi vida.

Me hice popular entre los productores que hacían *jingles* para radio, y en varias ocasiones fui la voz que identificaba las emisoras. Igualmente, me dediqué a hacer coros para otros artistas y empecé a tener un poco de estabilidad económica. Vivíamos de los coros y los *jingles* y ya no era tan necesario estar buscando lugares donde cantar. En las ocasiones en que hacía antesala y no había coros para grabar, Fruko tocaba el piano y yo cantaba toda la tarde y es así como te vas encontrando con esos maestros que te guían con una palabra o un consejo, a los que sabes abrir tu corazón. Un día me dijo que si quería sobresalir en el extranjero como cantante debía cantar cumbia. Yo no quería porque la cumbia era en ese entonces netamente masculina, no había mujeres dirigiendo grupos pero sí muchas coristas, con excepción de una cantante muy querida llamada La India Meliyará, quien era la cantante oficial de la Sonora Dinamita

El universo siempre tiene mensajes para ti. Mantente

atento.

Pero como lo que es para ti aunque te quites te llega, la cumbia y la Sonora fueron haciéndose presentes en mi vida. Para ese entonces en México también había una Sonora Dinamita, integrada por otros músicos y otras cantantes. Pero te repito, mientras mantengas viva tu fe en lo que quieras el camino se va abriendo solo y el universo se vuelve tu mejor amigo, el amigo que conspira para que materialices eso que tanto anhelas. Fue así como un día llegó de México el señor Víctor Nanni (qepd), productor de Discos Peerless, y Fruko le mostró una de las varias pruebas que habíamos hecho en el estudio. Fue así como Víctor pidió mi voz para que grabara con la Sonora Dinamita.

Grabé una canción que me daría tanto en amor y aplausos como no imaginaba. ¿Sabes cuánto tuve que tejer en la antesala de ese estudio antes de que llegara esa canción? Punto, cadeneta, punto, miles de veces para encontrarme de frente con un éxito que se convertiría en Disco de Oro por más de 500 mil copias vendidas, y en un tesoro que habita en mi corazón y en la pared de mi casa hasta el día de hoy.

Oye resume un poco mi filosofía de vida. Ese mirar hacia el cielo siempre, agradecer las cosas que te da la vida, ese dejar atrás las penas y ver lo bueno en todo, es algo que me ha permitido crear nuevas realidades en mi camino. Hasta el día de hoy sigo cantando esa canción que lleva un mensaje positivo a las personas, y que estoy segura de que ha ayudado a mucha gente a seguir adelante. Solo por eso valió la pena no recibir regalías, porque yo preferí que me pagaran por canción grabada, así que nunca recibí esos beneficios, ni modo. Hoy sé que aunque no recibí el dinero soy más feliz porque cuando escuchan esa canción algo bueno sucede en la vida de alguien. Sin duda, puedo decir que *Oye* es uno de los mejores negocios de mi vida, porque los negocios no siempre son los que se hacen por dinero.

Agradece cada paso del camino, pues está ahí para que avances.

Más tarde, Víctor Nanni volvería a Medellín llevando dos discos, uno de Oro y otro de Plata por las altas ventas de *Oye*, *Capullo* y *Sorullo* y *La cumbia del sida*, y ellos serían parte de las señales que me decían que había encontrado el camino correcto. Yo seguía trabajando en los hoteles y en uno que otro evento a los que me llevaban las empresas. Así fue como conocí a Héctor, mi último novio colombiano, ejecutivo de una importante empresa que me contrató para ir a Leticia, la capital del Amazonas, a cantar en una convención de su empresa. Fue maravilloso viajar a un lugar tan exótico y mágico, del que recuerdo cómo desde el avión se apreciaba la inmensidad de la selva, una alfombra verde bien tupida y profunda.

A Héctor lo conocí al llegar a Leticia y ese encuentro le puso más color a la magia del lugar. Me invitó a un paseo por el río Amazonas, y fue apasionante disfrutar el colorido en su compañía porque desbordaba amabilidad por todos lados, incluso para hacerme

olvidar que iba en una chalupa en la que había que mantener el equilibrio so pena de caer al río atestado de pirañas, lo que a mí se me hizo fantástico hasta que el guía les arrojó un pedacito de carne y vi frente a mis ojos un espectáculo aterrador: miles de pirañas se lanzaron sobre ese pedazo de carne y lo desaparecieron en un segundo. Me puse un poco nerviosa pero Héctor, muy amable, me abrazó y me dijo que todo estaba bien, mientras estuviera a su lado. Bonita forma de condicionarte. La ventaja era que todo eso me gustaba de él y las pirañas se convirtieron en un excelente motivo para romper el hielo. Entre llamada y llamada nos hicimos novios, y entonces por primera vez pasó por mi mente una disyuntiva que, creo, pasa por la mente de un alto porcentaje de mujeres: la posibilidad de estabilizarme y formar un hogar. Quizá en el fondo era una forma de retar al destino y pedirle una nueva señal, pues el director ya me había hecho la propuesta de ir a cantar a México y había comenzado a tramitar los papeles. La visa para ir a México se tardaba y mientras tanto yo no soltaba ni los coros ni las presentaciones que ocasionalmente tenía ni, por supuesto, al novio.

Esa época fue de espera, de paciencia y de incertidumbre. De hecho, cuando la jugada está en manos del destino no tienes mucho qué hacer, aunque la ansiedad me dominó muchas veces y renuncié a algunos trabajos para luego tener que pedir que me los devolvieran porque la visa no llegaba. Miraba mis discos de oro cuando me entraba la desesperanza y me concentraba en lo que realmente quería. Eso es muy importante, centrarse en lo que uno quiere sin importar los obstáculos que esté enfrentando. Todo mi corazón estaba puesto en México, pero aún tenía un asunto que resolver: Héctor, que había resultado ser un hombre interesante, capaz de hacerte pensar cosas y hacer planes. Gracias a Dios los planes que se logran son aquellos que tienen toda tu fuerza, tu energía y tu amor.

Cuando más rápido quieras ir, más lento se pone el camino. Dale tiempo al tiempo. No es fácil pero se puede.

Era el año 85, que trajo consigo el terremoto de México. Para mí fue un golpe duro porque este país ya formaba parte de mi vida aunque no hubiera pisado su suelo. No sabes cómo lloré porque estaba convencida de que esta tierra era mi destino, y verla enfrentando esa pesadilla del terremoto y sufriendo tanto me impactó de un modo terrible, como si yo estuviera sintiendo ese sufrimiento.

Pero si algo he aprendido de los mexicanos es que saben ponerse de pie, que son solidarios entre ellos y se ayudan; y lo demostraron, porque en menos de un año levantaron nuevamente su país.

Creo que la fuerza de mi corazón era tan grande que nada hubiera cambiado el destino en ese momento. Viajar a México era un sueño que acariciaba todos los días durante los 86,400 segundos que tiene el día. Los papeles por fin llegaron en noviembre de 1986: tenía el camino libre para viajar a la Ciudad de México. Ahora sí era en serio.

Pero había un asunto pendiente: Héctor. Sí, Héctor. El amor, el que me gustaba, el que era amable conmigo, el que me protegió de las pirañas, mi héroe, el que había logrado que por instantes pensara en sentar cabeza. Entonces decidí: “Pongamos al destino a decidir y pidámosle una señal”. Le dije a Héctor, con ese tono de seriedad que tanto asusta a los hombres, que teníamos que hablar porque dependiendo de la respuesta que me diera definiría mi vida. En el fondo no era eso; lo que yo quería era estar más segura del paso que iba a dar. Es más, si Dios o el universo se comunicaran con palabras les hubiera dicho: “Péguenme un grito y díganme qué hacer”. Pero no es así, ellos se comunican con señales y eso fue lo que pedí. Fuimos a cenar y él un poco nervioso me preguntó qué me pasaba. Y con ese tono trascendental que muchas veces utilizamos las mujeres para darle seriedad a nuestros asuntos, y la mirada firme, le dije: “¿Te casarías conmigo?”.

Me miró a los ojos, con esa mirada frágil, de liebre a punto de ser degollada que ponen los hombres cuando se les acorrala y me preguntó: “¿Por qué?”. ¿Por qué si todo iba tan bien? ¿Por qué si éramos felices? ¿Por qué si él estaba tan a gusto conmigo? Le dije: “Solo dime que te quieras casar conmigo y no me voy a México”. La señal no pudo ser más clara. Llevo aquí casi 30 años. Adivina qué me contestó.

Si quieres escuchar la verdad, prepárate. No siempre te puede gustar. Uno hace sus planes y Dios esboza una sonrisa



Puntos seguidos...

La incertidumbre es una margarita cuyos pétalos no se terminan jamás de deshojar.
MARIO VARGAS LLOSA

Tomar la decisión no era fácil porque tenía muchos sentimientos encontrados. Sentía un miedo enorme mezclado con la emoción de ir tras mis sueños. Nunca había vivido sola pues siempre estuve cuidada por alguien, así que decidirme era enfrentar una serie de preguntas, dilemas, miedos, etcétera. No fue fácil.

Hablé con mi mamá y le comuniqué que había llegado la hora de irme. Para ella también fue difícil porque yo era como su mano derecha, pero teníamos una gran necesidad y esta era la oportunidad que había estado buscando toda mi vida. A doña Marina no le quedó más remedio que apoyar que su María Trapos y su María Lágrimas siguieran el camino que les correspondía.

Nunca imaginé que no volvería a vivir en Colombia; tampoco que defendería mi folclor con tanto fervor cuando me dieron la oportunidad de mostrar a Colombia como realmente era: un país pequeño en comparación con México, pero que a pesar de la mala fama que nos ganamos por algunos, tiene cosas muy bonitas como el paisaje, la gastronomía y su gente, siempre sonriente y amable, además del mejor café del mundo y la mamá más increíble que haya existido.

Esa hermosa mamá me ayudó, junto a Flor, una de sus mejores amigas, a bordar dos vestidos muy lindos para los *shows* que tendría. Uno era una falda negra con unas flores de colores en la parte de abajo, lleno de lentejuelas y de ilusiones, que eran unas flores más pequeñitas de muchos colores. El otro estaba hecho en una tela barata con unas lentejuelas grandes y un escote prominente. Los dos formaban parte de mi armamento para llevar a cabo esa conquista a la que me entregaba con amor. Además de los vestidos, traía poca ropa y un abrigo, porque me dijeron que esa época era muy fría.

Sin darnos cuenta escribimos el día y la hora en que todo cambia.

Llegó el día y el momento en que todo estaba decidido y listo. Tomé mi maleta que iba al mismo tiempo llena de ilusiones y miedo, de valentía y esperanza, y mis dos vestidos para llegar a cantar casi inmediatamente. Escuché recomendaciones, palabras de apoyo, advertencias y prevenciones de quienes ya habían viajado a México o conocían algo del país por las noticias. Todo el mundo me decía que debía tener mucho cuidado porque a los colombianos no nos veían con buenos ojos, que cuando llegara al aeropuerto no hablaría con nadie.

Pero, ¿cómo no hablar con nadie si yo iba llena de preguntas? Por ejemplo, ¿quién iba a ir por mí? Recordé que frente a la incertidumbre lo mejor es encomendarse a Dios y

eso fue lo que hice. Me encomendé a Dios con todas mis fuerzas y dije adiós a una parte de mi vida llena de felicidad y amores, de dolor y enseñanza, pero segura de estar haciendo lo correcto. Qué difícil dejar atrás las caritas de tu familia deseándote lo mejor y echándote mil bendiciones y recomendaciones; los hermanitos llorando y tú con el corazón bien *partió*, el alma cargada de esperanza y la mente empezando a extrañar el calor del hogar y el amor con el que viví hasta ese momento. No quise que me acompañaran al aeropuerto porque no quería hacer más difícil la despedida. Con poco dinero en el bolsillo, veinte y pocos años y todas las ilusiones del mundo. Atrás se iba quedando mi casa y luego mi ciudad, mis amigos, mis paisajes, el olor a campo y ese cielo que tantas veces me abrazó.

Cuando el avión comenzó a despegar sentí que todo iba en serio. Me asusté porque supe que estaba dejando mi tierra para seguir un sueño y caí en la cuenta de que así como dicen en Colombia que más reversa tiene un avión, de la misma manera mi decisión ya no tenía forma de echarse atrás. Me tocó un asiento en la ventanilla desde donde podría despedirme de mi tierra querida, fotografiar con mis ojos todo ese paisaje verde de mis montañas, y albergar en mi corazón la esperanza de volver algún día llena de metas cumplidas, aplausos, éxito y una familia propia. Me sumí en el silencio y me hice una promesa sagrada: algún día regresaría a mi Colombia para ser reconocida por mi gente. Con esa premisa seguí adelante; mi cuerpo era un solo latido, fuerte, lleno de ritmo, el ritmo que genera la danza entre las ilusiones y los miedos.

En el camino aprenderás a decir adiós.



Alas para volar

No sueñes con tener alas si tienes miedo a volar.

ALESSANDRO MAZARIEGOS

Cuando el avión se elevó, unas lágrimas rodaron por mis mejillas, y mi corazón, que ya estaba partido, quería estallar en mil pedazos de lo fuerte que latía. Casi toda mi historia pasó por mi mente. Recorrió cada experiencia vivida junto a los míos; lo feliz que realmente había sido en esos años; lo que admiraba a mi madre; cómo me llenaba de inspiración y fuerza recordar su entereza y su capacidad de amor hacia mí y mis hermanos; todo el apoyo que me había brindado desde el momento en que quise ser cantante; recordé con una sonrisa el día en que se sentó bajo un árbol y dijo llorando: “Solo falta que venga y me orine un perro”. No me vas a creer, el perro llegó y ¡la orinó! Tantos recuerdos y tanto llanto hicieron que el cansancio me venciera y al rato me quedé dormida para comenzar a vivir el más grande de mis sueños.

Esa imagen de mi mamá frente a tantos problemas estuvo presente en ese profundo sueño. Sobre todo aquella en el cementerio, apretando su carterita contra su pecho. Yo me descubrí haciendo lo mismo, apretando mi cartera, con esos documentos que tanto me costó conseguir, mis cien dólares, que eran todo mi capital después de dejar dinero en mi casa. Si mi mamá había podido salir adelante ante lo imposible que parecía la muerte de mi papá y sus padres en menos de tres meses, yo tenía que ser capaz. Eso me lo repetía una y otra vez. Yo tenía que ser capaz, y hoy sé que lo que te digas a ti mismo influye muchísimo a la hora de conseguir lo que quieras, e incluso para sanarte interiormente. Tú tienes que ser tu mejor amigo y luchar contra ese enemigo que llevas dentro y que eres tú mismo, ese al que los toltecas llamaron *el parásito*.

Llenar mi mente de metas concretas me hacía mantenerme enfocada, ir para adelante, avanzar sin temor alguno y sin escuchar a mi corazón que latía sin parar por un simple miedo que me atormentó durante mucho tiempo: el miedo a la soledad. Pero ni siquiera eso podía detenerme. Bueno, es un decir, porque el avión estaba en el aire y ya ni modo de decir: “Piloto, pare; aquí me bajo”.

Busca siempre recuerdos que te inspiren y te sirvan de motor para avanzar.

Cuando pasó la azafata ofreciendo algo de beber desperté y pedí un whisky porque quería celebrar que ya me sentía grande, independiente, y con alas para volar, pero en el fondo lo que tenía eran muchos nervios. En los asientos junto al mío estaban dos hombres que cuando vieron que pedí el whisky también pidieron uno y empezamos a platicar. Con la misma a la que le habían dicho que no hablara con nadie. Entablamos una conversación boba; preguntas tontas y nada más pues me habían prevenido tanto que procuraba no hablar mucho, algo que para mí era muy difícil. Me encantaba hablar,

lo que corregí, pues en aquella época tomaba el micrófono y no lo soltaba. Todavía lo hago, pero ya no tanto.

Al ir acercándonos a México no podía con el asombro al ver la magnitud de ciudad. Qué inmensidad, y aunque estaba extasiada viendo ese mar de luces, me preguntaba dónde iba a caer Margarita. Desde que vi las luces de las primeras casas hasta el momento en que llegamos al aeropuerto se me hizo eterno. Al ver los edificios y las calles que casi podía tocar con mis manos si hubiera podido abrir la ventana, pensé que ya había llegado el tiempo para materializar tantos sueños que tenía guardados y sentí miedo.

“Márgara, ¡vamos pa’ lante!”, me dije.

Bajé del avión lo más rápido que pude y traté de no hablar con nadie. Efectivamente, al llegar a Migración lo primero que me preguntaron fue de dónde venía, y al contestar que de Colombia me pusieron en una fila especial. No sabía si conservar mi entereza o demostrar que me temblaban las piernas del susto; creo que todos esos momentos me enseñaron a manejar mis emociones.

Dentro de ti habitan el control y el descontrol.

En esos años ser colombiano era terrible; todo el mundo te preguntaba: “¿Y la coca?”. Hoy también lo es, por eso uno de mis orgullos es decir: “Soy colombiana”, con amor, y jamás haber negado a mi país. Antes de tomar la decisión de venir a México, en la televisión habían pasado un documental sobre cómo eran tratados los colombianos en las fronteras. Desgraciadamente, Colombia era conocida por el tráfico de drogas y la guerrilla. Más tarde, cuando empecé a viajar a otros países sentí la diferencia por ser de mi país.

Ya me habían hablado de que lo revisaban a uno de una manera no muy decorosa y humillante, pero como dije al principio, siempre ha estado conmigo una fuerza que me hace sentir que tengo suerte, y ese día, mientras avanzaba por esa fila, esa fuerza se manifestó. A mí no me revisaron y pasé Migración derechito, con un: “Bienvenida a México”. Ahora el problema era quién había ido por mí y cómo lo iba a reconocer. Lo peor era que había perdido la dirección del hotel, así que rogaba a Dios que no me desamparara.

En cualquier camino en esta vida es importante aprender a manejar las emociones, sobre todo si somos conscientes de que en nuestro interior siempre hay una guerra entre ese parásito mental lleno de miedo y nuestro ser verdadero que nos dice que todo estará bien. A todos nos pasa, y esas emociones, cuando no están bien manejadas terminan ocasionando estragos y muchas veces creando situaciones que nos generan dolor, enfermedades y ratos llenos de angustia y desesperación. Vuelvo a insistir en la importancia de lo que te digas a ti mismo, de autotranquilizarte y de confiar en que lo estás haciendo bien, y en que al final todos los caminos se abren cuando tu destino se ha trazado desde el corazón.

Manejar las emociones implica reconocerse a uno mismo con amor, tenerse compasión y fe. Si no crees en ti, no esperes que nadie más lo haga.

Todo forma parte del camino: la noche, el día, la montaña, el valle. Todo.

Afortunadamente fueron por mí al aeropuerto y nos dirigimos al hotel; yo miraba todo por la ventana del automóvil. Para mí todo era impresionante. Una ciudad majestuosa, un mundo por conquistar. Mi sueños a flor de piel. La adrenalina a mil. Me llevaron a un hotel de paso que yo no sabía que era de paso porque no los conocía. A mí me pareció un hotel normal porque tenía un restaurante. Mi cuarto quedaba hasta el fondo del pasillo y el del director de la orquesta estaba pegado al mío. Él estaba con su esposa, lo que en cierta forma me hacía sentir tranquila y acompañada.

Todo era nuevo para mí, todo estaba por descubrir. Cuando entré a la habitación y cerré la puerta no puedo describir lo que me causó el silencio. Cuando vi la cama *king size* me sorprendí muchísimo pues nunca había visto una cama tan grande y menos para mí sola. Pasé muchas noches sin poder dormir escribiendo poemas y viendo películas. Veía hasta diez películas en una noche. El reto era controlar el ruido interior que me aturdía y me llenaba de ideas que generaban caos dentro de mí. Cuando estás solo y callado empiezas a escuchar esa voz que habla las 24 horas del día y que no se calla nunca. Una voz que habla, habla, habla y habla al punto de que llega a enloquecerte. Tus miedos convertidos en demonios, el pinche parásito.

Total, estaba ahí, en el país de mis sueños, empezando a tejer mis esperanzas y a dar mis primeros pasos por el camino que tanto había anhelado recorrer. Tenía que hacerlo pese a los miedos, las preguntas, las dudas, la incertidumbre. Tenía que hacerlo. Dar siempre un paso adelante, nunca atrás, cumplir mis promesas, llenarme de valor y mantenerme en pie pasara lo que pasara.

Y pedirás y se te dará. Esa es la regla de oro.

México, DF, octubre de 2014

Querida Margarita:

No sabes lo que ha significado escribir este libro. Me ha llevado a pensar en ti una y otra vez, a verte, sentirte y recordar cada detalle de lo que ha sido tu vida, o nuestra vida, porque aunque uno nunca se detiene a pensar en esos detalles, ahora estamos aquí, la adulta y la niña, juntas. Hoy soy la que alguna vez soñaste que serías y por eso me parece tan importante escribirte y decirte muchas cosas que salen de mi corazón. Quizá la más importante Margarita: ¡gracias!

Mirando el recorrido de nuestras vidas me cuesta creer que hayan pasado tantas cosas y yo siga aquí, viviendo en mi sueño, en ese sueño que decidí pintar lentamente, colorear y mostrarle al mundo. Yo no sé, si como dicen, la vida es eso, un sueño; tampoco sé si uno vuelva a vivir en este planeta. Nada de eso sé, y aunque escucho mil versiones, procuro no atarme a ninguna. Todas son inciertas.

Sin embargo, hoy me he permitido soñar nuevamente.

Yá sabes, es mi *hobby*, quizá mi vicio, quizá mi salvación. Soñar y crear imágenes en donde le robo a la vida

un poco de fantasía y felicidad que luego me permiten acariciarlas. Todo en esta vida se termina materializando, tarde o temprano, cuando lo creamos desde el corazón.

Pienso, por ejemplo, que si volviera a nacer me gustaría encontrar en algún rincón de la buhardilla una hoja de ruta que me dijera cómo es la vida, o cómo es el camino que se tiene que recorrer para alcanzar nuestros sueños. Margarita, eso sería maravilloso; aunque también pienso que quizás no lo seguiría pues a los seres humanos nos estimula el riesgo y el deseo de experimentar la vida de diferentes maneras. Pero es mejor tener la opción. Hoy estoy más convencida de que nos pasamos el tiempo pidiendo la seguridad pero la seguridad nos aburre pues nos quita la posibilidad de enfrentar la incertidumbre y volvemos creativos. Por eso hoy bendigo la incertidumbre y bendigo cada uno de los momentos que vivimos en ella.

Al escribirte esta carta quiero decirte muchas cosas que tengo guardadas y que siento que es el momento de que las sepas. Es posible que en cada una de esas cosas encuentres esa hoja de ruta de la que estoy hablando, la misma que yo he recorrido y me ha traído hasta ahora.

Quiero que sepas que un niño tiene en su mente la sabiduría que necesita para enfrentar la vida, y que aunque muchos terminan olvidándola por la influencia de los demás, esa sabiduría está ahí. Hoy reconozco tu sabiduría, tu creatividad, tu valor, tu fuerza. Los niños saben de la vida más de lo que nos imaginamos. Por eso quiero que sepas que valió la pena escuchar a tu corazón de niña, ese que me quiso revelar siempre el gran misterio: en esta vida todo es posible. Todo. Ese que no está contaminado con tantas creencias y tantos miedos. Ese que es capaz de armar castillos en el aire e irse a vivir en ellos. Hoy que te veo aparentemente lejos por la ilusión del tiempo sé que fuiste la niña que tenías que ser. Ni más ni menos. Que tuviste la familia que tenías que tener. Que naciste en el lugar que tenías que nacer y viviste las cosas que tenías que vivir. Por eso te reconozco, te bendigo y te agradezco haber sido la niña que fuiste.

Hoy de adulta me basta con cerrar los ojos y sé que latido a latido mi corazón me anuncia lo que tengo que hacer, de la misma manera que lo hacía cuando tenía tu edad.

Si pudiera regresar el tiempo y darte un consejo te diría que no te apures en crecer, Margarita, porque ese es un error frecuente del que con el tiempo nos arrepentimos, pues nos roba la posibilidad de estar en el presente y disfrutar las cosas que nos trae cada día. Ahora que he recordado tantas cosas que vivimos en nuestro hogar, se me antoja haberme quedado un poco más de tiempo ahí; es más, me gustaría no solo regresar sino poder detener el tiempo y quedarme abrigada junto a mis padres y mis hermanos en momentos eternos.

Uno quiere vivir rápidamente porque niega su entorno, porque se compara, porque se olvida de que nos fue dado exactamente lo que necesitábamos para nuestro paso por este mundo. Sé que cuando tenía tu edad muchas veces vi la pobreza de frente, y eso me marcó, pero ahora entiendo que esa pobreza no era más que un concepto que con el tiempo se puede cambiar, porque ni la pobreza ni nada dura para siempre; entonces, no tiene sentido angustiarte. La vida está llena de conceptos, de creencias y de leyes a las que elegimos darles valor sin cuestionarlas. Pues bien, hoy te diría, pequeña mía, que simplemente observes, sin juzgar, sin querer huir, sin querer evadir lo que la vida te está presentando. Que te repitas esa frase mágica que ahora yo me repito tantas veces: todo está bien, todo es perfecto.

Pero mi intención al escribir esta carta no es juzgarte por lo que fue tu infancia, o por las muchas veces que quisiste que el tiempo pasara deprisa para dejar atrás todo aquello que te generaba incomodidad. No, esa no es mi intención, pero sí quiero decirte que ese vacío que dejan los juicios que emitimos sobre nuestro mundo ya no tiene por qué estar ahí, porque ahora con el camino recorrido sé que lo que vivimos era exactamente lo que tenía que ser. Margarita, todo estuvo bien. Ven junto a mí, siéntate en mi regazo de adulta y permíteme darte un abrazo para decirte al oído: "Todo estuvo bien. Nada fue bueno, nada fue malo, todo fue perfecto".

Quiero hacerte un pequeño listado de las cosas que en esta primera etapa de mi vida aprendí:

1. Naces en el lugar donde tenías que nacer. Ese lugar es perfecto pues te brinda todo lo que necesitas para emprender tu viaje por este mundo, en donde aprenderás muchas cosas, pero la más importante de todas: a fluir. Por lo tanto tus padres, tus hermanos, tus amigos y todo tu entorno estarán diseñados para entrenarte en esa que es tu misión, fluir. Quizás te tome mucho tiempo, pero con el paso de los años lo lograrás.
2. En tu corazón tendrás la semilla de tus más grandes sueños. Por lo tanto, es importante escuchar lo que te quiere decir ese corazón. Él te marcará siempre el camino, te dirá cuál es tu destino y qué será lo que lo haga vibrar siempre.
3. Nadie te puede dañar; si vives una semana, un mes, un año o muchos años, esos son los que tenías que vivir. Ni un día más ni un día menos, así que no hay por qué tener miedo. Todo se da porque se tiene que dar, por lo tanto todo está bien.
4. Los primeros años de tu vida se parecen mucho a los años que pasas en la escuela. Vas a que te den un

listado de conceptos, definiciones, reglas, etcétera. No todas son ciertas; es más, la gran mayoría no son ciertas. Quizá te sirvan para vivir en el mundo en el que te correspondió vivir, pero vale la pena cuestionarlas, vale la pena preguntarte si quieres creer en ellas o, si por el contrario, eliges cambiarlas.

5. No hay errores cuando lo que haces lo haces siguiendo tu intuición. No tienes que hacer lo que los demás digan; por ello necesitas preguntarte siempre qué es lo que tú quieras.
6. Los adultos son niños grandes. Inexpertos tratando de parecer expertos. Ellos también improvisan la vida. No tiene sentido juzgarlos. Con los años te darás cuenta de que hicieron lo que podían hacer con las herramientas que tenían para hacerlo. Igual que lo hace cada uno de nosotros al crecer. Todos improvisamos la vida.
7. En la vida tienes dos opciones: resignarte a vivir para tener contentos a los demás, o preguntarte qué te hace feliz y procurarte esa felicidad. La segunda opción siempre será la mejor.
8. Todo lo que seas capaz de crear en tu mente terminarás viéndolo materializado. No hay imposibles, a menos que creas en ellos.
9. Es posible que te tardes encontrando la respuesta a tantos porqués que se te presentan en la vida, pero al final la propia vida te lo va a responder de la misma manera: porque así tenía que ser.

Quiero, además, decirte que nada de lo que en su momento consideramos malo lo era realmente. Todo estuvo ahí para decirme: “Eres más fuerte que esto. Tú puedes. Saca tu valor y utiliza tu fe”. Todo, absolutamente todo, Margarita, estuvo bien y me empujó hacia adelante. Por lo tanto, no hay deudas pendientes, recibiste exactamente lo que tenías que recibir y diste exactamente lo que tenías que dar.



SEGUNDA PARTE

El cielo, las nubes y el sol



Érase una vez

La niña duró mucho tiempo imaginando lo que quería para su vida. Pasaba horas enteras metida en un pequeño bosque en el jardín de su casa, tratando de ver en su mente lo que para ella podría ser importante.

Su mente se llenaba de luces de colores y ella se veía corriendo feliz por ese mundo iluminado por la magia y la alegría. Siempre se veía cantando y veía la felicidad en los rostros de las personas que la escuchaban. Su padre le había dicho que cuando pudiera verse claramente en ese sueño lo buscara para entregarle el segundo secreto para alcanzarlos. Entonces ella, segura de esa imagen que tenía en su mente, le pidió a su papá una cita. Lo hizo como si se tratara de algo trascendental para ella. El padre accedió a atenderla.

Una vez que le contó todo lo que lograba pintar en su mente, le dijo que ella quería ser esa que cantaba, que iba de un lado a otro llevando felicidad. Le dijo que le gustaba ver la felicidad dibujada en el rostro de la gente y sentir cómo desde su corazón brotaba amor para los demás.

Entonces el padre le entregó el segundo secreto. Era un papel en donde ella pintaría esa imagen y la materializaría. “Ese es el segundo secreto hija mía, una imagen. Un sueño es eso, una imagen con la que decidimos comprometernos, pero esas imágenes suelen perderse con el paso del tiempo y la multitud de pensamientos que corren a diario por nuestra mente. Por ello es importante que la pongas en un papel, que la pongas con todos los detalles. Sin darte cuenta la estarás materializando, la estarás haciendo realidad. Ya no solo estará en tu mente sino que ahora la podrás ver.

“Esa imagen se convertirá en tu destino y no dejará que te pierdas. Solo tendrás que verla a diario y dejar que el universo guíe tus pasos hacia allá”.

La niña no dudó en tomar el papel y los lápices de colores y comenzar a pintar esa imagen que tenía en su mente. En ella se veía claramente rodeada de miles de personas que disfrutaban sus canciones. Mientras pintaba y coloreaba, todo su ser se centraba en esa imagen, y dentro de sí comenzó a tornarse real.

Como su padre le había enseñado, escuchó a su corazón; puso su manita en el pecho y lo sintió latir emocionado. Entonces supo que estaba haciendo lo correcto. Supo que cada trazo que estaba haciendo era el correcto, que cada color estaba en su sitio y que cada latido era la fuerza con la que estaba enviando ese sueño al universo. “Todo está bien”, se dijo la niña. “Todo estaría bien y todo ser haría realidad”.

El padre le dijo que dedicara tiempo suficiente a crear esa imagen, no solo en su mente y en el papel, sino a crearla y creer en ella con todas sus fuerzas. Que el momento en que lo hiciera se convertiría en un momento sagrado, y así fue.

Se tomó días enteros para dibujarla, y una vez que lo hizo buscó el mejor sitio en su habitación para ponerla, de manera que cada vez que entrara o saliera de ese cuarto pudiera encontrarse con ella.



Ángeles y compañeros

La verdadera amistad es una planta de desarrollo lento.
GEORGE WASHINGTON

Sentí la soledad cuando se acercó diciembre y por no tener visa americana me tuve que quedar pues el grupo se fue de gira a Estados Unidos y yo me quedaría sola para pasar Navidad y fin de año. No podía haber peor noticia que no tener con quién pasar esas fechas, que en Colombia son tan familiares, y yo con ese miedo tan terrible a la soledad. Era mi primera Navidad sin mi mamá y mis hermanos; no podía creerlo. Entonces sí que lloré hasta que mis ojos no tuvieron más lágrimas. De esos momentos me quedó algo claro: los miedos viven en tu mente y es ahí donde te convierten en su esclavo.

Pero Dios escuchó mi tristeza y no me dejó sola ya que una de las cantantes de la Dinamita, que ya no estaba en el grupo, me ofreció su casa para ir a cenar en Navidad. Es algo que nunca voy a olvidar porque esa cena significó mucho para mí, y estoy muy agradecida con esa familia que me acogió aun sin saber a quién estaban metiendo en su casa. Ahí descubrí el corazón de los mexicanos, tan amoroso y hospitalario. Corazón que te salva y te sana con su cariño y su bondad.

Tenía una amiga con quien conversar y empaparme de cómo era pertenecer a este grupo tan famoso en México. Gracias Sandra, no sé qué hubiera sido de mí ese diciembre si no hubieras hecho esa llamada tan afortunada.

La soledad en un país en donde no tienes familia, amigos, ni nadie a quién llamar para pedirle un poco de compañía, es algo difícil pero que siempre te fortalecerá. Sin embargo, en esos momentos yo me sentí frágil, vulnerable y lloré tanto mientras me preguntaba qué hacía aquí. Fue entonces cuando entendí la magnitud de mi sueño, que estaba entregando todo por lo que quería, y que estaba viviendo esos obstáculos que muchas veces uno cree ser capaz de enfrentar sin imaginarse cuánto van a doler y cuántas veces te harán pensar en tirar la toalla. Es en esos momentos cuando hay que recordar hacia dónde vas, que no estás solo y que Dios está contigo.

No hay mejor manera de materializar tus miedos que creer en ellos.

Qué importante fue lo que aprendí: el valor de la palabra reinterpretar. Nos han enseñado un significado limitado de las cosas, de las personas, de las fechas, y eso nos daña y muchas veces nos acorrala en el dolor obligándonos a hacer cosas que no queremos; por ejemplo, salir a comprar un regalo aunque no tengas dinero, pero que crees que tienes que dar en esa fecha, o sentirte miserable porque no tienes fiesta, invitaciones o gente rodeándote. Sin embargo, todo en esta vida se puede reinterpretar. He aprendido a hacerlo sin temor, evitando forzar situaciones y aceptando que cuando no

se puede, no se puede. Asumiendo la responsabilidad sobre las decisiones que había tomado, y estar en México era mi decisión y mi sueño. Por lo tanto, desde esa época aprendí a darle verdadero significado a las fechas, algo que me ha sido de gran utilidad porque hoy en día son muchas las Navidades que he pasado lejos de mi casa, cantando y celebrando con otras personas. A eso súmale días de la madre, cumpleaños míos y de mis seres queridos, y hasta entierros a los que no he podido asistir por cumplir con mis compromisos.

Así pasó el mes y el grupo regresó de su gira. Empezaron los ensayos con la orquesta; los compañeros, algunos colombianos y otros mexicanos, me recibieron bien; sin embargo, me sentía rara entre tantos hombres. Era la única mujer pero tenía el valor para mantenerme en pie y desde la experiencia con el hombre que quiso abusar de mí en la carretera cuando fui a venderle los seguros, aprendí a no tenerles miedo.

Frente a los toros de la vida aprenderás a torear. ¡Olé!

Sin embargo, hay cosas frente a las que uno cree estar blindado y la vida te demuestra todo lo contrario. El afecto es uno de ellos. Por más preparada que me sentía para enfrentar mi sueño, fui dándome cuenta de que no era así y que frente a cada reto aparecía algo que me llenaba de miedo y me mostraba esa fragilidad que nos negamos a aceptar. Fue ahí en donde Dios, la vida, o mi intuición, me llevaron a encontrar afinidad con dos seres que marcarían mi vida para siempre. Uno nunca se imagina que en cada persona que conoce puede estar un nuevo capítulo de tu historia en este mundo, sin que nadie te garantice si será de alegría, dolor o tristeza.

Una sonrisa o una palabra amable se convierten en la excusa para iniciar esos nuevos capítulos en tu vida y Bernardo era ese nuevo episodio que tendría que escribir. Con su sonrisa y su amabilidad me hizo sentir que un nuevo amigo había llegado a la vida de esta solitaria soñadora que estaba decidida a avanzar en todo momento hasta que sintiera que su sueño era una realidad. Rápidamente pasó de ser Bernardo a Bernie. Tocaba el bajo, además de componer y cantar, y junto a Beto, el trompetista, se convirtieron en mis mejores amigos. Ensayábamos en una casa donde vivían varios de mis compañeros, entre ellos, el Negro Grandote, como le decía la gente a John Jairo, uno de los cantantes importantes del grupo, que era quien ponía la nota más alta en los ensayos con la comida que preparaba: arroz con coco cartagenero. Qué delicia.

Abrirse al mundo y entender que está lleno de posibilidades siempre te permitirá sorprenderte. Eso me ocurrió y me ha ocurrido siempre. He abierto mi corazón a las nuevas posibilidades que la vida me ofrece, y me he dado cuenta de que son infinitas. En este mundo hay millones de personas que pueden ser tus amigas; millones de posibilidades; millones de lugares en los que te puedes sentir bien, pero a veces nos limitamos tanto que nos encerramos en nuestras cárceles mentales y no vemos la salida. Yo estaba dispuesta a salir de esa cárcel mental en la que me sentí en esos días de diciembre y la respuesta había sido inmediata: el mundo comenzaba a sonreírme.

*Aunque cueste entenderlo, en tu mente está tu infierno
o tu paraíso.*

Como ya tenía un poco de dinero empecé a mandarle a mi mamá para que se comprara una sala nueva y un refrigerador; estaba feliz por ellos y también por mí. En el primer viaje que hicimos a Los Ángeles compré ropa para el *show*; no sabes cómo me estaba sintiendo: mi mamá estaba bien y yo estaba trabajando para que eso pasara. Hoy sé que un sueño no es simplemente el resultado de uno, sino la suma de muchos pasos, de muchos logros, grandes y pequeños. Mi sueño iba tomando forma porque aunque mis ojos estaban puestos en una meta muy alta, poder apoyar a mi familia económicamente era algo inmediato y uno de los motivos por los que había aceptado venir a México y se iba materializando lentamente.

Me mantenía ocupada entre los ensayos, los viajes y las compras. Había tanto dónde ir a comprar ropa, zapatos, aretes y cuanta cosa se me antojaba, que me tuve que volver creativa. Imagínate a la María Trapos entre tanta tienda y con dinero para comprar: era una locura.

Conocí muchísima gente, y como al director de la orquesta no le gustaba mucho ir a las entrevistas y esas cosas de promoción, nos mandaba a Bernie y a mí. Para nosotros era increíble ir a la radio, sentirme libre de poder ser y mostrarme como artista.

Recibirás las sonrisas que seas capaz de entregar.

Un día fuimos a un programa en vivo que se llamaba Eco; cada hora tenía un conductor diferente y duraba 24 horas. A nosotros nos tocó con Talina Fernández, ¡qué mujer! Estaba encantada con su forma de ser, y sobre todo yo estaba feliz cantando en vivo y mostrándole al mundo que la voz que escuchaban en los discos era la mía.

Recuerdo un vestido que había comprado en Los Ángeles y que me puse para ese programa. Era bordado todo en lentejuelas y canutillos; en las orillas irregulares tenía bordadas una especie de perlas y yo usaba zapatos de tacón altísimos. Para qué te digo cómo me sentía. Espectacular.

Espectacular era lo que iba a pasar a la mitad de la canción. Empezamos a cantar y un pensamiento pasó por mi cabeza. “Qué tal si se cae alguna de esas perlitas, Dios mío, si la piso me mato”. Hay que tener cuidado con lo que piensas porque se puede hacer realidad. No pasaron ni dos minutos de la canción cuando vi la perlita en el piso y de tanto estarme cuidando de no pisarla, por supuesto que la pisé y me caí hacia atrás llevándome de paso los timbales, trompetas, piano y a toda la orquesta, que quedó en el suelo conmigo piernas al cielo.

Qué vergüenza. Como era en vivo Talina dijo: “Margarita, acabas de mostrarle el cucu a millones de personas en todo el mundo”. Es esa la razón por la que nunca más volví a usar vestidos, desde ese momento mi ropa siempre lleva pantalones.

Al final en esta vida todo forma parte del show.



La voz

El artista es un ingeniero del alma humana.

JOSÉ STALIN

Así me fui ganando a las personas de este mundo tan complicado que es el espectáculo. Hoy podría decir con certeza que la llave que me ha abierto miles de corazones es mi sonrisa, una sonrisa sincera y llena de esa alegría que siempre he querido transmitirle a los demás. Pronto me convertí en “Margarita, la cantante de La Sonora Dinamita”, y aunque la gente creía que yo era la negra guapísima que siempre sacaban en las carátulas, me aceptaron cuando se encontraron con una rubia chaparrita, pero eso sí, de muy buen humor, muy simpática y auténtica. Recuerdo que con frecuencia me hacían esa pregunta afirmativa: “¿Así que tú eres la voz?”. Y la respuesta que inundaba mi corazón de una gran felicidad: “Sí, soy yo. Soy la voz”.

Aprendí a manejar al público. Cuando hice mi primer baile me impresionó ver la cantidad de gente que iba a bailar la cumbia de Colombia. Sentí un orgullo muy dentro de mí y la satisfacción de pertenecer a tanta felicidad y de haber tomado la decisión correcta. Ese darse cuenta de que estamos en el camino que elegimos desde nuestro corazón hace que quieras avanzar y enfrentarte a todo lo que te encuentres a tu paso. No había obstáculo que se resistiera a los deseos de mi corazón.

Nunca negué una entrevista, sin saber que esa actitud me ayudaría años más tarde, pues de una en una se fueron sumando miles de personas que se quedaron con un buen recuerdo mío. Viajamos a muchos países bonitos y dondequiera que íbamos, Bernie, Beto y yo hacíamos amigos que nos invitaban a comer en los días de descanso el tan querido sancocho, porque casi en todas partes de EU se consigue yuca, sobre todo en Los Ángeles y Miami. Recorrimos casi todo Estados Unidos, siempre con mucho éxito. Conocí paisajes espectaculares; recorri centros comerciales de ensueño y todas las maravillosas carreteras que tiene ese país con la gratitud a flor de piel, pues todo aquello tenía una causa y un efecto: cantar.

Tu sueño es tu causa, tu efecto, tu fuerza y tu camino.

Llegamos hasta Canadá y me maravilló ver cómo cambia un país a otro con solo cruzar la frontera. Eran muy diferentes los paisajes y las temperaturas. Quise visitar las Cataratas de Niágara, a lo cual muchos de mis compañeros se negaban por sentirse cansados, pero mis ganas de conocer el mundo eran tan grandes como mi sueño, y el director procuraba darme gusto por ser la única mujer y por el entusiasmo con que le pedía las cosas. Estaba decidida a comerme con los ojos el paisaje. Yo sí quería ver las maravillas del mundo, yo sí quería aprovechar las oportunidades que me estaba ofreciendo la vida y mis dos mejores amigos querían lo mismo. Tener con quién recorrer los caminos es algo hermoso, ver la sonrisa de tus amigos, compartir la emoción frente a

un atardecer o un amanecer es algo que no tiene precio. Los BB, Bernie y Beto, eran tan felices con las cosas sencillas de la vida que yo, que había aprendido a ser feliz con ellas, me entregaba a la aventura de agradecer cada presente que la vida nos entregaba. Eso fueron aquellos viajes, unos presentes que me dejaban sin palabras. Cómo olvidar, por ejemplo, cuando en Reno, Estados Unidos, vi la nieve por primera vez y me pude bajar del auto y tocarla, abrir los brazos y dejar que me cayera. Todo era perfecto, no existía la carencia y todo se prestaba para ser disfrutado, como la compra de ropa térmica, de chamarras acolchadas, gorros y orejeras, hasta quedar como un muñeco de nieve.

Fue increíble conocer las cataratas porque regularmente cuando vamos a un lugar lo primero que hacemos es llegar al hotel y empezar a prepararnos para el *show* y al otro día seguir con las giras, que la verdad eran un poco pesadas, pero gratificantes. Y lo mejor era cuando llegabas con el público a dar la alegría que Dios nos permitía a todos dar. Pero para mí también era importante recibir, y por eso no perdía la oportunidad de caminar por lugares a los que no sabía si volvería algún día. Agradecer cada paso, literalmente, era la mejor oración que podía hacer.

Aunque los hoteles no eran cinco estrellas, nosotros tres siempre veíamos el lado positivo de las cosas y muchas veces cocinábamos en algunos cuartos que tenían cocineta. Para los BB y yo todo era fiesta y aventura. Parecíamos los Tres mosqueteros, “todos para uno y uno para todos”. Pero de repente algo comenzó a pasar, algo que evadí y no supe encarar desde el principio. Ese algo se resume en miradas que se fijan intensamente, sonrisas que terminan en largos silencios y que te obligan a evadir, a negarte, a huir. Momentos en que falta la respiración y prefieres pensar en otra cosa. De repente, me di cuenta de que Bernie y yo sentíamos una gran atracción. A la misma que yo me negué porque él era un hombre casado, y para mí eso era sagrado e iba contra mis principios. Necesitaba alejarme y lo hice.

Hay capítulos de tu vida que parecieran escribirse solos.

Conocí a Jorge, un hombre de buena familia con una mamá y unas hermanas maravillosas con quienes me saludó de vez en cuando todavía. Empecé a salir con él, a ir a las discos después de la función, a cenar a los mejores restaurantes de la Ciudad de México. Hice mi mejor esfuerzo, pero la verdad no me sentía cómoda porque él siempre tenía a dos señores grandotes que nos acompañaban a todos lados. Uno sabe cuando falta una ficha en un rompecabezas, y yo notaba que Jorge iba muchísimo al baño y se tardaba. Luego regresaba a la mesa con la nariz roja y con flujo. Cada vez hacía más muecas con la cara y yo no entendía por qué, hasta que un día le pregunté a Bernie y él me dijo que seguramente estaba consumiendo coca. El asunto es que yo buscaba alejarme de Bernie y las circunstancias nos acercaban. Hoy veo que yo no sabía a ciencia cierta lo que iba a ser en mi vida y pese a evadirlo éramos como dos fuerzas que se atraían.

Jorge era un empresario importante con el que el director hacía negocios. Nos hicimos novios y siempre fue un hombre especial, pero quería algo formal conmigo y yo quería seguir conociendo el mundo y buscando ese amor soñado de los cuentos, y en la honestidad de mi soledad sabía que no era él. Lo quería mucho y apreciaba todo lo que hacía por mí, pero no estaba enamorada. Pronto llegó un momento en el que me sentí asfixiada, con tanto regalo caro que me hacía sentir encadenada y traía a mi mente las palabras de mi madre que decía que los regalos caros comprometían.

Él quería ir a Colombia a pedir mi mano, y con todo y lo lindo que era conmigo tuve que ponerle fin a ese noviazgo que me estaba llevando a convertirme en la flamante esposa que yo no tenía en mis planes. Yo estaba agotada, tenía cansancio crónico, ir al teatro y luego cumplir con los compromisos sociales con el novio era agotador. Mientras tanto, Beto y Bernie seguían con sus vidas y me molestaba que por mi relación con Jorge habían puesto cierta distancia conmigo. Sobre todo, notaba en la mirada de Bernie un dejo de reclamo y una leve satisfacción cuando le contaba que Jorge no me inspiraba tantas cosas como parecía. Mientras que pasar tanto tiempo cerca de Bernie en la orquesta, sentir su olor, escucharlo cantar y notar esa leve indiferencia sí me sumía en un mar de preguntas que yo no quería responderme. Qué terrible saber que algo está pasando y te lo tienes que negar.

No existe el hombre que haya sido capaz de engañar a su corazón.

El director no estaba muy convencido de que mi cansancio fuera grave, pero el médico le explicó que necesitaba un poco de descanso y dormir un par de días para recuperar fuerzas y poder seguir trabajando. El noviazgo terminó, y no en muy buenos términos, porque fui clara y directa, y muchas veces decirle la verdad a quien no quiere escucharla se convierte en una gran ofensa. Yo le dije a Jorge cuáles eran mis razones para terminar, pero él no las entendió ni puso un poquito de su parte para hacerlo, porque estaba convencido de cuál sería mi destino, según él, y de lo que quería para mí sin importarle lo que yo pensara. Pero jamás me han impuesto nada, porque aunque parezca que uno acepta muchas cosas, al final siempre hacemos lo que en realidad queremos. Ese noviazgo terminó mal y yo vería las consecuencias tiempo más tarde, porque él en el fondo quedó con mucho rencor y muchas ganas de vengarse. Pero uno no se puede engañar y menos vivir para darle gusto a los demás, pues esa es la causa de la infelicidad de muchas personas. Incluso, implica ser claro con uno mismo, porque todos alguna vez hemos querido que los demás hagan nuestra voluntad y nos enojamos cuando eso no ocurre.

Mi historia era muy parecida a la de Bernie y los dos conocíamos todo acerca de nosotros. Cuando llegó a México se hospedó en casa de un gran amigo suyo que era conocido entre los colombianos porque aparte de traer muchos músicos a este país, hacía favores a los paisanos que, al no tener forma de mandar dinero a sus casas, le daban

dólares y luego él los entregaba en pesos en Colombia por medio de su familia. No era nada malo, pero hay cosas buenas que a los ojos de otros parecen malas. Bernie vivió en ese departamento desde que llegó sin saber que ahí se guardaban muchos dólares, situación que alguien denunció a la policía, que llegó un día cualquiera con una orden de cateo, y al encontrar solo a Bernie lo hicieron responsable. Como en nuestros países primero te encierran y después averiguan, Bernie fue encerrado durante ocho meses para al final de ese tiempo decirle: “Usted disculpe, fue una equivocación”.

En los meses en que estuvo encerrado, Maru, una amiga suya, empezó a visitarlo y a brindarle apoyo. La soledad y el abandono de la prisión hicieron que ella se convirtiera en una figura muy importante en su vida ya que era su tabla de salvación en ese momento. Ella vio en él la conclusión de muchos de sus sueños. Con los meses se casaron porque era la única manera en que Bernie podía permanecer en el país, pues aunque no hubiera tenido culpa, la deportación era inminente. Para ella, él fue su salida a una ilusión; para él, ella fue su cárcel, pues sin darse cuenta, al igual que yo terminamos haciendo una vida con una persona que solo nos estaba haciendo un favor. Bernie hizo su vida con Maru por un infinito agradecimiento y porque le tenía muchísimo cariño. Yo, más adelante lo haría también con alguien por gratitud y cariño.

Los seres humanos estamos llenos de segundas intenciones.

Las cosas pasaron porque tenían que pasar y nadie podría borrar siquiera una línea de lo que ya estaba escrito para nosotros. Nada es bueno ni malo, simplemente es. Nadie puede tirar la primera piedra o juzgar o condenar lo hecho. Si de algo estoy segura hoy en día es de que todos hacemos lo mejor que podemos con las herramientas que tenemos, en el momento en que lo hacemos y hay órdenes que nos da el corazón y que son como una flecha que no se puede detener, y menos devolver.

Hoy entiendo que ese tejer la vida puntada a puntada es necesario, y que todas las personas que pasan por tu vida son esos hilos con los que tejes la historia y tienen una enseñanza para ti; todos somos maestros y alumnos de todos. Pero ojo con esto: los maestros a veces nos enseñan con dolor, y muchas veces lo que hacemos en la vida de los demás es enseñarles con el dolor que les causamos.

Cuando conocí a Bernie ya tenía varios años de casado con Maru y dos hijos. Nuestra amistad me permitió ser esa amiga que escuchaba sus tristezas y sus dolores. Bernie no era feliz, según él, y de vez en cuando un nudo en la garganta lo delataba cuando me contaba sus historias. Buscaba desenfrenadamente evadirse de la realidad conociendo mujeres aquí y allá, que al pasar las horas solo le dejaban más soledad y culpa. Muchas veces me pedía apoyo para encontrarse con ellas, convirtiéndome en su celestina y luego en su redentora. Algo que no me hacía sentir cómoda.

La paz interior es un asunto de honestidad personal.

Nunca parábamos de viajar. Viajábamos a Colombia a grabar y era cuando yo aprovechaba para ver a mi familia; era una dicha estar con todos otra vez aunque fuera por unos cuantos días. En esos viajes grabé canciones como *Saca la maleta*, *La cortina*, *Capullo y Sorullo*, *El Pichichi*, *La cumbia del sida*, etcétera.

Cada canción que me permitían grabar se convertía en un éxito, sobre todo en México; en Colombia solo pegó *A mover la colita*, y eso que pocas personas saben que yo grabé esa canción.

Debo ser completamente sincera y reconocer que de pronto el éxito te eleva tanto que llegas a sentirte especial; pero no era eso lo que me iba a permitir Dios; yo tenía que practicar la humildad para no llegar a sentirme más que los demás. Hasta eso hay que aprenderlo en este mundo del artista: a ser humilde, porque Dios está permitiendo que uses tu don, y a mí me queda claro, y lo que más he aprendido a respetar es al público. Él es el que nos da de comer a todos los que vivimos del espectáculo.

Sin embargo, lo que pasa en el escenario es solo una parte de lo que pasa en la vida de un artista, y yo estaba a punto de enfrentar esa otra parte. La que a veces no es tan bonita, tan mágica pero que nos funde como el fuego para hacernos nuevas personas. Nadie se escapa de ello, todos tenemos la bendición de ser fundidos en ese fuego donde se prueban el amor, la fe y el valor. Todas son pruebas y nadie está libre de pecado como para tirar la primera piedra.

*Algunas veces pensamos en escapar de nuestro destino
pero siempre nos alcanza.*



La otra parte de mí

Existe entre nosotros algo mejor que un amor: una complicidad.
MARGUERITE YOURCERNAR

IDios! Cómo apreciaba estar haciendo lo que me gustaba, porque realmente lo estaba disfrutando. Si tuviera que resumir esa época lo haría en tres palabras: complicidad, felicidad y risa. Fui muy feliz. Me permití conocerme, conocer y disfrutar la vida, incluso experimentar cosas nuevas como cuando recorrimos toda Centroamérica y en Nicaragua fuimos atendidos por su presidente, el que nos preparó una comida en la que sirvieron iguana. ¡Dios mío! A mí me sentaron al lado del presidente, así que ni modo de decir que no me gustaba la iguana. Por primera vez en mi vida comí algo diferente al pollo y a la carne de res y cerdo. Pero iba a probar muchas otras cosas raras a través de mis viajes por el mundo.

Era toda una aventura pertenecer a esa orquesta, y no tardé mucho tiempo en hacer muchos amigos. En Nicaragua conocimos a Mirna, una mujer simpática que se hizo muy amiga nuestra. ¡Qué encanto de mujer! Se portó superlinda y quedamos como grandes amigas. Nos hablábamos regularmente por teléfono y ella preguntaba seguido por Bernie, quien para ese momento empezó a presentar los síntomas de su enfermedad y regularmente iba con el médico. Al principio solo fue una bolita en la axila y con los días se fue extendiendo hasta que lo sometieron a una biopsia y resultó ser un tumor maligno.

Mirna vivía muy atenta de nosotros y de la enfermedad de Bernie, pero con el tiempo me daría cuenta de que en vez de llamarlo a él me llamaba a mí, sí, a mí. Yo tengo una característica curiosa, a mi modo de ver, y es que no soy maliciosa y me abro a la gente sin prejuicios. Hay muchas cosas que me han ocurrido y yo no las he entendido o no me he dado cuenta. Recuerdo que recién llegada conocí a Gerardo, un médico amigo de unos músicos a los que yo conocía, y una noche que me invitó a cenar al regresar me preguntó el nombre de mi hotel. Yo ingenuamente le contesté: “Pues tiene un letrero grande que dice Garaje”. Él no podía de la risa y cuando le pregunté de qué se reía me explicó que era un hotel de paso, lo que en Colombia se llama residencias o motel. Me sonrojé y no pude de la pena, no sé si por mi ingenuidad o por vivir allí. La verdad no notaba la diferencia con los demás, para mí era un hotel más. La mayoría de los hoteles de aquella colonia tenían un letrero luminoso que decía “Garaje” en la parte de arriba del edificio, pero yo no estaba para fijarme en esas cosas, así como no estaba para sospechar de la actitud de Mirna.

Cada cual a su manera y cada uno en su proceso.

Vivir en un hotel con esas características no me hacía sentir cómoda. A veces me tocaba subirle el volumen a la tele porque escuchaba quejidos muy fuertes, o en muchas ocasiones me tocó escuchar los gritos y las peleas del director de la orquesta con su

esposa y las golpizas que le daba. Como vivíamos pared con pared, era terrible porque yo sabía que sus niños estaban en medio de esa tormenta. Santo Dios, cómo me daban ganas de ayudar, pero si algo me enseñó mi mama fue a no meterme en discusiones de pareja: siempre termina uno peleado y ellos contentos. Esa forma de ser de este hombre no me gustaba; aunque por un lado lo admiraba profundamente y vivía agradecida por lo que hacía por mí, su personalidad extraña también me daba miedo. Luego lo veía componiendo sus canciones en el autobús con esa alegría desbordante y ese talento que parecía no tener fin, y si no hubiera oído los gritos, las quejas y los moretones en los ojos de su esposa ocultos tras unos lentes oscuros, pediría perdón por mal pensada.

Era tal la angustia que me generaba ese hombre que yo procuraba no meterme en sus asuntos privados, y aunque él sabía que yo escuchaba todo, jamás tocó el tema. Su actitud presionaba mi complicidad. Decidí guardar silencio y no descuidar mi trabajo en ningún momento, y todavía creo que cada uno de nosotros tiene la capacidad de resolver sus propios asuntos y que, efectivamente, quien se mete de redentor sale crucificado.

Un día, al pasar por una caseta nos dio hambre, y mis compañeros quisieron comer carnitas; yo también tenía hambre así que me les uní y comí con singular alegría las famosas carnitas, en taco y en torta con una coca-cola bien fría. Cuando veníamos de regreso empecé a sentirme muy mal y al llegar al hotel llamaron al médico que me diagnosticó una tifoidea muy seria. El doctor me canalizó con suero para evitar la deshidratación y aun así me fui a trabajar, con todo y suero, pues dicen en mi tierra que “el que se fue pa’ Barranquilla perdió su silla”, y yo no quería perder mi silla ni loca. Menos darle motivos a mi jefe para enojarse después de lo que escuchaba en aquellas noches terribles.

*El miedo muchas veces nos hace actuar en contra
nuestra.*

Otro día no me pude levantar debido al agotamiento porque estábamos haciendo una temporada extenuante en el Teatro Blanquita, rodeados de muchos artistas importantes. El jefe no me creyó y se enojó conmigo, lo que me llenó de angustia pues me sentí pisando un terreno muy inestable. Eran jornadas agotadoras: todos los días había función, incluidos los domingos, que era doble. Para mí fue impresionante ver todo lo que pasaba tras bambalinas pues había que llegar temprano y salir muy tarde. Yo me paseaba por todos los camerinos haciendo amigos, y fue así como llegué a saber muchas cosas, algunas no tan agradables. Entendí que el mundo del espectáculo tiene muchas tentaciones y que cuesta trabajo no caer, pero se puede andar en el lodo sin hundirse en él. Hay mucho que puedes probar y conocer, así como también ves a algunos hundirse, tocar fondo, como un compañero nuestro que llegó a beber tanto que al salir al escenario se orinó de la borrachera y no se dio cuenta. Con el tiempo, alguien me diría que la gran mayoría de los artistas buscan la aprobación de los demás debido a su baja autoestima y que al no encontrarla ni con el aplauso de millones de personas, se sumen en

comportamientos autodestructivos. Quizá ahí estaba la explicación a por qué vi a tantas personas perderse. Me di cuenta de que nadie es especial, todos somos vulnerables y aprendí que el *show* siempre debe continuar, no importa lo que estés viviendo. Pero vuelvo a algo que te había dicho anteriormente: autoconocerte, saber cómo eres, tus debilidades, tus carencias, miedos, inseguridades, siempre te permitirá mantenerte en pie y protegerte de caer al vacío. Autoconocerte te permitirá saber qué pisas y qué no pisas.

Fue una época en la que sentí lo que era tener éxito y ser parte de él, pero mi corazón no estaba tranquilo: Bernie, mi amigo, cada día estaba más enfermo, y aunque frente al público daba lo mejor de sí, en el silencio, tras bambalinas, comenzaba a librarse una batalla más en su vida. Yo quería estar a su lado, ser su apoyo, ese ángel que él había sido para mí, pero no me sentía con las herramientas para liberarlo de sus demonios internos.

La situación, pese al éxito, se iba poniendo tensa, y es que el éxito es estresante. Hay tantos compromisos, tanta gente observándote y tantos detalles que cuidar, que es inevitable no caer en el estrés y la angustia. Yo tenía mucha angustia pues quería que Bernie se recuperara, quería sentirme segura en la orquesta pero ocurrían cosas que me demostraban lo contrario.

Los rayos anuncian la oscuridad de las tormentas.

Una vez fuimos a un baile al que llegaron casi 60 mil personas y la organización no estaba preparada para ello. No tengo idea de quién se encargaba de la logística de la orquesta, lo único que supe fue que ese templete donde nos subieron a todos con los instrumentos estaba hecho de madera podrida. El caso es que hubo un sobrepeso en la tarima y el público, que quería subirse también, comenzó a empujar hacia adelante generando un movimiento descontrolado. Fue demasiada presión y por más que tratamos de calmarla, la gente siguió empujando hasta que el escenario se fue al piso con todos nosotros, los instrumentos y los invitados; a eso había que sumar a los colados, que eran muchísimos. Hoy en día cuido mucho la seguridad, tanto del grupo como del público, pues frente a la euforia de tanta gente no existe fuerza suficiente para controlarla.

El que más herido salió fue el timbalero, que se hirió la pierna porque al romperse las maderas una se le enterró desde el tobillo hasta el muslo. Todo fue una confusión porque había demasiada gente y muchos estábamos lastimados; por ejemplo, yo tuve un esguince de tercer grado en el tobillo izquierdo y como no podía apoyar el pie Bernie me llevó inmediatamente a urgencias del Seguro Social. Desde el momento en que entras hay un olor a sangre terrible y gente quejándose de dolor, llorando y esperando, como me estaba pasando a mí con ese dolor que tenía en el pie que se estaba hinchando cada vez más y se ponía morado.

Al fin me atendieron y me pusieron una férula desde la rodilla hasta el pie; ni modo, el médico me dijo que tendría que estar con eso durante cuatro semanas y que si no mejoraba me tendrían que enyesar la pierna.

Cuando regresamos al baile ya habían pasado como dos horas y fuimos presionados por los organizadores para que le cumpliéramos al público. El director y sus clientes estaban enojados, y como no les había pasado nada no entendían nuestra situación. Ni modo, con vendas, férula, dolor y sentados sacamos el baile, pues no sabíamos qué era peor porque ese público que te ama también puede odiarte en un segundo.

Un fino hilo separa el odio del amor, la calma del dolor, la paz de la guerra.

Todo empezaba a cambiar: me sentí en riesgo y atropellada. Imagínate la escena: un baile con la cantante enyesada y sentada en una silla, cantando *El cucu* y con ganas de llorar por el dolor. Algo patético. Gracias a Dios Bernie me daba ánimo porque en esos momentos me sentí expuesta y sola. Situación que se repetiría muchas veces de ahí en adelante. Es importante saber que todos los sueños exigen recorrer un camino que muchas veces está lleno de obstáculos que parecen insalvables. Estos obstáculos son los que te ayudan a redefinir claramente lo que quieras y son al final los que te dan la fortaleza para seguir caminando.

Los representantes a veces no piensan en el artista y muchas veces enfrentamos agendas de locura. Íbamos a Estados Unidos en invierno, primavera, verano, otoño, nevando, lloviendo y sometidos a veces a tantas incomodidades que aquello ya no fue agradable. Una vez casi terminamos en el lago Michigan, en Chicago, pues pasando el puente para ir de un baile a otro el chofer iba bastante rápido porque allá el permiso para los eventos es hasta las dos de la mañana, y al pasar el puente el carro patinó y dio no sé cuántas vueltas hasta parar a pocos centímetros de la barda de seguridad. ¡Dios! Creo que lo recuerdo así porque me impresionó pensar que íbamos a caer en el agua congelada del lago.

En esos momentos de angustia, de inseguridad y de locura comencé a pensar en decirle adiós a esta aventura, y fue una decisión que no tomé en un solo día sino la suma de muchos momentos en los que mi sueño estuvo a punto de convertirse en pesadilla.

Sin embargo, allí estaban mis dos amigos y yo no quería abandonar a Bernie, menos en esos momentos en que necesitaba apoyo. Solo que hay días en que tus piernas se cansan y ya no quieren avanzar, por dolor o decepción, y no hay nada que las pueda obligar.

Nadie te devolverá el camino recorrido, lo aprovechas o lo desperdicias.



Un viaje inolvidable

El que está acostumbrado a viajar sabe que es necesario partir algún día.

PAULO COELHO

Los momentos que tanto temes, por más que les huyas, terminan tocando a tu puerta. Por aquella época se presentó un viaje a Paraguay. El vuelo duró 17 horas con escalas en Colombia y Brasil. Yo estaba feliz; me sentía libre y contenta de conocer paisajes nuevos y gente nueva. Tenía mucha ilusión de visitar el lago azul de Ipacaraí, y no dejé de tararear en mi mente algunas estrofas de esa canción que tantas veces canté en Medellín: *Una noche tibia nos conocimos, junto al lago azul de Ipacaraí, tú cantabas triste por el camino, bellas melodías en guaraní*. Y fue allá en ese lago azul, en donde tantas veces yo me imaginé esa historia de amor, donde viví una de las experiencias más hermosas de mi vida.

El hombre estaba triste; había mucho silencio, muchas preguntas y algo que había ido naciendo sin que pudiéramos evitarlo. Él, Bernie, en su proceso que le exigía definir muchas cosas en su vida. Yo, que no podía seguir haciéndome la tonta frente a lo que estaba pasando. No sé si fue intencional o no, porque no te das cuenta cómo el amor aparece en quien menos te lo imaginas, o en quien te lo imaginas pero te lo niegas. Yo conocía a este hombre como la palma de mi mano y éramos como ese lago con el cielo, uno solo en su azul profundo. Nos confiábamos todo, éramos cómplices y hermanos. Eso creímos hasta ese día en que a orillas de ese lago me besó en la boca. No puedo describir con palabras lo que sentí; había subido al cielo y regresado, pero confirmar ese sentimiento me causó un miedo enorme. Él no estaba libre y eso iba contra mis principios; me sentía realmente muy mal, pero a veces el amor puede más que la razón. Los dos estábamos metidos en un lío de donde no queríamos salir.

Aunque he sido una mujer soñadora hasta el sol de hoy, también soy una mujer sensata y no me gusta hacerle daño a nadie. Creo que es más fácil para mí soportar el dolor propio que saber que yo se lo causé a alguien. Pero yo estaba viviendo el sueño más maravilloso y fantástico de toda mi vida: si él me daba la mano, yo sentía su energía entrar en mi cuerpo y rodearlo por completo; si él me besaba, yo sentía mi espíritu viajar por el universo y volver. Si eso es el amor yo estaba enamorada hasta la médula y no lo había aceptado hasta ese día en que puso sus labios en los míos.

El destino unirá corazones y cruzará caminos.

Regresar fue un tormento. No solo sentíamos que estábamos cometiendo un pecado sino que teníamos miedo de enfrentar lo que nos esperaba. Así que decidí que mientras él estuviera comprometido yo me haría a un lado y continuaríamos la vida como debía ser. Sufrimos mucho. Creo que más él que yo, pues tenía que resolver su situación y yo

no quería presionar, solo debía esperar.

Pero un día, luego de regresar de Paraguay, me di cuenta de que en mi vientre se estaba formando una nueva vida y el mundo se convirtió en otra cosa, porque dentro de todo el miedo que causa lo desconocido, y sabiendo que no podía exigir absolutamente nada a ese hombre al que amaba más de lo que llegué a imaginarme, abrí mi corazón para recibir a ese ser que venía en camino, y que cualesquiera que fueran las circunstancias era el fruto de un gran amor, uno de los más grandes amores que he sentido en mi vida.

La situación de Bernie con el linfoma de Hodgkin se seguía complicando pese a que ya estaba yendo a sus tratamientos de quimioterapia. Yo, fiel a mi promesa de no interferir en su relación, me mantenía a prudente distancia y procuré mantener mi embarazo en silencio mientras fue posible. Seguimos siendo amigos mientras él resolvía su situación familiar.

La culpa es una de las cadenas más fuertes para el alma.

Un día que estábamos en el aeropuerto para tomar un avión a Estados Unidos, mientras hacía la fila para entrar a la sala, de pronto escuché unos gritos que decían: “Deténganla, es colombiana, y es drogadicta y traficante, además de robamaridos”, y quién sabe cuántos insultos más. No veía a Bernie por ningún lado; de un momento a otro desapareció para meterse en el baño porque ella le gritaba que era un canceroso que seguramente ya había contagiado a sus hijos. De repente me sentí en medio de una pesadilla de gritos y e insultos.

No fue nada agradable y cuando nos encontramos en la sala de espera, con la cabeza agachada sabiendo que a lo mejor nos merecíamos todos esos insultos, nos miramos y Bernie empezó a llorar, y yo me sentí muy mal por él. Sabíamos que contábamos el uno con el otro, pero aunque así fuera, nadie podía impedir que viviéramos lo que cada quien tenía que vivir, él con su familia y yo con la mía y ese hijo que venía en camino, y que sin duda tendría que enfrentar la suma de todos mis prejuicios y mis temores.

Otra cosa era decirle a mi mamá que iba a ser abuela y que el papá de mi hijo no estaba casado conmigo. Así que un día me armé de valor, porque en mi estado yo me sentía la supermujer, la que todo lo podía y que no había nada en este mundo que pudiera hacerle daño a ese nuevo ser que iba a ser el bebé más hermoso de todo el mundo. Me sentía bendecida y no importaba si mi hijo y yo nos quedábamos solos, yo estaba dispuesta a sobrevivir y a vivir por él a como diera lugar; no había nada en el mundo que interrumpiera la felicidad de saber que llevaba vida dentro de mí.

Se lo dije así, simple y sencillamente: “Mami, estoy embarazada y estoy feliz”. Mi mami se quedó callada y después de un rato me dijo: “Siéntase importante porque va a ser mamá y esa es la bendición más grande que puede darle Dios”. No necesitaba nada más, no importaba nada más que ese bebé que vendría a complementar mi vida y por el

que iba a ser capaz de volar y aguantar lo que fuera. Me prometí que nunca le iba a faltar nada ni física ni moralmente, que iba a ser un gran hombre, bueno como su papá y orgulloso de su mamá, y que además sabría exactamente cómo pasaron las cosas. Porque nunca le iba a inventar ninguna historia.

Di la verdad, siempre la verdad. Como la asuman los demás es su asunto.

El jefe nos llamó a los dos y nos dijo que no podíamos seguir juntos en la orquesta: o él o yo. Bernie dijo que ninguno de los dos, que nos íbamos. El sentirnos acorralados, más las presiones y las locuras a las que estábamos sometidos a causa de la agendas de la orquesta, fueron el motivo para que la dejáramos sin saber realmente cuál era nuestro destino o qué iba a pasar al quedarnos sin trabajo, yo embarazada y él enfermo y comprometido.

El director me llamó para que cubriera mi último baile; era un evento en la ciudad de Monterrey con el Grupo Bronco, que estaba muy de moda en esos años. Por supuesto que fui a cubrirlo junto a Bernie. Creía que ir a este evento iba a solucionar mis diferencias con el jefe y no fue así. Para mí fue un acto de irresponsabilidad pues ya tenía siete meses de embarazo. Había muchísima gente, yo creo que eran unas 70 mil personas y se repitió el descuido con la tarima. Como siempre, no prestaron atención a la logística y terminaban exponiéndonos. Cuando nos subimos a la tarima esta empezó a caerse a pedazos y nadie parecía darse cuenta. No sé por qué al director le gustaba subir mucha gente al escenario. Al ver el peligro que corríamos mi bebé y yo, Bernie me bajó con tan mala suerte de que al hacerlo un borracho se cayó sobre mi espalda. Sentí un dolor punzante en la parte de abajo y presentí que mi hijo podía nacer en ese baile, así que me llevaron por la parte de atrás del escenario del grupo Bronco hacia mi autobús. Gracias a Dios no pasó a mayores, pero no me salvé del regaño de la doctora que me mandó reposo absoluto hasta el nacimiento del bebé.

Regresé al DF a cuidarme como mandó la doctora y me permití tener antojos. Comía sopa de plátano y calabacitas rellenas de queso todos los días. No paraba de soñar con ese niño hermoso que llegaría a cambiar mi vida para siempre, sin importar si estábamos solo él y yo. Lo haría un hombre bueno, así tuviera que lavar platos o vender comida como mi mamá.

Hay una fuerza más grande que todas, la del amor de una madre por su hijo.



Bellos momentos difíciles

Aguantar es más difícil que atacar.
SANTO TOMÁS DE AQUINO

De pronto llegó a mi departamentito una orden de presentación en la delegación de mi colonia porque tenía una demanda de intento de homicidio. ¡No te imaginas lo que sentí. ¡Dios! Si yo no soy capaz de matar ni a una cucaracha, muchísimo menos a atreverme a tomar un cuchillo e intentar matar a alguien, y esa era la acusación. Como no debía nada, me presenté puntual a rendir declaración sobre la denuncia que tenía entre pecho y espalda.

Los hechos decían que yo, con todo y los nueve meses que tenía de embarazo, había llegado a la casa de la esposa de Bernie y con un cuchillo y una fuerza sobrehumana había intentado matarla, que el vecino como pudo me quitó el cuchillo y que yo salí huyendo. El mismo Ministerio Público se reía de lo absurdo del relato así que me envió para mi casa, no sin antes dejarle todos mis datos y la advertencia de no salir de la ciudad por si tenían una fecha para el juicio. Yo estaba aturdida, no podía creer que hubiera inventado todo eso, incluido ese falso testigo que se prestó para difamarme.

Bernie fue a hablar conmigo y conseguimos un amigo abogado que llamó al falso testigo y le hizo saber que mentir era un delito que también ameritaba la cárcel, así que yo creo que al muchacho le dio miedo meterse en un problema mayor y desistió de rendir declaración. Pero comprendí que me había ganado unos grandes enemigos y que estaba en peligro.

Procuré mantenerme en pie sin dejar de preguntarme qué más tendría que pagar por ese amor tan profundo y bello. Quizá eso no me aterraba tanto como ver que Bernie seguía enfermo y no mejoraba. Además de que estábamos sin trabajo, pues por mi embarazo ya no podía trabajar y él no había logrado conseguir una orquesta fija. Una noche Bernie llegó sangrando del cuello pues había tenido una pelea muy fea con su esposa y ella lo agredió. Llevaba una bolsa de basura llena de ropa y lloraba cuando tocó a mi puerta y preguntó si podía quedarse conmigo. Con todo el amor que existía en mi corazón lo recibí, curé sus heridas y a partir de ese momento, ya separado ante el juez familiar, podíamos empezar a pensar en hacer una vida juntos.

La felicidad es algo que los infelices no soportan.

Yo estaba feliz pero no completamente, porque los dos nos sentíamos mal al haber causado dolor a otras personas, pero hay veces que tienes que decidir, y nosotros decidimos formar nuestra familia y en cuanto se pudiera lo haríamos con todas las de la ley. Aquí no cabía la doble moral, pues la situación que vivimos nos obligó a ser honestos con nosotros mismos y a decidir juntos lo que realmente nos hacía felices, y eso era estar juntos. Quizá suena fuerte, quizás en ese momento alguien pudo haber dicho que no fue

lo correcto, pero hoy tengo la certeza de que lo correcto es lo que ocurre y más cuando hay sentimientos de por medio. Es fácil señalar con el dedo, olvidando que tres dedos apuntan hacia quien señala. Si el amor fuera la constante en las relaciones que fracasan, estas no fracasarían. Durante mucho tiempo he tenido que cargar con mis preguntas y mis respuestas, con aceptarme y rechazarme a la vez, con mis juicios y mis condenas, pero ese tiempo me demostró que lo que hice fue lo correcto y que mi motor fue el amor; ese amor que me permitió estar por poco tiempo junto a uno de los seres más maravillosos que he conocido, quien me dio a uno de mis grandes tesoros: mi hijo.

Mientras todo esto sucedía seguíamos ensayando en casa de Emilio, un conocido que más tarde sería mi socio, y con quien planeamos lanzar una nueva orquesta. Como a Bernie se le empezó a caer el cabello por la quimioterapia, decidimos ponerle a nuestro primer grupo Coco Loco. Todo en honor de su poca cabellera, pues nos reíamos mucho porque se veía chistoso y se parecía a Óscar de León. A Bernie se le cayó todo el pelo pero el bigote seguía intacto. Él tomaba todo en broma y usaba gorros y sombreros, además de que usaba unos paliacates con los que se veía bastante guapo.

*Lo que esperas que sea para siempre, siempre durará
un instante.*

Un día Bernie estaba jugando al famoso Mario Bros y tenía una santa algarabía porque ya iba a terminar los mundos o algo así, y de pronto yo sentí ganas de ir al baño y tuve que llamarlo porque no paraba de orinar. “Bernie, esta vaina no para, qué será”, y él me dijo que se me había reventado la fuente y que había que llamar a la doctora.

La doctora me dijo que no me preocupara que iban a empezar las contracciones a partir de ese momento. Eran como las 5 de la tarde, Bernie seguía pasando los mundos de Mario Bros, y como a las 9 de la noche los dolores eran muy fuertes así que le pedí que fuéramos al hospital, y él me decía: “Espérame que me falta nada para rescatar la princesa”, hasta que llegué a un punto de desesperación tal que le apagué su bendito juego y lo hice que me llevara en ese momento a tener a mi bebé.

Llegamos al hospital y no puedo explicar lo fuertes que eran las contracciones. La doctora no había llegado y yo estaba desesperada. Las mamás primerizas, algunas, somos demasiado gritonas. Y yo que decía: “¡Ay, qué exageradas!”. Yo grité tanto que tuve que tragarme mis palabras, porque cuando sentía la contracción perdía la pena, el glamour, la vergüenza y todo lo que te permite conservarte derecha. Gritaba a todo pulmón y decía todas las malas palabras que aprendí en Colombia y en México. Ahora que lo pienso, qué pena. Y ni poder echarle la culpa a ninguna otra mujer porque esa noche yo era la única parturienta en el hospital.

Vivir no acepta excepciones.

La doctora llegó como a las 5 de la mañana. Los médicos ya se la saben, por eso llegó

a esa hora. Las pobres enfermeras son las que tienen que aguantarla a una, y por supuesto el médico de guardia. Como a las 7 de la mañana ya tenía ocho centímetros y medio de dilatación y la doctora me dijo que el bebé venía con el cordón umbilical enredado así que había que practicar una cesárea. La vida me estaba mostrando lo que mi mamá sufrió conmigo cuando estaba por nacer. Cuando nació mi bebé lo primero que pregunté fue si estaba completo y bien; luego el sexo y cuando me lo mostraron primero me presentaron su lindo pirlín, que a medida que fue creciendo me dejaba ver menos, por obvias razones.

Dice la doctora que canté *No te metas con mi cucu*; ya me habían dado el coctelito para descansar un ratico después de casi doce horas de trabajo de parto; y todavía me esperaba el posoperatorio.

Amamantar a mi bebé por primera vez es un sentimiento muy difícil de describir, es algo sublime, algo que ni por vanidad una mujer debería perderse. Sus ojitos mirándome como si no existiera nadie más en el mundo; ese ser tan vulnerable y delicado, al que esperaste con todo tu corazón durante nueve meses te mira como si fueras su salvadora y tú lo miras incrédula revisando cada centímetro de su cuerpecito y dándote cuenta de que Dios está en cada parte de su ser.

Estaba embelesada con ese bebé tan hermoso producto de un amor sincero y limpio; ahora sí no habría nada ni nadie que me pudiera detener en este mundo. De pronto Bernie llegó al hospital y en cuanto tomó a su niño en brazos dijo: "Con ustedes, ¡Jonathan!", como presentando a un artista. Así que lo llamamos Jonathan.

Nuestra vida transcurría entre pañales, biberones, ensayos y cuidados para poder empezar a trabajar; este niño era igual de comelón que sus papás. Y yo estaba aprendiendo a ser mamá y entregada a ser feliz, pero esa felicidad era el presagio de lo que vendría a continuación.

La vida es un milagro; ser madre, el más grande milagro de la vida.



Dime a dónde irás

Siempre hay un tiempo para marchar aunque no haya sitio a dónde ir.
TENNESSEE WILLIAMS

Los tres éramos lo más aproximado a un hogar. Compartir la vida con Bernie y nuestro hijo nos llenó de ilusiones y ganas de seguir adelante. Sin embargo, el pasado era algo latente a cada momento, y ahora sé que cuando no solucionamos los asuntos que hemos dejado pendientes en el camino, estos se irán apareciendo continuamente para recordarnos que ahí están esperando a ser resueltos. Mientras nosotros pensábamos en un futuro, muchas personas estaban interesadas en aferrarnos al pasado y hacernos pagar cuentas al precio que fuera.

El cáncer de Bernie, la búsqueda de trabajo y todos los asuntos personales que teníamos que resolver nos sumían en momentos de silencio. Sin embargo, una luz iluminaba nuestras vidas: la mirada de nuestro hijo que nos llenaba de valor para seguir adelante, pero la verdad fue una época en que necesitamos de todas nuestras fuerzas para dar un paso adelante.

Ahí empezó lo que yo llamo la persecución de mi vida. Bernie iba semanalmente al hospital para sus revisiones y a sus quimios, con todas las consecuencias que ello conlleva. Es muy difícil ver sufrir a la persona que amas; pero él siempre le hizo frente y estaba en la lucha para vencer al cáncer, manteniendo su buen humor en todo momento y las ganas de trabajar y crear música mientras cumplíamos las fechas que Emilio nos conseguía.

Hay quienes se concentran en hacer y otros en no dejar hacer.

El nombre Coco Loco como tal no era muy comercial, y aunque en el mercado abundaban grupos como Los elefantes verdes, Las gaviotas moradas, Los gatos de la mañana y mil nombres extraños, los empresarios comenzaron a anunciarlos como “Margarita con más dinamita” y a hacer ciertas referencias a La Sonora Dinamita. Total, era obvio que yo no podía borrar mi pasado y menos deslindarme de él de la noche a la mañana. Con lo que no contábamos era con que Bernie y yo teníamos a varias personas que nos odiaban con todas sus fuerzas y buscaban la manera de castigarnos y hacernos pagar por lo que consideraban un gran pecado.

Conseguir tus sueños implica no detenerte en ningún momento, y pese a todas las dificultades seguir creyendo en ellos y hacer algo, aunque sea pequeño, por mantenerlos vivos. Ahora tenía un motivo, mi hijo, pero ese hijo también exigía muchas cosas, entre ellas, cuidado. Por ello conseguí a Ana, una nana de origen colombiano y estudiante de Medicina que necesitaba el trabajo. Para mí ella fue en ese momento como caída del cielo pues se encargó de cuidar al niño para que yo pudiera viajar, y junto con un

hermano de Bernie se convirtieron en un gran apoyo. Tuve que hacer muchas cosas curiosas, entre ellas almacenar mi leche en biberones que se congelaban para que mientras duraba el viaje el niño tuviera qué comer.

Me las ingené para estar con el niño entre baile y baile y dejarle a su vez su leche de cada día, pero vendría una prueba que yo no esperaba. Una noche, luego de terminar un baile, y cuando ya nos estábamos preparando para irnos a la casa, llegó la policía buscándome a mí, a Bernie y a todos los que formábamos el grupo. Yo no sospechaba qué pasaba y decidí enfrentarlo, pero todo estaba montado y justificado para hacernos pasar una amarga experiencia. No era tan sencillo como parecía: habíamos sido acusados de usurpación de nombre.

Tu fe siempre será puesta a prueba. Fe sin pruebas no es fe.

Ese era el efecto del odio que nos tenían quienes nos tildaban de pecadores a Bernie y a mí y estaban decididos a destruirnos, y aunque perjudicaran a personas inocentes y supieran que sus acusaciones eran infundadas y carentes de solidez, tenían la firme decisión de llegar hasta las últimas consecuencias.

Uno tiene un principio y un fin, un sueño que es su causa y su efecto, pero en el camino los obstáculos pueden ser muchos y para eso hay que estar preparados. Mi intención nunca fue robarle nada a nadie, lo que llegó a mi vida por esa época llegó libremente y porque alguien lo empujó, llámate destino o voluntad propia. Solo sé que se juntaron tres fuerzas con las que yo no contaba y que tenían el dinero suficiente para cerrarme el paso sin importar lo que tuvieran que pagar: yo era el objetivo.

En esas situaciones uno cree que puede cambiar el curso de las cosas. Estaba más que segura de mi inocencia, pero era tal la soberbia y prepotencia de aquellos policías tan dispuestos a cumplir los compromisos que habían hecho con quien los había mandado, que no nos dejaron ni musitar palabra. Pese a que les supliqué que nos permitieran ir en la camioneta en la que nos trasportábamos, no accedieron y nos metieron en las patrullas, aumentando el escándalo que nos sumió en la humillación y la vergüenza. Después de haber cantado para toda aquella gente, esa misma gente fue testigo de ese espectáculo iluminado por las luces incandescentes de las patrullas. Era el fin. María Trapos tras las rejas.

El odio es el peor juez. Ataca sin pruebas, condena sin motivos.

Ahora me parece divertido, pero en ese momento fue una pesadilla terrible. Imagínate todo lo que pasó por mi cabeza: mi bebé de dos meses en manos de una nana que recién había empezado a trabajar con nosotros. La incertidumbre de pensar cómo se alimentaría el niño y el dolor por el peso de la leche que en ese momento parecía multiplicarse quizá

por el estrés que estaba viviendo. Terminamos en la delegación acusados de un delito federal que se paga con cárcel porque usurpar un nombre en México es un asunto delicado. El panorama se tornó gris. Bernie, enfermo, con su tratamiento, y la incertidumbre que nos envolvía porque no sabíamos qué pasaría al día siguiente ya que estábamos en manos de una gente que no sabíamos quién era pero que se veía decidida a aplastarnos.

En la delegación separaban a los hombres de las mujeres. Me quedé sola, infinitamente sola, en una especie de celda, sentada en el suelo porque no había otro lugar, y soportando la incomodidad de mi vestuario pues estaba bien para el escenario pero no para enfrentar esa situación. Me llené de tantas preguntas, intenté ver en qué habíamos fallado y qué había motivado esta situación y la respuesta no tardó en aparecer: vi al director de mi anterior orquesta masticando chicle y a mi exnovio, Jorge, aquel empresario que se había unido a él para hacer negocios, burlándose. También se habían unido para hacernos daño, y no era nada más un susto, realmente querían que fuéramos a la cárcel y nos sacaran del país.

Así pasó toda la noche. A nuestros músicos se los llevaron en el autobús para que rindieran declaración. Ya no recuerdo qué me preguntaron; yo estaba aterrorizada de no volver a ver a mi hijo y no podía controlar los nervios y las imágenes terroríficas que pasaban por mi mente. Incluso recordé aquel documental que vi antes de salir de Colombia en el que narraban cómo trataban a los colombianos aquí, y tuve miedo, mucho miedo, de estar a las puertas del infierno.

En tu mente las cosas tienden a verse peor de lo que son.

Por la mañana llegaron unos policías para llevarnos a los separos de la delegación, que son espantosos. Nunca había visto algo así de no ser en las películas y pensé que exageraban. El panorama era nefasto. No me podía comunicar a mi casa ni podía conseguir un abogado; era dejarse arrastrar por una avalancha de sucesos en donde sientes que te hundes más y más sin que nadie venga a rescatarte, o peor, sin que ninguna de las personas que conoces sepa lo que estás viviendo.

Estuvimos toda una tarde en esos separos, donde la cama es de puro cemento, y entonces supe lo que era dormir en una cama de piedra, como dice la canción. El baño es un hueco en el piso y a la vista de todo el mundo. Quizá uno atraiga las cosas pero no sé en qué momento atraje toda esa locura; lo que sí entiendo ahora es que me sentía culpable por muchas cosas y eso era un castigo, así lo veía. Ojo con tus culpas porque ellas son la prueba de que te juzgas, te condenas, y quizás estés atrayendo situaciones de castigo a tu vida porque crees que te lo mereces. Viendo la situación ahora sé que tal vez ese fue el gran motivo: me sentía culpable; yo misma había pasado noches juzgándome y condenándome sin darme cuenta de qué.

Como a las 6 de la tarde un judicial nos dijo que no nos preocupáramos, que ya

íbamos a salir, pero no nos dijo que íbamos a salir de ahí para ser trasladados a la PGR, en donde había otros separos, y ahí supe que las cosas siempre pueden empeorar. Dios mío. Cuando llegamos no podía ser peor la vista. Tras una reja grande se encontraban unos separos, algunos de los cuales ya estaban ocupados. A los hombres los metieron a uno y a mí a un cuarto sin puerta, sola y todavía vestida de artista. Cuando las policías me pidieron que me quitara el brasier tuve miedo de que abusaran de mí y dudé en hacerlo. Yo no entendía por qué, hasta que me explicaron que algunas mujeres se ahorcan con él.

Dormí en la puerta que estaba en el piso, vestida de artista, llena de miedo y preocupación, no nada más por mi bebé, también por Bernie, que no se veía con buen semblante debido a su enfermedad. Pero en todo lugar hay ángeles, incluso en los peores sitios, y solo hay que pensar en ellos. Fue así como apareció un comandante que era nuestro admirador. Él nos regaló café y nos permitió fumarnos uno que otro cigarrillo, vicio que yo ya había dejado pero que tras las rejas se me hizo apropiado adquirir otra vez, y fumando esperé. Otra cosa que me permitió hacer fue una llamada a mi casa para saber cómo estaba mi bebé. Las policías me permitieron bañarme en su baño y lavarme los dientes. A lo largo de mi vida he aprendido a agradecer la presencia de estos ángeles que no han escatimado esfuerzo alguno para ayudarme.

La tormenta solo pasa hasta que cae la última gota.



Las noches eternas también terminan

Pueden prohibirme seguir mi camino, pueden intentar forzar mi voluntad. Pero no pueden impedirme que en el fondo de mi alma elija una u otra.

HENRIK JOHAN IBSEN

El comandante me dejó ver a Bernie y me di cuenta de que estaba ardiendo en fiebre. Le pedí el favor de que nos dejara ver al médico, aunque se tardó horas que a mí me parecieron siglos. Al fin llegó con un termómetro y se dio cuenta de que la fiebre era demasiado alta, así que se tardó dos siglos más para traerle un analgésico y una inyección que le permitió pasar la noche. Yo no podía aquietar mi mente, haberlo visto así, tan mal, y recordar la imagen de nuestro anterior jefe masticando su chicle y riéndose se convirtió en un reto para entender, perdonar y soltar. Estaba enfrentada a la crueldad del mundo y no paraba de preguntarme por qué, aunque tuviera mil respuestas que me negaba a aceptar.

A la mañana siguiente nos informaron que estábamos incomunicados y que no podíamos recibir visitas. Con la cacha de la pistola golpeaban la reja gritando que por ser colombianos estábamos ahí por droga mientras nos amenazaban con que iríamos a la cárcel directamente. El terror aumentaba, paralizándonos y cegando nuestra visión. No era posible ver una salida, pedir auxilio. Era la imagen del abandono en todo su esplendor.

Así transcurrieron como tres días en los que llegué a ver a una persona que llevaban amarrada a una tabla con una sábana. Ya había visto documentales en donde se hablaba de las torturas a las que eran sometidos algunos reclusos para que confesaran, y no pude evitar sospechar que lo torturarían mientras luchaba con mi mente para no imaginarme que la próxima sería yo. Al cuarto día nos llamaron a declarar ante el Ministerio Público. Por un lado nuestro verdugo y por el otro lado la exesposa de Bernie, hablándole al Ministerio Público y haciendo su mejor esfuerzo para convencerlo de mi maldad. Casi suplicaba para que me sacaran del país, y mi antiguo jefe y mi exnovio pedían que se aplicara todo el peso de la ley.

Poner la otra mejilla debilita a tus enemigos.

No fue fácil, pero Dios es grande y a nosotros nos tocaron personas correctas que al ver que definitivamente no había pruebas en contra nuestra nos dejaron en libertad. Es tan doloroso ver cómo te llevan de un lugar a otro sin decirte a dónde vas, ni por qué, ni cómo está tu situación. La incertidumbre es de las peores torturas con las que tiene que luchar un ser humano, y aún se me enchina la piel al revivir esos momentos.

Un judicial nos hizo el favor de llevarnos por la parte de atrás y nos subió juntos a una camioneta, pero nosotros ya no queríamos preguntar a dónde nos llevaban, temíamos lo peor. Más bien ellos preguntaron en qué lugar nos dejaban, y pese a la incredulidad le

dijimos que por favor nos dejaran en el restaurante Vips que estaba cerca, a donde llegaron los hermanos de Bernie y la nana, por supuesto con mi bebé en brazos. Lo apreté con todas mis fuerzas sin parar de agradecerle a Dios que aquella locura hubiera terminado. Nos fuimos a refugiar a la casa de un amigo que quedaba bastante alejada de la civilización por seguridad; no sabíamos qué más tenían planeado y la parálisis que deja el miedo aún nos invadía. Fue tal el terror que mis senos se secaron, como mis ojos de tanto llorar.

Y de repente te das cuenta de que sobreviviste.

Pero la paz estaba lejos. Aquello parecía una cadena interminable de sucesos dolorosos. Bernie seguía mal, teníamos que llevarlo al médico que luego de una serie de análisis descubrió que tenía hepatitis. Su estado se complicó. Se convirtió en un niño chiquito: había que ayudarle a orinar y limpiarlo cuando iba al baño. Mi amor por él era tan grande que a mí no me importaba hacer lo que fuera para ayudarlo. Quería que se sintiera amado, protegido y cuidado porque eso era él para mí, amor, protección y cuidado. Ese año fue uno de los más difíciles de mi vida y de la vida de quien compartió conmigo tantas cosas. Rociaban sal afuera del departamento; vivíamos asustados y recibiendo órdenes de salida del país.

Una vez recibí una carta que decía que como yo no tenía hijos mexicanos ni nada que me obligara en el país me daban 30 días para salir. Entonces tuvimos que contratar un abogado que demostrara que yo tenía un hijo y por lo tanto tenía derecho a permanecer junto a él. Fue una lucha terrible entre abogados y acusaciones, hasta que nos dimos cuenta de que la esposa de nuestro gran amigo Beto era la encargada de pasar horas en Migración llevando papeles a inspección y tramando cuanta mentira se le ocurría para que yo fuera deportada. Muchas veces me citaron desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche. No me encerraban, gracias a Dios, pero sí me tenían sentada en un escritorio viendo cómo llegaban los extranjeros y los metían en unas celdas en espera de su deportación, y por supuesto cada minuto allí tenía que luchar contra los fantasmas de mi mente.

Sobreviví porque soy valiente y tengo fe en la vida. Porque estaba llena de ganas de quedarme en este país que amo, y sentía que mi hijo tenía derecho a crecer en su país de nacimiento. Además, no me permití dudar ni un solo instante de esa fuerza protectora que siempre me ha acompañado.

Tienes derecho a soñar y en tus sueños a elegir lo que quieras para tu vida.

Para proteger a Bernie de la contaminación y de las acechanzas de las que éramos víctimas nos mudamos al Estado de México, a un lugar donde había más árboles y aire limpio, además de estar cerca de donde ensayábamos. Vivíamos en una casa grande en

una esquina y ahí pusimos todo nuestro entusiasmo y fe para salir adelante en el trabajo. Sin embargo, quienes nos querían acabar descubrieron en donde estábamos y pronto vino otro ataque: nos metieron marihuana en el equipo de sonido con la intención de ensuciarnos y entonces sí enviarnos a la cárcel definitivamente. Pero repito, los ángeles existen y yo creo en ellos. Siempre hubo alguien que llamó para decir lo que pretendían hacernos y logramos encontrar la droga antes de irnos a trabajar. En medio de todo éramos felices, nos teníamos el uno al otro, y a pesar de las dificultades gozábamos con nuestro bebé y con el simple hecho de estar juntos.

Pero esta batalla tenía un punto álgido en donde la exesposa de Bernie siempre encontraba un argumento a favor y ese eran sus hijos, a quienes no le permitía verlos fácilmente. Él lloraba por la impotencia de estar enfermo, por la ausencia de sus afectos y porque sus fuerzas se estaban agotando. Sin embargo, para mí era importante buscar la manera de que se sintiera bien y protegido; incluso, no me importaba ser la única que trabajaba para llevar dinero a casa, del mismo que se le daba a su exesposa cada vez que lo requería. A mí no me interesaba que fuera mi enemiga y me negaba a verla como tal, por lo tanto no me incomodaba ayudarla; total, era la mamá de sus hijos.

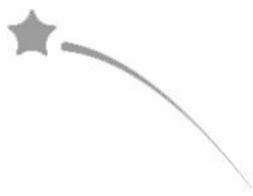
Uno decide quién es su enemigo o quién es su amigo.

Discos Peerless y Víctor Nanni me ofrecieron firmar un contrato con ellos, y de Discos Fuentes me ofrecían compartir el nombre de Sonora Dinamita con mi antiguo jefe; por supuesto que no acepté, porque nunca fue mi intención y menos después de haber pasado por esos momentos tan difíciles, así que acepté el contrato con discos Peerless, pero a la vez comencé a delinearme mi propio sueño: ser una estrella por mí misma y brillar con luz propia, mi propia luz.

Mientras íbamos preparando el disco nuevo, seguíamos en la lucha por hacer lo propio, empezando otra vez de cero; pero cuando estás rodeado de amor no importa todo lo que tengas que luchar o contra quién o contra qué. Yo tenía la fuerza, la mente y el espíritu para creer que todo marcharía bien e infundirle a Bernie mis pensamientos positivos.

Pero la lucha era dura; la depresión de Bernie estaba a punto de mostrarnos las consecuencias de la tristeza, el dolor, el enojo, en la salud de una persona. Te puedo contar lo guerrero que fue; yo veía cómo se quedaba todo su cabello en la almohada y todo lo que sentía cuando le daban la quimio; te puedo contar su sufrimiento al pensar en el futuro, porque si bien yo nunca pensé en lo que iba a pasar creo que él sí presintió que me iba a dejar sola, y sufría en silencio.

Ninguna medicina te sanará si no aplicas la más importante de todas: el amor propio.



Adiós, aunque nos duela el alma

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.
JESÚS DE NAZARET

El silencio de Bernie llenaba mi corazón de angustia y miedo. Pero no era el silencio, el verdadero silencio que nos permite escuchar la voz de Dios el que me invadía en ese momento; era ese otro silencio, el de la incertidumbre, cargado de preguntas y respuestas que nos llenan de miedo. Ese silencio que aunque tengamos cerrada la boca llena de ruido nuestra mente. ¡Dios! Cuántas preguntas y respuestas daban vueltas por mi cabeza en ese momento. Era enloquecedor lo que sentía y vivía. Realmente no era silencio, era el ruido ensordecedor del miedo cuando amenaza con materializarse y aplastarnos.

Esa semana me sentía incómoda y era imposible no percibir que algo malo estaba por ocurrir. Esos días fueron grises y muy difíciles. Bernie tenía un entusiasmo inusual porque el médico le había dicho que los resultados de sus últimos análisis decían que ya estaba limpio del cáncer. Sin embargo, él seguía débil por toda la quimio que había recibido, y yo, aunque no cesaba de agradecer esa noticia, no lograba controlar mi corazón, que seguía con un presentimiento horrible que por más que intentaba transformarlo en algo positivo me seguía alertando y llenando de angustia. Era como si una pequeña voz me dijera muy dentro de mí que las cosas no estaban bien.

Bernie comió como no lo había hecho en meses; pidió sus platillos favoritos que le hice con tantísimo cariño. El miércoles de esa semana llamó a sus hijos y tuvo una fuerte discusión con su ex; toda la alegría que tenía su semblante desapareció y dio paso a un rostro desencajado que me conmovió hasta lo más profundo de mi ser. No sé qué discutieron y él no me lo dijo, pero su tristeza fue evidente, y como en otros momentos, respeté su espacio. El jueves fue el día que más hablamos. Nos reímos de todo lo que habíamos pasado para defender nuestro amor, recordamos muchas cosas, cantamos con la guitarra, jugamos con nuestro bebé y pasamos un día muy especial. Sabíamos que nuestro vuelo, pese a las nubes, era muy alto, tan alto que solo estábamos nosotros y nuestro hijo, prueba de ese amor. Fueron momentos de miradas profundas, de promesas, de pactos y alianzas que quedaron grabados en el corazón. Momentos eternos e imborrables sellados por ese silencio de la angustia que parecía robarnos el tiempo.

Hay momentos en que la solución es rendirse y no hacer nada.

El viernes, al abrir los ojos, vi a Bernie despierto ardiendo de fiebre. Me levanté e inmediatamente busqué el termómetro. Tenía 40 grados, no sabía qué hacer porque no teníamos un peso partido por la mitad ya que habíamos pasado muchos meses sin trabajo. No había forma de llevarlo al hospital, tampoco el tiempo porque ese día

teníamos el único baile pagado en muchos meses con el grupo Los Temerarios. Sabíamos que era una garantía el pago pero en ese momento no teníamos dinero y nos vimos acorralados por la situación.

En medio de la desesperación recordé que uno de nuestros vecinos era médico y le pedí que viera a Bernie. Llegó a nuestra casa y cuando entró en la habitación vi en su rostro una expresión que me asustó. Bernie tenía gotas de sudor en la frente como perlas de agua detenidas. Después supe que la gente que está grave suele sudar así.

El doctor me dijo que Bernie tenía una faringitis y que había que darle un analgésico para bajarle la fiebre. Que le pusiera alcohol en los pies y unas calcetas. Hice todo lo que me dijo pero Bernie no mejoraba. Aterrorizada por la situación le dije que iba a cancelar el evento porque consideraba aquello un caso de fuerza mayor.

—El trabajo es sagrado —me contestó— y aunque yo me esté muriendo acuérdate que el *show* continúa y nuestro deber es cumplir. Ve tranquila a trabajar porque además es el único dinero con el que contamos.

Yo no estaba muy convencida porque tenía mucho miedo. Lo único que quería era acurrucarme a su lado y cerciorarme de que estuviera bien. La muerte no pasaba por mi mente; si acaso rozaba mi pensamiento pero me resistía a esa posibilidad con todas mis fuerzas. Era un golpe bajo que yo me negaba a reconocer y menos a aceptar.

La soledad es ese lugar donde no están los seres que amas.

Bernie me dijo que llamaría a May, un amigo, para que lo reemplazara en ese evento tan importante. May llegó a mi casa preocupado por la salud de su amigo; él si sabía lo que iba a pasar porque es un hombre muy intuitivo. Sin embargo, guardó silencio al ver que yo me resistía siquiera a abrirlle paso a esa posibilidad. Era un diálogo sin palabras; yo veía la verdad que se avecinaba en su rostro pero sacaba fuerzas y me aferraba a la poca fe que me quedaba en ese momento. Me repetía una y mil veces: “Margarita, no pienses en eso, saca ese pensamiento, aléjalo”. Hablaron un largo rato mientras yo me preparaba para el evento y luchaba con esos fantasmas que intentaban doblegarme.

Luego me contaría la conversación que sostuvieron mientras yo iba por mi bebé a la guardería; Jonathan tenía un año y medio, Bernie 34 años, y aunque lo que me contó May me llenaba de más preocupación, mi mecanismo de defensa era la negación. Se acercaba el mediodía de ese fatídico viernes en el que perdería la mitad de mi vida y toda mi alegría. Esos momentos en los que el tiempo corre en tu contra terminan llenándonos de impotencia, desesperación y enojo. No quería alejarme, pero supe que debía irme cuando el claxon del autobús que vino a recogernos sonó estruendosamente, haciéndome pegar un salto, pues lo que mi ser pedía era quedarme a su lado. Me fui de la casa con un presentimiento feo. Mi alma se estaba quedando al lado de Bernie y de mi hijo mientras nos sumergíamos en calles y calles que adquirían un aire fantasmagórico, y yo miraba por la ventanilla del autobús cómo las gotas de una tenue lluvia caían

lentamente confundiéndose con mis lágrimas. Con mi dedo escribía una y otra vez en el vidrio la misma palabra: “¡Ayúdame!”.

De pronto me tranquilizaba al pensar que no se quedarían solos, porque estaban su hermano y la nana, así que por momentos mi corazón tenía un poco de tranquilidad. May que al principio del viaje se había recostado a lo largo de una de las bancas del autobús, vino a sentarse a mi lado. Tuvimos una conversación muy profunda durante las siete horas que duró el viaje. Hablamos de la vida, de Dios y sus caminos misteriosos mientras yo lo miraba a los ojos y veía lo que él estaba buscando: prepararme para lo que vendría. Sin embargo, soy terca y me resistía mientras trataba de imaginar cuando volviéramos a casa y Bernie saliera al ventanal de nuestra habitación, sano y con los brazos abiertos, como hacía siempre que yo regresaba.

Nunca sabes cuándo dirás adiós para siempre.

Por falta de pago el teléfono de la casa estaba cortado, y en esa época el celular era grandísimo y muy costoso para nosotros. No tenía manera de comunicarme a mi casa para saber cómo seguía Bernie. Recé todas las oraciones que me sabía; le pedía a Dios que nada malo pasara y le hacía mil promesas, pero en esos momentos uno cree que Dios no escucha.

Antes de empezar a cantar, y a medida que se iba acercando la una de la mañana, sentí la necesidad de escribirle una carta a Bernie. En ella le decía cuánto lo amaba, lo feliz que había sido con él, lo bendecida que me sentía de que Dios nos hubiera permitido vivir nuestro amor, y le pedía perdón porque algunas veces mis hormonas amanecían alborotadas y lo reñía. Que pensaba que era el hombre más bueno del mundo y que no merecía nada que lo hiciera sentir culpable, que era un excelente papá y que no había ningún motivo que justificara que abandonara su lucha.

No veía la hora de que terminara aquel baile, que nos pagaran para irnos de regreso a casa, porque la ansiedad me estaba volviendo loca. El viaje de regreso fue tortuoso, lento; la lluvia no menguaba. Llegamos como a las ocho de la mañana. Cuando íbamos entrando a la calle de mi casa vi a la nana parada en la puerta, miré el ventanal y no vi a Bernie, e inmediatamente supe que me tocaba enfrentarme a la realidad que tanto temor le tenía.

Muchas veces tendrás que avanzar con el corazón sangrando.

Cuando bajé del autobús la nana me detuvo en la puerta y me dijo que Bernie se había puesto grave y que había muerto. El hielo me cubrió de pies a cabeza, no podía seguir negando lo que estaba pasando, y entonces entré en una pesadilla de la que no podía huir. Escuchar que ese hombre al que amaba tanto estaba en la sala de mi casa dentro de un ataúd me hizo correr como nunca lo había hecho hacia ninguna parte. Era

una pesadilla, y ni corriendo ni gritando podía despertarme. Enloquecí; no sabía si llorar, porque llorar era aceptar lo que estaba pasando, y me negaba a hacerlo.

May fue detrás de mí y me alcanzó, me abrazó y me dijo que yo era una mujer fuerte, que recordara que tenía un bebé y que debía hacerle frente a la situación como Bernie lo hubiera hecho. Entré a mi casa apoyada en May que me sostenía pues mis piernas se doblaban. No podía creer que eso estaba pasando, ¿por qué? Un ataúd en el centro de la sala me confirmaba que estaba frente a lo que tanto temí: Bernie estaba muerto.

Adiós amor de mi vida, algún día espero volver a verte.



¿Por qué, Dios mío?

Los pescadores saben que el mar es peligroso y la tormenta terrible.

Pero eso no les impide hacerse a la mar.

VINCENT VAN GOGH

Tenía miles de preguntas para Dios. Estaba enojada, desolada y triste, pero también tenía un miedo enorme de lo que tenía que hacer. Lloré muchísimo y no fui capaz de ver al hombre que amaba inerte en un cajón; preferí guardar su imagen sonriente, alegre y lleno de amor, como estaba en mis recuerdos.

Luchamos tanto por no parecernos a los demás, por ser únicos y especiales, y al final terminamos siendo lo mismo que hemos evadido. En aquellos momentos me ocurrió eso: no fui capaz de entender que así como Bernie había vivido también tenía derecho a morirse. Por el contrario, me negaba a aceptarlo, me costaba hacerlo y mi resistencia me llevó a momentos desgarradores. No concebía la vida sin él, pese a que nuestra etapa juntos había sido muy corta.

Sin embargo, no me cuestioné. Decidí no verlo y decidí además que me permitiría llorar y sentir lo que estaba sintiendo sin limitarme, pues era la mejor manera de trascender ese momento tan difícil. Y como mi filosofía es que en la vida hay que levantarse de los golpes duros como resorte para no hundirse, yo tenía muchas cosas que arreglar y también muchas a las que enfrentarme, así que tenía que tener la mente alerta y el corazón fuerte.

Primero tenía que saber cómo había sido. Su hermano me contó que Bernie se había convulsionado y que decidieron llevarlo a un hospital; que se aferraba a la reja de la escalera porque no quería irse de la casa. Así que llamaron una ambulancia pero no había ambulancias si no había dinero; la Cruz Roja solo atendía accidentes. Tampoco los taxis se atrevían a llevar a una persona enferma a la Ciudad de México y tuvieron que buscar soluciones alternas. Mientras escuchaba todo lo que había ocurrido sentía una gran frustración por no haber estado a su lado. Quizá las cosas hubieran sido distintas. Pero no, mi corazón me decía que el hubiera no existe y que seguramente Bernie escogió ese momento para irse aprovechando que yo no estaba presente.

El tiempo se encargará de borrar todos tus recuerdos.

Todo era un caos en mi mente. Pensaba mil cosas al mismo tiempo; me hacía mil preguntas y me contestaba todo en cuestión de segundos. Sentí momentos de enojo al creer que Dios me había fallado al llevárselo y dejarme sola, pero luego yo misma me autorregañaba por estar peleando con Dios. Todo fue así: caos, angustia, desazón, preguntas sin respuestas.

Al no encontrar cómo llevarlo hasta el DF lo llevaron al Hospital General de Texcoco, donde vivíamos, y ahí le dio una encefalitis: una inflamación del cerebro causada por un

virus o muchos virus, y como Bernie estaba vulnerable por las quimios, tenía las defensas bajas y eso lo mató.

Su hermano me dijo que preguntaba por mí. Dios mío, quizá fue mejor así porque en ese momento yo hubiera querido irme con él. De repente volvía el caos; otra vez esa tormenta de *hubieras*, de preguntas, de imágenes cargadas de dolor y en mi interior esa urgencia por aclarar mi mente.

También me dijo que su muerte había sido a la una de la mañana, exactamente la hora en la que yo le estaba escribiendo esa carta que nunca llegó a sus manos. A mí me consuela pensar que mientras yo escribía él estaba leyendo.

Septiembre de 1991

Amor mío:

No sabes lo que ha sido este día para mí. Aceptar venir mientras tú te quedabas allá preso de esa enfermedad ha sido una de las pruebas más difíciles para mí. Quizá una gran prueba de fe que no sé por qué decidí aceptar. Hoy, más que nunca he sentido el peso del destino que pareciera ensañarse con nosotros. No tengo la capacidad para entender lo que está pasando, pero quizás sí la resistencia. Porque eso es lo que hago en estos momentos, resistir el peso de cada segundo, la humillación de cada imagen que se cruza por mi mente y me muestra que las cosas no están bien. Me siento infinitamente lejos mi amor, lejos de ti, lejos de mis sueños, porque cuando soñaba con hacer lo que hago sentía que la felicidad me invadía. Hoy estoy aquí para hacer lo que tanto he soñado y el dolor invade cada una de las células de mi cuerpo.

¡Dios! Me haces tanta falta, amor mío. Me hacen falta tus chistes, tus sonrisas, tu caminar de aquí para allá mientras esperamos el momento de salir a escena. Te extraño y espero volver pronto para abrazarte y protegerte en mis brazos, pero el tiempo pasa lentamente y mi angustia aumenta. No quiero presagiar nada, y sin embargo, estoy siendo víctima de mis propios presagios. Tengo miedo, mi amor, tengo mucho miedo. Temo lo peor y no logro doblegar mi mente.

No sé de dónde sacaré las fuerzas para cantar; quizás me motivaré pensando que con el dinero que nos paguen podamos irnos a unas vacaciones, tú y yo y el niño. Eso me anima, saber que estás libre del cáncer. Pero, ¡Dios!, mi corazón me dice que algo está pasando, quizás algo que ni tú sabes.

Te estoy escribiendo esta carta para mantenerme en pie y decirte que aquí estoy; pese a la distancia estoy contigo, mi amor. Estoy haciendo lo que tengo que hacer, continuar con el *show*. Al regresar espero leerte esta carta, sonreír a tu lado y contarte los pormenores de este viaje tan atropellado pero tan necesario para tener un respiro en estos momentos.

Cómo desearía tener un teléfono para hablarte. Mi amor, me estoy volviendo loca, si me descuido empiezo a pensar tonterías.

Este que es uno de los *shows* más difíciles de toda mi vida quiero dedicártelo a ti. Al compañero, al cómplice, al amigo y al amante que has sido para mí. No sé si te lo he dicho antes pero ahora te lo digo mi amor: tú has sido todo para mí. El gran amor de mi vida. Por eso quiero decirte gracias, gracias infinitas, siempre contará con mi amor y en mi corazón el mejor lugar estará reservado para ti.

Ya vamos a salir a tarima; cantaré con todas mis fuerzas para que me escuches porque sé que estarás pensando en mí y en lo bien que lo haga. Lo haré bien por ti, porque te amo y porque has sido mi maestro, el que me enseñó que tenemos que seguir adelante.

Te amo.

En ese momento no quise escuchar nada más, solo pensar en lo que había escrito. Incluso, la leí en silencio, recordando y aceptando que quizás en el momento en el que se fue de este mundo su alma estaba junto a mí, escuchando lo que le escribía.

Todo se volvió lento, pesado, difícil de aceptar y de vivir. Pero entonces me propuse estar ahí, junto a él, para hacer lo que mejor pudiera hacer. A veces rezaba, y cuando caía en la cuenta de lo que estaba pasando conmigo, lloraba y experimentaba ese

sinsentido de una oración, o una súplica en medio de esa angustia. Nada me podía calmar, nada.

Sentí cómo fueron pasando los segundos y cómo él se fue yendo. Era como si cada segundo que marcaba el reloj lo fuera alejando; vino la monotonía de esos momentos, la gente que llegaba con sus frases sin sentido y sus abrazos cargados de compromiso. Otra vez preguntas; otra vez la misma historia, una y otra vez, y yo ahí, pensando en qué sería mi vida sin él, pero a la vez tomando conciencia de que tendría que vivir.

Por un momento me invadió el sueño, un sueño pesado que hizo que cabeceara por fracciones de segundo. Fue entonces cuando sentí su mano acariciándome. Lo vi ponerse frente a mí, en cucillas, levantar mi rostro, darme un beso y sonreír con esa sonrisa que me decía que todo estaba bien. Acaricié su rostro y lo abracé con todas mis fuerzas, pero entonces sentí que no era él, estaba abrazando al viento. Me desperté sobresaltada; seguía llegando gente, la pesadilla era real. Bernie ya no estaba y en mi mente sus palabras retumbaban: “El *show* debe continuar”.

Las pesadillas también se hacen realidad.



Un paso adelante

Cuando el espíritu está abatido es menester sacudirlo.

VOLTAIRE

Ahora venía lo difícil: hablarle a sus padres y a todos sus amigos para contarles lo que había ocurrido. Entonces me fui a casa de John Jairo porque yo no tenía el teléfono conectado, y se me ocurrió llamar a un amigo y preguntarle qué correspondía hacer en ese caso con su exesposa y sus hijos. Me dio el teléfono de un abogado al que consulté y él me dijo que si era mi voluntad llamarlos lo hiciera por un deber moral. Era obvio que lo haría, pues en ningún momento mi intención era causarles dolor y siempre respeté lo que representaban para Bernie, sin preguntas, sin exigencias ni rencores.

Hablé con su hermano y le dije que lo llevaría a una funeraria para que pudieran verlo sin incomodarse; además, tuve que decirle algo que yo me había reservado: por la enfermedad de Bernie hacía ya un buen tiempo que yo era quien conseguía, no solo el dinero para mi casa, sino para cubrir los gastos de ella y los hijos. En ese momento no tuve más alternativa que decir la verdad, pues ya no estaba Bernie para llevarles ese dinero y sabía que estaban necesitándolo.

Su hermano llegó a mi casa y le entregué la pensión de los niños, y para mí fue sorpresivo y doloroso que en medio del velorio no solo tuve que entregarle cuentas sino que me sentí acorralada cuando me preguntó quién se encargaría de dichos gastos ahora que él no estaba. Yo le dije que en la medida que pudiera le ayudaría, pero la verdad lo hice presionada y por lealtad a ese hombre que yacía en un ataúd en la sala de mi casa.

Tu dolor es tuyo, de nadie más.

Me tuve que concentrar en organizar todo el servicio fúnebre y aunque me parecía increíble lo que estaba sucediendo y no quería aceptarlo, pasaban por mi mente muchos pensamientos con el tortuoso “¿Y si hubiera?”. Pero el *hubiera* no existe y hay que afrontar la vida como se presenta y eso siempre lo he tenido claro. Yo tenía que avanzar, era algo que no podía dejar de hacer; no podía detenerme a llorar mi dolor porque había cosas que resolver, buscar la iglesia, la misa, el velorio y seguir aunque me doliera el alma.

Mi niño estaba con la nana y eso me tranquilizaba un poco; los hermanos de Bernie estaban colaborando conmigo brazo con brazo, acompañándome a donde tenía que hacer trámites, y en cierta forma esas cosas te ayudan por el momento a conservar la cordura. Me concentré en buscar lo mejor para su despedida, una buena funeraria, flores y lo que en mi inexperiencia me parecía lo ideal. Sin embargo, una vez que se acabaron los trámites de la funeraria me senté frente al ataúd y lloré. Lloré sin parar; me di el permiso de hacerlo, sin importarme nada más que desahogar mi dolor. Le preguntaba por qué me

había abandonado, por qué había tirado la toalla con tantas cosas que había por delante. Jamás había sentido lo que era el abandono, pero en ese momento invadía todo mi ser, con su crueldad, con su carga de imágenes angustiantes y esa incertidumbre de no saber qué sigue. Con esa incredulidad tan terrible que nos lleva a aferrarnos a esperanzas inventadas. Lloré y me olvidé del mundo, me olvidé de todo. Solo quería que mi dolor saliera mientras me aferraba a los recuerdos maravillosos que él había dejado en mi memoria, y me negaba a verlo en el ataúd porque quería que su sonrisa siguiera viviendo en mí. Y eso ha pasado hasta ahora: Bernie es de los seres por los que me atrevería a decir que valió la pena venir a este mundo.

Llorar te lava el alma; llora cuando lo necesites.

Cuando llegaron Maru, sus pequeños y sus hermanos, me salí discretamente para que entrara y pudiera estar junto a él. Sus hermanos se quedaron afuera y cuando yo salí me escupieron e insultaron con ademanes amenazantes. Yo los miraba en silencio, totalmente convencida de que quizá me merecía todo eso, o tal vez indiferente ante algo que no importaba frente al dolor que sentía. Los hermanos de Bernie me dijeron que me fuera a mi casa para descansar un poco pues llevaba más de 48 horas sin dormir, así que me dieron una pastilla y me dejaron en mi casa. El día que seguía era difícil, el más difícil.

Me quedé dormida con la esperanza de que todo fuera una horrible pesadilla de la cual iba a despertar al día siguiente; pero no era así, la realidad me estaba golpeando y no encontraba a qué aferrarme en medio de esa avalancha de sentimientos.

No fue fácil darle la cara a la verdad, no fue fácil pensar que lo que seguía era definitivo: Bernie se había ido. Así, radicalmente, de golpe, sin remedio, sin vuelta atrás, sin hubieras; no había manera de cambiar el tiempo ni la realidad. Había que aceptarlo.

En la funeraria me preguntaron si queríamos enterrarlo o cremarlo, y yo no fui capaz de tomar esa decisión en parte porque sentía que era un asunto que no me correspondía resolver a mí estando sus hermanos presentes. Ellos decidieron cremarlo.

Yo fui en el coche fúnebre porque sus hermanos lo exigieron. A mí la verdad nada me importaba y me dejaba llevar. Al llegar a la iglesia me ubiqué atrás de ataúd y cuál fue mi sorpresa que tan pronto entró el cuerpo los hermanos de Maru hicieron una valla para impedirme el paso. Me miraban con odio y estaban decididos a que yo no entrara, pero el sacerdote, al darse cuenta, les dijo que esa era la casa de Dios y que todos éramos bienvenidos. Esa iglesia tiene para mí muchos significados, pues de rodillas muchas veces imploré la ayuda de Dios ante su altar. Curiosamente, muchas cosas buenas pasaron allí, como el bautizo de nuestro hijo Jonathan, y con los años la vida me permitió a comprar, junto a ella, mi primera casa en este país.

Cuando crees que todo ha pasado puede estar por pasar lo peor.

Nunca me sentí tan mal en mi vida. Escuché la misa y cuando se lo llevaron el padre me llamó a su oficina, puso su mano en mi cabeza y me dijo: "Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Y agregó que Bernie ya no se encontraba en ese cuerpo y que no tenía ningún sentido que yo siguiera recibiendo humillaciones, así que los hermanos de Bernie se fueron a hacer lo que había que hacer, y yo regresé lentamente a mi casa sabiendo que esos pasos eran el principio de la siguiente parte de la historia de mi vida.

Sabía que se estaba cerrando un capítulo en mi vida, quizá el más importante de todos, y sabía que no me iba a morir, porque aunque lo deseara tenía suficientes motivos para estar en este mundo: estaba mi hijo y estaban mis sueños, por los que tanto había luchado. Caminando hacia mi casa sentí su compañía, sus pasos, su sonrisa, sus bromas, sus preguntas. Era como si estuviera ahí conmigo. En ese instante me di cuenta de que la vida encerraba un gran misterio, solo que yo no lo conocía.

Me repetí varias veces lo que él me decía; me repetí que tenía que seguir adelante y me hice muchas promesas y a la vez me comprometí con él:

Sí Bernie, el show debe continuar.



El cuarto oscuro de mi corazón

El mal siempre está provocando más miseria por la incansable necesidad del ser humano de vengarse para desahogar su odio.

RALPH STEADMAN

Me fui a mi casa en la soledad más absoluta, tratando de convencerme de que había hecho lo correcto; abracé a mi hijo y esperé a que llegaran los hermanos de Bernie. Cuando pregunté por las cenizas me dijeron que se las había quedado Maru. Ella había pagado el total del servicio funerario y había exigido que le dieran las cenizas, porque aunque estaban separados ella seguía siendo la esposa y tenía derecho a conservarlas. Guardé silencio; no me permití pensar por un instante en esas cenizas; recordaba lo que me había dicho el sacerdote de que él ya no estaba en ese cuerpo; menos en esas cenizas.

Me sorprendió escuchar que había pagado el total del servicio fúnebre pese a que el encargado le dijo que todo estaba pagado; sin embargo, ella insistió en que le correspondía hacerlo y terminaron aceptándole el pago. Unos días más tarde en la funeraria me dijeron que el cheque tenía orden de no pagarse, así que su funeral también tenía un pendiente porque a mí me devolvieron el dinero y ya me lo había gastado. Tardé casi dos años en terminar de pagar y creo que hasta ese momento Bernie encontró la luz.

Los hermanos de Bernie no quisieron pelear las cenizas pese a que su madre quería que las llevaran a Colombia pero fue imposible hacerlo. Fue demasiado duro ir aceptando poco a poco que de verdad la vida sigue, y como me dijo Bernie: el *show* debe continuar. Al otro día yo tenía que ir a trabajar y pensaba cómo cantar todas esas canciones alegres cuando mi corazón estaba muriéndose de tristeza. Llamé a una amiga para que me ayudara a cantar y por supuesto, a May, nuestro gran amigo.

No nos han enseñado a ver la muerte como algo natural, y es muy difícil entenderla porque no tenemos información, y la que tenemos nos sume en el apego y en la incapacidad aprendida de soltar. Quizá esa sea la razón por la que un dolor como ese sobrepasa lo humano y parece llevarte a la locura.

Paso a paso te vas dando cuenta de lo realmente importante de la vida.

Fue casi imposible separar a la artista de la mujer. Los artistas tenemos la virtud y el don de poder separar nuestra parte personal de la parte artística cuando subimos a un escenario. No puedes explicarle a la gente por qué te sientes triste o enojado; entonces, dejamos a la persona abajo y subimos al artista a hacer lo que tiene que hacer, brillar, alegrar, emocionar. Sin embargo, hubo momentos en que se me juntaba todo y no encontraba mi alegría en ninguna parte. Ni siquiera en la artista. Así que me disculpaba con el público y me bajaba del escenario cuando sentía ese vacío en el estómago al

hacerte consciente de la realidad.

Tengo que confesar que lo que hice no tuvo ningún sentido y por eso lo voy a compartir contigo; cuando uno se deja llevar por el dolor lo que sigue es hundirte. Empecé a beber y a apapachar mi soledad mientras dormía en la sala porque no era capaz de dormir en la cama que compartí con Bernie. Mis noches se iban en escuchar canciones tristes para poder llorar y beber hasta que mis ojos se secaban, y el alcohol me ayudaba a caer dormida de cansancio, y así una noche tras otra, durante tres meses. Mi hijo estaba bien, yo lo atendía en el día y cuando se dormía me dedicaba a mimar mi tristeza. Reconozco que mi sentido de la responsabilidad hacía que cumpliera con mi trabajo y con el cuidado del niño, hasta que una vez, lejos de todo, en la noche entraba en el cuarto oscuro de mi corazón.

¿En dónde estaba esa mujer fuerte que siempre se levantaba de los tropezones? ¿En qué había terminado esa persona de la que tantas veces me sentí orgullosa? ¿Dónde estaba la fuerza que siempre me ayudaba? ¿Y los ángeles? ¿Y los amigos?

Los amigos se hartan de verte sufrir y cada uno se va yendo despacio. Al principio están todos, y a medida que pasan los días y los meses se van a seguir su vida. Me sentía tan abandonada, tan definitivamente y absolutamente abandonada, hasta que un día miré los ojitos de mi hijo y me di cuenta de que estaba acabando conmigo y con él. Así que me levanté, me sacudí, sequé mi llanto y decidí avanzar.

*Suele suceder que perderse es la mejor manera de
empezar a encontrarte.*

Nuevamente tuve que recordar mi promesa, pero ahora esa promesa tenía tres seres que me empujaban a no olvidarla. Mi padre, Bernie y mi hijo. Si antes alcanzar mi sueño era algo personal que se afianzaba en la promesa hecha a mi padre, ahora era una necesidad que tenía que materializar.

Es importante tener en cuenta que no puedes dejarte arrastrar por lo que ocurre en tu vida, sino que tienes que sacudirte, limpiarlo y recordar tus promesas, porque son sagradas cuando las aceptas y te comprometes con alguien más a hacerlas realidad. El *show* debía continuar, se lo había prometido a Bernie; mi hijo tenía que seguir viviendo y yo tenía las herramientas para darle lo necesario, de hecho, cuando nació me prometí que no le faltaría nada. Mi padre, aunque ya no estaba físicamente, seguía en mi corazón y desde allí me observaba y me decía: “Avanza Pildorita, no te queda otra opción, aún no eres la estrella que soñamos juntos”.

En esta parte de mi camino no tenía fuerzas para nada. Era tanto mi dolor, mi desconcierto y mi falta de fe en la vida que no creía que pudiera avanzar ni cumplir esa promesa. Sin embargo, ahí es cuando tienes que recordártela; casi mirarte en el espejo de tu alma y decirte que el camino no termina, que aunque sea lentamente, de rodillas o arrastrándote tienes que avanzar porque es la única forma en que lo que te está doliendo quedará atrás. Mientras respires estás aquí, en este mundo, y tu misión es fluir y

continuar. No puedes permitir que tus pensamientos o los dolores de tu alma acaben con tu vida. Por eso hay tantos muertos en vida, porque se niegan a avanzar, a dar un paso más y se quedan con los ojos puestos en lo que les genera tanto dolor y que ya es pasado. Tú no serás un muerto en vida, tienes una misión y esa misión es fluir y llegar a donde desea tu corazón.

Así que, en un momento de lucidez, o quizá de locura extrema, logré separarme de la pesadilla en que se había convertido mi vida y me dije: "Tienes que seguir, tus herramientas son tu voz, tus sueños, tu corazón y tu fe. Aún no llegas al lugar donde habitan tus sueños, esto es solo una parte del camino, no quiere decir que sea el final, el final lo escribes tú".

El silencio y la quietud son las llaves de los milagros.

Una noche no recurrió al alcohol; por el contrario, me quedé en silencio cuando el niño se durmió. Encendí una veladora y le dije a Dios: "¡Ayúdame!". En ese momento no tenía nada, no creía en mí, me sentía traicionada por la misma vida, por el mundo. Golpeada y maltratada por personas en las que había confiado. Torturada y humillada por tanta gente a la que se le hizo fácil señalar y juzgar y que disfrutaban lo que me estaba pasando. Porque sí, aprendes que en esta vida algunas personas disfrutan con el sufrimiento ajeno. Sin embargo, esa luz, esa quietud y ese silencio hicieron que me conectara con esa fuerza que me había empujado a lo largo de mi vida. Para mí esa fuerza se llama Dios y siempre está dentro de nosotros, solo que con tanto ruido en nuestra mente, tan agitados luchando y luchando se nos olvida que Él está ahí.

Entonces el diálogo cambia, porque ya no se pide, exige y reclama, sino que se le permite hablar. A Dios casi nunca le permitimos hablarnos, siempre le hablamos nosotros con nuestras exigencias, reclamos, preguntas, y toda clase de basura emocional con la que pretendemos culparlo siempre. Pero, ¿cuántas veces uno deja que él hable? Pocas, es más, casi nunca.

Quiero que intentes acompañarme esa noche, cuando mis manos estaban tan vacías, pero escuché una voz en mi corazón decirme: "Todo está bien, Márgara, todo está bien. Vuelve a creer, elige confiar, yo estoy contigo".

Entonces sentí que me podía levantar, aparecieron en mi mente la esperanza y el deseo de soñar nuevamente. Sabía que podía caminar confiada y mi alma se tranquilizó. Fue como si él me dijera que mi camino iba a estar rodeado de ángeles, que el lugar donde habitaban mis sueños seguía esperándome, que volvería a sonreír, y yo creí.

Confiar es la clave para fluir; fluir, es el motor de la paz interior.



Un nuevo horizonte

El horizonte está en los ojos y no en la realidad.

ÁNGEL GANIVET

Discos Fuentes en Colombia tenía algunas canciones grabadas conmigo y la Sonora Dinamita, entre ellas *Amor de mis amores* (*Que nadie sepa mi sufrir*), y decidieron sacar un disco en México al que llamaron *16 éxitos de La Sonora Dinamita con Margarita*, mientras al mismo tiempo Lucho sacaba su disco *La Sonora Dinamita de Lucho Argain con El viejo del sombrerón*. El universo siempre se empeñará en apoyarte cuando la fe es lo que habita en tu ser. *Amor de mis amores* se convertiría hasta el día de hoy en una insignia y un éxito que grabaría mi nombre en el corazón de miles de personas.

Mis problemas continuaban y las demandas y las molestias también. Había que hacerle frente otra vez a la guerra, armarse de valor y seguir. Así que la vida volvió a hacerme fuerte. Este disco empezó a vender y no imaginábamos que *Amor de mis amores*, la canción que grabé por casualidad un día en discos Fuentes después de grabar canciones para la Sonora Dinamita, se convertiría en un éxito y me enseñaría que en esta vida no existen casualidades y que en cada paso hay que poner el corazón, al que hay que escuchar siempre.

Aún recuerdo cuando Fruko me dijo:

—¿Te sabes esta canción?

—Sí —le respondí, mientras tarareaba la letra.

De repente vi una luz en su mirada y una certeza frente a esa pregunta. Él me conocía y sabía que jamás le hubiera dicho que no. Si lo que yo esperaba eran oportunidades, en ese momento todo podía ser una gran oportunidad. Además, confiaba en él plenamente y él lo sabía.

—¿Quieres grabarla? —preguntó con una sonrisa cuyo subtexto era: “Ya sé qué me vas a contestar”.

—Sí —le dije, respondiendo a la sonrisa. Es más, creo que agregué: “Para ayer es tarde Fruko”, y entramos al estudio para grabar una de las canciones más exitosas de mi carrera.

Puedes disponer tu corazón para las sorpresas de la vida.

Solo que en ese momento no tuve muchas expectativas. Muchos éxitos en la vida llegan cuando no los hemos contaminado con el peso de las expectativas que generan tanto daño, pues nos encadenan a la larga espera de unos resultados y a la gran decepción que representa no obtenerlos. Al grabar *Amor de mis amores* recuerdo haberme permitido sentir la felicidad de interpretarla, estar en el presente, en el estudio,

disfrutando de una letra tan bonita y de un ritmo que me puso a bailar, además de la complicidad de Fruko quien sonreía al otro lado del cristal viéndome tan feliz. En un futuro, aquella canción llevaría felicidad a millones de personas.

Emilio, mi socio, seguía buscando las fechas y yo haciendo promoción a mis discos, pero con la idea de encontrar una nueva canción que me diferenciara de La Sonora Dinamita. Mientras tanto, continuaban molestando con lo de Migración, hasta que un amigo me dijo que eso no iba a parar hasta que yo me casara con un mexicano y obtuviera la calidad migratoria de residente.

Era difícil pensar que estando enamorada de Bernie, aunque ya estuviera muerto, la idea de casarme fuera buena. Yo, que siempre soñé con casarme enamorada y tener hijitos, y como en los cuentos de las princesas tener un “Y vivieron felices para siempre”, porque mi cursilería nunca ha desaparecido, gracias a Dios. Sin embargo, no me quedaba otro remedio y empecé a ver a mis compañeros del grupo para ver quién podía hacerme el favor de casarse conmigo sin exigir nada a cambio. Ahora que lo recuerdo, me parece divertido pues era como escoger marido a dedo, o víctima. Ver el camino recorrido sin prejuicios no solo te sana sino que te divierte, porque hay situaciones que en su momento parecieron dramáticas pero luego resultan divertidas. Imagínate, en un grupo de hombres pensando cuál será al que le echo mano.

Sí, lo sé. No era lindo lo que pretendía hacer pero no había otro modo; así que Emilio, mi representante en ese momento, citó a Leo, el que nos pareció indicado por buena gente, para comentarle la situación y pedirle que se casara conmigo para poder obtener mi residencia en México. Leo era un buen muchacho, más joven que yo –en ese entonces tenía 31 años y él 21–, provenía de una buena familia, unida y humilde, y durante el tiempo que ensayábamos en mi casa yo notaba que jugaba mucho con mi hijo, que era cariñoso con él y eso me causaba ternura. Era un hombre callado y buena persona, así que pensé que con el tiempo a lo mejor podríamos formar esa familia que mi hijo y yo necesitábamos, y así no se vería ante mis ojos tan fea mi acción como parecía en realidad. No esperaba que me juzgara nadie más porque yo misma tenía el talento para hacerlo. En el fondo cómo se engaña uno, o simplemente sigue los designios de la vida sin darse cuenta. El asunto es que Leo no solo serviría para ser mi esposo por conveniencia sino que traería un nuevo proceso de aprendizaje para mí.

Todo tiene un por qué, aunque no sea el que tú crees.

Al escribir esto me encuentro con esa contradicción: por un lado la claridad de no querer reemplazar a Bernie, y por otro la necesidad de realizar ese sueño que siempre he llevado en mi corazón. Ahora que lo veo insisto en que era curiosa la situación. Estar escogiendo marido sin darme cuenta; bueno, eso creemos todas, que no nos damos cuenta pero siempre escaneamos obra, vida y milagros de los posibles candidatos. La verdad es que jamás pensé que él fuera a ocupar un lugar en mi vida diferente al que yo le tenía destinado. Ilusa de mí.

Aceptamos los dos iniciar una relación más estrecha para conocernos, pues al pedir permiso en Migración para casarnos nos pusieron un investigador y nos dieron seis meses para poder realizar la boda. Empecé a frecuentar a su familia, y la verdad mi hijo comenzó a sentir el amor de los abuelos y de los tíos, porque así fue acogido por ellos. Y sí, efectivamente, se fue estrechando la relación; más de lo esperado.

En mi hijo empecé a ver el cariño que iba naciendo entre ellos, y aunque no tenían lazos de sangre se querían; mientras tanto, yo observaba y mi corazón se iba llenando de ternura, así que decidí que aunque no estaba enamorada la vida me daba la oportunidad de formar una familia y en cierta forma ser feliz, y entonces aprendí que el amor es voluntad y que no siempre nace espontáneamente, que también lo puedes crear. Y yo empecé a sentir cariño por ese muchacho que era capaz de entregar su juventud a una responsabilidad que no le correspondía. Dicen que todos llevamos una Cenicienta en el alma que se activa cuando menos lo imaginamos, y hasta a una escoba con patas le damos el carácter de príncipe digno de ser conquistado.

La vida te dará los compañeros indicados para cada tramo del camino.

Para ese entonces me enteré de todo lo que decía mi expediente de Migración. ¡Dios santo! Tenía más mentiras de las que yo podría inventar en un libro. Nunca me di cuenta de que habían investigado con los vecinos quién era yo. Una vecina dijo que sospechaba de mi conducta como mujer porque a mi casa entraban y salían muchos hombres (claro, eran mis músicos), y que ahí en esa casa había siempre fiesta; por supuesto, ensayábamos casi a diario. Era evidente que mi imagen no era la mejor. No hay nada que nos haga tanto daño como las suposiciones de los demás, que viven adivinando nuestra vida y se atreven a juzgar sin comprobar, pero más grave aún cuando nosotros caemos en el vicio de suponer o adivinar la vida de otros y de juzgarlos y condenarlos. Aunque lo tomé con tranquilidad y risa, luego creí que era muy agresivo sentirse víctima de estos falsos señalamientos y desde entonces he vivido muy atenta a mis pensamientos para no caer en lo mismo.

Los seres humanos tendemos a suponer lo que pasa en la vida de los demás y se nos hace fácil señalar con el dedo acusador, mientras tres dedos apuntan hacia nosotros, quizás diciéndonos que juzgar a otros es la señal más grande de que tenemos asuntos muy serios que resolver en nuestra vida. El tiempo me enseñaría que no importa lo que los demás digan de ti: importa lo que pienses de ti, y como dice Miguel Ruiz en *Los cuatro acuerdos*, lo que opinen de ti jamás se puede considerar algo personal y está dicho desde el punto de vista y la información de quien lo dice, pero jamás será la verdad. La verdad quizás la sepas tú, aunque no es una regla porque no todo el mundo se conoce realmente.

Eran tantas calumnias que no me sentí mal al casarme solo por los papeles; por el contrario, para mí era la forma de defender mis sueños y aferrarme a este país que amo de verdad. Así que a finales de ese año nos casamos por lo civil bajo el régimen de

bienes separados, con toda su familia presente y yo con la certeza de que iba a hacer lo mejor que pudiera para que Leo fuera feliz y mi hijo también. Puse pausa en mi corazón y guardé a Bernie en mi pensamiento para siempre, con todo el amor que tenía para él. Saqué toda mi fuerza de voluntad para hacer una vida y no soltar mi sueño. Le di vuelta a la hoja, pero le puse un separador a una página del libro de mi vida, como esos capítulos que hacen grande una historia y a los que siempre quieres regresar para releerlos y nutrirte de ellos.

Leo ponía cada año en día de muertos un altar para Bernie y se convirtió en un amigo para mi hijo. Poco a poco le fue inculcando amor hacia su papá y contándole cuentos donde el protagonista era Bernie; le enseñaba cómo se había ido al cielo y que desde ahí lo veía y cuidaba. Eso llenaba mi corazón de esperanza y cada vez me convencía más de haber hecho lo correcto y me generaba una ternura que hacía querer a ese hombre fuera fácil.

*Hay capítulos de la historia de tu vida que siempre
querrás volver a leer.*

México, DF, noviembre de 2014

Mi querida niña:

Quizá con los años el cuerpo cambia pero la esencia sigue siendo la misma. Vivir esta etapa de mi vida fue la más fuerte de todas, la más aterradora y la más cruel. Sin embargo, quiero que sepas que son esas etapas las que hacen fuerte. Al escribir esta parte del libro encontré la respuesta a una pregunta que me hice cuando era niña en medio del funeral de mi padre. Esa pregunta fue: ¿cómo hizo mi madre para mantenerse en pie en esos momentos en que el amor de su vida murió y la dejó con sus hijos y un camino lleno de incertidumbre? La respuesta es sencilla pero a la vez contundente: los seres humanos somos más fuertes de lo que imaginamos y tantas cosas que nos ocurren son para demostrarnos exactamente eso.

Mi Margarita, sé que muchas veces sentiste miedo, terror, pero si te das cuenta, por fuertes que sean los embates de la vida, uno puede avanzar y seguir adelante si así lo quiere. Hoy quiero recordar todos esos momentos en que sentiste miedo y decirte que estuvieron ahí para demostrarte que nada te podía detener, pues cada vez que enfrentas un miedo ese miedo desaparece y lo que hemos hecho juntas es eso: ir enfrentando miedos y desvaneciendo fantasmas a nuestro paso. Por eso quiero reconocer tu valor, porque pese a esas dificultades has ido eliminando a esos gigantes que son los miedos y que se cruzaron en tu camino para amenazarte con cerrarte el paso.

Es el juego de la vida, ese juego donde te retan y te permiten generar estrategias para volver los ojos a uno mismo y reconocer su valor. Es importante recordar eso, todo está ahí para ser trascendido, y trascender casi siempre es soltar y confiar.

Nunca nos imaginamos lo que nos vamos a encontrar en el camino, quizás porque no nos damos cuenta de que desde nuestro interior queremos demostrarnos cuán fuertes somos. Recuerda cuántas veces nos repetíamos mientras estábamos en Colombia que éramos fuertes y capaces de alcanzar nuestros sueños. Pues bien, ese solo pensamiento hace que uno se genere las pruebas en el camino para demostrarse lo que ha dicho, o cree.

Si dices que te amas, la vida te pondrá las pruebas para que puedas demostrar cuánto te has amado. Es lo que ha pasado en esta etapa de nuestras vidas. Fue en esos momentos difíciles en los que tuve que ver dentro de mí cuán grande era el amor que me tenía y no caer en los juicios y las condenas. Sin embargo, he de confesarte que no ocurrió de la noche a la mañana. Muchas veces me juzgué y me castigué al sentir que no estaba cumpliendo con las expectativas de lo que era ser “una buena persona”, según las leyes de los demás.

Margarita, no sabes la dureza con que la culpa te exige que te trates. Muchas veces sentí que lo que me estaba pasando era el castigo que me merecía por cosas que había hecho y que estaban fuera de lo establecido. Pero te quiero decir algo que ya te dije en mi primera carta, y es que al mirar atrás encuentro que todo estuvo

bien. Eso es lo más curioso, ver cómo lo vivido forma parte de lo que tenías que vivir.

Hoy no cambiaría un solo capítulo de mi vida, ni el más tortuoso, porque he aprendido a desarrollar la humildad para no sentirme víctima de la vida sino cocreadora y a la vez alumna de la misma. Se necesita mucho amor para perdonarse, para entender que no eres la expectativa de nadie, que no eres perfecto y que pase lo que pase esa que ves en el espejo a cada rato es lo que tienes, es tu tarea diaria. Amar a esa que se refleja sin juzgarla, sin querer castigarla, y sin querer cambiarla.

De esta etapa de mi vida te puedo decir lo siguiente para tu hoja de ruta:

1. Prohibido juzgarse. Uno se juzga fácilmente sin darse cuenta del daño que eso hace. La persona que se juzga se condena y luego se castiga.
2. Cuando algo no marche bien en tu vida observa lo que has pensado de ti. Observa cuántas veces te has juzgado y cuántas veces te has herido con tus palabras. Una persona que se ama, Margarita, es una persona que se procura cosas que le den paz y felicidad porque su atención la centra en eso.
3. La vida siempre te estará demostrando que no tienes el control sobre nada, excepto sobre tu mente, y que de allí surge la actitud con la que enfrentas las situaciones que se te presentan. Puedes planear todo, pero también ser consciente de que esos planes no siempre son los que tiene Dios para ti. Dicen que cuando le contamos nuestros planes a Dios Él simplemente sonríe.
4. Somos sumamente irresponsables con las cosas que le pedimos a la vida. Se nos olvida que un pensamiento ya es un pedido, porque nos hemos acostumbrado a no tener control sobre esos pensamientos y las palabras que usamos. Las palabras son muy poderosas, más de lo que uno se imagina. Para tu camino, si volvieras a recorrerlo, me gustaría que tuvieras muy claro eso: la responsabilidad sobre nuestra vida empieza con la responsabilidad sobre nuestros pensamientos y palabras.
5. Perder todo también forma parte del camino, por eso no te permitas la locura de la angustia y la desesperación. Recuerda siempre que cuando llegaste a este mundo no tenías ni ropa y que un par de extraños a los que llamaste papá y mamá te abrigaron, te alimentaron y te dieron amor. Pues bien, recuerda siempre eso; a esos extraños y a ti, también los creó Dios. Por lo tanto, recordar que Dios tiene suficiente para darte siempre te hará bien. No olvides que muchas veces perder es ganar y otras ganar es perder.
6. Los seres humanos a veces son crueles, lo cual no quiere decir que tú les tengas que responder con crueldad. Uno siempre puede elegir junto a quién está, hasta cuándo está y en qué momento se tiene que alejar.
7. La vida siempre te mostrará muchos caminos, pero si algo me queda claro en este recorrido por el mundo es que todos los seres humanos tenemos superpoderes, y uno de ellos es poder elegir. Elige siempre antes de dar el siguiente paso. El que elige puede asumir la responsabilidad sobre sus actos, y cualquier elección consciente y desde el corazón siempre será segura y productiva.
8. Antes de pensar en defenderte, atacar, juzgar o señalar a los demás, ponte aunque sea por unos segundos en sus zapatos. Cada persona está resolviendo sus propios demonios con las herramientas que tiene. Muchas veces creerás que son tus enemigos, o que te atacan, pero si los observas bien te darás cuenta de que esos comportamientos son producto del miedo incontrolado. No caigas en su juego; simplemente observa y date la vuelta.
9. Los demás tienen derecho a tener su propia versión de ti. Muchas veces tus actos les duelen y tienen derecho a su dolor. Tú puedes terminar esas guerras cuando decides no defenderte y menos atacar. De hecho, Margarita, la defensa implica ya un ataque en el que no vale la pena caer. Nunca se te olvide que para una guerra se necesitan dos y tú puedes ser quien termine siempre las guerras, o lo que es mejor, quien decida nunca empezarlas.

Hoy elegí ver todo lo vivido como una gran experiencia en la que he aprendido sobre mí misma muchas cosas. Hoy sé muchas cosas sobre el amor, el amor a todo y a todos. Hoy sé que la vida se tiene que reinterpretar día a día, y que día a día también hay que soltar el equipaje que llevas contigo y amenaza con aplastarte, además de hacer lentos tus pasos.

Pero hay algo más importante que aprendí y es a hacerme responsable de mis pensamientos y de lo que con ellos puedes crear. Quizá en esta parte de la historia de nuestra vida podrías sentir miedo por lo vivido, o quizás hasta pensar en no vivirla por lo difícil que fue, pues te encerraron en una cárcel, casi te matas en una tarima, te enamoraste de un hombre prohibido, tuviste un hijo sin casarte, te escupieron, te atacaron y tantas cosas más que

generarían terror a cualquiera, pero todo tuvo una causa: la culpa, que también es un pensamiento. Ahora yo quiero contarte otra parte de tu historia, una donde me hice más responsable de lo que creaba, en donde me permití sentirme merecedora de cosas buenas, creer en ángeles de verdad y decirle sí nuevamente a mis sueños.

Por eso te pido, mi niña, que me ayudes a soltar ese equipaje; no nos sirve para nada, no me interesa sentirme víctima, menos culpable de nada. Y por eso recurro a tu pureza y tu inocencia para recordarme que la vida es un juego, una aventura y que todo es pasajero. Hoy ya pasó; lo agradezco y permito que se vaya y te pido, mi reina, que tú que habitas en mi interior hagas lo mismo.

Quiero que sepas que entre más crezco, más me acerco a ti y más te amo.



TERCERA PARTE

La fuerza del corazón



Érase una vez...

Una noche en que parecía que todo se había quedado quieto, la niña tuvo una pesadilla. En esa pesadilla comenzó a sentir que una tormenta se avecinaba. Ella le tenía miedo a los truenos y a los relámpagos. En sus sueños esos relámpagos entraban en su habitación y como látigos de fuego iban destruyendo todo. Entonces se metió bajo las cobijas, se cubrió completamente y se puso a rezar, pero mientras rezaba oyó que los vidrios de sus ventanas se rompián y que el agua comenzó a meterse.

Sintió mucho miedo; sus padres no estaban pues habían ido a una fiesta y con esa lluvia seguramente no llegarían a tiempo para salvarla de lo que estaba ocurriendo. El agua entró y mojó todo, pero ella no se atrevió a salir de las cobijas. Entonces vio cómo el cuarto se llenó de luz porque un relámpago entró y se estrelló contra las paredes dando directamente en el lugar en donde estaba la imagen que había pintado. La partió en muchos pedazos y ella entró en pánico al ver cómo ese sueño se iba desmoronando.

Angustiada, sacó valor para intentar alcanzar la imagen y protegerla de que cayera al piso y se terminara de destruir con el agua que inundaba el cuarto. Solo que al tratar de poner los pies en el piso mojado su corazón se paralizó y fue tal el miedo que la invadió que todo su cuerpo perdió movilidad. No podía moverse, y pese a que intentaba estirar la mano para alcanzar la imagen, no lograba hacerlo. Lloró y gritó pidiendo auxilio pero nadie vino a ayudarla.

De repente sintió que su padre la llamaba a gritos pidiéndole que despertara. Ella despertó empapada en sudor y lágrimas, se aferró a su padre con fuerza y se protegió en ese abrazo.

Cuando le contó su sueño este sonrió y le dijo que quizá era una señal que les indicaba que estaba preparada para recibir el tercer secreto. Entonces buscó el baúl y sacó el cuaderno en donde estaban apuntados los cuatro secretos. Se lo leyó lentamente mientras la niña recuperaba la calma.

—Habrán momentos difíciles en que las tormentas del camino intentarán hacerte desistir de la búsqueda de tus sueños. Así como en tus sueños, los rayos y las centellas amenazarán tu paz y tu tranquilidad. Pero por fuerte que sea su ataque, por real que parezca, jamás olvides que solo son ilusiones del camino. Nada es tan real ni tan fuerte como parece, solo está ahí para probar tu fe.

La niña escuchaba atentamente. En ese momento supo que el camino no sería fácil; supo que habrían momentos de dificultad. Miró a su padre y le preguntó qué debía hacer en aquellos momentos y él le respondió:

—Mantenerte firme y decidida a dar un paso siempre adelante. Este secreto habla de la intención, que es la fuerza que lleva a los soñadores a no abandonar nunca el camino. La intención es la fuerza, es la decisión, es el compromiso con el camino. Es recordar que pese al cansancio, al miedo o al enojo que representan las dificultades, el

soñador siempre puede dar un paso adelante. Sí, dar un paso adelante.

La niña miró a su padre pensativa, no sabía qué decirle porque estaba asustada por lo que había visto en el sueño.

—Hija, vendrán muchas pruebas y quizás sientas que has perdido la fuerza, pero solo tienes que recordar algo que quiero que me prometas en esta noche de tribulación.

—¿Qué papá?

—Que siempre darás un paso más. Prométeme que siempre darás ese paso, que siempre te mantendrás en el camino. Ese paso mantendrá encendida la llama de la intención. Puedes quejarte, llorar, renegar de tu camino, pero piensa que puedes dar un paso que siempre te acercará al lugar donde habitan tus sueños. Solo así esa intención se mantendrá viva, solo así esa fuerza no se debilitará. ¿Me lo prometes?

La niña vio a su padre en silencio, los ojos aún estaban mojados por el llanto que le produjo el sueño. Levantó su mano derecha y mientras asentía lentamente le dijo:

—Te lo prometo papá, te prometo que siempre daré un paso más y mantendré viva la llama de la intención.



A veces no sabemos ni quiénes somos

De todos los animales de la creación, el hombre es el único que bebe sin tener sed, come sin tener hambre y habla sin tener nada que decir.
JOHN STEINBECK

Emilio, mi mánager, insistía en que la oficina debía sacarse de mi casa, pero yo no quería porque en cierta forma tenía el control, así que le pedí a Leo que fuera involucrándose más con él y los negocios de la orquesta, para yo poder dedicar un poco más de tiempo a mi hijo y a la promoción de los discos. Ellos empezaron a hacerse más amigos y muchas veces tenían conversaciones en las que yo no estaba incluida; algunas de ellas relacionadas con planes y cuentas.

Uno intuye cómo van las cosas, pero el temor a ser claros hace que día a día nos volvamos permisivos sin imaginarse las consecuencias que ello puede traer a nuestra vida. Muchas veces decimos sí cuando queremos decir no; muchas veces guardamos silencio y dejamos pasar, pasar y pasar cosas que nos molestan. Debemos entrenarnos en la responsabilidad hacia nosotros mismos para ser leales con nosotros antes de querer serlo con los demás.

Hoy, creo que es importante hacer un alto en el camino y preguntarse hacia dónde vas, y si de verdad estás yendo hacia donde quieras o simplemente te estás dejando arrastrar por la corriente. Esta época la recuerdo así: dejándome arrastrar por un maremágnum de cosas y trabajo que no me permitían sentarme a revisar lo que pasaba en mi vida. Era tal la prisa por resolver las cosas urgentes que estaba dejando de lado las realmente importantes, y también estaba permitiendo que otros tomaran decisiones que me correspondía tomar a mí. Yo era mi sueño, los demás estaban ahí por sus sueños. Cada cual defendía lo suyo.

Era inevitable pensar en mi papá de vez en cuando, en la promesa que alguna vez le hice, y aunque para tranquilizarme me decía que estaba cumpliéndola porque cantaba y estaba en los bailes y era aplaudida, en el fondo de mi corazón sabía que algo me faltaba y que estaba en medio de un remolino de situaciones que me asfixiaban y que no quería seguir viviendo. Yo sabía que cantar e ir de pueblo en pueblo no me estaba llenando lo suficiente aunque daba todo de mí. Sabía que estaba lejos de ser la cantante que había soñado ser.

La palabra que le das a los demás es sagrada, tan sagrada como la que te das a ti mismo.

Trabajábamos muchísimo sin importar si eran días hábiles o festivos, y es que en México hay fiestas todos los días del año porque en diferentes poblaciones se celebran todos los santos, es un país muy católico. Yo también era muy católica y tenía muchas de ideas inculcadas en mi cabeza que venían de generación en generación; miles de tabús

y pecados, miedos y cantidad de cosas con las que uno crece y que no te permiten avanzar a la velocidad que uno quisiera.

Estamos tan llenos de prejuicios. Por ejemplo: yo sabía que mi madre no estaba cómoda con que me hubiera casado por lo civil; ella alegaba que ese matrimonio solo era válido en México. Por supuesto que mi mamá no sabía los motivos por los que me había casado. Viéndolo bien, ante los ojos de muchos yo había actuado muy mal y a mí sí me importaba la aprobación de los demás, porque así había sido criada. De hecho, uno de los lastres con los que más he tenido que luchar –y tiene que luchar el ser humano– es vencer esa necesidad de aprobación y comenzar a observarse y a autoaprobarse.

Culparme era otro lastre que no solo cargué, sino que se convirtió en algo que me generó mucho dolor. Pero con el tiempo aprendería que la culpa no es más que la idea de que has fallado a la perfección de la que te creías dueño, y al entender que dicha perfección no existe todo comenzó a cambiar. En esos años empecé a darme cuenta de eso. No era perfecta, no era una santa. Solo un ser humano recorriendo su camino y como tal tenía que aceptarme. Tampoco me podía sentir culpable por no cumplir las expectativas que yo creía que los demás se habían trazado sobre mí. Sin embargo, apenas comenzaba a despertar a esa verdad y en el fondo sabía que aún me juzgaba y eso no me gustaba, porque los juicios implican condena y castigo.

El mundo cambia cuando descubres que no eres perfecto.

Un día llegaron a México las hijas y la esposa de un compañero colombiano que había conocido en Medellín. Establecimos una amistad muy cercana y nos frecuentábamos mucho. Le di trabajo a la esposa como mi asistente; compramos una cámara instantánea y me tomaba fotos en los eventos, y eso se convirtió en un negocio diferente de mi grupo para ella y para mí.

Cuando nos íbamos de viaje compartíamos la habitación y nos hicimos como hermanas; un día se enfermó y entonces empezó a mandar a sus hijas a reemplazarla.

Empecé a notar que Leo visitaba la casa de ellas con más frecuencia de la normal y se hizo muy amigo de la hermana mayor; empecé a sentir un poco de celos aunque trataba de no tener malicia en mi mente. Para todos lados íbamos juntas las dos familias: en los cumpleaños, en las navidades, a los paseos, al trabajo. Entonces intentaba convencerme de que no tenía por qué generarme sospechas, éramos un grupo de amigos y pensaba que quizás Leo solo buscaba ser amable con ellas. Fue así como permití que el tiempo pasara sin detenerme a pensar en nada que me afectara.

Leo empezó a insistir en tener hijos. A mí me hacía ilusión porque así la familia estaría completa y en el fondo era un sueño que yo también había ido abrigando. Mi suegra a cada rato me preguntaba por los nietos, y aunque me sentía presionada no descartaba la idea de darle esos nietos. Así que me permití intentarlo, y cuando quedé embarazada no supe si sentirme feliz o preocupada al preguntarme cómo íbamos a

trabajar cuando llegara el momento de dar a luz. Siempre he sentido mucha responsabilidad sobre mis hombros y esta vez no fue la excepción. Estaba feliz por la nueva vida que venía en camino, pero también comenzaba a padecer la angustia de la incertidumbre.

Hay etapas en que no sabes a dónde vas y llegas a cualquier parte.

Pero Dios decidió que no era el momento, y al ir al ultrasonido el médico me dijo que no se escuchaba el corazón del bebé. Lo perdí a los dos meses de gestación y eso me hizo sentir muy triste. Como todas las mujeres, me hice ilusiones con el embarazo y empecé a soñar con lo feliz que Jonathan iba a ser con un hermanito. En fin, creo que esa pérdida nos ayudó a cada uno por su lado a sentir un poco de indiferencia hacia el otro y a darnos cuenta de que nuestro amor realmente no era tan fuerte, que quizás fue más premeditado y trabajado con la costumbre y la decisión de hacerlo, pero no tenía la fortaleza de otros amores.

Al año siguiente quedé embarazada de nuevo; esta vez fue planeado y con todo el amor recibí la bella noticia. Yo soñaba con una niña hermosa de cabello negro, ojos grandes y labios muy rojos, como Blanca Nieves. La vi tantas veces en mis sueños que nació exactamente así de bella. Le pusimos por nombre María, y yo era la mujer más feliz del mundo con esa muñequita que Dios me había regalado. Leo no estuvo conmigo en el parto, pero Nancy, una de las tres hermanas colombianas sí; ella me acompañaba a todos lados durante la promoción de los discos o los eventos. Yo viajaba en el carro por el embarazo y ella era mi compañera; lo que yo no sospechaba era que también acompañaba a Leo en otros menesteres.

Empecé a sospechar que Leo tenía preferencia por una de las tres hermanas, pero lejos estaba de la realidad, porque no le gustaba una: le gustaban las tres. Nancy, la segunda hija de esa familia con la que compartíamos tanto y que estaba de novia con el hermano de Leo, estuvo conmigo en el parto y me ayudaba con la bebé mientras yo me recuperaba de la cesárea. Todos los días, desde que la niña nació, me ayudó con sus cuidados y también con “otras cosas”, como atender al patrón sin que yo quisiera me lo imaginara.

Por más que lo intente, uno no se puede engañar.



Algo huele mal

La intuición de una mujer es más precisa que la certeza de un hombre.
RUDYARD KIPLING

Algo dentro de mí me decía que Leo y Nancy tenían algo y por eso le pedí a Dios que pusiera la verdad delante de mí, y que si mis sospechas no eran correctas, que también me lo hiciera ver. Cuando estuve fuerte para ir a trabajar Nancy se comprometió a quedarse con María y fue por ello que le pedí que fuera su madrina de bautizo; lo hice de corazón pero ahora que lo veo también tenía una doble intención, y era que al aceptarlo y convertirse en mi comadre quizá jamás se le ocurriera enredarse con su compadre. ¡Cómo se engaña uno, Dios!

Un día que íbamos a viajar a Oaxaca, la familia de Nancy llegó a despedirnos porque ella se iba a quedar en mi casa cuidando a la bebé. Estábamos todos en la sala y yo tenía cargada a María, y no sé por qué tuve el presentimiento de que algo iba a pasar, pero no sabía qué era. De pronto vi que Leo se levantó del sillón y fue hacia la habitación, y un momento después se levantó Nancy y se dirigió hacia el mismo lugar. Entonces sospeché que era lo que mi corazón trataba de decirme y que estaba a punto de ver con mis ojos la verdad que tanto le había pedido a Dios.

No me habría dado cuenta porque soy distraída y bastante confiada, pero ese día estaba alerta así que también fui hacia la habitación con la niña en brazos. Entré despacio, y ahí estaban: él recostado en la cama y ella de espaldas a la puerta. Nunca se imaginó Leo que los iba a ver. Nunca había visto unos ojos más abiertos y una cara más pálida que la suya viéndome aterrorizado, mientras Nancy lo acariciaba sentada de espaldas de modo que no me veía. Se estaban besando y era un beso en serio.

Si pides conocer la verdad atente a las consecuencias.

Después de que estuve segura de que Leo me vio, salí sin hacer ruido de nuevo a la sala. Por un momento sentí rabia, sentí mi orgullo herido, y por el otro sabía que tenía que hablar con él y preguntarle si era una aventura o algo serio; no solamente éramos los tres, también estaba involucrado mi cuñado que era novio de Nancy, y que al igual que yo no se imaginaba lo que estaba pasando.

Qué situación tener que tragarme las lágrimas porque ahí estaban sus papás, frente a los cuales no quise hacer un escándalo y opté por comportarme madura y equilibradamente. No quería juzgarlos porque yo tampoco estaba exenta de meter la pata. Por eso me aguanté y nos despedimos todos de beso como si nada hubiera pasado.

El pobre Leo tenía una cara que ahora que la recuerdo me parece chistosa. La escena no podía ser más extraña, nos sentamos juntos en silencio y cada quien miraba para un lugar diferente. Hacíamos comentarios totalmente insultos sobre el paisaje, respondíamos una que otra pregunta de los músicos, pero del asunto pendiente ni una palabra. En algún

momento teníamos que hablar y la única vez que intenté tocar el tema Leo se quedó dormido, ¡casualmente! Decidida a no aumentar el drama me fui a mirar las estrellas haciéndole compañía al conductor y pensando cómo iba a manejar la situación.

Cuando llegamos al hotel en Oaxaca le pregunté a Leo muchas cosas pero sobre todo le pedí que fuera sincero y honesto. Me contó con pelos y señales todo el romance que habían vivido durante casi un año, confesándome incluso que mientras yo iba a la radio ellos se quedaban en el hotel dándose amor. “Hijos de la chingada”, pensé, pero no lo dije, no suelo ser grosera, que quede claro.

*Se te puede pasar la vida esperando a que otros
decidan por ti.*

Voy a ser completamente sincera contigo. Sí, sentía un poco de rabia por haber sido tan tonta de no haberme dado cuenta, pero entendía también las circunstancias en las que Leo y yo nos habíamos casado, y aunque llevábamos siete años juntos, a lo mejor él no se había enamorado de mí, y por su juventud era comprensible que la locura le ganara a la responsabilidad. Traté de comprenderlo y lo digo en serio. No me sentía con derecho a exigir nada; por el contrario, creo que tampoco encontraba dentro de mí motivos suficientes para armar un berrinche o hacer un drama. Todo fue claro en ese momento; me di cuenta de que nos habíamos dejado llevar por el cerebro más que por el corazón, que siempre estuvo de lado en esa relación. Eso me dio algo de tranquilidad aunque mi ego estaba enfurecido.

Cuando llegamos a mi casa le pedí a Nancy que se tomara un café conmigo en la cafetería de la esquina para que no me ganara la locura y la rabia, porque tengo que reconocer que en el fondo hubiera querido dejarme llevar y cobrarle su majadería, pero ganó mi cordura. En la cafetería saqué valor y mirándola directamente a los ojos le pregunté si estaba enamorada de Leo. Empezó a llorar y a darle vueltas a la respuesta hasta que me obligó a pedirle que me respondiera lo que le estaba preguntando sin más rodeos. “Sí”, me respondió gimiendo. “Sí estoy enamorada de él”. Pero inmediatamente aclaró que el corazón de Leo era tan grande que también me quería mucho a mí y a mis hijos. No sé si fue descaro o cinismo, se esforzó tanto en explicar todo que lo que creí entender era que me relajara y todos felices.

Mantuve mi lugar y le dejé claro que si tenían algo serio yo me hacía a un lado y me divorciaba, pero que si era una aventura nada más que no se metiera en mi familia y lo dejábamos todo por la paz. Ella no supo responderme y menos ser clara. Cada palabra suya enredaba más las cosas porque decía estar enamorada de él, amar a mis hijos, quererme a mí, pero no concretaba nada.

Son tus ojos los que tienen que ver claro el panorama.

Cuando llegamos a la casa hablé con Leo y le pedí que fuera sincero con él y conmigo

y decidiera qué quería, pues fuera cual fuera su respuesta yo lo iba a entender. Tenía herido mi orgullo pero mis hijos me daban la fuerza para volver a empezar si era necesario, además de que estaba agradecida con él por todo lo que había hecho por mí, y eso también hizo que intentara portarme un poco más madura.

Leo se tomó su tiempo para aclarar las cosas. Hablaron entre ellos y después él me dijo que su familia era muy importante y que no quería perdernos. Entonces yo, como mujer que se respeta, le puse sus condiciones y le dije que si de verdad quería seguir con nosotros se casara conmigo por la iglesia.

De verdad los humanos perdemos la cordura a veces. ¿De dónde saqué esa idea? ¿Cómo pudo caber en mi cabeza? ¿Qué locura iba a cometer? Si hubiera leído las encuestas que dicen que un altísimo porcentaje de los hombres que se sienten acorralados terminan diciendo sí cuando quieren decir no, quizá me hubiera detenido, pero no. Para engañarnos solo hace falta un instante, y en ese instante yo tomé el sí de Leo como una muestra de su amor por nosotros. Él estaba confundido, muy confundido; era decirme sí o exponerse a perdernos.

Las mujeres somos tercas; si me quería la condición era esa, ninguna otra. Así que pusimos fecha, porque de nada servía que me dijera que sí pero que no me dijera cuándo. Empecé a organizar la boda, mandé a hacer mi vestido y me llené de ilusiones, como si no viviera en la realidad y como si lo que había pasado con Nancy no hubiera sido importante. Pero, ¿qué importante puede ser algo así frente a un vestido de boda, a una fecha para unirte a alguien para siempre? Así hacemos muchos, nos echamos un cuento y nos lo creemos. Yo me eché ese cuento y me lo creí.

¿Realmente quiero hacer esto? Es una pregunta que nos protegerá de la locura.

Hice la producción completa. El salón de la fiesta, las invitaciones en las que por supuesto estaban incluidos Nancy y su familia, el traje del novio, organizar el viaje de mi mamá desde Colombia, el banquete, los recordatorios, la música, los pajecitos, los anillos, las flores... Todo, todo, todo lo fui haciendo en medio de una ansiedad tal que no me daba tiempo ni para respirar. Quería que todo funcionara, era mi momento, el momento de la boda, el que de repente comencé a desear y a visualizar: una boda, de blanco, en una iglesia, donde nos hicieran jurar que estaríamos unidos para siempre, siempre, siempre. Aunque no tuviera ni la paz interior ni la conciencia de a quién me quería unir para siempre. Ahora pienso que me enteré más del vestido, de las salsas de la comida y de todos los detalles de la boda que de mi propio marido.

La boda se hizo y yo le juré amor eterno a ese hombre por puro orgullo y él hizo lo mismo. Luego me daría cuenta de que en el fondo yo quería retener a mi familia y conservar la estabilidad emocional de mis hijos, porque ellos no tenían vela en ese entierro. Qué mejor para lograr ese objetivo que un matrimonio, donde te hacen jurar frente a Dios que estarás con la víctima hasta el día de su muerte, en la enfermedad y el

dolor, en la tristeza y la alegría, en todo. El matrimonio como falacia es bien interesante. Ahora que lo pienso, como algo real y práctico es una utopía a la que muchos le siguen apostando con la esperanza de que se convierta en algo tangible que les funcione y les brinde felicidad.

El día de la boda llegó y todo fluyó. Ahí iba la María Trapos con un trapo blanco lleno de significado a echarse una mentira más. Fue como haber cumplido el sueño de vestirme de novia y ostentar el título de esposa para luego preguntarme durante mucho tiempo: ¿a qué hora perdí la cordura? El tiempo me diría que no soy la única, que muchas la perdemos en algún momento de nuestras vidas.

Fui la señora de... ¿de quién? Ahora solo faltaba darme cuenta con quién me había casado y que él se diera cuenta en qué se había metido. Es la vida.

En esta vida todo se convierte en una anécdota para contar.



La desesperanza siempre está rondando

La desesperación tiene sus propias calmas.

ABRAHAM STOKER

Emilio siguió haciendo los negocios y ahora Leo se sentía con más derechos sobre mí y el grupo. Yo ya no tenía tanto control sobre mis cosas, tenía dos hijos y vivía lejísimos de la oficina, por lo tanto yo no podía enterarme de muchas cosas que pasaban ahí.

Cada vez me sentía más decepcionada de Leo y su comportamiento; nuestras salidas casi siempre habían sido a casa de su mamá y aprendí a amar su familia, que se portaba conmigo y con mis hijos dulce y amorosamente. Pero Leo estaba cada vez más distante y callado; discutíamos mucho. Casarnos por la iglesia no tuvo sentido porque estábamos faltándonos al respeto. Un día me dijo que me estaba poniendo gorda y yo le contesté que antes se mirara al espejo; parecíamos niños chiquitos peleando todos los días y buscando el modo de incomodarnos.

Las discusiones eran cada vez peores. Empezamos a darnos cuenta de que ya no queríamos seguir juntos, que hablábamos poco y que la tolerancia se desvanecía cada vez que la necesitábamos. Qué difícil es cuando el matrimonio se convierte en un infierno del que no sabes cómo salir, y no encuentras ni el tiempo ni la forma para hablar con la persona a la que le juraste respeto ante Dios. La voluntad de querer a Leo había desaparecido de mi corazón, y seguramente él estaba arrepentido de haberse casado conmigo; no podía creer que sacáramos la peor parte de cada uno diariamente.

Una vez terminando un baile le llamé la atención a un músico que era muy indisciplinado, tomaba y era muy mujeriego –lo que me tenía sin cuidado siempre y cuando no lo hiciera en el trabajo–. Cuando le llamé la atención él empezó a gritarme. Estábamos todos en el autobús, incluyendo a Emilio y a Leo, y me amenazó con que si quería podía aplicarme el 33, o sea, la salida del país, y nadie hizo nada, ni mi representante ni mi esposo. Para entonces yo ya estaba muy desilusionada de todos; era muy difícil manejar a tanto hombre e imponer mis reglas. Estaba a punto de acabar con todo; me estaba rindiendo, tirando la toalla; pensaba en que mis hijos y yo podríamos vivir de otra cosa; estaba muy cansada de todo y de todos.

Todos sabemos cuando estamos perdidos.

A los dos años de habernos casado por la iglesia le pedí el divorcio; no pude soportar vivir más esa mentira; la misma mentira que él y Nancy estaban contándose y contándole a los demás; aparte de todo, le estábamos haciendo daño a los niños.

De todos estos procesos aprendí que si bien hacemos muchas cosas por los motivos que sean, hay un momento en que sabemos que nos estamos provocando dolor y ese momento llegó. Ninguna razón es válida frente a nuestro corazón herido y yo tenía el

corazón muy lastimado, la confianza por el piso y estaba enojada. Fueron noches enteras de escuchar ese quejido dentro de mí y a esa niña que llevo adentro pidiéndome cortar no solo con esa relación sino con muchas cosas que venía arrastrando.

Nancy siguió yendo a mi casa como si nada pasara. Se casó con el hermano de Leo y pretendió llevar una vida de apariencias con la que buscaba no ser juzgada. Pero mi cansancio era tal que un día que llegó a mi casa, subió a mi cuarto y empezó a decirme: "Imagínate que tengo que contarte un chisme", yo sabía que cualquier cosa que saliera de su boca podía ser mentira, y cansada como me sentía le contesté que en todo lo que me restaba de vida no quería escuchar nada que viniera de ella, y que por favor pusiéramos distancia entre todos, empezando por ella y yo.

Aprendí que el cansancio se torna tan fuerte que nos obliga a soltar todo. Desde los seres que amamos hasta los problemas que nos atormentan. Hoy sé que el cansancio suele presentarse como un gran salvador que nos lleva a soltar y a entregarnos de una manera más tranquila y consciente. Eso pasó en esa situación, estaba cansada de jugar a interpretar un papel que no me gustaba y que hasta ese día había decidido mantener.

Se fue muy enojada. La situación que ella vivía era muy cómoda porque frente a toda la familia jugaba el papel de la linda, la comprensiva, la buena amiga, mientras yo estaba quedando como la mala ante la familia de Leo. Pero me pregunto cómo no me iban a ver así, si según todos yo estaba sacando al pobre de mi vida después de todo lo que había hecho por mí. Claro, yo era artista, y el pobrecito, tan buen hombre que era, no tenía herramientas para defenderse y era víctima de una decisión que no tenía justificación para nadie. Los tres sabíamos qué pasaba, solo que ellos habían entrado en una zona de confort de la que no querían salir, mientras que para mí se había convertido en una pesadilla.

Tú sabes qué permites y hasta dónde lo permites.

Muchas veces nos quejamos de ser un juguete y de los juegos que nos plantean los demás, pero se nos olvida que somos juguetes con cerebro y pies para caminar y salirnos del juego cuando se nos antoje. Uno no tiene por qué soportar lo que no le gusta, y el solo hecho de tomar la decisión de salir de cualquier cosa que genera daño ya es un gran paso que seguramente va a dar resultados. Nadie te puede obligar a nada a menos que seas irresponsable contigo mismo.

Unos años después el papá de Leo enfermó de gravedad y yo llevé a mis hijos al hospital donde se encontraba toda su familia, incluyendo a Nancy. Sentí que debía llevarlos porque ellos siempre fueron cariñosos con mis hijos y porque jamás me ha gustado alimentar resentimientos. Sin embargo, eso no lo entiende todo el mundo porque hay quienes prefieren mantener las heridas abiertas, lo que comprobé aquel día. Mi hijo, al ver a Nancy se acercó y la abrazó con cariño, emocionado de verla después de tanto tiempo. Ella aparentemente también lo estaba, pero cuando lo tuvo cerca le dijo al oído que no tenía nada que hacer ahí porque él no era de la familia. Yo me enteré mucho

después de ese desaire, y aunque me dolió pensé que quizá era su forma de devolver algo que ella consideraba que yo le había hecho, pero también me doy cuenta de que es el precio que he ido pagando a cambio de mi seguridad y de la libertad que implica tomar mis propias decisiones y saber qué quiero y qué no quiero en mi vida.

Para ese entonces ya ocurrían muchas cosas buenas en mi vida, una de ellas era que yo manejaba la relación con la disquera y no permitía que Emilio o Leo metieran su cuchara. Te repito, uno tiene que seguir su intuición y mi intuición para ese momento me decía: “No confies, abre los ojos, toma el control”.

Es posible que esa intuición te lleve por caminos que temes recorrer o te ponga en situaciones difíciles que no sabes cómo manejar, pero su voz nunca te engañará. Yo me sentía acorralada, sí, me sentía engañada, y ante todo me sentía sola en medio de una serie de personas en las que ya no confiaba.

¿Qué haces si todos los días escuchas esa voz diciéndote que algo no está bien? ¿Qué haces si a cada paso que das te percibes más perdida y menos segura del paso que debes dar a continuación? Yo no tenía noches tranquilas, me sentía agotada, cansada y pese al exceso de trabajo sentía una carencia absoluta. No era lógico lo que me pasaba. Estaba sobreexpuesta y explotada al máximo.

Una vez, presa de la desconfianza entré a mi propia oficina como un ladrón. Quería hallar una evidencia que me permitiera demostrar con pruebas que Emilio hacía buenos negocios para su conveniencia, pues las cuentas me las mostraba en un cuaderno de escuela en donde cuadraba hasta el último centavo pero jamás me dejaba ver los contratos que firmaba. Según él, yo debía confiar en lo que me decía, pero a mí se me metió que en esos contratos podía estar la prueba que yo necesitaba.

Ese día busqué por todos lados, pero como si presintiera lo que podía pasar, no había nada que me permitiera comprobar mis sospechas. Busqué en todos los papeles un contrato para demostrarle a él y a todos que las cosas no eran limpias, pero el cajón donde guardaba los contratos estaba cerrado con llave y no me atreví a forzar la chapa, porque entonces estaría a su altura y yo no quería eso.

Es claro que si buscas encuentras. Si sospechas, busca, seguro encontrarás.

Leo se había convertido en el señor que tocaba en el grupo y empezó a dejar de ver a mi hija. Poco a poco se fue alejando de nosotras con una indiferencia absoluta. Yo esperaba que por nuestra hija su actitud fuera otra, pero ahora sé que cada quien tiene sus motivos para hacer lo que hace y que a cada persona las cosas le afectan de diferente manera. Sé, por ejemplo, que las razones que son válidas para una persona para tomar una decisión no lo son para las demás, y que eso hay que respetarlo. Cuesta entenderlo pero hay que hacerlo.

Siempre quise que nos comportáramos como adultos, pero yo sentía mucho rencor y en cierta forma lo culpaba por no fajarse los pantalones con Emilio y cuidar el patrimonio

de nuestra familia y también por no darme mi lugar. Sin embargo, ahora veo que la que tenía que darse su lugar era yo. Aunque estuviera perdida y me sintiera mal por la forma en que se estaban dando las cosas, tenía que mirar atrás y ver todo el camino que había recorrido para conseguir mi sueño. Si bien ese sueño aún no se materializaba como yo quería, algo me decía que iba en el camino, quizás con el horizonte perdido, quizás en círculos, pero en el camino, manteniéndome en pie.

Todos los demás podían estar recorriendo el camino al lugar donde habitaban sus sueños, pero en ese momento tenía que centrarme en mí y aceptar que las cosas no estaban como yo quería que estuvieran y que mientras no hiciera una limpieza de todo tipo iba a seguir perdida. Así que poquito a poco fui aceptando que solo podía hacerme responsable de mi destino y el de mis hijos pues era a quienes tenía a mi cargo.

Todo estaba derrumbándose, pero hoy sé que es necesario que se derrumben todos los castillos cuando se han construido sobre la base de mentiras. En mi vida habían muchos castillos falsos y yo tenía que aceptarlo, tenía que aceptar que me había equivocado al escoger a la gente que trabajaba conmigo; que me había equivocado al tomar decisiones laborales; al confiar en los demás; al evadir asuntos trascendentales para mi vida. No es posible ver que tus castillos se derrumban y seguir negándolo. Eso no lleva a nada bueno.

Me enteré de muchas cosas, algunas muy dolorosas. Supe, por ejemplo, que la nana de Jonathan lo golpeaba, y yo no me di cuenta nunca porque el niño se comportaba con ella de manera normal. Eso no lo vi, ocurrió sin que lo sospechara siquiera hasta que alguien se dio cuenta y me dijo que abriera los ojos.

Pensar que una persona en la que has depositado tu confianza y le has entregado algo tan sagrado como un hijo lo maltrate, es una verdad que no quieras aceptar. Esos pasan: hay muchas verdades que no quieras aceptar porque te llevan a cuestionamientos muy fuertes, y por supuesto te obligan a tomar decisiones drásticas. Fui con una psicóloga infantil y le pregunté cuál sería la actitud de un niño que ha sido golpeado frente a su agresor. Ella me dijo que de rechazo. Yo no veía eso en mi hijo y él no me decía nada; además, con tanto viaje, con tanto baile, no me quedaba tiempo suficiente para observar la relación que ellos tenían.

Sí. Aunque me duela aceptarlo, lo golpeaba. Lo estrellaba contra la cama y le decía que era un tonto inútil y cosas ofensivas, porque yo misma la escuché un día diciéndole que era un bueno para nada. Ese día supe que no podía seguir con los ojos vendados y tuve que aceptar que estaba muy sola y necesitaba ayuda.

*Todos tardamos en quitarnos ciertas vendas que nos
protegen de ver lo que nos duele.*

Llamé a mi hermana Luz Elena a Colombia y le pedí que viniera a ayudarme con mis hijos, y me armé de valor y despedí a esa nana que aparentó hacernos tanto bien con su mano derecha, y con la izquierda destruyó todo lo bueno que en apariencia nos daba.

Más motivos para estar enojada.

Viví con la culpa mucho tiempo: ¿Cómo no me di cuenta? Yo le buscaba golpes en su cuerpecito y nunca se los hallé y a la vez estaba atada porque no tenía con quién dejarlo. Con tanto trabajo que teníamos había días en que entraba a la casa y salía al siguiente baile. Esa culpa me duró mucho tiempo, la que cargamos las madres por dejar a los hijos cuando tenemos que hacer ese doble trabajo de mamá y papá y el tiempo no nos alcanza.

Pero ese enojo y esa tristeza que experimentaba en aquellos días era la suma de muchas permisividades que había dado y a causa de cuales al final salía lastimada. Permitía muchas cosas por no enfrentar mis miedos. Permitía incumplimientos de los músicos, la falta de claridad de Emilio, la indiferencia de Leo, que me tratarán como una más dentro del grupo, en fin. Si pensaba por un momento en decir las cosas me frenaba por temor a que se enojaran y me abandonaran con todo lo que implicaba mantener a la orquesta y cumplir con el trabajo.

Ocurre mucho que cuando las cosas van creciendo y vas contratando personas para que te ayuden y depositas en ellas tu confianza, empiezas a convertirte no en el jefe sino en el empleado. Es como si contratas un chofer y de repente el chofer conoce las rutas que te convienen, sabe todo lo referente a tu coche, decide tus horarios, y un día eres tú quien termina a expensas suyas y pidiendo autorización hasta para usar el coche.

Eso lo sentí no una sino varias veces. Entonces me enfrentaba al buen o mal humor de quienes trabajaban para mí y fui permitiendo que me acorralaran por el temor a no ser capaz de enfrentar la situación. Me aterraba que se fueran y me dejaran sola con los compromisos que había adquirido.

El miedo siempre será el peor eslabón de la cadena.

No sabía cómo manejar toda esa locura porque sabía que me iba a tener que enfrentar a muchas cosas, sobre todo en el trabajo. Pero la vida es maravillosa y nos va acorralando hasta que nos obliga a enfrentar los miedos y a tomar decisiones. Uno no se escapa de las grandes decisiones de su vida, eso lo tengo claro. Además, vuelvo a repetirte: el cansancio es una bendición que hace que sueltes lo que te pesa. Tarde o temprano lo soltarás, incluso a los seres que dices amar. Cuando te cansas, te cansas.

El cansancio hace, por ejemplo, que uno envíe órdenes al universo. Si lo ves atentamente así es. En ese momento estaba cansada; cansada con la parte laboral, pero también cansada con la parte emocional. Ya no quería estar con Leo, no quería ver su cara de fastidio al llegar a la casa, su indiferencia y su distancia, y empecé a desear que eso terminara, y lo deseé por efecto del cansancio, hasta que un día comenzó a hablar de irse. Le dije que me parecía bien, que estaba de acuerdo.

Encontró un lugar donde vivir y yo me quedé con mis hijos en la casa que rentaba en ese momento. Sola de nuevo, pero consciente de que era necesario para poder mantenerme en pie, pues podía con mis cargas, no con las que él me estaba imponiendo,

porque convivir con alguien que no quiere estar contigo es una carga muy pesada.

Con el tiempo Leo encontró el amor en una buena mujer con la que se casó años después y tuvieron dos niñas. Hoy que repaso la historia que viví con él pienso en cuántas historias uno se cuenta y termina creyéndose. Cuántas veces por tapar un hueco terminas abriendo otros gigantescos. A diario me repito lo que aprendí en esa época: “Margarita, hay cosas que son importantes para ti pero que no lo son para los demás”.

Yo le permitía ver a los niños y seguía trabajando en el grupo pero solo como músico. En cierta manera eso me aseguraba que mis hijos vieran a su papá el poco tiempo que ya de por sí les dedicaba.

*Lo que es importante para ti no tiene por qué serlo
para los demás.*



La escalera

Se puede confiar en las malas personas. No cambian jamás.

WILLIAM FAULKNER

La vida te va enseñando a golpes, y dicen que todos los golpes que recibe el corazón tienen como objetivo que entre un poco de luz en él. Quizá mi corazón necesitaba eso, muchos golpes para que la luz entrara. Nuevamente estaba sola, con mis sueños, en mi camino, pero ahora con el cansancio, con el peso de los recuerdos y dos hijos a quienes sacar adelante, mientras la desesperanza amenazaba cada uno de mis días.

Eso me hacía pensar noches enteras: tenía dos hijos que necesitaban a su madre, y a su madre se le estaban doblando las rodillas porque tenía un futuro incierto, un camino recorrido que me había dejado las manos vacías. Lloraba a diario por la ausencia de todo en mi vida. Ausencia de dinero, de amigos, de compañía sincera, de afecto, de todo.

Me sobraba trabajo, pero mi mente estaba tan ocupada en mis dramas y en mis codependencias que no me daba cuenta del engaño en que vivía. Aceptaba cualquier cosa, al punto de que era maltratada e ignorada incluso por quienes trabajaban conmigo para cuidar mis intereses.

Puedes ver todo lo que tienes que hacer, tus obligaciones, tus responsabilidades y te faltan las fuerzas porque cuando tienes una codependencia ella se encarga de convertirte en un minusválido emocional. Me quejaba de mi soledad y no me daba cuenta de que la vida me había empujado nuevamente a estar sola. Me creía tan poco merecedora de respeto que llegué a soportar cosas ofensivas y dolorosas, como que un día encontré el colchón de mi camerino orinado.

Era como la fuente de agua que no se da cuenta del poder que tiene. Todos sacaban de esa fuente llamada Margarita, y Margarita creía que le hacían un favor. Es increíble lo que hace la baja autoestima, a los niveles de autohumillación a que te lleva, a la transgresión de los límites. Sin embargo, esa autoestima es como una planta que aunque la pisen tiene la posibilidad de retoñar nuevamente. Incluso alguien me lo dijo: “Quizá por eso te llamas Margarita, porque creces en cualquier lado y en cualquier situación”.

Pecado es mirarse con lástima. Ese es un escalón al infierno emocional.

Hoy pienso en algo que tal vez me mantuvo atada a ese drama continuo: no me había pintado la raya a mí misma. Es decir, no le había puesto límites a mi víctima interior que todos tenemos. Nos dicen tantas veces que tenemos que ser fuertes que nos avergüenza reconocer nuestra debilidad, pero también nos avergüenza reconocer que hay adicción al drama .

Hay cosas que uno no se puede permitir y una de ellas es mirarse con lástima. Eso es

veneno puro; es un escalón al infierno emocional que no vale la pena pisar. Nadie es digno de lástima, menos uno mismo. Uno no se puede convertir en su enemigo, y sin darse cuenta muchas veces lo hace. Es nuestro propio enemigo el que no se siente merecedor de las cosas buenas; el que cree que necesita de los demás para ser feliz o estar en paz; el que cree que nada es suficiente; el que se calla las cosas que le duelen o simplemente se somete al abuso de los demás. Además, muchas veces cometemos el terrible error de cultivar pensamientos de ataque. Esos pensamientos mediante los que generamos carencia, tragedias o pesadillas olvidando que a quien vemos en esos pensamientos es a nosotros mismos. Nos atacamos todo el tiempo cuando no nos amamos, cuando no confiamos en nosotros y en quien nos creó, y cuando no le ponemos límites a nuestra mente.

Por aquella época yo me portaba como mi peor enemiga. Fueron días en que me sentía la menos afortunada de todas, la menos amada y la menos bonita, y como en la vida nos tropezamos con la misma piedra tantas veces como sea necesario para que entendamos y aprendamos, apareció en mi vida un muchacho muy guapo y muy pagado de sí.

Cantaba y lo hacía muy bien. Venía de Colombia buscando trabajo como cantante y yo lo contraté como corista de mi grupo. La verdad, lucía muy bien y tenía una conversación agradable y entretenida. La canción dice que las caleñas son como las flores; también se puede aplicar eso a los caleños, son gente especial con un modo de hablar también especial. No pensé que pudiera pasar algo entre nosotros, pero él vino con una misión específica: ayudarme a levantar mi autoestima y permitirme volver a creer en mí. Era encantador, a veces tan encantador como el mismo demonio, y yo, que no tenía límites a la hora de condenarme, terminé en esa hoguera. ¡Madre mía!

Y crees que encontraste la escalera hasta que te das cuenta de que eres la escalera.

Qué maravilla poder ver la historia de tu vida en paz, entendiendo el por qué y el para qué de cada cosa. Diego me recordaba a Juan Pablo, el primer amor de mi vida, el niño que nunca me prestó atención y que no por eso dejaba de ser bello. Ver a Diego me hacía pensar en que Dios a veces exageraba al crear a ciertas personas, y lo que me parecía más increíble era que un hombre tan perfectamente guapo y encantador se pudiera fijar en mí.

Ahora lo veo objetivamente y digo: “Cómo no, yo lo veía como hombre y él vio en mí a una escalera para ascender a donde quería”. Sin embargo, en ese momento ni él ni yo sabíamos para qué serviría en mi camino y yo en el suyo. Pues bien, era tan hermoso y tenía una manera de decir las cosas tan especial y una sonrisa tan matadora que yo lo idealicé inmediatamente, pero lo que es mejor, me dejé convencer de todo lo bonito que decía que veía en mí. Entonces tomé fuerza para demostrarle que no estaba equivocado. Eso fue muy bueno, le creí tanto que me di cuenta de que a punta de repetición uno se

reprograma. Bajé de peso, me sentía jovencita, volví a tener sueños, me arreglé el cabello, me maquillaba y hasta adquirí un *tumbao* al caminar pues me sentía observada. No sé si por el mundo o por él, a quien yo creía el mundo.

Diego logró revivir a la María Lágrimas que ya había olvidado. Pese a todo lo que lograba positivo en mí, también me hacia cada cosa espantosa que me generaba ira y celos. Creo que de compararlo con alguien sería con un gallo fino, rodeado de gallinas peleándose por él. Mientras yo estaba en los camerinos, él salía a pavonearse y rodearse de cuanta mujer se le acercaba. Era tan guapo y tenía tanto encanto que era lógico lo que sucedía. A él no le molestaba, por el contrario, era más fácil que la tabla del uno y la que quisiera con él era bienvenida.

Me transformé y me puse muy guapa, me esforcé por dar lo mejor de mí, pero tuve que entender que él no iba a estar a mi lado y que había llegado a mi vida para convencerme de que era una mujer valiosa que merecía darse su lugar. De tanto escuchar sus elogios empecé a darme cuenta de todo lo bueno que había en mí y de esa belleza que cada uno de nosotros lleva y a veces ignora. No me interesaba competir con nadie, por el contrario, empecé a descubrirme y a amarme nuevamente.

*Se puede empezar mil veces si crees en ti y tienes claro
a dónde vas.*

En ese amarme nuevamente entendí que tenía que poner todo mi esfuerzo en corregir mi forma de pensar sobre mí misma. No me podía seguir atacando. Entonces recordé que había una promesa que cumplir y que era dar un paso más pese a que me sintiera perdida.

Fue entonces cuando recordé mi sueño, ese que a veces parecía escaparse de mi horizonte. Recordé que podía traerlo a mi mente, volver a confiar en él, volver a confiar en mí. ¡Dios!, había recorrido tantos kilómetros para ir tras él, había sido capaz de superar noches de dolor, soledad y angustia, días eternos y dolorosos, que algo me gritaba en mi interior: “¿Vas a tirar todo a la basura? Te vas a olvidar de quién eres y para dónde vas?”.

Recordar mi sueño fue mágico pues me dije que yo había venido aquí para materializarlo, y me repetí una y otra vez que tenía que hacerlo, que podía hacerlo, que era capaz de hacerlo y que no aceptaba ningún obstáculo en mi camino. Diego me había hecho creer en mí nuevamente como mujer, pero ahora tenía que darme cuenta de que dentro de mí tenía la fuerza para seguir adelante; con él, sin él, sola o como fuera, tenía que seguir adelante. Yo creía en Dios, creía en la vida, creía en los ángeles, creía en tantas cosas cuando comencé a caminar hacia el lugar donde habitaban mis sueños que había llegado el momento de volver a creer. Como fuera, tenía que volver a creer.

Una vez vi una película en la que un hombre llegaba a la vida de una mujer que estaba llorando y eran tantas las lágrimas que sus ojos estaban tan empañados que no lo vio. A mí me ocurrió eso. Diego solía hacerme llorar antes de subir al escenario porque era tan

vagabundo y estaba tan ávido de llamar la atención que no perdía un solo momento para coquetear con cuanta mujer le pasara enfrente. Eso me daba rabia, pues pese a que yo ya comenzaba a brillar nuevamente y me sentía más estable era como si él me pusiera a prueba. Un día, en uno de esos bailes se portó tan mal, que al finalizar me metí al camerino a llorar.

No quería ver a nadie, y sin embargo lo vi a él, al hombre que había recorrido muchos kilómetros de vida al igual que yo para encontrarnos en ese momento, pero mis ojos estaban tan empapados y mi mente tan perdida en el enojo y la tristeza que no lo vi. El destino se encargaría de que más adelante regresara, porque así estaba escrito.

Realmente nunca estamos perdidos, siempre estamos en el camino correcto.

Diego, que vino a usar una escalera para trepar a donde quería llegar, perdió el control y pudo más su soberbia, su vanidad que sus sueños y terminó convertido en la escalera a través de la cual yo salí del hueco de la baja autoestima, cosa que le agradezco infinitamente. No fue fácil entenderlo en ese momento porque eran tales su ímpetu y su petulancia al creerse el más guapo y talentoso que me hizo ver mi suerte, pero a la vez me demostró que él no estaba preparado para el éxito pues lo invitó a grabar un disco de boleros conmigo, le di un lugar en el escenario, y un día cualquiera, en un ataque de prepotencia, abandonó el micrófono y se fue a ese lugar maravilloso que tienen los mexicanos para mandar a cierta gente que les fastidia. En ese momento yo pensé que había ido al baño, pero luego, mientras seguía cantando, me di cuenta de que estaba en una esquina tomando tequila con una mujer sentada en sus piernas. Pensé: “Estará levantándole la autoestima a otra”, y seguí cantando.

Confiar es la clave, incluso en la noche oscura, confiar en que la luz llegará. Yo no estaba dispuesta a seguir de tapete de nadie. Era una decisión que había tomado después de muchas horas de desvelo pensando qué rumbo le daría a mi vida. Ahora estaba decidida a que el sol brillara en mi vida y no estaba dispuesta a hacer concesiones.

Llegará quien tiene que llegar. Nunca lo dudes.

México, DF, 14 de diciembre de 2014

Mi niña amada:

Poco a poco he ido recorriendo el camino que me ha traído hasta aquí y siento que al ver muchos momentos difíciles solo puedo agradecerlos, porque por ellos he aprendido a conocerme más y más. Hoy me siento un poco más libre de mis ataduras y sé que, aunque de tumbo en tumbo, he avanzado hacia la consecución de mis sueños. Si al principio me perdía y no sabía concretamente para dónde iba, con el tiempo me fui dando cuenta de que uno mismo labra su camino y que por más que se sienta perdido, realmente nunca lo está. Tal vez de tanto encontrarte con lo que no quieras para tu vida empiezas a darte cuenta de lo que realmente quieras, y eso es importante.

Creo que esta parte de la historia que acabo de escribir es quizás cuando me sentí totalmente perdida. Perdida porque no podía entender el camino, las pruebas que se me presentaban, la soledad y el abandono que viví. Pero

ahora que miro hacia atrás también me doy cuenta de que el dejarme arrastrar fue la mejor manera de reencontrarme. Uno a veces se opone a las cosas que le pasan, se enoja con ellas y se siente mal porque le ocurren, olvidando que tienen un por qué y un para qué.

Reconozco que en esa época me sentí amordazada y paralizada por el miedo. El miedo al abandono, a quedarme sola, no solo con mis sueños sino con tantas cosas que tenía que resolver en esos momentos. El miedo, mi niña hermosa, es algo paralizante, algo que se te mete y si no lo enfrentas logra acabar contigo. Pues bien, a mí me ató, me cegó y me generó esa parálisis creativa que me impedía encontrar soluciones o generar nuevas maneras para resolver mi vida.

He sacado nuevamente una serie de enseñanzas de esta parte del camino que quiero compartir contigo. Quiero que las guardes en tu corazón; son tu tesoro y quizás le sirvan a quien nos acompañe en este recorrido.

¿Sabes qué pienso, mi Margarita? Que jamás volvemos a ser los mismos después de haber recorrido un camino. Jamás. Ahora sé que por más escarpado que haya sido, por más veces que te hayas tropezado con sus piedras y te hayas caído, no podemos lamentarnos de haberlo recorrido, pues los caminos te transforman y su transformación es aprendizaje, experiencia y crecimiento.

Por eso, antes de enumerarte las enseñanzas de este tramo del camino quiero bendecirlo y agradecerlo. Quiero bendecir cada uno de los pasos que di, cada una de las piedras que me hicieron tropezar, y ante todo, mirar con amor cada momento de dificultad y decirme a mí misma: “Lo hiciste, fuiste capaz, pese al miedo que parecía aplastarte, fuiste capaz”.

1. Estar perdido no es tan grave como parece. Cuando te pierdes tienes varias opciones, quizás detenerte y abandonar el camino, o simplemente recordar con fuerza tu destino y buscar la manera de dar ese paso que te hará avanzar. Es por ello que no te puedes dar el lujo de juzgarte, ni a ti ni al camino. Somos lo mismo, pues paso a paso lo vamos pintando y lo vamos construyendo. Es verdad que se hace camino al andar y por eso andar es tu obligación para hacerlo. En tus manos está ese camino, eres el caminante pero también el destino. Generalmente elegimos caminos que nos presentarán los obstáculos que queremos vencer, nunca lo olvides.

2. En el camino te vas a encontrar a muchas personas. Algunas parecerían tener como fin hacer que te detengas y guiarte hacia tu perdición, pero no hay tal. Solo son transeúntes en la historia de tu vida, y si estás atenta te van a exigir centrarte en ti, darte un lugar y escuchar a tu corazón, que siempre te dirá el paso a seguir. Nadie está en tu vida por casualidad; por el contrario, todo el mundo tiene una misión, a veces dolorosa, sí, pero al final solo te llevarán a verte y te presionarán a tomar decisiones. La vida es un constante hola y adiós. No te angusties por eso.

3. Ser honesto con uno mismo tiene muchas aristas, Margarita, pero una de las más importantes es la que te lleva a reconocer que honestidad es aceptación. Cuando aceptamos las cosas que nos pasan podemos verlas sin enojo, resistencia, tristeza o dolor. Simplemente las vemos y al verlas podemos elegir qué hacer con ellas. Una de las cosas que cuesta ver es que cada persona tiene sus intereses y jamás los va a dejar por los tuyos. Cada cual tiene sus expectativas y casi siempre te vas a encontrar con que tú no las cumples y eso los obligará a seguir tu camino. Cuando no cultivas la aceptación no solo te autoengañas sino que haces que los demás te engaños y jueguen con la verdad. Suena fácil exigir la verdad en los demás, pero no siempre estamos preparados para aceptarla y por ello damos tantas vueltas y nos vendamos los ojos casi de manera inconsciente.

4. El universo es como una persona a tu servicio, está atento escuchando tus órdenes. Por lo tanto, es necesario que tengas cuidado con los pensamientos que tienes, pues los pensamientos son órdenes que muchas veces damos sin caer en la cuenta. Por ello suceden muchas cosas en nuestra vida que no entendemos, pero son cosas que siempre partieron de una orden que nació en nuestro interior, producto de nuestro enojo, nuestra tristeza o nuestro dolor. De manera que no te preguntes nunca más por qué pasan las cosas que pasan, mejor pregúntate en qué momento diste esa orden o hiciste el pedido de lo que ahora tienes.

5. En el camino somos probados no una sino mil veces. Esas pruebas casi siempre vienen en forma de imágenes que nos llegan de miedo, dudas, ansiedad, angustia. Nunca olvides que en esta vida todo pasa, y que así como a tu mente llega una imagen que te genera pánico, también eres libre para crear una imagen que te brinde seguridad y paz.

6. Procura observar tus pensamientos, pues muchas veces piensas mal de ti y te ves con enojo, con

resentimiento o con lástima. Nunca te permitas ser tu propia enemiga, nunca te permitas pensamientos que te muestren débil, incapaz, no merecedora, víctima. Recuerda lo que te dije antes, un pensamiento es una orden que el universo recibirá y te devolverá materializada. Así que cuida las semillas que siembras para que no te llegue una cosecha no deseada. Eres la sembradora pero eres también el fruto; recuérdalo siempre.

7. Las personas tienen ciclos en tu vida; algunas vienen para quedarse para siempre pero la gran mayoría son pasajeras, así que no sufras por los adioses, son parte de la vida. Si alguien llega a ti es porque tenía que llegar y si alguien se va es porque se tenía que ir. Eso forma parte de la aceptación.

8. En la medida en que te niegues a aceptar la verdad, te encontrarás con mucha más gente que usa máscaras y estrategias para relacionarse contigo. Lo que recibes es directamente proporcional a lo que das. Si tienes miedo a aceptar la verdad, lo más seguro es que te encuentres con personas que te brinden engaños para tenerte contenta. Es tu asunto; si decides vivir en la verdad sabrás que ello implica valor y certeza. Hay quienes no saben qué hacer con la verdad, pues la verdad no siempre es lo que esperamos y la mayoría de las veces nos obliga a tomar decisiones que quizás hemos evadido durante mucho tiempo. Así que cuidado con pedir la verdad y luego asustarte con ella.

9. La única persona que te debe lealtad eres tú misma. No se la exijas a nadie más, pues cada persona tiene su manera para hacer las cosas y las palabras no significan lo mismo para todos. Cada quien interpreta la vida a su manera y cada quien hace lo que le parece realmente importante. Nadie, escúchame bien, nadie va a hacer por ti lo que le parece que va en contra de sí mismo.

10. Hay quienes se darán cuenta de las vendas que traes puestas, producto de tus miedos, y no tendrán el menor reparo en guiarte por caminos equivocados. Si decides negociar con el miedo atente a las consecuencias. Al final serás tú quien tenga que enfrentar tu vida, al final serás tú quien asuma los resultados de lo que pasa en tu vida.

Margarita, la fe es algo que no se desarrolla de la noche a la mañana. Quizá hay gente que la tiene como algo innato, pero la mayoría tiene que entrenarse en su fe y en sus creencias. Lo que creas en tu mente es lo que creas en tu vida. De manera que revisa bien en qué crees y hazte responsable. Si no crees en ti, ¿cómo esperas que el mundo crea en ti? Si no confías en ti, ¿cómo esperas que el mundo confíe en ti? Si no te amas, te aceptas y te apruebas, ¿cómo esperas que los demás lo hagan?

Margarita, el acorralamiento del que a veces somos víctimas solo nos lleva a encontrar nuestras propias salidas. Por lo tanto, no temas, todo está bien y todo siempre estuvo bien aunque no lo vieras así.

Te quiero.



CUARTA PARTE

El lugar donde habitan tus sueños



Érase una vez...

Esa tarde no había cesado de llover. La niña estaba parada junto a la ventana tratando de escribir algo en el vidrio empañado. El padre la observaba atentamente pensando en qué ideas se cruzarían por la mente de su pequeña. Ella no se daba cuenta de que estaba siendo observada porque estaba concentrada en dibujar algo abstracto en el vidrio; quizás solo quería ver qué estaba pasando al otro lado del cristal. El padre se acercó lentamente y le dijo que desde que las lluvias habían llegado la notaba pensativa y que en su mirada adivinaba algo de tristeza.

La niña sonrió y lo abrazó por la cintura con fuerza, luego le pidió que la abrazara fuertemente. El padre no solo la abrazó sino que la levantó entre sus brazos y giró con ella varias veces, como cuando era muy pequeña. La niña se reía, temía que se pudieran caer.

Luego esperaron a que la lluvia cesara y fueron al jardín a jugar entre los charcos que había dejado el agua. Mientras lo hacían, la niña le contó a su padre que desde que tuvo el sueño en el que la imagen de su sueño se destruía, no lograba estar tranquila. Sabía que por más que el sueño fuera importante para ella, corría el riesgo de perderlo o no alcanzarlo nunca.

—¿Por qué? —preguntó el padre.

—Porque pueden pasar muchas cosas, papá. Yo tengo miedo a esas cosas que puedan pasar.

—¿Has pensado en una cosa, hija? Esas cosas a las que les tienes miedo solo están en tu mente, no son reales. ¿O es que hay algo real que esté amenazando tu sueño?

—No —dijo la niña después de pensarlo durante unos segundos—. No es nada real, solo son cosas que están en mi mente, como fantasmas.

—¿Y crees que es sano darle fuerza a esos fantasmas? Es tu mente hija, nunca olvides eso. Es tu mente y en tu mente mandas tú. Tú eres quien decide qué está ahí y qué no está.

—Pero esos fantasmas se aparecen.

—Se aparecen porque en algún momento permitiste que entraran en tu mente; luego, sin darte cuenta les has prestado atención y te olvidas que ellos se alimentan de tu atención.

Ella se quedó pensando unos segundos en lo que su padre le estaba diciendo. No le era fácil entender algunas cosas y su respuesta era el silencio. Entonces el padre se acercó y le pidió que escogiera una flor entre todas las flores que había en el jardín. La niña escogió una flor que le llamaba la atención. El padre le dijo: “Mírala atentamente y no veas ninguna otra flor”. Eso hizo la niña por unos segundos, al cabo de los cuales el padre le preguntó qué pensaba de la rosa.

—Es muy bella, papá, quizás la más bella de todo el jardín. Sus pétalos son hermosos y emana un olor especial. Al verla he descubierto que puede albergar agua entre sus

pétalos, además de que tiene otros colores y otras formas que no había visto.

—No habías visto su belleza porque no la habías premiado con tu atención. Tus ojos estaban puestos en otras cosas diferentes a esta flor. Sin embargo, al haber descubierto tanta belleza en ella no puedes negar que las demás son bellas. Esa es la atención, nos hace creer muchas cosas. Nos hace creer, entre otras cosas, que eso a lo que le prestamos atención es lo único que existe. Imagínate si tu atención la pones en una flor que esté dañada, cuyos pétalos estén marchitos, sus colores grises y su aroma sea desagradable. De la misma manera que te centriste en esa flor que elegiste para ver y te olvidaste de todas las demás, puedes hacerlo con la flor dañada y creer que todas están dañadas o que simplemente no hay más.

Acarició el rostro de la niña, la miró a los ojos fijamente y le dijo en un tono grave y sereno cuál era el cuarto secreto que haría que sus sueños se materializaran. Sus palabras brotaban desde el fondo del corazón y estaban acompañadas de una suave ternura que solo buscaba que se grabaran en la mente de su hija.

—La atención, hija mía, es el cuarto secreto de un soñador. Tú puedes saber lo que quieras, puedes tener la imagen, puedes estar decidida a dar los pasos que sean necesarios para lograr tus sueños, pero si quitas tu atención de lo que quieras seguramente te perderás y el cansancio te hará renunciar. Todos los días, hija, recuerda tu sueño, todos los días trae la imagen con la que te comprometiste a tu mente. Siente esa imagen, métete dentro de ella, y cuando el cansancio venga con sus artimañas a hacerte olvidar esa imagen que se ha convertido en tu destino, no lo escuches, simplemente fija tu atención en lo que quieras.

Le explicó que cuando se fija la atención en algo ocurre algo mágico que se puede explicar de muchas maneras, pero que él prefería simplificarlo diciendo que quien pone su atención en algo termina por crearlo. Ni siquiera atraerlo, le dijo el padre, porque atraerlo sería como iniciar una búsqueda de algo que ya está o que puede no estar. No es atracción, es creación lo que se logra cuando la atención está centrada en algo que realmente se quiere para la vida.

La niña se quedó en silencio, luego le dijo a su padre que entendía todo lo que le había explicado. Primero tendría que preguntarse cuál era su sueño, qué quería y para saberlo tendría que tomarse el tiempo necesario para investigarlo dentro de ella misma. El padre sonrió y asintió. Luego ella pensó por un momento en esa imagen que había pintado y la mencionó. “¿Creo la imagen de lo que quiero, verdad papá?*”. El padre asintió. Después se dejaba llevar por la intención, por esa fuerza que la llevaría a alcanzar su sueño, pero para no perderse tenía que tener su atención puesta en lo que quería, no en los temores que se encontraría en el camino, no en los fantasmas que se le aparecieran para decirle que no lo lograría.*

El padre asintió con una sonrisa y se acercó a ella, la miró a los ojos mientras acariciaba sus cabellos mojados por la brisa que había dejado el aguacero.

—Ahora ya lo sabes: no hay imposibles hija, no hay obstáculos que no puedas

enfrentar y superar; no hay nadie que pueda cerrarte el paso o decirte que tus sueños no pueden hacerse realidad. Ahora lo sabes hija: todo es posible, todo llega si lo pides con la fuerza del corazón. Todo.

La niña asintió con una sonrisa mientras se abrazaba al padre y le daba besos en la mejilla. El padre le dijo que eso que le acababa de entregar era quizás el más grande regalo que un padre podía hacerle a su hija. Ahora él estaba tranquilo pues sabía que ella sería capaz de alcanzar lo que se propusiera.

La niña también lo sabía, sabía que ahora podría construir el sueño que quisiera, que podría ir a donde se le antojara y podría convertirse en lo que quisiera. Solo tenía que aplicar esos secretos que su padre le había entregado y que ahora se convertirían en su tesoro.



Capítulo aparte

Hay personas que nos hablan y no las escuchamos; hay personas que nos hieren y no dejan ni cicatriz, pero hay personas que simplemente aparecen en nuestra vida y nos marcan para siempre.

CECILIA MEIRELES

Viajábamos con mucha frecuencia a Villahermosa, Tabasco en donde trabajábamos a veces hasta el mes completo cada fin de semana, y nos hospedábamos en un hotelito que tenía una casa de citas a la vuelta. Para los músicos estaba muy bien, pero yo no sentía que estuviera bien para mí. Sin embargo, tenía que llegar hasta ese lugar para conocer a quien se convertiría no solo en mi gran amigo, sino que me presentaría a una persona que me ayudaría a cambiar mi destino de la manera más mágica que pudiera existir.

Édgar era un comediante que estaba presentando su *show* en un hotel de Villahermosa. Él y su esposa no solo llegaron como compañía sino como esos amigos que desde que los ves sabes que vienen a quedarse para siempre. Para este entonces mi situación era insostenible; no paraba de llorar pues sentía que el mundo se me venía encima, y por más que intentaba confiar en que las cosas se arreglarían no veía que eso pasara.

Pero hay algo que recuerdo con certeza absoluta y era mi deseo de que las cosas cambiaron, no sabía cómo porque todo a mi alrededor parecía sombrío, pero dentro de mi corazón era evidente que estaba deseando ese cambio con todas mis fuerzas, y aunque cada día parecía recibir un golpe nuevo, procuraba repetirme que eso iba a pasar; aunque no supiera cómo, aunque no tuviera en mi mente un plan a seguir ni nada que me garantizara que las cosas mejorarían, me repetía que eso cambiaría, que todo pasaría.

Hoy sé que uno tiene que estar atento a todo lo que pase en su vida. Sé que uno no puede distraerse del aquí y del ahora que no son más que estados mentales, no son algo físico o temporal; es vivir con total entrega el momento presente pues pasa tan rápido que a veces no nos damos cuenta de las cosas maravillosas que la vida nos presenta.

No te asombres si lo que has pedido se presenta frente a ti.

No puedo evitar una sonrisa al recordar que una amiga que suele ver el futuro me dijo un día que conocería a un hombre de camisa a cuadros, *jeans*, saco y botas vaqueras, y que ese hombre llegaría a mi vida para quedarse durante mucho tiempo a mi lado. Cuando mi amiga me lo dijo no le di mayor importancia. Sonaba bonito y no rechacé la idea. Estaba tan necesitada de afecto y de alguien que realmente quisiera estar a mi lado que creo que cuando ella lo dijo lo acepté sin mayor objeción. Lo curioso es que cuando pasó no lo recordé.

Un día después de un evento, Édgar me dijo que quería presentarme a uno de sus

amigos que había ido a ver el *show*. En ese momento yo solo pensaba en que mis problemas económicos me estaban ahogando y en que mi situación emocional estaba por el piso. No tenía ganas de conocer a nadie, pero por ser Édgar alguien tan especial acepté que llevara a su amigo al camerino.

No fue un momento muy agradable. Ese día habían pasado muchas cosas que me tenían dolida y solo tenía ganas de llorar. Así me conoció el amigo de Édgar, llorando. Él trató de hacer bromas pero yo solo tenía fuerzas para revolcarme en mi drama. Sí, revolcarme en el drama y empeorar las cosas, porque hoy sé que con llorar no gana uno nada y con quedarse en el sufrimiento menos. Si uno no se sacude sus dramas a tiempo estos terminan convirtiéndose en monstruos que aplastan. Hoy sé que el dramático se queja de sus dolores pero pareciera disfrutar con ellos y eso le impide soltarlos. Así estaba yo. Por lo tanto no vi al amigo de Édgar, no me fijé en él y tampoco sentí ganas de despedirme o de tener algún detalle de amabilidad con una persona que dijo admirar mi trabajo y se tomó el tiempo para conocerme. La imagen que él se llevó de mí no fue la mejor. Le parecí una mujer antipática, bueno, aparte de llorona. Nada que ver con la que él había visto en el escenario cantando.

Interpretamos la escena lo mejor que podemos, en el momento que tenemos que hacerlo.

Pero aquí quisiera detenerme un momento para analizar algo. Estoy convencida de que uno atrae a las personas que de una u otra forma empatizan con uno. Cuando una persona siente empatía con otra, no se da cuenta de que está conectando con la realidad de la otra de manera afectiva. Hay algo que los conecta y para que ello ocurra tienen que manejar lenguajes comunes que les permitan establecer ese vínculo.

En ese momento yo era víctima de todo lo que me estaba ocurriendo. Tan víctima que me la pasaba llorando, lamentándome y quejándome de lo que ocurría en mi vida. Estaba centrada en mi papel de víctima, y tengo el valor de reconocerlo porque solo así pude ir generando un cambio en mi vida.

Por eso te digo y te diré una y mil veces que no es bueno juzgar lo que ocurre en nuestra vida, pues aunque parezca terrible o nos avergüence, todo tiene un por qué y un para qué. Parecería que quiero justificar mi actitud en ese momento y lo mal que me porté con Édgar y su amigo. Con el tiempo me enteré de que esa actitud de víctima, de mujer abandonada y acorralada por el mundo detonó en ese hombre al superhéroe que llevaba en su interior desde niño.

Cuando llegué a mi casa y estuve más calmada me vino a la mente ese hombre que me había presentado Édgar. De repente comencé a pensar en él y quizá a juzgarme por no haber sido amable, o por no haberle dado una imagen que correspondiera a las expectativas que quizá él tenía. Supuse que si le había pedido a Édgar que nos presentara era porque había cierta admiración por mi trabajo, y lo que se encontró no fue a la mujer alegre que yo vendía en el escenario sino a una llorona que buscaba la compasión de los

demás. Entonces, al pensar en él, recordé su rostro de sorpresa y pude verlo claramente, es más, creo que mejor que cuando lo tuve en frente. No solo lo recordé guapo, lo que ya me generó angustia, sino que recordé los detalles de su vestimenta.

Se cruzarán los caminos de quienes tienen que encontrarse.

Usaba una camisa a cuadros, *jeans*, saco y botas vaqueras. Sí, tal cual me lo había descrito mi amiga. Entonces me angustié más al pensar que quizá ese hombre que había llegado a mi vida iba a seguir de largo al ver que era una llorona, antipática e indiferente. En cuanto amaneció llamé a Édgar para que me disculpara con Alejandro porque sentía que realmente había sido grosera.

Édgar entendió mis explicaciones pero no lo noté muy motivado. Entonces volví a juzgarme y quise arreglar la situación. Le pedí que viniera a cenar a mi casa con su amigo y me comprometí a preparar una cena especial. Aceptó y yo me sentí feliz de poder darle una nueva oportunidad a ese encuentro anunciado tiempo atrás.

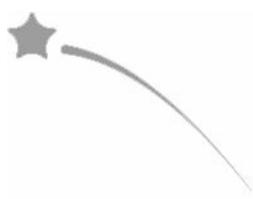
Sin embargo, la noche de la cena pasó algo extraño. Un vecino armó un escándalo porque se le había perdido una escalera que había dejado frente a su casa y no tuvo ningún reparo en decirnos que nosotros la habíamos escondido. Sus gritos fueron tan fuertes y su manera de hablar tan humillante que para cuando llegó la visita, ¿qué creen que pasó? Mi víctima interior se estaba dando un banquete. No solo lloraba por los insultos del vecino sino porque esos gritos habían detonado todas mis angustias. No había dinero, me sentía acorralada, mi mamá estaba enferma por aquella época. En fin. Drama suficiente para engordar a la más hambrienta de las víctimas.

La cena se convirtió en un confesionario. Alejandro y Édgar llegaron puntuales, y en vez de cena lo que se encontraron fue un rosario de quejas. Mientras Édgar buscaba poner la nota alegre a la velada, Alejandro no pudo evitar indagar por el motivo de mis lágrimas y mi angustia. No entendía, simplemente no entendía.

—Cómo puede ser que seas la Diosa de la Cumbia y estés pasando por la situación que estás pasando. Cómo es que ni una casa propia tienes, ni un coche, lo elemental, ¡y encima lloras por no tener con qué pagar la renta!

Yo tampoco lo sabía. No podía responderle porque tampoco lo sabía, pero acepté mi situación y acepté que mi vida era una locura que se me había salido de las manos. Édgar por fin dejó de insistir con poner la nota alegre y pronto tuve a dos hombres aconsejándome; Alejandro conectó con mi angustia y me ofreció ayuda. Así, sin más, se activó el superhéroe que llevaba adentro.

Tendrás frente a ti a quien tiene que estar ahí.



El hilo rojo

Un hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer, pero nunca romper.

MITOLOGÍA CHINA

Con Alejandro he recorrido muchos caminos y en esos caminos hemos tenido la oportunidad de hablar de muchas cosas, pero en todas esas conversaciones siempre ha existido una pregunta que yo quisiera haber hecho de manera expresa y nunca he sabido cómo ponerla en palabras. Es algo parecido a un ¿por qué? O quizá no un ¿por qué?, quizá es un ¿cómo fue? ¿Cómo fue que llegaste a mi vida? ¿Qué te trajo a mí? ¿Qué camino tomaste? ¿En qué momento decidiste ir con Édgar esa noche, a ese *show*, y siendo tan tímido como me dices que eres, sacaste valor para pedirle que nos presentara?

Quizá uno no se dé cuenta del por qué de tantas cosas que ocurren, pero el camino de la vida me ha enseñado que lo que hoy somos, o lo que hoy vivimos, lo sembramos ayer. Un día Ale me contó que de niño era un muy tímido, que vivía su vida discretamente, observando simplemente lo que ocurría a su alrededor pero sin tener mayor protagonismo. Era como si hubiera pasado por la escuela pero a la vez no hubiera ido.

Sin embargo, había algo que lo conmovía profundamente y era que no soportaba ver el dolor ajeno, mucho menos ver llorar a una mujer. Con los años se daría cuenta de que tenía una personalidad salvadora que lo había llevado a proteger a muchas personas pero también a meterse en problemas serios. De adolescente era el defensor de los niños a los que les hacían *bullying* y pretendió salvar muchas veces a todos los que de una u otra forma estaban siendo víctimas de la vida.

Pregúntate qué te motiva a hacer algo y te llevarás sorpresas.

¿Adivinas quién andaba en ese papel por aquella época? Él cuenta hoy en día que la noche que me conoció le impactó no verme llorar a mí, sino ver llorar a la artista. Eso no le cupo en la cabeza, y sin darse cuenta en qué momento lo hizo, tomó la decisión de convertirse en el salvador de esa pobre mujer a la que veía aterrorizada frente a la situación que vivía. Sus palabras fueron totalmente tranquilizadoras: “Tranquila, no llores, todo va a estar bien. No temas”.

Y ese mismo día se hizo una promesa que ha cumplido todos los días: ayudar a esa artista, salvarla, darle la mano para que se levantara. Y saber que lo ha logrado se ha convertido en su mayor recompensa y también en el motor que lo impulsa a seguir adelante.

Empezó a acompañarme a los bailes y Emilio, mi mánager, a sentir celos profesionales. Era obvio, pues ya no me veía sola y sospechaba que con la ayuda de

Alejandro se iban a descubrir muchas cosas que no hacía bien. Por fin había alguien que me podía proteger, y no era el Chapulín Colorado.

Tuve la valentía de contarle a Alejandro la situación que estaba viviendo y me costó hacerlo porque era aceptar que muchas cosas en mi vida andaban mal. Él me escuchó atentamente y me dijo lo que teníamos que hacer, quizá lo más importante, comenzar a organizarnos. Organizar el gran desorden que había en torno al grupo, a las presentaciones y al aislamiento en que me tenía Emilio para que yo no controlara el negocio.

Alejandro tenía experiencia en todo menos en la parte artística. Sin embargo, su compromiso fue tan grande que preguntaba todo e iba haciendo un diagnóstico de lo que podía estar fallando en los diferentes frentes que implica un proyecto como el mío. Recuerdo que una de las cosas que más le motivaba era la idea de ayudarme a conseguir una casa que fuera mía para que pudiera estar con mis hijos.

Realmente en esos primeros momentos él lo que quería era ayudar, no solo a la artista sino a la madre de dos hijos sin una casa propia en donde vivir, sin unos ingresos seguros y llena de problemas y angustias por todos lados. Fue así como empezó a sacar tiempo para aprender un poco del negocio, pese a que tenía una fábrica de cartón que le requería tiempo y dedicación.

Lleno de un infinito cariño y respeto me fue haciendo entender que había cosas que yo estaba permitiendo y no estaban bien. No era lógico que no tuviera ni siquiera llaves de la oficina, que no se me permitiera ir y menos enterarme de lo que allí ocurría. A mí me tenían no como la artista sino como una empleada más a la que le imponían una agenda, unos compromisos y le pagaban cualquier miseria.

Alejandro me hizo darme cuenta de que debía tomar al toro por los cuernos y enfrentarme a ese hombre que no me estaba manejando bien. Cada vez me iba acercando más a una verdad que ya no se podía ocultar. Dios estaba delante de mí poniendo las cosas y a las personas en su lugar para que todo sucediera como tenía que suceder.

Vamos al encuentro de quienes vienen a nuestro encuentro.

Tanto pedí que se me diera la oportunidad de poner en evidencia a Emilio que esa oportunidad llegó. Un día fui al sindicato de músicos a cobrar y entré a la oficina del director a saludarlo pues siempre que iba me tomaba un café con él. De pronto el director me dijo: “¿Podrías llevarle a Emilio el contrato de una fecha que tenemos y el cheque de lo que falta del contrato?”. Agradecida lo recibí y me fui a mi casa hecha un manojo de nervios. Saqué valor para abrir el sobre y leer el contrato detenidamente. Tal cual lo sospechaba: me mentía sobre las negociaciones. No estaba equivocada, Emilio se quedaba con el adelanto y a mí me reportaba lo que sobraba. De ahí pagábamos todos los gastos y sueldos y terminaba siempre entregándome cualquier cosa. Por eso me

atrasaba en la renta y me costaba trabajo sostener la casa y enviarle dinero a mi mamá enferma.

Me comencé a llenar de valor para dar el paso que tenía que dar, solo que ahora contaba con los consejos de Ale y con su presencia en mi vida. Él me insistía en que detuviera todo y pusiera un límite. Yo sabía que no podía esperar más pues esperar sería permitir más abusos. Pese a que en aquel momento no había dónde apoyarme económicamente, Alejandro comenzó a venderme la idea de trabajar con una meta clara, con un orden que me permitiera tener a mediano plazo una tranquilidad.

Yo estaba muy agradecida con la vida porque ahora me estaba mostrando que todavía quedaba gente buena en el mundo, y yo me había encontrado a un hombre honesto y derecho, capaz de mirarme a los ojos fijamente y decirme la verdad con una claridad que hacía muchísimo tiempo yo no había visto en ningunos ojos.

Cada día me sentía más cobijada por él, así que a pesar de que no tenía idea de este negocio, los dos nos pusimos la tarea de sacar mi carrera adelante porque después de lo que descubrí de Emilio las cosas iban a cambiar radicalmente. Sin embargo, debo reconocer que en ese momento lo que pensaba era no hundirme completamente. Alejandro veía más allá, y aunque le cueste afirmarlo, su sueño fue hacerme brillar como él consideraba que tenía que brillar.

Él conoció mis sueño pero también vio con claridad el lugar en donde estaba perdida. Un lugar inundado por las penumbras del pasado, por la ansiedad, la angustia y la carencia del presente y una incertidumbre que no era fácil de asimilar. Entonces me dijo algo que con el tiempo entendería: “Deja todo atrás y vuelve a empezar. Recuerda tu sueño y comienza a caminar hacia allá”.

Muchas veces pensamos que empezar de nuevo es como reconocer un fracaso y no es así. Empezar de nuevo es aceptar que hay cosas que no están funcionando y que tenemos la oportunidad de hacer un alto en el camino y diseñar lo que queremos. Para empezar de nuevo se requiere mucha aceptación, pero también mucha humildad, paciencia y confianza.

Cuando me decía que dejara todo atrás, lo que me estaba diciendo era: “Suelta ese equipaje de dolor, de sufrimiento, de angustia y pérdida que vienes cargando. Lo que haya pasado, pasó. Ahora vamos a pensar en que podemos empezar de nuevo. Como si el camino recorrido no existiera ni pudiera afectarnos, vamos a trazarnos un nuevo camino”, y eso fue lo que comenzamos a hacer.

Todos los días se puede empezar de nuevo.



Asumir la vida

Nunca vaciles en tender la mano; nunca titubees en aceptar la mano que otro te tiende.
JUAN XXIII

No tienes idea del miedo que sentía ahora que tenía en mis manos la prueba de que Emilio no estaba siendo legal. Pensaba muchas cosas, de esas cosas que al final no nos llevan a nada. Creo que le dedicamos mucho tiempo a pensar por qué llegamos a una u otra situación, y quizás todo sería menos complicado si simplemente lo aceptáramos y buscáramos la solución.

¿Le tenía miedo a Emilio? Tal vez infundado, pero sí, le tenía miedo a todo. Y es que en mi camino había pasado por tantas etapas en las que viví momentos realmente espantosos que no quería volver a vivir. Hoy pienso que si nos analizáramos un poco más podríamos entender que los miedos que tenemos no son más que el producto de experiencias del pasado, o de enseñanzas que alguien nos dio pero que no tienen por qué repetirse o hacerse realidad nuevamente. Sin embargo, tuve que reconocer que sí, le tenía miedo a Emilio. Miedo a que me pudiera hacer algo: ya me habían metido a la cárcel, habían intentando sacarme del país, dejarme en la calle, podía esperar cualquier cosa, pero también tenía la opción de esperar lo bueno. Solo que el miedo me aturdía.

Alejandro jugó un papel importante al convencerme de no temer más. Me lo decía una y otra vez: “No estás sola. Así como te has encontrado con un montón de gente que abusó de ti y quiso acabar contigo ahora tienes a personas que te pueden echar la mano y ayudarte a salir adelante”.

El miedo te acorrala y te humilla hasta que decides enfrentarlo.

Fuimos a cumplir con el evento y para mí fue un suplicio pensar en el momento en que me encontraría a Emilio, pero aunque me inquietaba todo lo que significaba esa situación en el fondo de mi corazón estaba llena de valor, y ese valor era superior al miedo que sentía. Tal vez has experimentado esa mezcla de sentimientos. Eso no me pasaba hacía muchos años, desde que Bernie se fue yo había perdido un poco la fe, pero también había perdido tantas cosas que quizás inconscientemente estaba preparada para lo que viniera; aunque el miedo no me abandonaba ahora tenía enfrente mi valor. Además, la presencia de Alejandro me hacía sentir mucho más segura.

No sé cómo se enteró Emilio de que yo tenía el contrato y el cheque y no se apareció esa noche. Mandó a su hijo a que hiciera cuentas conmigo, ¡qué cobarde!

Alejandro y yo decidimos ir a buscar a una gran amiga mía que era una importante empresaria a Aguascalientes; ella era la única persona que nos podía guiar sobre cómo seguir el camino y con quién. Emilio jamás me dejó conocer a los empresarios, quizás por

temor a que yo me diera cuenta de sus negociaciones, pero hubo muchos que hicieron amistad conmigo por encima de lo que él pensara. Josefina, mi amiga, nos dio algunas ideas de cómo seguir adelante y además nos hizo una lista de empresarios con los que podíamos hablar.

Ya de regreso en México le dije a Alejandro que iba a hablar con Emilio para darle fin a esa relación, de manera que yo pudiera avanzar, aunque avanzar implicara empezar de cero.

Las manos me temblaban al marcar el teléfono pero estaba decidida y no había nada que me hiciera dudar de lo que tenía que hacer. Cuando me contestó el teléfono le pregunté cuántas fechas tenía comprometidas con adelantos de dinero; me dijo que hasta el primero de junio. No pasó un segundo y le dije: “Pues hasta ese día tú y yo trabajamos juntos”.

Tardarás en hacerlo pero al final dirás lo que tienes que decir.

Se escuchó un “¿Qué?” que todavía retumba en mis oídos. Le dije que estaba fuera de México pero que llegando quería una junta con él para ver cómo estaban nuestros asuntos, y que además ya tenía las evidencias de sus actos, así que no tenía derecho a decir nada.

Era tanto mi miedo que cuando colgué el teléfono me temblaba hasta el alma, pero había tenido el valor y ya estaba hecho, así que Ale y yo nos encontrábamos solos en un área que ni él ni yo conocíamos con profundidad.

Lo que siguió fue una reunión con un hombre furioso que no se atrevió a hacerme nada porque sabía que Alejandro estaba afuera esperándome. Yo le dije a Emilio que se quedara con todo a cambio de mi libertad y sin reclamos aceptó porque sabía que iba a descubrir muchas cosas después. Además, me vio tan segura y tan decidida a enfrentar todo lo que viniera que no le quedó otra alternativa más que dejarme en libertad. Eso era lo que a mí me importaba, tener libertad para seguir mi camino pues hacía tiempo que había comenzado a sentir que me había estancado y que mi sueño se estaba alejando.

Él se quedó con lo poco que había y a mí me heredó unas cuantas demandas laborales; una era de dos “trabajadores” que yo ni sabía que existían y las otras eran de dos músicos, entre ellos el que un día me gritó en el autobús amenazándome con sacarme del país.

Pero no eran demandas pequeñas, eran demandas por millones de pesos; y es que aunque tengas a una persona que te maneje, aunque haya encargados de llevarte las cuentas, de hacer el contrato o de manejar las relaciones laborales, los artistas siempre somos los que damos la cara y todo el mundo nos ve como la cabeza visible. Nadie piensa que trabaja para el empresario y que el empresario o el mánager muchas veces son los que incumplen; cualquier cosa que falla va a repercutir en el artista y eso me quedó claro.

Alejandro y yo pusimos manos a la obra; lo primero que hicimos fue encontrar una oficina que nos pudiera manejar mientras íbamos averiguando cómo se hacían las cosas. Encontramos una buena casa de representación, la misma que manejaba a la banda El Recodo, así que estábamos seguros con ellos y nos darían el tiempo que necesitábamos para aprender todo lo que había que aprender.

Cuando sueltas una mano, abre los ojos, otra te está ofreciendo su ayuda.

Hicimos muchos bailes por toda la República con la Banda El Recodo en la que me presentaba como invitada especial. También trabajábamos con otros grupos como Kapaz de la Sierra, que fue un fenómeno en esos tiempos, antes de que su cantante principal fuera brutalmente asesinado saliendo de un baile.

México empezaba a sentirse violentado por todos lados y nosotros no fuimos la excepción. Ese año pudimos comprar la casa que estaba junto a la iglesia, la misma iglesia donde Bernie había recibido su último adiós.

Alejandro vendió su carro y compró un autobús usado, el que nos causó mucha pena vender después por haber sido el vehículo en el que tantas veces viajamos por todo el país. Nunca nos falló, pero los años pasaron y llegó el momento de dejarlo descansar.

Todo empezaba a verse con forma, pero otra vez los enemigos seguían rondando mis nervios, y digo enemigos porque era gente que aunque yo evitara y luchara por dejar atrás, se obstinaba en no permitirme avanzar. Era evidente el odio que me tenían y su sed de venganza al ver que lentamente me iba abriendo paso. Una vez encontramos en la puerta de mi casa la cabeza de un cerdito en una bolsa de plástico, con una foto mía recortada de una revista. No sabes el susto que me llevé; pero fue como si estuviéramos preparados para enfrentar ese tipo de cosas, nuestra fe no nos abandonó y cada vez que pasaba algo así nos reafirmábamos que seguiríamos adelante pasara lo que pasara.

Otro día encontramos un gato muerto en el jardín de la casa. Lo habían tirado ahí y solo nos dimos cuenta hasta que empezó a oler mal. Era inevitable no sentirse mal por esa situación, o entrar en angustia al ver que no cesaban las amenazas y no sabíamos si estaban jugando con nosotros o era una advertencia

Todos tenemos alas, pero hay quienes nunca se enteran.



Días de vuelo

*Hemos aprendido a volar como los pájaros, a nadar como los peces;
pero no hemos aprendido el sencillo arte de vivir como hermanos.*

MARTIN LUTHER KING

Ale me llevó con su contador para ver cómo estaba mi situación con la empresa que tenía con Emilio y descubrimos que hacía tiempo que esa empresa había sido dada de baja en Hacienda, es decir, no existía. Eso explicó su silencio cuando yo le ofrecí todo lo que teníamos a cambio de mi libertad.

Fuero muchos golpes, y no olvido que alguien me dijo que cuando algo se derrumba es como cuando ruedas por una montaña. Te golpeas con todo y no paras de hacerlo hasta que tocas fondo. Eso me mantuvo en pie. Aunque me diera tristeza y me sintiera defraudada no me enloquecía porque sabía que en cualquier momento tocaría fondo, y cuando eso pasa todo lo que viene después puede ser bueno si decides que así sea. Antes de hacerlo puede parecer que tu destino es rodar y rodar.

Entonces Alejandro fue tomando las riendas de una empresa que empezamos juntos y que hoy es una gran empresa. Fue organizando todo y generando una proyección de lo que teníamos que hacer de manera que nada se quedara por fuera. En ningún momento se permitió dudar, y cuando yo lo hacía me recordaba que aún habían muchas cosas que conquistar.

Entre las cosas que me llamaban la atención de él era que nunca tenía tiempo para ser negativo. Jamás aceptaba siquiera una conversación que le pudiera empañar lo que se había propuesto hacer. Yo lo observaba trabajar y me sorprendía la pasión que le ponía a las cosas y el deseo no solo de aprender sino de hacerlas y hacerlas bien.

Recuerdo que un día me dijo que le gustaba mucho lo que estaba haciendo y me contó que cuando estaba en la preparatoria tuvo muchos problemas en una materia que se llamaba Orientación vocacional, pues nunca supo definir qué era lo que quería para su vida, por lo tanto pasó de una posible carrera a otra sin concretar nada.

Cada uno de nosotros tiene un cielo donde queremos volar.

Años después le contaría a un amigo que cuando asumió la empresa y se decidió a trabajar para sacar adelante mi carrera había descubierto su verdadera vocación: era un constructor de sueños y había encontrado el terreno ideal para materializar esa vocación. Ahora había dos sueños caminando hacia el mismo lugar: el mío y el suyo.

Lo primero que había que hacer era empezar a comprar nuestras propias cosas, nuestro propio equipo de sonido, para poder competir con lo que había en el mercado. Poco a poco íbamos teniendo más y más trabajo. Televisa me seguía ayudando presentándonos en sus programas de televisión e invitándome a todos sus programas

especiales. Así se fue haciendo la Diosa de la Cumbia con el respeto que nos habíamos ganado en el medio.

Pero no aún no lográbamos dejar atrás a quienes querían anclarnos al piso para evitar que voláramos a ese lugar donde habitaban nuestros sueños. Una noche llegaron a la bodega unos hombres decididos a acabar con todo. Allí, junto a su esposa y a sus dos hijos, vivía Omar, uno de nuestros colaboradores, el que más años llevaba conmigo. Los hombres le dijeron a Omar que traían un aparato de parte de la Banda El Recodo, y él, que no sabía nada al respecto, llamó a Alejandro, pero no contestó y tampoco el encargado del equipo. Al no tener respuesta de nadie Omar tomó la decisión de abrirles, y en ese mismo momento lo empujaron y lo encañonaron obligándolo a abrir la puerta donde estaba el equipo. Como se negaba a hacerlo lo golpearon mientras sus hijos escuchaban todo el alboroto.

Omar recibió un tiro en el hombro y otro en el pie, pero como los ángeles siempre están ahí para mí y para todos los que tenemos fe y pedimos su ayuda, alguien llamó a la policía y al oír las sirenas de las patrullas los ladrones huyeron, con tan mala suerte para ellos que fueron alcanzados.

Empezaron los secuestros en esa localidad en donde nunca pasaba nada, donde la gente se conocía y paseaba tranquila por las calles en la noche. Empezaron a secuestrar niños de las escuelas y toda aquella paz que en algún momento encontramos en ese lugar empezó a convertirse en pesadilla. Un día decidimos que era hora de salir de ahí y volar a otro lugar donde pudiéramos estar más seguros.

Hay días de vuelo, días de búsqueda y días de olvido.

Mi hijo Jonathan ya estaba viviendo en la Ciudad de México y había entrado a la universidad, así que en cierta forma me alegraba saber que nuevamente íbamos a estar juntos y viviendo en el mismo lugar. Era volver a empezar, pero no había alternativa porque esa sensación de vivir perseguido es terrible. Saqué a mi hija, nuestra ropa y algunas cosas indispensables. No queríamos que nadie viera que nos estábamos mudando y nos fuimos a vivir lejos, donde nadie supiera dónde estábamos. Tuvimos que comprar todo de nuevo, cambiar a la niña de escuela y hacer muchos cambios, dejando atrás un lugar en donde había vivido mucho tiempo, pero ante todo con la esperanza de alejarnos de una pesadilla que cada vez parecía materializarse más.

Atrás quedaba el escenario de una historia de vida, de momentos difíciles y de personas que quizá ya era hora de que quedaran en el pasado. Ahora entiendo que hay cosas que por más que las dejemos atrás pareciera que nos persiguen por el resto de nuestra vida.

Un día la niña se puso muy enferma y el médico me dijo que había que operarla porque tenía sinusitis y eso no le permitía respirar bien, por esa razón se enfermaba tanto y le dolía muchísimo la cabeza. Decidí comunicarle a su papá lo que estaba pasando y le pedí que fuera porque ella quería verlo. Le di la dirección en donde estábamos viviendo

y él fue a verla después de la operación. Cómo me iba a imaginar lo que iba a ocurrir después.

Esa fue hasta hoy la última vez que María vio a su papá, porque más tarde llegó a nuestra nueva casa una demanda laboral en donde él me pedía un montón de dinero por despido injustificado. Decía que yo lo había despedido injustificadamente. De haber sabido que lo único que quería era tener mi dirección para demandar, no hubiera hecho esa llamada nunca.

Mientras salga el sol es posible que te sorprendas.

Me dolió en el alma que hiciera eso, no solo porque era injusta su petición sino porque me enfrentaba a decirle a María que su padre aprovechó la visita para tener la dirección donde vivíamos y demandarme. Era difícil para mí decirle eso, pero más que decírselo, aceptarlo. Total, era el padre de mi hija y aunque la relación no era fácil yo conservaba la esperanza de que él por lo menos intentaría tener una buena relación con ella.

Ese año me propusieron hacer un papel en una novela exitosa llamada *Fuego en la sangre*. No soy actriz, pero todo lo que tenga que ver con ser artista me gusta, así que acepté encantada. Ese año habíamos tenido mucho trabajo, pero también muchas deudas que pagar y muchas cosas que construir. Ya nos habíamos independizado de la oficina que nos representaba y estábamos comenzando a hacer nuestra propia empresa, con todo lo que necesita un artista para trabajar: audio, luces, transporte, tarima, toda la producción para permanecer en el mundo del espectáculo, y todo eso implica dinero, por lo que ante cualquier oferta de trabajo la respuesta era sí. Sin importar cómo lo hicéramos sabíamos que era el momento de trabajar sin descanso.

Así que en mayo de ese año tuvimos unos 17 eventos cantando y el resto de días actué. No hubo durante ese mes un día en el que descansé y como todo tiene sus consecuencias, mis cuerdas vocales se afectaron al punto de que me descubrieron dos nódulos que debían ser extraídos –hasta eso bien románticos porque se les llama nódulos besadores.

El medico nos dijo que solo me daba tres años para cantar si seguía llevando ese ritmo de vida sin operarme, pero que si lo hacía me garantizaba que mi voz iba a durar hasta mi último día en esta tierra.

Tomé la decisión más difícil de toda mi vida; los riesgos eran horribles: me podía quedar sin voz si la operación no resultaba bien y esa parte dramática que nos acompaña se manifestó como nunca antes. Tenía pánico y en mi mente no lograba ver claro el camino. Fue muy difícil decirle al doctor que sí me operara, pero sabía que tenía que hacerlo.

Pon tu atención en lo que quieras, no en lo que no quieras.

El médico también dijo que podía trabajar cuatro meses después de la operación, por lo que por supuesto Alejandro hizo compromisos para cuando ese tiempo pasara, pero la rehabilitación de este tipo de operaciones no es tan sencilla. Tuve que dejar de hablar durante tres semanas. ¡Dios!, qué difícil fue para mí dejar de hablar y ni siquiera poder emitir un sonidito chiquito. Me comunicaba por medio de un pizarrón y una libreta que no soltaba por nada del mundo. Recuerdo que me volví hábil con la escritura y hasta pude discutir por medio del pizarrón. Era muy chistoso, regañaba a mis hijos y daba más órdenes que María Escopeta, porque las palabras se las lleva el viento, pero cuando están escritas ahí se quedan, así que yo podía desahogarme cuando se me subía el Vargas y mostrar mi pizarrón las veces que quería enojarme otra vez.

Dios actúa de manera que a veces los humanos no entendemos; cuando tuve permiso para hablar fui con una foniatra porque tenía que someterme a terapias. Las cuerdas vocales son como un músculo y al no darles uso se vuelven como ligas de caucho. Así tenía yo mis cuerdas, como unas ligas. Entonces tenía que ir casi a diario con la foniatra y hacer mis ejercicios para poder volver a cantar. Pero mi trauma iba más allá de lo físico, porque cuando quise cantar de nuevo no resultó ser lo que yo esperaba. Empezó a sonar una voz chillona y destemplada que no me conocía; en ese momento sentí que se me acababa la vida y quise morirme.

No podía creer que no volvería a cantar como lo hacía antes de operarme, ¿me había engañado el doctor? ¡Dios! ¿Qué estaba sucediendo con mi voz? Pero ahí estuvo Alejandro para escucharme y darme valor. Es posible que él haya dudado de mi recuperación, pero jamás me lo demostró. Por el contrario, siempre me daba ánimos y me decía que todo formaba parte de un proceso y que tenía que tener paciencia y ante todo fe.

*La fuerza del corazón es como el fuego: transforma,
sana, crea.*

Entonces me dijo algo que se me grabaría para siempre en la mente: que no me fijara en lo que me estaba pasando, que precisamente era lo que yo no quería que ocurriera. Que procurara ver más allá del momento que estaba viviendo. Que eso me ayudaría a volar hasta allá, a salir de ese momento difícil.

Un día, como jugando, me dijo que alguien le había enseñado una técnica maravillosa para superar momentos difíciles. Que consistía en mirar lejos y proponerse un destino en el cual había que poner toda nuestra energía. Era como visualizar lo que realmente queríamos.

Me preguntó cuál sería ese destino, en dónde pondría mis ojos en ese momento y una vez que se le dije me enseñó que ahí había que concentrarse, de tal manera que cada vez que pensara en ese lugar nuestro corazón vibrara y al hacerlo nos fuera llevando hacia allá. Le respondí que ese lugar era un escenario. Era lo que más deseaba en esos momentos porque ahí era donde vivían mis sueños. En un escenario yo podía ser yo, dar

lo que tenía para dar y experimentar la verdadera felicidad. Me preguntó cuál sería ese escenario si pudiera escogerlo. Con la voz ahogada le respondí que cualquier escenario, lo que en ese momento quería era sentir que volvería a cantar. Entonces, mirándome seriamente me dijo que esa respuesta no servía. Que el juego consistía en ser exactos, y me volvió a preguntar. Le contesté que siempre había soñado con cantar en el Auditorio Nacional de la Ciudad de México, pero en ese momento lo veía tan lejano, es más, sentía que era algo imposible. Entonces, se levantó de la silla como si algo lo hubiera impulsado hacia el techo y me dijo con esa seguridad que lo acompañaba en momentos especiales: “¡Va! ¡Va! Eso es lo que quería. Lo vamos a hacer. No solo será tu sueño, a partir de ahora será también mi sueño y ahí cantarás como nunca. Vamos a crearlo Margarita, vamos a crearlo en nuestra mente”. Y lo demás fue soñar y creer que era posible.

Creer en lo imposible forma parte de la emoción de estar vivos.



Se aproxima la primavera

Podrán cortar todas las flores pero no podrán detener la primavera.

PABLO NERUDA

Yo sentí que todo se había acabado en mi vida, que me habían quitado lo más hermoso que tenía. ¿Qué iba a hacer ahora que no podía cantar? Nunca pensé que mi autoestima iba a salir corriendo; me fui al piso cuando ensayé y no pude hacerlo porque sencillamente aquella voz tan mía no estaba, sin importar que teníamos muchos compromisos que cumplir. Estallé, lloré, quise gritar y reclamarle a Dios por lo que estaba pasando pues imaginaba que todo se había acabado y que yo ya no valía nada.

Alejandro tuvo toda la paciencia del mundo; lo recuerdo caminado detrás de mí y recordándome que no me concentrara en lo que no quería. Incluso recuerdo un día que usó una frase de Einstein que dice: “Si quieres resultados distintos no hagas siempre lo mismo”. Era curioso porque Ale se había armado no solo de paciencia sino de todas las frases motivacionales que podía encontrar para alentarme a tener fe, pero en esos momentos en que te escuchas cantar como el gallo Claudio la fe se debilita y el enojo aparece. Estaba enojada, me sentía derrotada, y sin embargo, escuchaba los consejos de Ale y procuraba concentrarme en lo que quería: cantar; el lugar: el Auditorio Nacional, que habíamos escogido los dos para visualizarme allí cuando esta pesadilla pasara.

Pero Dios tiene su forma de hacer las cosas y todo en su tiempo es perfecto. Ese año empezó la influenza y el gobierno decidió cancelar todos los eventos en donde se reuniera gente; cerró los restaurantes y todos los lugares de diversión para prevenir la epidemia.

A mí me ayudó mucho esa decisión porque entonces pude descansar mi voz y seguir tomando mis terapias y mis clases de canto, que recuerdo eran más lloradas que cantadas. El maestro Willi la hacía más de terapeuta del corazón que de la voz. De repente, lentamente, fue apareciendo esa voz que creí perdida, pero es curioso cómo noté que todo estaba ligado a la confianza en mí misma. Creo, sin lugar a dudas, que gran parte de lo que somos surge de esa confianza. Si uno no se tranquiliza, si uno no cree y no trabaja en uno mismo es difícil obtener buenos resultados.

Fue con el paso de los días como me di cuenta de que Einstein tenía razón cuando decía que hay que cambiar las estrategias si no nos están funcionando. Que hay que cambiar lo que hemos hecho siempre si queremos obtener resultados diferentes. Fue así como en silencio comencé a creer y crear en mí una nueva realidad con todo aquello que estaba pasando con mi voz como si fuera asunto del pasado. ¿Cómo lo hice? Dejó de importarme; el cómo hay que dejárselo a Dios, al universo; nosotros tenemos que decidir qué queremos y mantenernos en ello sin dudar.

Dios no premia tus caprichos, te construye en tu fe.

Mientras el país se reponía de aquella locura colectiva que fue la influenza, a mí me propusieron hacer una gira con Las mujeres de Manzanero. Era un proyecto hermoso en donde varias cantantes reconocidas cantaríamos con él.

Fue una gran oportunidad para probar mi valentía al compartir el escenario con grandes voces. Las voces más hermosas de México, las grandes divas, y yo estaba mezclándome con ellas y las maravillosas canciones de Armando Manzanero, a quien siempre he admirado y respetado.

Recuerdo que el primer *show* fue en Guadalajara. Tenía miedo; no, tenía realmente pavor, pánico escénico y no exagero. Cuando salí a cantar el público me recibió con un aplauso calurosísimo; lo agradecí y respiré profundamente y voltee para dar la orden al grupo de que empezara la música, y entonces me vi de espaldas en la pantalla. Había un silencio impresionante; el público esperaba que empezara la música. Entonces se me ocurrió decir: “¡Dios mío, nunca me había visto el tamaño de mi cucu!”. De pronto la gente soltó una carcajada y entonces pude recuperar un poquito de confianza y empecé a cantar.

Una cosa es lo que uno oye dentro de uno mismo y otra la que oyen los que están afuera; yo seguía escuchando mi vocecita chillona y otra voz que me seguía hablando y hablando sin parar, queriendo sabotear ese momento; esa voz que es uno mismo y su montón de miedos.

Al miedo se le responde con fe.

Pero siempre he sido una mujer de fe, y aunque no tenga fusil, si me toca ir a la guerra voy. Así que decidí que era mejor disfrutar el momento y ser feliz. De esa manera superé ese momento; flojita y cooperando con la vida y lo que me estaba regalando en ese escenario en donde volví a creer en mí, y al hacerlo desaté esa fuerza interior que todos llevamos dentro y que nos hace conseguir lo que nos proponemos. Fue mágico; otra vez estaba en el escenario haciendo lo que amaba y para quienes amaba: mi público.

La gira duró un año, e hice muchas amigas que me enseñaron que tener miedo es normal y que lo que hay que hacer es no dejar que sobrepase tu momento; si ya estás adentro hay que hacer lo que tienes que hacer; enfrentarlo con tu fe y vencerlo para seguir caminando, dando el cien por ciento de tu corazón. Si no puedes con la voz canta con tu corazón.

Fueron días muy difíciles, días de retos y de esfuerzo por recuperar lo que yo misma había arriesgado por mi propia voluntad; siempre he pensado que cuando uno toma decisiones tiene que afrontar las consecuencias con valentía y aceptación.

Finalmente mi voz está mucho mejor que hace años y eso me hace sentir que pasé y viví ese proceso de miedo con la fuerza de un guerrero, porque aunque mi autoestima se fue al suelo, me di cuenta de que yo no era solo la voz, sino un conjunto de cosas que me hacían ganarme el cariño y el amor de los demás. Empecé a valorarme por muchas otras cosas, también supe que de las carreras solo queda el cansancio.

Alejandro siempre ha estado a mi lado caminando conmigo, es un hombre noble y muy inteligente, un gran protector, un ángel que Dios puso en mi camino y a mí en el suyo. Cuando nos conocimos los dos estábamos pasando por nuestros procesos y eso que habíamos vivido nos unió en aras de un sueño. Él como constructor de sueños y yo como parte de ese sueño. Juntos hemos aprendido a darle luz a la noche más oscura y a aceptar que el amor se transforma para permanecer.

Juntos hemos hecho muchas cosas importantes y locas: por ejemplo, un sinfónico en la ciudad de Puebla y grabar un disco en vivo, que aunque nos costó mucho esfuerzo y dinero nos llenó de una gran felicidad y nos fue permitiendo ascender en muchos aspectos y demostrarnos que íbamos en el camino correcto.

Y después de hacer tantas cosas, durante una de nuestras tantas correrías y después de un largo silencio, Ale me miró y me dijo: “Llegó el momento, porque sueño sin fecha se queda en la nebulosa”. Supe de qué me estaba hablando: había llegado el momento de materializar esa imagen que tantas veces había pasado por nuestra mente cuando temía que me quedaría sin voz; había llegado el momento de ponerle la fecha al Auditorio Nacional.

Preparar el Auditorio me causaba una gran emoción, pensar en que iba a dar un gran *show* como había soñado toda mi vida era algo que me hacía sentir viva, muy viva. Llenar el Auditorio no es cosa fácil porque el público que va es un público exigente, pero a pesar de todas mis inseguridades teníamos que seguir adelante porque la palabra dada a uno mismo es sagrada, y nosotros ya lo habíamos decidido.

Todos tenemos el poder para materializar nuestros sueños



Creo, puedo, lo hago

Sin haber conocido la miseria es imposible valorar el lujo.

SIR CHARLES CHAPLIN

— Aaaaaayyyyyy... Al son de los tambores, esta negra se amaña y al sonar de la caña van sonando sus amores, es la negra Soledad la que goza mi cumbia. Es la negra salamuya, qué caramba, con su pollera colorá...

Son muchas cosas las que hay que hacer para diseñar un *show* y más si lo revistes de la importancia que para mí tenía el concierto del Auditorio Nacional. Fuimos seleccionando cada uno de los temas que se interpretarían, para los cuales se hicieron arreglos especiales y se montó cada una de las coreografías.

Alejandro estuvo al frente de la logística noches enteras cuidando cada detalle y aventurándose en cada paso que daba, pues era algo en lo cual nos estábamos estrenando. Ser los productores de nuestro propio *show* en un lugar tan importante era algo que nos ponía el corazón a mil. Cuando nos veíamos y adivinábamos nuestras propias angustias frente a la cercanía de la fecha, sonreíamos y en esa sonrisa viajábamos al escenario sin dudarlo. Sabíamos que allí estaba el lugar y no teníamos la menor duda de que podríamos hacerlo bien.

¡Ay mamá! Mi corazón no paraba de vibrar y mi mente de atacar con ideas que tuve que controlar con mucho esfuerzo. Uno piensa en muchas cosas: si se llenará el lugar, en si ese día lloverá, en que hay que estar con la salud al cien por ciento. Muchas cosas pasan por la mente y frente a todas ellas es necesario mantener la atención puesta en lo que realmente queremos. Si verdaderamente queremos alcanzar aquello con lo que tanto hemos soñado, es indispensable cuidar dónde tenemos puesta nuestra atención. De manera que mi mente no podía distraerme; yo tenía que estar firme, con los ojos de mi alma puestos en lo que quería. Ya no había vuelta atrás, así que a veces me miraba al espejo y me decía: “Todo va a estar bien”, y cuando mi mente me atacaba con alguna duda le respondía más fuerte: “Todo va a estar bien. Todo estará bien, todo”.

Cada una de las dudas que se presentan tiene que servir para reafirmarnos en lo que queremos. Fueron días de mucho trabajo, pero a la vez días maravillosos en los que mi fe se fortaleció al máximo. Todo el tiempo los ojos de mi alma estaban puestos en el escenario del Auditorio. Pasaba horas enteras imaginándome

Empezamos a encontrar a las personas que nos ayudarían a hacer eso realidad; en mi cabeza rondaba una idea y un anhelo grande de sentirme tan de estos dos países, y yo quería mostrarle a México que la cumbia era hermosa para bailar pero también para ver.

La duda jamás será buena consejera.

Tengo claro que si nos dejamos tentar por la duda terminaremos convirtiéndonos en su víctima. Frente a la duda nos pusimos a trabajar y a responder nuestras propias

preguntas. Una vez que tuvimos el repertorio todo se fue dando.

Le pedí a mis pequeños que fueran mis invitados en esa fecha tan especial, cantando unidos como estamos en estos momentos. Ahora me parece que son muy valientes al cantar por primera vez en un escenario y que ese escenario fuera el Auditorio. Era mi manera de que probaran la trascendencia de ese gran sueño que yo perseguía y que tantas veces había sido la causa de que yo estuviera lejos de ellos. En ese momento quería que fueran mis compañeros de viaje y lo disfrutaran.

Mi diálogo interior no se detenía un solo momento. Era como si dentro de mí existieran dos personas, una diciendo sí y la otra poniendo trabas. Yo quería mostrarle al mundo que la cumbia podía llevar al público a su máxima alegría. Montamos un espectáculo en el que trabajamos un año completo, y así, de día en día, de noche en noche, llegó el momento. Los nervios estaban al máximo. Todo el tiempo te pregunta cosas, desde lo más trascendental hasta lo más simple. Cada detalle cuenta.

La noche anterior había llamado a mi amigo Héctor Forero, quien me ayudó a escribir este libro diseñando su contenido y dirigiendo todo el proceso que implicó hacerlo, para que fuera a mi casa y me ayudara a hacer unas meditaciones que él suele hacer con diferentes grupos de mujeres a las que ayuda en su sanación interior. Fue un momento mágico, pues en esa meditación estuvimos en una playa en donde me encontré con un hombre que llegó en una barca y que me dijo con todo su amor que siempre había estado caminando a mi lado. Que aunque en muchos momentos hubiera dudado de su presencia, Él siempre había estado conmigo. Que quizás no lo había visto porque tenía los ojos puestos en otras cosas y Él solo era una opción.

Entonces entendí de quién se trataba. Me rodeó con sus brazos y en su hombro dejé rodar mis lágrimas de gratitud, pero también en su corazón deposité todos mis temores y toda mi ansiedad. Caminamos por la playa y sentí su amor invadiéndome, me sentí una con Él. Entonces ocurrió algo maravilloso, me dijo que esa barca en la que Él había llegado hasta la playa era la barca de mi vida, que en ella habían dos remos y que uno de esos remos era el mío pues era la comandante de esa barca. Que Él solo era mi compañero de viaje.

Puso en mis manos el remo y me dijo: "Echa la barca al mar que yo voy contigo. No habrá tormentas que te asusten, no habrá olas que no puedas superar, no habrá noches eternas si te mantienes firme en el amor y crees en ti con todas tus fuerzas". Nos echamos a la mar y nos fuimos sobre las olas.

Solo quien se ama puede creer en sí mismo.

Y después de todo el día llegó. No podré olvidar jamás cuando sonaron las primeras notas de *La pollera colorá* y yo con mi vestido rojo, mis flores adornándome el cabello, una *big band* y 16 bailarines, escuché la ovación más bella y conmovedora de mi carrera.

Sali al escenario con la mejor de mis sonrisas, temblando del miedo que siempre causa

esa responsabilidad que tenemos los artistas de hacer felices a las personas, y micrófono en mano empecé a cantar sintiendo en mis adentros la felicidad más grande y el orgullo de haber llegado hasta ahí.

Hoy sé que la fuerza del hombre de la playa me ayudó a sacar los temores y dar lo mejor de mí. Nunca me dijo cuál era su nombre, solo me dijo que era el nombre del amor, lo cual hizo evidente cómo se llamaba.

Mi sueño más grande estaba realizándose enfrente de 10 mil personas que bailaron, cantaron y fueron tan o más felices que yo.

De repente mi mirada se fue hacia un extremo del escenario y vi a Alejandro de pie, atento a todo, y una sonrisa se dibujó en su rostro y sentí que una energía me bañó de la cabeza a los pies. Mi piel se erizó y mi voz retumbó en aquel escenario, mientras mi corazón vibraba y sentía lo que él me estaba diciendo con su sonrisa: “¡Lo logramos, materializamos nuestro sueño!”.

Lo demás: disfrutar, bailar, cantar y vivir.

Siquieres, puedes; a todos se nos dio con qué: se llama fe.

México, DF, 12 de marzo de 2015

Corazón:

Hemos llegado al final de esta historia que hemos escrito juntas, pero no al final del camino. No sé cuánto falte, pero lo que falte sé que lo viviré de una manera diferente pues ahora sé que soy mi mejor aliada. En este tramo del camino he aprendido muchas cosas y me he dado cuenta de que así como son miles las enseñanzas, somos muchos alumnos en uno solo.

No eres la misma alumna cuando tienes diez años, que cuando tienes 20, 30, 40. No, el tiempo pasa y te hace diferente y de diferente manera recibes las enseñanzas que te van llegando. El camino no ha sido fácil pero ha sido maravilloso.

Como he hecho anteriormente, te diré qué he aprendido y cuántas de esas enseñanzas han quedado grabadas en mi corazón, pues es allí donde realmente permanece lo importante para nuestra vida.

1. Aprendí, por ejemplo, que no vale la pena retener a nadie; por simple lógica, niña mía, quien se tiene que ir de tu vida siempre se irá así uses cadenas de oro para detenerle. Es parte de la naturaleza de esta vida. Hoy creo que lo antinatural es el apego y el querernos aferrar a todo, incluidas las personas.
2. El camino es la respuesta a todas nuestras preguntas. El camino es el maestro, el que nos enseña que todo en esta vida se nos da cuando creemos en lo que hacemos y en el destino al que queremos llegar. Sé, por ejemplo, que el camino no está diseñado, así como tampoco está escrito el destino; no, uno lo va creando, pero se tarda mucho tiempo en entenderlo y más que entenderlo en asimilarlo y hacerse responsable de lo que ello implica.
3. Dicen que el cerebro es el que crea los sueños y trabaja por ellos. Quizá el cerebro los diseña, pero si no cuenta con un corazón que vibre difícilmente esos sueños se materializarán. De manera que hay que preguntarse siempre si el corazón vibra con lo que estamos soñando o si simplemente es un deseo que al corazón le es indiferente. Lo que no se logra es porque no se crea desde el corazón.
4. El amor no es ni amargo ni dulce, somos nosotros los que le damos ese sabor al quererlo definir. He aprendido que el amor no se define tan fácilmente, y que podemos pasarnos la vida entera tratando de entenderlo. El amor es todo: lo bueno, lo malo, la alegría, la tristeza, todo. El amor es la esencia, es la energía de la que estamos hechos, y como energía que es puede transformarse en lo que se nos antoje.

5. Esta vida se escribe a base de elecciones y decisiones sagradas. Es importante para lograr un sueño ser consecuente con cada una de las cosas que elegimos y en las que decidimos creer, pues al creer creamos. Uno elige algo y se decide por ello permitiendo que su fuerza interior lo manifieste. Una elección sin la firmeza de la decisión se debilita y al final desaparece.
6. Siempre existirán las pruebas, sin ellas es difícil que llegues a conocerte realmente. Por ello es importante que agradezcas cada prueba que se presenta en el camino, pues es la manera en que podrás demostrar tu valor. Si no hubieras pasado por todo lo que pasaste no sabrías de qué estás hecha, no conocerías tu valor y no conocerías el verdadero valor de tus logros.
7. La gratitud es la mejor forma de mantener la atención en lo que quieras. Agradecer lo que recibes o lo que esperas recibir hace que lo veas en tu mente y que los ojos de tu alma lo vayan materializando. La gratitud te abre caminos, te permite regocijarte en el proceso. Agradece siempre.
8. La duda no es un juego en el que debas entrar. Por el contrario, entre más rápido desvanezcas las dudas de tu mente será mejor, pues podrás trabajar por lo que realmente quieras. Frente a la duda puedes responder con la fe. La fe es la certeza de lo que aún no existe pero puede existir. Eres creadora y la fe es tu más grande herramienta.
9. Esta vida es como un sueño, pero no un sueño de aquellos que tenemos con los ojos abiertos. No, un sueño de los que tenemos cuando dormimos, solo que aquí tenemos la posibilidad de transformarlo en lo que queramos. Vivir es la aventura de la fe, solo que esa fe a veces se doblega frente a nuestros miedos. Si la vida es un sueño puedes elegir recordar que estás soñando y crear lo que quieras.

La historia de nuestra vida es sagrada, y aunque no podemos vivir del pasado y menos mantenernos en el futuro, sí tengo claro que hay muchas cosas del pasado que nos han dejado grandes enseñanzas y que vale la pena verlas de vez en cuando.

El pasado solo tiene una solución y es ser aceptado; mientras no lo aceptes será un fantasma que te roba la paz. El futuro lo podemos agradecer con la certeza de que las cosas siempre pueden ir bien y para ello hay que estar preparados y conscientes de que no estamos creando dramas, pues ocurre que muchas veces tenemos tendencia a crear esos dramas para sentirnos vivos ya que es la manera en que nos enseñaron a experimentar la vida.

Hoy soy feliz con mi presente, miro mi entorno y siento la paz que brinda haber hecho lo que tenía que hacer, y quizás eso es lo último que tengo para decirte, mi niña: haz siempre lo que tu corazón te diga. Solo eso te hará feliz, aun cuando te caigas para lograrlo.

Cuentas siempre con mi abrazo y mi amor.



Epílogo



A solas

La felicidad es saber unir el final con el principio.
PIT ÁGORAS

Hay un momento en el que todos se van. Estar preparados para la partida o para decir adiós es de las cosas más importantes de la vida. Aceptar que todo pasa: he ahí la prueba. Durante mucho tiempo le tuve miedo a ese momento en que todos se van; en que ha pasado el *show* y vuelves a la penumbra de ese pasillo que te lleva a tu vida cotidiana. Ese pasillo que vas recorriendo y en donde vas dejando todo lo que has empleado para crear ese personaje que eres tú misma, en mi caso, la Diosa de la Cumbia.

Desde que entrego el micrófono me voy despojando de todo aquello que la caracteriza, y llego al camerino ansiosa del amor de los seres que amo, que muchas veces están ahí o a kilómetros; ese pasillo es como un túnel del tiempo por donde me voy encontrando con cada parte de mí, de la Margarita Vargas Gaviria que soy, la mujer.

Aquel día en el Auditorio fue maravilloso, pero llegó el momento en que las luces se apagaron y todos se fueron, incluso los que estaban más cerca de mí. Lo hicimos, materializamos ese sueño, y ahora la vida se presentaba como un gran camino para llenarlo con muchos pasos, para volver a soñar y volver a construir ese sueño.

Recuerdo que tuve miedo al atravesar el pasillo que conducía al camerino para tomar mis maletas y regresar a la casa a reencontrarme con la mujer, esa que es como tú, esa que tiene tantas cosas que trabajar en su interior como cualquier otra. En silencio me puse la mano en el corazón y me dije: “Todo está bien Márgara, no estás sola. Alguien que no ves camina contigo”.

Sin embargo, cuando estuve en mi casa pasó algo maravilloso: cuando sonó la puerta por última vez esa noche y me quedé a solas conmigo misma me di cuenta en dónde estaba uno de los más grandes sueños de cualquier ser humano: su paz interior, y el lugar no era otro que mi corazón.

Ya no estaba en un lugar externo, era imposible que así fuera, pero tardé muchos años en entenderlo. Vi a mucha gente mendigar amor y lo mendigué; vi a muchas personas negarme su compañía hasta que aprendí a ser mi propia compañía. Entonces pude sentarme en cualquier parte de esa casa, ver hacia el infinito sin importar cuántas paredes estuvieran frente a mí, y experimenté la quietud y el silencio del alma. Esa noche supe que había un nuevo sueño por conquistar, mi plenitud, la plenitud de mi alma y en el silencio me estaba conectando con ella.

En el silencio de esa casa recordé muchas de las cosas que aquí te he dicho; recordé que tenía el poder de elegir estar en paz. Recordé que la vida era un sueño y que una de las grandes tareas era aprender a amarme y a estar bien conmigo misma. Vi el camino recorrido para llegar a entenderlo y me imaginé que si lo convertía a kilómetros serían millones de kilómetros los que había recorrido para estar ahí, en ese preciso instante,

siendo la observadora de la historia de mi vida.

Entonces me puse la mano en el corazón e hice un compromiso conmigo misma: trabajar en mi paz interior, esa que muchas veces es esquiva y que para conseguirla nos exige horas y horas de entrenamiento. Recordé el cuento que Marina, mi madre, me contó una y otra vez de niña, ese que tiene cuatro partes, ese mismo que tú has leído al comenzar cada nueva etapa de este libro; el del padre que le heredó a su niña las herramientas para lograr los sueños. No sé si ese padre y esa niña existieron, o si eran creación de mi madre para alentarme a seguir adelante y darme motivos para creer en mí y en mi sueño, pero si sé que ese cuento me ha servido de inspiración en las diferentes etapas de mi vida.

Ahora me quería dar una orden: estar en paz. Tenía una imagen a la que aferrarme para mantenerme en el camino: Margarita en paz. Quería hacer algo todos los días de mi vida: elegir mi paz. Mantener mi atención puesta en un solo objetivo: mi paz. Solo eso.

Recorrió mi casa lentamente mientras apagaba cada una de las luces; fui subiendo las escaleras hasta llegar a mi habitación. Me metí en la cama y cerré los ojos.

Fue entonces cuando sentí vibrar mi corazón y recordé al hombre de la playa y supe que no estaba sola. Me sentí plenamente agradecida con la vida, conmigo misma, con todo lo que significaba Margarita, la Diosa de la Cumbia, el sueño que había creado y en el que había creído. Antes de dormir dije: “¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!”, y me dejé arrastrar por el sueño con la certeza de que todo estaba bien y que al día siguiente podría construir nuevos sueños y hacerlos realidad.

Poco a poco el cansancio me venció y entonces yo también me fui sin ningún temor, segura de que nuestro destino es pasar.



Nota final

La noche en que Margarita se presentó en el Auditorio Nacional por primera vez, Alissandra me insistió para que fuéramos a verla. Por alguna circunstancia, los boletos que ella nos dio se confundieron y terminaron ubicándonos a última hora en la parte alta del Auditorio. Aunque no era muy cómodo se podía ver el escenario y a gran parte del público asistente. En el momento en que el escenario se llenó de música y Margarita apareció acompañada por su orquesta y su ballet, yo sentí algo que me llenó de emoción y orgullo patrio. No era Margarita simplemente, era Colombia la que estaba ahí. Ver la bandera en la pantalla, escuchar la música colombiana y ver tantas cumbiamberas juntas me llenó de un orgullo y una felicidad difíciles de describir.

Mientras el *show* avanzaba un sueño nació: el trabajo de Margarita tenía que ser reconocido en Colombia, y en ese mismo momento comencé a preguntarle a mis amigos cómo hacer para que alguien en el país pusiera sus ojos en ella y se diera cuenta de la gran embajadora que teníamos los colombianos en México.

Sé que todo lo que deseas con el corazón se materializa y esa noche mi sueño era verla recibiendo el reconocimiento que se merecía por parte de los colombianos.

De repente el tiempo pasó y allá estábamos, en uno de los salones del Congreso de la República de Colombia destinado para otorgarle dicho reconocimiento. Logramos que por intermedio del senador Carlos Ferro Solanilla se hicieran los trámites necesarios y llegó la fecha soñada. Allí estaba Margarita, rodeada de sus amigos de siempre y de la mano de Alejandro, su compañero de camino.

Fueron momentos muy emocionantes, pero el más emocionante de todos fue cuando ingresó la banda del batallón Guardia Presidencial entonando el himno de Colombia. Nuestros corazones se llenaron de júbilo porque así somos los colombianos, vibrámos con estas cosas y vibrámos aún más cuando sabemos que el nombre de nuestro país se ha puesto en alto. Para el colombiano es muy importante ser reconocido en el exterior, estar entre los finalistas de cualquier competencia, y aún más, ganar. Margarita, como tantos otros artistas, nos ha permitido ser reconocidos en el exterior, tener un referente en México y muchos otros países a donde su música ha llegado, y por eso en ese momento todos nos pusimos de pie para escuchar nuestro himno y entregarle una de las condecoraciones más importantes de Colombia a una mujer que logró su sueño: llevar la música colombiana más allá de las fronteras, con altura y un infinito amor.

Lo curioso es que mientras eso ocurría nacía otro sueño: pedirle a Margarita que contara la historia de cómo había llegado a materializar esos sueños. Ella gustosa lo hizo, redactó su historia y me permitió guiarla para contarla como se contó. Ese sueño ahora es realidad, lo tienes en tus manos y puedes tener la certeza de que lo que aquí está escrito es una ley universal, la ley que le ha permitido a muchas personas materializar todo lo que su corazón quiere.

El sueño de Margarita se logró y mi sueño de que este libro fuera una realidad que

inspirara a muchas mujeres que como ella han tenido que enfrentar sus propios fantasmas, ya se materializó. Ahora el camino es tuyo; solo tienes que decidir en dónde está el lugar donde habitan tus sueños y echarte a andar. Aquí tienes un mapa de ruta y muchas frases que podrás convertir en mantras para repetirte en tu camino. Nunca olvides que así como Margarita pudo y fue capaz, *tú* también puedes y eres capaz, pues estamos hechos todos del mismo barro y del mismo espíritu.

Un abrazo,

Héctor Forero



Agradecimientos

Siempre a Dios por delante y antes que nadie. Después a Marina, mi madre, por haberme dado lo más importante: la vida. A cada uno de los maestros de vida que he tenido: mis hijos, mis amigos, mis amores, mi familia y a tantas personas que por alguna razón se cruzaron conmigo en el camino para entregarme una lección de vida o para recibirla de mi parte.

Gracias sobre todo a los que me enseñaron que a veces hay que hacer una pausa en la vida para sentir el dolor de las partidas, la felicidad del amor y la confusión del desamor.

Gracias a quienes me dieron un *no* porque me ayudaron a fortalecer mi fe. Gracias a cada una de las personas que han escuchado mi música, a todos los que me han dado un aplauso, porque eso me mantiene viva.

Agradezco en especial a Alejandro Benítez por haber caminado conmigo durante tantos años y por permanecer en mi vida sin romper el lazo que nos une.

Y a esa niña que vive en mí, la que aún me hace soñar, vibrar, creer, confiar, retándome con nuevos sueños y obligándome a dar siempre un paso adelante.

Margarita Vargas Gaviria

Acerca de la autora

MARGARITA VARGAS GAVIRA nació un 3 de octubre bajo el signo de libra en Medellín, Colombia. Aunque sus padres doña Marina y don Félix, la llevaron a ella, muy pequeña, y a su familia a Barranquilla en donde transcurrió su adolescencia y gran parte de su juventud. Fue ahí donde comenzó a tomar forma el sueño de ser artista. Sin embargo, la muerte de su padre, obligó a Margarita a trabajar para apoyar a su familia. Entre sus muchos empleos, empezó a grabar *jingles* para la radio y la televisión en los estudios de Discos Fuentes, en donde el productor Víctor Nanni (quien más tarde le diera el apelativo de la Diosa de la Cumbia), la escuchó y le dijo que quería esa voz para el grupo, ya que la Sonora Dinamita empezaba a cobrar fama no solo en Colombia sino también en el extranjero y, especialmente, en México.

Sin pertenecer a la Sonora Dinamita, Margarita grabó éxitos como *Oye* y *La Cortina* que le permitieron conectar con un público masivo que, más adelante, le abriría las puertas para mudarse a México junto con el grupo en 1986. A partir de ese momento, su vida cambió radicalmente y comenzó un trabajo intenso de seis años. Recorrió el país y gran parte de Estados Unidos. En 1990 tomó la decisión de iniciar un nuevo camino como artista y dejó la Sonora Dinamita, para firmar con Discos Peerless y grabar con sus propios músicos. Así surgió Margarita y su Coco Loco, agrupación que solo vivió dos años para dar paso a la famosa Sonora de Margarita.

A partir de ese momento, la Diosa de la Cumbia inicia una vertiginosa aventura que la ha llevado a grabar cerca de 30 álbumes. Durante diez años consecutivos ha sido reconocida por varias revistas especializadas como la Mejor Intérprete de Música Tropical, y en cuatro ocasiones (2003, 2006, 2008 y 2012) fue galardonada con el prestigiado Premio OYE.

Diseño de portada: Alejandra Ruiz Esparza
Director de proyecto y diseño de contenido: Héctor Forero
Fotos de autora: Emmanuel Sánchez
Diseño de arte: Víctor Ruiz
Diseño de interiores: Felipe López / Grafía Editores

© 2015, Margarita Vargas

Derechos reservados

© 2015, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DIANA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, D.F.
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición: julio de 2015
ISBN: 978-607-07-2933-1

Primera edición en formato epub: julio de 2015
ISBN: 978-607-07-2889-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Libro convertido a epub por:
TILDE TIPOGRÁFICA

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- ❖ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ❖ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ❖ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ❖ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ❖ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta



EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Índice

Le llaman Diosa	8
Qué bueno que estés aquí	11
PRIMERA PARTE	14
Hechos del mismo barro	14
Punto de partida...	19
Pildorita	21
Caminantes	26
María Trapos	32
Nadie te librará de vivir	38
¿Amores o demencias?	41
No aprende a vivir quien no aprende a decir adiós	45
No todos saben lo que te conviene	49
Y me vestí de mujer	53
Zapato ajeno lastima más que el propio	57
Ahí la dejamos, ¡yo no me casaré!	60
La vida son muchos pasos	64
Cadeneta, punto, cadeneta	69
Oye	72
Puntos seguidos...	76
Alas para volar	78
SEGUNDA PARTE	84
El cielo, las nubes y el sol	84
Ángeles y compañeros	89
La voz	93
La otra parte de mí	98
Un viaje inolvidable	102
Bellos momentos difíciles	105
Dime a dónde irás	108

Las noches eternas también terminan	112
Adiós, aunque nos duela el alma	116
¿Por qué, Dios mío?	120
Un paso adelante	123
El cuarto oscuro de mi corazón	126
Un nuevo horizonte	130
TERCERA PARTE	137
La fuerza del corazón	137
A veces no sabemos ni quiénes somos	142
Algo huele mal	145
La desesperanza siempre está rondando	149
La escalera	155
CUARTA PARTE	162
El lugar donde habitan tus sueños	162
Capítulo aparte	168
El hilo rojo	172
Asumir la vida	175
Días de vuelo	178
Se aproxima la primavera	183
Creo, puedo, lo hago	186
Epílogo	191
A solas	193
Nota final	196
Agradecimientos	199
Acerca de la autora	200
Créditos	201
Planeta de libros	202